HISTORIAS DE TERRAMAR V, En el otro viento

Ursula Le Guin



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Más al oeste que el Oeste más allá de la tierra mi gente
está danzando en el otro viento.

La canción de la mujer de Kemay

EARTHSEA

NOMBRES DEL MAPA TRADUCIDOS

Atníní: Atnini
BarsofUny: Arrecifes de Uny
Earthsea: Terramar
Ehavnor Straits: Estrecho de Ebavnor
FarSorr: Sorr Lejano
FarToly: Toly Lejana
GATE of Selidor: Puerta de Selidor
Gont Port: Puerto de Gont
Great Port: Puerto Grande
Gutof Osskil: Estrecho de Osskil
Hort Town: Hort
Ingat: Incat
lsle ofthe Ear: La isla de la Oreja
Low Torning: BajaTorning
Miles: Millas
Mísk: Misk
Near Kaltuel: Cercana Kaltuel
North Enwas: Enwas Norte
O–Port: Puerto de O
Osskil Sea: Mar de Osskil
Outer Innran: Innran Exterior
SeaofÉa: Mar de Ea
Selidor: Selidor
South Enwas: Enwas Sur
South Port: Puerto Sur
The Allernots: Las Allernots
The Closed Sea: Mar Cerrado
The East Reach: Confín de Levante
The Enlades: Las Enlades
The Gravéis: Las Gravéis
The Great South Sheals: Grandes
Islotes del Sur The Hands: Las Manos The Inmost Sea: Mar Interior The Long Dune: Duna Larga The Ninety Isles: Las Noventa Islas The North Reach: Confín
Septentrional
The North Teeth: Dientes Norte The Pelnish Sea: Mar de Pelnish The Sand Isles: Islas de Arena The Selléis: Las Sellet The South Reach: Confín Austral The Torikles: Las Torikles The Toringates: Las Puertas de
Torin The West Reach: Confín de
Poniente
The Whale Isles: Islas de Whale Usídero: Usidero

CAPÍTULO I

Enmendando el cántaro verde

Largas y blancas velas como alas de cisne llevaban al barco Vuelalejos a través del aire estival de la bahía desde los Promontorios Fortificados hacia el Puerto de Gont. Se deslizaba sobre las tranquilas aguas del embarcadero, criatura del viento tan segura y graciosa que un par de pescadores cerca del viejo muelle le dieron la bienvenida con entusiasmo, agitando los brazos para saludar a los tripulantes y al único pasajero de pie en la proa.

Era un hombre delgado con un paquetito y una vieja capa negra, probablemente un hechicero o un pequeño comerciante, nadie importante. Los dos pescadores observaron el bullicio en el muelle y en la cubierta del barco mientras todos se preparaban para descargar la mercancía, y únicamente echaron un vistazo al pasajero con un poco de curiosidad cuando, al dejar el barco, uno de los marineros hizo un gesto a sus espaldas, el pulgar y el meñique de la mano izquierda apuntando hacia él: «¡Y no regreses nunca!».

El hombre dudó unos instantes en el paseo marítimo del malecón, se cargó el paquete al hombro, y partió rumbo a las calles del Puerto de Gont. Eran calles muy animadas, y en seguida se metió en el Mercado de Pescados, repleto de vendedores ambulantes y regateros, las piedras del empedrado brillantes, llenas de balanzas de pescado y salmuera. Si tenía pensado algún camino a seguir, pronto lo perdió entre carros y casetas y muchedumbres y las frías miradas fijas de los peces muertos.

Una mujer alta y anciana giró sobre sus talones frente a la caseta en la que había estado insultando la frescura del arenque y la veracidad de la pescadera. Al ver que ella lo miraba con furia, el extraño dijo imprudentemente: –¿Tendría usted la amabilidad de indicarme el camino que debo tomar para ir a Re Albi?

–Vaya, hombre, y empiece por ahogarse en excremento de cerdo –dijo la alta mujer y se alejó dando zancadas, dejando al extraño extenuado y abatido.

Pero la pescadera, al ver una oportunidad para aprovechar su superioridad, dijo gritando: –¿Re Albi, ha dicho? ¿Pregunta sobre Re Albi, hombre? ¡Hable más alto, pues! La casa del Viejo Mago, eso debe de ser lo que usted busca en Re Albi. Sí, debe de ser eso. Entonces salga por allí, por esa esquina, y suba por la calle Elvers, allí, ¿lo ve? Hasta llegar a la torre...

Una vez estuvo fuera del mercado, las anchas calles lo condujeron cuesta arriba y más allá de la torre de vigilancia hasta una de las puertas de la ciudad. La guardaban dos dragones de piedra de tamaño natural, con dientes grandes como su antebrazo, los ojos de piedra brillando ciegamente sobre la ciudad y la bahía. Un guardia holgazán le dijo que simplemente tenía que girar a la izquierda al principio del camino y estaría ya en Re Albi. –Y siga avanzando a través de la aldea hasta llegar a la casa del Viejo Mago –añadió.

De modo que subió con dificultad, por el camino bastante empinado, mirando hacia arriba a medida que avanzaba por las cuestas más empinadas y llegaba a la cima más alejada de la Montaña de Gont, que sobresalía de su isla como de una nube.

Era un largo camino y un día muy caluroso. No tardó en quitarse la capa negra y siguió con la cabeza descubierta y en mangas de camisa, pero no había pensado en buscar agua o comprar comida en la ciudad, o acaso se había sentido demasiado cohibido como para hacerlo, puesto que no era un hombre familiarizado con las ciudades ni alguien que se sintiera cómodo en presencia de extraños.

Después de varias largas millas alcanzó una carreta que llevaba viendo desde hacía mucho rato allá en lo alto del polvoriento camino, como una mancha negra en una bruma blanca de polvo. Crujía y chirriaba a medida que avanzaba, manteniendo el paso de un par de pequeños bueyes que parecían tan viejos, arrugados y poco prometedores como un par de tortugas. Saludó al carretero, quien se parecía mucho a los bueyes. El carretero no dijo nada, pero parpadeó.

–¿Encontraré agua subiendo por este camino? –preguntó el extraño.

El carretero sacudió lentamente la cabeza. Después de un largo rato dijo: –No. –Y un poco después agregó–: No hay.

Todos siguieron caminando con paso cansino. Desanimado, al extraño le resultaba muy difícil ir más rápido que los bueyes, con lo que iba avanzando una milla por hora, más o menos.

Se dio cuenta de que el carretero le estaba alcanzando algo sin pronunciar una palabra: era una gran jarra de arcilla envuelta en mimbre. La tomó, y al encontrarla muy pesada, bebió agua hasta hartarse, dejándola apenas más liviana cuando se la devolvió al anciano junto con su agradecimiento.

–Sube –dijo el carretero después de un rato.

–Gracias. Caminaré. ¿Cuánto falta para llegar a Re Albi?

Las ruedas chirriaban. Los bueyes lanzaban profundos suspiros, primero uno, luego el otro. Sus pieles polvorientas emanaban un aroma dulce bajo los ardientes rayos del sol.

–Diez millas –dijo el carretero. Pensó, y luego rectificó–: O doce. –Después de un rato agregó–: No menos.

–Entonces será mejor que camine –dijo el extraño.

Vigorizado por el agua, pudo adelantarse a los bueyes, y cuando ellos y la carreta y el carretero habían quedado ya a una distancia considerable, oyó otra vez la voz del carretero: –Rumbo a la casa del Viejo Mago –dijo. Si era una pregunta, parecía no necesitar respuesta. El viajero siguió caminando.

Cuando comenzó a subir por aquel camino, todavía tenía sobre sí la inmensa sombra de la montaña, pero cuando giró hacia la izquierda rumbo a la pequeña aldea que creyó era Re Albi, el sol ardía en el cielo de Poniente y debajo de él se extendía el mar, blanco como el acero.

Había varias casas pequeñas dispersas, una pequeña y polvorienta plaza, una fuente con un fino chorro de agua cayendo de ella. Se acercó hasta allí, bebió de sus manos una y otra vez, puso la cabeza debajo del chorro, se frotó los cabellos con agua fría y dejó que ésta cayera por sus brazos; luego se sentó un rato sobre el borde de piedra de la fuente, mientras era observado en atento silencio por una niña y dos niños mugrientos.

–No es el herrero –dijo uno de los niños.

El viajero se peinó los cabellos húmedos hacia atrás con los dedos.

–Irá de camino a la casa del Viejo Mago –dijo la niña–. Tonto.

–¡Aaaahhhhh! –dijo el niño, dibujando una horrible mueca hacia un lado, y tirando de la niña con una mano mientras arañaba el aire con la otra.

–Ya verás, Stony –dijo el otro niño.

–Puedo llevarte hasta allí –le dijo la niña al viajero.

–Gracias –contestó él, y se puso de pie fatigosamente.

–No tiene vara, ¿lo ves? –dijo uno de los niños.

–Nunca dije que tuviera una –respondió el otro–.

Ambos lo observaban con ojos adustos mientras el extraño seguía a la niña hasta salir de la aldea por un sendero que iba hacia el norte a través de pasajes rocosos que caían en abruptas pendientes hacia la izquierda.

El sol brillaba intensamente sobre el mar. Su luz deslumbraba al viajero, y el alto horizonte y el vuelo del viento le mareaban. La niña era una pequeña sombra saltarina delante de él. El viajero se detuvo.

–Vamos –dijo la niña, pero ella también se detuvo. Él se acercó a ella en el sendero–. Allí está –dijo la niña.

El viajero vio una casa de madera cerca del borde del acantilado, todavía bastante lejos.

–No tengo miedo –dijo la niña–. A menudo le voy a recoger huevos que el padre de Stony lleva al mercado. Una vez me dio melocotones. La vieja. Stony dice que los robé pero nunca hice algo así. Vamos, acércate. La vieja no está allí ahora. Ninguno de ellos está allí.

Se quedó de pie sin moverse, señalando la casa.

–¿Ninguno de ellos?

–Bueno, el viejo sí. Se llama Viejo Halcón.

El viajero siguió adelante. La niña se quedó allí de pie observándolo hasta que él llegó a la casa, giró en una esquina y lo perdió de vista. Dos cabras miraban fijamente al extraño desde un terreno bien cercado. Un grupo de gallinas y polluelos ya crecidos picoteaban y conversaban suavemente entre las altas hierbas bajo árboles de melocotones y de ciruelas. Había un hombre encaramado a una pequeña escalera apoyada contra

el tronco de uno de los árboles; tenía la cabeza entre las hojas, y el viajero podía ver solamente sus largas piernas desnudas.

–Hola –dijo el viajero, y después de un rato lo repitió, un poco más fuerte.

Las hojas se agitaron y el hombre bajó rápidamente de la escalera. Tenía una mano llena de ciruelas, y, tras el último peldaño, ahuyentó a un par de abejas que se habían acercado atraídas por el zumo. Se acercó; era un hombrecillo de baja estatura, con la espalda recta, cabellos grises peinados hacia atrás encuadrando un rostro atractivo y marcado por el paso del tiempo. Parecía tener unos setenta años. Viejas cicatrices, cuatro costuras blancas, atravesaban un lado de su rostro bajando desde el pómulo izquierdo hasta la mandíbula. Su mirada era clara, directa, intensa. –Están maduras –dijo–, aunque mañana estarán aún mejor. –Tendió su mano llena de pequeñas ciruelas amarillas.

–Señor Gavilán –dijo el extraño con voz ronca–. Archimago...

El anciano hizo una breve inclinación de cabeza a modo de reconocimiento. –Ven a la sombra –le invitó.

El extraño lo siguió, e hizo lo que se le indicaba: se sentó sobre un banco de madera a la sombra de un árbol nudoso que había cerca de la casa; aceptó las ciruelas, que habían sido enjuagadas y servidas en una cesta de mimbre; comió una, luego otra, luego una tercera. Cuando el anciano se lo preguntó, admitió que no había comido nada en todo el día. Se quedó sentado mientras el dueño de la casa entraba en ella y salía al poco rato con pan, queso y cebolla; mientras comía, bebía del tazón de agua que su anfitrión le ofreció. Éste comía ciruelas para hacerle compañía.

–Pareces cansado. ¿Desde dónde has venido?

–Desde Roke.

La expresión en el rostro del anciano era difícil de leer. Simplemente dijo: –Nunca lo hubiera dicho.

–Soy de Taon, señor. Fui de Taon hasta Roke. Y allí el señor Maestro de las Formas me dijo que viniera hasta aquí. Que acudiera a usted.

–¿Por qué?

Fue una mirada formidable.

–Porque tú atravesaste la Tierra Oscura y regresaste con vida... –La voz ronca del extraño se fue desvaneciendo.

El anciano terminó la frase: –Y llegaste a las lejanas costas del día. Sí. Pero eso fue dicho como augurio antes de la llegada de nuestro rey, Lebannen.

–Tú estabas con él, señor.

–Así es. Y él ganó su reino allí. Pero yo en cambio dejé el mío allí. De modo que no me llames con ningún título. Halcón, o Gavilán, como más te guste. ¿Cómo deberé llamarte y o a ti?

El hombre murmuró su Nombre: –Aliso.

Estaba claro que la comida y la bebida, y la sombra y el hecho de sentarse lo habían relajado, pero todavía se veía exhausto. Había en él una fatigosa tristeza; una que le teñía todo el rostro.

El anciano le había hablado con una nota de dureza en la voz, pero ésta había desaparecido cuando le dijo: –Pospongamos un rato la charla. Has navegado casi mil millas y has caminado otras quince cuesta arriba. Y yo tengo que echar agua a las habichuelas y a la lechuga y a todo, puesto que mi esposa y mi hija me han dejado a cargo del jardín. Así que descansa un rato. Podremos hablar con el frescor del anochecer. O con el de la mañana. Pocas veces hay tanta prisa como yo solía pensar que había.

Cuando regresó media hora más tarde, su invitado estaba totalmente tendido sobre su espalda en la fresca hierba debajo de los árboles de melocotones.

El hombre que había sido Archimago de Terramar se detuvo con un cubo en una mano y un azadón en la otra y observó al extraño dormido.

–Aliso –dijo en voz baja–. ¿Cuál es el problema que traes contigo, Aliso?

Le pareció que si quería conocer el nombre verdadero de aquel hombre lo sabría simplemente pensando, concentrándose en ello, como podría haberlo hecho cuando era mago.

Pero no lo sabía, y el mero hecho de pensar no le daría la respuesta que buscaba; tampoco era un mago.

No sabía nada acerca de este Aliso y debía esperar a que él se lo contara. –Nunca compliques los problemas –se dijo, y se fue a echar agua a las habichuelas.

Tan pronto como la luz del sol fue bloqueada por un bajo muro de rocas que bajaba desde la cima del acantilado cerca de la casa, el frío de la sombra despertó al hombre. Se incorporó con un escalofrío, luego se puso de pie, un poco agarrotado y desconcertado, con trozos de hierba en los cabellos. Al ver a su anfitrión llenando cubos en el pozo y arrastrándolos con dificultad hasta el jardín, se acercó para ayudarle.

–Bastará con tres o cuatro más –dijo el ex Archimago, distribuyendo el agua entre las raíces de una hilera de jóvenes repollos. El aroma que desprendía la tierra húmeda era agradable en el aire seco y cálido. La luz de poniente llegaba dorada y rota sobre la tierra.

Se sentaron sobre un largo banco junto a la puerta de la casa para ver la puesta de sol. Gavilán había traído una botella y dos tazones gruesos y achaparrados de cristal verdoso. –Es el vino del hijo de mi esposa –dijo–. De la Granja de Roble, en el Valle Septentrional. Un buen año, siete años atrás. –Era un vino tinto, fuerte, que en seguida hizo entrar a Aliso en calor. El sol se puso en una tranquila claridad. El viento amainó. Los pájaros que estaban en las ramas de los árboles del huerto cantaron los últimos comentarios del día.

Aliso se había quedado pasmado al saber por boca del Maestro de las Formas de Roke que el Archimago Gavilán, ese hombre de leyenda, que había traído al Rey de regreso a su hogar desde el reino de la muerte y después se había alejado volando sobre el lomo de un dragón, todavía seguía con vida. –Sigue con vida –dijo el Maestro de las Formas–, y vive en su isla natal, Gont. Te digo lo que no muchos saben –había añadido–, porque creo que necesitas saberlo. Y creo que sabrás guardar su secreto.

–¡Pero entonces todavía es Archimago! –había exclamado Aliso, con una especie de regocijo: porque para todos los hombres del arte había sido un misterio y una preocupación el hecho de que los hombres sabios de la Isla de Roke, la escuela y el centro de la magia en el Archipiélago, no hubieran nombrado a un Archimago para que reemplazara a Gavilán en todos los años del reinado del Rey Lebannen.

–No –había dicho el Maestro de las Formas–. Él ni siquiera es ya un mago.

El Maestro de las Formas le había contado un poco la historia de cómo Gavilán había perdido su poder, y por qué; y Aliso había tenido tiempo para meditar al respecto. Pero aun así, al estar allí, en presencia de aquel hombre que había hablado con dragones, y había traído de regreso al Rey de Erreth–Akbé, y había atravesado el reino de los muertos, y había gobernado el Archipiélago antes que el Rey, todas aquellas historias y canciones estaban presentes en su mente. A pesar de verlo viejo, contento con su jardín, sin ninguna clase de poder en él o a su alrededor más que el de una alma formada por una larga vida de pensamientos y acciones, seguía viendo a un gran mago. Y por lo tanto le perturbaba terriblemente que Gavilán tuviera una esposa.

Una esposa, una hija, un hijastro... Los magos no tenían familia. Un hechicero común y corriente como Aliso podía casarse o no, pero los hombres de verdadero poder eran célibes. Aliso podía imaginarse a aquel hombre sobre el lomo de un dragón, eso era bastante fácil, pero pensar en él como esposo y padre era otra cuestión. No podía concebirlo. Lo intentó. Le preguntó: –Tu... esposa... ¿Está ella entonces con su hijo?

Gavilán regresó desde muy lejos. Sus ojos habían estado en los golfos del Oeste. –No –dijo–. Está en Havnor. Con el Rey.

Después de un rato, regresando ya por completo, agregó:

–Fue hasta allí con nuestra hija justo después de la Larga Danza. Lebannen mandó buscarlas, para pedirles consejo. Tal vez con respecto al mismo tema que te trae hasta aquí. Ya veremos... Pero la verdad es que esta noche estoy cansado, y no muy dispuesto a sopesar cuestiones importantes. Y tú también pareces estar cansado. Así que quizás te apetezca un tazón de sopa, y otro vaso de vino, y dormir un poco. Ya hablaremos por la mañana.

–Con mucho gusto, señor –dijo Aliso–, excepto lo de dormir. Eso es lo que temo.

Al anciano le llevó un rato asimilar aquello, pero luego dijo: –¿Temes dormir?

–Les temo a los sueños.

–Ah. –Una mirada profunda desde aquellos ojos oscuros bajo unas cejas enmarañadas y medio grises–. Creo que te has echado una buena siesta allí en la hierba.

–El sueño más dulce que he tenido desde que abandoné la Isla de Roke. Estoy muy agradecido por esa ayuda, señor. Tal vez vuelva a ser así esta noche. Pero si no lo es, lucho con mi sueño, y grito, y me despierto, y soy una carga para cualquiera que se encuentre cerca de mí. Dormiré fuera, si me lo permites.

Gavilán asintió con la cabeza. –Será una noche muy agradable–dijo.

Era en efecto una noche agradable, fresca, una leve brisa del mar desde el Sur, las estrellas del verano iluminando todo el cielo excepto donde se cierne la oscura cima de la montaña. Aliso acomodó el camastro y la piel de carnero que le diera su anfitrión sobre la hierba en la que había dormido antes.

Gavilán se acostó en el pequeño nicho que había en el extremo oeste de la casa. Había dormido allí de niño, cuando la casa pertenecía a Ogión y él era su aprendiz de hechicería. Tehanu había dormido allí durante los últimos quince años, puesto que había sido su hija. Ahora que ella y Tenar no estaban, cuando se acostaba en la cama de él y de Tenar en el oscuro rincón de la única habitación, sentía su propia soledad, así que había retomado la costumbre de dormir en el nicho. Le gustaba esa estrecha cama que salía del grueso muro de madera de la casa, justo debajo de la ventana. Dormía bien allí. Pero aquella noche no fue así.

Antes de medianoche, al ser despertado por un grito, voces fuera de la casa, se levantó de un brinco y fue hasta la puerta. Era Aliso luchando con sus pesadillas, entre soñolientas protestas que llegaban desde el gallinero. Aliso chillaba con la voz velada de los sueños y luego se despertó, incorporándose presa del pánico y de la angustia. Le pidió perdón a su anfitrión y le dijo que se quedaría un rato despierto bajo las estrellas. Gavilán regresó a la cama. No fue Aliso quien volvió a despertarlo, sino que esta vez fue él quien tuvo un mal sueño.

Estaba de pie junto a un muro de piedras cerca de la cima de una extensa ladera de hierbas secas y grises que descendía y se iba perdiendo en sombras hasta la oscuridad. Sabía que había estado allí antes, que había estado allí de pie, pero no sabía cuándo, ni qué lugar era aquél. Había alguien de pie al otro lado del muro, en el lado que bajaba la ladera, no muy lejos de allí. No podía divisar el rostro, sólo que se trataba de un hombre alto, con una capa. Sabía que lo conocía. El hombre le habló, utilizando su verdadero nombre. Le dijo: –Pronto estarás aquí, Ged.

Con un frío que le calaba hasta los huesos, se incorporó, mirando fijamente para ver el espacio de la casa que lo rodeaba, para cubrirse con la realidad de ese espacio como con una manta. Miró las estrellas a través de la ventana, y fue entonces cuando el frío llegó hasta su corazón. No eran las estrellas del verano, tan queridas, familiares, la Carreta, el Halcón, los Bailarines, el Corazón del Cisne. Eran otras, las pequeñas estrellas inmóviles de la tierra seca, que nunca salen ni se ponen. Hubo una vez en que conoció sus nombres, cuando conocía los nombres de las cosas.

–¡Fuera! –dijo casi gritando, e hizo el gesto para alejar a la desgracia que había aprendido cuando tenía diez años. Su mirada fue hasta la puerta abierta de la casa, hacia el rincón detrás de la puerta, en donde le pareció ver que la oscuridad tomaba forma, coagulándose y elevándose.

Pero su gesto, a pesar de no tener poder alguno, lo despertó. Las sombras detrás de la puerta eran simplemente sombras. Las estrellas del otro lado de la ventana eran las estrellas de Terramar, que palidecían ahora con el primer resplandor del amanecer.

Se sentó sosteniendo la piel de carnero alrededor de los hombros, observando aquellas estrellas que se iban apagando a medida que caían hacia poniente, observando la creciente claridad, los colores de la luz, el juego y el cambio del próximo día. Había pesar en su interior, no sabía por qué, una pena y un anhelo por algo querido y perdido, perdido para siempre. Estaba acostumbrado a eso; había querido muchas cosas, y había perdido muchas; pero su tristeza era tan grande que no parecía suya. Sentía una tristeza en el mismísimo corazón de las cosas, un pesar incluso con la llegada de la luz. Aquel pesar se le había aferrado desde el sueño, y todavía estaba con él cuando despertó.

Encendió un pequeño fuego en la gran chimenea y fue hasta los melocotoneros y hasta el gallinero para coger el desayuno. Aliso llegó por el sendero que iba hacia el norte a lo largo de la cima del acantilado; había salido a dar un paseo con las primeras luces del día, dijo. Parecía agotado, y Gavilán se quedó impresionado una vez más ante la tristeza de su rostro, que hacía eco del profundo pesar que siguiera a su propio sueño.

Tomaron un tazón de gachas de cebada tibia, tal como solían hacer los campesinos de Gont cada mañana, un huevo pasado por agua, un melocotón; comieron junto a la chimenea, puesto que el aire matutino a la sombra de la montaña era demasiado frío como para quedarse sentados afuera. Gavilán se ocupó de los animales: alimentó a las gallinas, les tiró granos para que comieran a las palomas, dejó entrar a las cabras en el pasturaje. Cuando regresó se sentaron una vez más en el banco que estaba en el patio de entrada a la casa. El sol todavía no estaba sobre la montaña, pero el aire era cada vez más seco y cálido.

–Ahora sí, cuéntame qué te trae por aquí, Aliso. Pero puesto que vienes desde Roke, primero dime si todo esta bien en la Casa Grande.

–No he entrado en ella, señor.

–Ah. –Tono de voz inexpresivo, mirada inexpresiva–. ¿Se encuentra bien el Maestro de las Formas?

–Él mismo me dijo: «Dale todo mi amor y mi honra a mi señor, y dile que me gustaría que camináramos juntos por el Bosquecillo como solíamos hacerlo».

Gavilán sonrió con un poco de tristeza. Después de un rato dijo: –Pues bien. Pero te envió a mí con algo más que decir aparte de eso, supongo.

–Intentaré ser breve.

–Hombre, tenemos todo el día por delante. Y a mí me gusta oír las historias desde el principio.

De modo que Aliso le contó su historia desde el principio.

Era el hijo de una bruja, nacido en el pueblo de Elini en Taon, la Isla de los Arpistas.

Taon está en el extremo austral del Mar de Ea, no muy lejos de donde yacía Solea antes de que el mar la sumergiera. Ese era el antiguo corazón de Terramar. Todas aquellas islas tenían Estados y ciudades, reyes y magos, cuando Havnor era una tierra de tribus enfrentadas y Gont una jungla gobernada por osos. La gente nacida en Ea o en Ebéa, en Enlad o en Taon, pensaba que podía ser hija de un acequiador o hijo de una bruja, se consideran a sí mismos descendientes de los Antiguos Magos, compartiendo el linaje de guerreros que murieron en los años oscuros por la Reina Elfarran. Por lo tanto, suelen tener excelentes modales, aunque a veces también un modo excesivamente altanero, y una disposición de ánimo y discurso bastante imprevisible, cierta tendencia a elevarse por sobre los meros hechos y palabras; palabras y hechos en que aquellos que ocupan gran parte de sus mentes con asuntos de comercio no confían demasiado. «Cometas sin hilo», dicen los hombres ricos de Havnor al referirse a esta gente. Pero no lo dicen nunca al alcance del oído del Rey Lebannen de la Casa de Enlad.

Las mejores arpas de Terramar se fabrican en Taon, donde también hay escuelas de música, y muchos intérpretes famosos de los Cantares y las Gestas nacieron o aprendieron su arte allí. Elmi, sin embargo, no es más que un pueblo de mercado en las colinas, sin música a su alrededor, decía Aliso; y su madre era una pobre mujer, aunque no fuera, tal como él dijo, pobre de hambre. Tenía una marca de nacimiento, una mancha roja desde la ceja y oreja derechas que bajaba claramente hasta su hombro. Muchas mujeres y hombres con semejante señal o diferencia en su persona se convierten forzosamente en brujas o en hechiceros, «marcados para eso», dice la gente. Zarzamora aprendió hechizos y podía llevar a cabo la clase más común y usual de brujería; no tenía un verdadero don para ello, pero sí una manera particular de hacerlo que era casi tan buena como el propio don. Se ganaba la vida, y educó a su hijo lo mejor que pudo, y ahorró lo suficiente como para lograr que fuera aprendiz del hechicero que le diera su nombre verdadero.

Aliso no dijo nada acerca de su padre. No sabía nada. Zarzamora nunca había hablado de él. Aunque casi nunca eran célibes, las brujas raras veces estaban en compañía de un hombre durante más de una o dos noches, y era algo muy poco frecuente que una bruja se casara. Era mucho más frecuente que dos de ellas compartieran sus vidas; a eso [se] le llamaba matrimonio de brujas o voto femenino. El hijo de una bruja, por lo tanto, tenía una o dos madres, no tenía padre. Pero Aliso no dijo nada acerca de ese tema, y Gavilán no preguntó nada al respecto; sí preguntó acerca de la formación de Aliso.

El hechicero Alcatraz le había enseñado a Aliso las pocas palabras que conocía de la Lengua Verdadera, y algunos hechizos de descubrimiento e ilusión, para los cuales Aliso había demostrado no tener talento alguno, según él mismo confesó. Sin embargo, Alcatraz se interesó bastante por el muchacho y logró descubrir su auténtico don. Aliso era un enmendador. Podía volver a unir, a juntar. Podía formar un todo. Una herramienta rota, la hoja de un cuchillo o un eje partido en dos, un cuenco de cerámica hecho añicos: podía volver a reunir todos y cada uno de los fragmentos sin juntura ni costura ni defecto. De modo que su maestro lo envió en busca de diferentes hechizos de enmienda, los cuales encontró principalmente entre brujas de la isla, y trabajó con ellos y sin la ayuda de nadie para aprender a enmendar.

–Ésa es una clase de curación –dijo Gavilán–. No es un don de poca importancia, ni un arte fácil de realizar.

–Para mí era un placer –dijo Aliso, con la sombra de una sonrisa en el rostro–. Entrenarse en los hechizos, y a veces descubrir cómo utilizar una de las Palabras Verdaderas en el trabajo... Volver a unir un barril que se ha secado, las duelas sueltas de sus aros, eso es un verdadero placer: ver cómo se construye de nuevo, una sinuosidad en la curva adecuada, y allí está, listo sobre su fondo para volver a llenarlo de vino... Había un arpista de Meoni, un gran arpista, ah, tocaba como una tormenta en lo alto de las colinas, como una tempestad en el mar. Tocaba con fuerza las cuerdas del arpa, las hacía vibrar y tiraba de ellas con la pasión de su arte, de modo que solían romperse justo en el punto más álgido de la música. Así que me contrató para que estuviera cerca de él cuando tocaba, y cuando rompía una cuerda yo la enmendaba de inmediato, en el lapso de tiempo que ocupaba esa mismísima nota, y él seguía tocando.

Gavilán asentía con la cabeza con la calidez de un colega profesional en una conversación de trabajo. –¿Has enmendado algo de cristal? –preguntó.

–Sí, lo he hecho, pero es un trabajo peliagudo y requiere mucho tiempo –respondió Aliso–, por todos los pequeñísimos trocitos en los que se convierte el cristal al romperse.

–Pero un gran agujero en el talón de un calcetín puede ser peor –dijo Gavilán, y hablaron acerca de enmiendas durante un rato más, antes de que Aliso retomara su historia.

Así pues se había convertido en un enmendador, en un hechicero con una práctica modesta y una reputación local por su don. Cuando tenía aproximadamente treinta años, fue a la ciudad principal de la isla, Meoni, con el arpista, quien tenía que tocar allí en una boda. Una mujer lo buscó en las habitaciones que ocupaba con el arpista, una mujer joven que no había sido preparada como bruja, pero que tenía un don, decía ella, el mismo que él, y quería que él la preparase. De hecho resultó que su don era mayor que el de él. Aunque no conocía ni una sola palabra del Habla Antigua, podía volver a unir todos los trozos de un jarrón hecho pedazos y enmendar una soga deshilachada únicamente con los movimientos de sus manos y una canción sin letra que cantaba en voz baja; también había curado extremidades rotas de animales y de gente, lo cual Aliso nunca se había atrevido a hacer.

Así que más que él enseñarle a ella, unieron sus destrezas y se enseñaron más el uno al otro de lo que ninguno había sabido nunca. Ella regresó a Elini y vivió con Zarzamora, la madre de Aliso, quien le enseñó a realizar varias apariciones y efectos y formas de impresionar a los clientes, de mucha utilidad a falta de verdaderos conocimientos. Su nombre era Lirio, y Lirio y Aliso trabajaban juntos allí y en los pueblos cercanos de la colina, a medida que su reputación iba creciendo.

–Y me enamoré de ella –dijo Aliso.

Su voz había cambiado cuando empezó a hablar de ella, había perdido su vacilación, sonaba cada vez más apremiante y musical.

–Tenía los cabellos oscuros, pero con un destello de oro rojo –dijo.

No había habido manera en que él pudiera ocultar el amor que sentía por ella, y ella había sido consciente de ese amor y le había correspondido. Fuera una bruja o no, aseguraba que no le importaba; decía que los dos habían nacido para estar juntos, en su trabajo y en su vida; ella le amaba e iba a casarse con él.

De modo que se casaron, y vivieron con inmensa felicidad durante un año, y la mitad de un segundo año.

–No había habido absolutamente ningún problema hasta que llegó el momento en que la criatura tenía que nacer –dijo Aliso–. Pero entonces ya era tarde, y luego muy tarde. Las comadronas intentaron provocar el nacimiento con hierbas medicinales y con hechizos, pero era como si el niño no permitiera que ella lo pariera. No quería ser separado de ella. No quería nacer. Y no nació. Se la llevó con él. –Después de un rato, agregó–: Eramos muy felices.

–Ya veo.

–Y mi pesar fue tan grande como esa felicidad.

El anciano asintió con la cabeza.

–Pude soportarlo –dijo Aliso–. Ya sabes cómo es. No veía que hubiera muchas razones para seguir viviendo, pero pude soportarlo.

–Sí.

–Pero en el invierno, dos meses después de su muerte, tuve un sueño. Ella estaba en el sueño.

–Cuéntamelo.

–Yo estaba de pie en la ladera de una colina. A lo largo de la cima de esa colina y bajando por la pendiente había un muro, bajo, como un muro que separa pasturajes de corderos. Ella estaba de pie del otro lado del muro, en la ladera que iba cuesta abajo. Allí todo era más oscuro.

Gavilán asintió una vez con la cabeza. Su rostro se había puesto tan duro como una roca.

–Me llamaba. Oí su voz diciendo mi nombre, y fui hasta ella. Sabía que estaba muerta, lo sabía en el sueño, pero me alegró ir. No podía verla claramente, y fui hasta ella para verla bien, para estar con ella. Y me tendió la mano a través del muro. Estaba justo a la altura de mi corazón. Había pensado que tal vez tendría con ella a la criatura, pero no era sí. Tendía las manos hacia mí, y entonces yo tendí las mías hacia ella, y nos cogimos las manos.

–¿Os tocasteis?

–Yo quería ir hacia ella, pero no podía atravesar el muro. Mis piernas no querían moverse. Intenté atraerla hacia mí, y ella quería venir, parecía que podía hacerlo, pero el muro estaba allí entre nosotros. No podíamos traspasarlo. Así que se inclinó hacia mí y me besó en la boca y pronunció mi nombre. Luego me dijo: «¡Libérame!».

"Pensé que si la llamaba por su verdadero nombre tal vez podría liberarla, llevarla al otro lado de aquel muro, y le dije: « ¡Ven conmigo, Mevre!», pero ella me respondió: «Ese no es mi nombre, Hará, ése ya no es

mi nombre». Y soltó mis manos, aunque yo intenté retenerla. Entonces gritó: «¡Libérame, Hará!». Pero iba hundiéndose en la oscuridad. Todo era oscuridad en aquella ladera cuesta abajo detrás del muro. La llamé por su nombre y por su nombre verdadero y por todos los dulces nombres por los que solía llamarla, pero igualmente se alejó de mí. En ese momento me desperté.

Gavilán se quedó un buen rato con la mirada fija y atenta en su visita. –Me has dado tu nombre, Hará –le dijo.

Aliso parecía un poco aturdido, soltó un par de largos suspiros, pero levantó la vista con un coraje desolador. –¿En quién podría confiar más para hacerlo? –dijo.

Gavilán se lo agradeció seriamente. –Intentaré merecer tu confianza —le respondió–. Dime una cosa, ¿sabes qué es ese lugar, ese muro?

–En aquel entonces no lo sabía. Ahora sé que tú lo has atravesado.

–Sí. Yo he estado en esa colina. Y he atravesado el muro, con el poder y el arte que poseía. Y he descendido a las ciudades de los muertos, y he hablado con hombres que había conocido en vida, y algunas veces me contestaron. Pero, Hará, tú eres el primer hombre que conozco o del que oigo hablar, de entre todos los grandes magos de la tradición popular de Roke o de Paln o de las Enlades, que ha tocado alguna vez, que ha besado alguna vez a su amada a través del muro.

Aliso estaba sentado con la cabeza inclinada y las manos apretadas.

–¿Puedes decirme cómo fue tocarla? ¿Tenía las manos tibias? ¿Era sólo aire frío y sombras, o era una mujer con vida? Perdona mis preguntas.

–Me gustaría poder responder a ellas, señor. En Roke, el Maestro de Invocaciones me preguntó lo mismo. Pero no puedo contestar con certeza. La añoraba tanto tanto, deseaba tanto... Puede que deseara que fuera tal como era en vida. Aunque no lo sé. En los sueños no todas las cosas son claras.

–En sueños no. Pero nunca he oído hablar de ningún hombre que llegara hasta el muro en sueños. Es un sitio al que un hechicero puede intentar llegar, si es que debe hacerlo, si ha aprendido la manera de hacerlo y tiene el poder necesario. Pero sin el conocimiento y el poder, únicamente los muertos pueden...

Y dejó de hablar de golpe, recordando el sueño que él mismo había tenido la noche anterior.

–Pensé que era simplemente un sueño –dijo Aliso–. Me preocupaba, pero lo apreciaba. Pensar en él era como un tormento en mi corazón, y sin embargo me aferraba a ese dolor, lo mantenía muy cerca de mí. Lo deseaba. Esperaba volver a soñar.

–¿En serio?

–Sí. Y volví a soñar.

Parecía un ciego en medio del abismo azul de aire y océano que se extendía al oeste de donde estaban sentados. Imprecisas y tenues, al otro lado de las tranquilas aguas del mar se alzaban las colinas de Kameber iluminadas por los rayos del sol. Por detrás de ellas, el sol dejaba escapar su luminosidad sobre el lomo septentrional de la montaña.

–Sucedió nueve días después de ese primer sueño. Estaba en ese mismo lugar, pero en lo alto de la colina. Veía el muro debajo de mí a través de la pendiente. Y corrí cuesta abajo, gritando su nombre, seguro de poder verla. Había alguien allí. Pero cuando me acerqué, me di cuenta de que no era Lirio. Era un hombre, y estaba agachado junto al muro, como si estuviera reparándolo. Entonces le dije: «¿Dónde está, dónde está Lirio?». No me contestó, ni siquiera levantó la vista. Pude ver lo que estaba haciendo. No estaba trabajando para arreglar el muro sino para destruirlo, metiendo sus dedos por debajo de una gran piedra. La piedra no se movía, y entonces me dijo: «¡Ayúdame, Hará!». En ese momento me di cuenta de que era mi maestro, Alcatraz, quien me dio mi nombre verdadero. Hace cinco años que está muerto. Seguía empujando y metiendo los dedos por debajo de aquella piedra, y volvió a decir mi nombre: «Ayúdame, libérame». Y luego se puso de pie y tendió la mano para tocarme a través del muro, al igual que lo había hecho ella, y cogió mi mano. Pero su mano estaba ardiendo, con fuego o con frío, no lo sé, pero su tacto me quemó tanto que aparté mi mano, y el dolor y el miedo que me provocó me despertaron de aquel sueño.

Tenía la mano tendida mientras hablaba, revelando una oscuridad en el dorso y en la palma que parecían una antigua magulladura.

–He aprendido a no dejar que me toquen –dijo en voz baja.

Ged miró la boca de Aliso. Había algo de oscuridad también en sus labios.

–Hará, has estado en peligro mortal –dijo, siempre suavemente.

–Y aún hay más.

Forzando su voz contra el silencio, Aliso siguió con su historia.

La noche siguiente, cuando se durmió una vez más, se descubrió en aquella sombría colina y vio cómo el muro descendía desde la cima y a través de la pendiente. Comenzó a bajar para llegar hasta él, esperando poder encontrar allí a su esposa.

–No me importaba si ella no podía cruzarlo, si yo no podía, con tal de poder verla y hablar con ella –dijo.

Pero si es que ella estaba allí, él nunca pudo verla entre todos los otros: puesto que a medida que se iba acercando al muro comenzó a ver una multitud de gente borrosa del otro lado, algunos claros y otros sombríos, algunos que él parecía conocer y otros que no conocía, y todos tendían sus manos hacia él a medida que se acercaba y lo llamaban por su nombre: «¡Hará, deja que vayamos contigo! ¡Hará, libéranos!».

–Oír el verdadero nombre de uno en boca de extraños es algo terrible –dijo Aliso–, y ser nombrado por los muertos es algo terrible.

Intentó dar media vuelta y volver a subir la cuesta de la colina para alejarse del muro, pero sus piernas tenían la espantosa debilidad del sueño y no querían llevarlo a ninguna parte. Cayó de rodillas para evitar seguir acercándose al muro, y gritó pidiendo ayuda, aunque no había nadie que pudiera ayudarle; y entonces se despertó invadido por el terror.

Desde entonces, cada noche que duerme profundamente, se encuentra de pie sobre aquella colina en la hierba seca y gris por encima del muro, y los muertos se amontonan en sombras debajo de él, implorándole y gritándole, diciendo su nombre.

–Me despierto –dijo– y estoy en mi habitación. No estoy allí, en esa colina. Pero sé que ellos sí están allí. Y tengo que dormir. A menudo procuro despertarme, y dormir durante el día, cuando puedo, pero finalmente tengo que dormir. Y entonces allí estoy, y ellos están allí. Y no puedo subir la pendiente de la colilla. Si me muevo siempre es cuesta abajo, hacia donde está el muro. A veces puedo darles la espalda, pero entonces creo oír la voz de Lirio entre las demás, diciendo mi nombre. Y me doy la vuelta para buscarla. Y ellos se acercan a mí.

Bajó la vista para mirarse las manos, apretadas una contra la otra.

–¿Qué puedo hacer? –preguntó.

Gavilán no dijo nada.

Después de un largo rato, Aliso prosiguió: –El arpista del que te hablé era un muy buen amigo mío. Después de un tiempo advirtió que algo andaba mal, y cuando le dije que no podía dormir por miedo a mis sueños con los muertos, me alentó para que cogiera un pasaje de barco hasta Ea, para hablar con un hechicero gris que vive allí. –Se refería a un hombre que había sido entrenado en la Escuela de Roke–. Tan pronto como ese hechicero escuchó la historia de mis sueños, dijo que debía dirigirme inmediatamente a Roke.

–¿Cómo se llama?

–Berilo. Trabaja para el Príncipe de Ea, que es el Señor de la Isla de Taon.

El anciano asintió con la cabeza.

–Él no podía ayudarme, según dijo, pero su palabra fue tan valiosa como lo fue el oro para el dueño del barco. Así que una vez más viajé sobre las aguas. Ese fue un largo viaje, recorriendo la costa de Havnor y bajando al Mar Interior. Pensé que tal vez estando en el agua, lejos de Taon, cada vez más lejos, podría dejar mi sueño atrás. El mago de Ea llamó a ese lugar en mi sueño la tierra seca, y yo pensé que tal vez estaría alejándome de ella, puesto que viajaba por el mar. Pero cada noche me encontraba allí en la colina. Y más de una vez cada noche, a medida que fue pasando el tiempo. Dos o tres veces, o cada vez que mis ojos se cierran, estoy en la colina, y el muro debajo de mí, y las voces que me llaman. Así que soy como un hombre enloquecido por el dolor de una herida que puede encontrar paz únicamente en el sueño, pero el sueño es mi tormento, con el dolor y la angustia de los miserables muertos amontonándose junto al muro, y el miedo que siento hacia ellos.

Los marineros pronto comenzaron a rehuirle, decía Aliso, por las noches porque gritaba y los despertaba con sus espantosos alaridos, y durante el día porque pensaban que le habían echado una maldición o un gebbeth.

–¿Y no te sentiste aliviado para nada en Roke?

–En el Bosquecillo –dijo Aliso, y su rostro cambió por completo cuando pronunció la palabra.

El rostro de Gavilán tuvo por un instante el mismo aspecto.

–El Maestro de las Formas me llevó allí, bajo aquellos árboles, y pude dormir. Incluso por las noches podía dormir. Durante el día, si el sol está sobre mí, como estuvo ayer por la tarde aquí, si la calidez del

sol está sobre mí y el rojo del sol brilla a través de mis párpados, no temo soñar. Pero en el Bosquecillo no había miedo para nada, y pude volver a amar la noche.

–Cuéntame cómo fue cuando llegaste a Roke.

A pesar del cansancio, la angustia y el sobrecogimiento, Aliso tenía la facilidad de palabra propia de la gente de su isla; y lo que excluyó de su relato por miedo a alargar demasiado la historia o a contarle al Archimago algo que ya sabía, bien pudo imaginárselo su oyente, recordando su primer viaje a la Isla de los Sabios siendo un muchacho de tan sólo quince años.

Cuando Aliso abandonó el barco en el muelle de Zuilburgo, uno de los marineros había dibujado la runa de la Puerta Cerrada en la parte superior de la pasarela para evitar que él volviera a subir a bordo de aquel barco. Aliso lo notó, pero pensó que el marinero tenía una buena razón para hacerlo. Se sintió aciago; sintió que llevaba la oscuridad impregnada en su cuerpo. Eso hizo que se volviera más tímido de lo que lo hubiera sido en otra oportunidad en una ciudad desconocida. Y Zuilburgo era una ciudad muy extraña.

–Las calles te conducen por el camino equivocado –dijo Gavilán.

–¡Sí, señor, eso es lo que hacen! Lo siento, mis palabras obedecen a mi corazón, y no a ti...

–No tiene importancia. Una vez me acostumbré a ello. –Puedo volver a ser Señor Cabrero, si eso aligera tus palabras. Vamos, sigue.

Dirigido erradamente por aquellos a quienes preguntaba, o entendiendo mal las indicaciones, Aliso vagó por el pequeño laberinto montañoso de Zuilburgo sin perder nunca de vista la Escuela pero sin poder llegar nunca a ella, hasta que, ya desesperado, encontró una sencilla puerta en una pared desnuda en una tranquila plaza. Después de mirarla fijamente durante un buen rato se dio cuenta de que aquella pared era la que había estado buscando. Golpeó la puerta, y un hombre de rostro apacible y ojos silenciosos la abrió.

Aliso estaba preparado para decir que había sido enviado por el hechicero Berilo de Ea con un mensaje para el Maestro de Invocaciones, pero no tuvo la oportunidad de hablar. El Portero lo miró fijamente durante unos instantes y le dijo suavemente: –No puedes traerlos a esta casa, amigo.

Aliso no preguntó a quiénes no podía llevar consigo. Lo sabía. Apenas había podido dormir las últimas noches, aprovechando atisbos de sueño y despertando lleno de terror, durmiendo a la luz del día, viendo la hierba seca descendiendo por la pendiente a través de la cubierta del barco iluminada por el sol, el muro de piedras atravesando las olas del mar. Y, al despertar, el sueño estaba en él, con él, alrededor de él, velado, y él podía oír, siempre, vagamente, a través de todos los ruidos del viento y del mar, las voces que gritaban su nombre. Ahora no sabía si estaba despierto o dormido. Se estaba volviendo loco de dolor y de miedo y de cansancio.

–Déjalos a ellos fuera –dijo Aliso–, y déjame entrar a mí, ¡por favor, déjame entrar!

–Espera aquí–dijo el hombre, tan suavemente como antes–. Allí hay un banco –dijo señalando. Y cerró la puerta.

Aliso fue y se sentó en el banco de piedra. Recordaba eso, y recordaba a algunos muchachos de unos quince años que lo miraban con curiosidad al pasar y entrar por esa puerta, pero lo que sucedió un rato después únicamente podía rememorarlo a trozos.

El Portero regresó con un hombre joven con la vara y la túnica de un mago de Roke. Luego Aliso recuerda haber estado en una habitación, la cual dio por supuesto que pertenecía a una pensión. Allí fue a verlo el Maestro de Invocaciones e intentó hablar con él. Pero para entonces Aliso ya no estaba en condiciones de hablar. Entre el sueño y la vigilia, entre la habitación iluminada por los rayos del sol y la sombría colina gris, entre la voz del Invocador hablándole y las voces llamándole desde el otro lado del muro, no podía pensar y no podía moverse en el mundo de los vivos. En cambio, en el mundo sombrío desde donde llamaban las voces, imaginó que sería más fácil seguir caminando hasta llegar al muro y dejar que las manos extendidas lo cogieran y se lo llevaran. Si era uno de ellos lo dejarían en paz, pensó él.

Luego, según recordaba, la habitación iluminada por el sol había desaparecido por completo, y estaba en la colina gris. Pero junto a él estaba el Invocador de Roke: un hombre grande, de hombros anchos y piel oscura, con una gran vara de madera de tejo que brillaba con luz trémula en aquel lugar sombrío.

Las voces habían dejado de gritar su nombre. La gente, las figuras amontonadas junto al muro, había desaparecido. Podía oír un susurro distante y una especie de sollozo que, a medida que fueron avanzando cuesta abajo hacia la oscuridad, se fue desvaneciendo.

El Invocador se acercó al muro y posó sus manos sobre él.

Las piedras habían sido aflojadas en algunos sitios. Unas cuantas se habían caído y yacían sobre la hierba seca. Aliso sintió que debía recogerlas y ponerlas en su sitio, que debía recomponer el muro, pero no lo hizo.

El Invocador se volvió hacia él y le preguntó: –¿Quién te trajo hasta aquí?

–Mi esposa, Mevre.

–Invócala para que venga.

Aliso se quedó mudo. Finalmente abrió la boca, pero no fue el nombre verdadero de su esposa el que pronunció, sino su Nombre, el nombre por el que la había llamado en vida. Lo dijo en voz alta: –Lirio... – El sonido de aquella palabra no era como una flor blanca, sino como un guijarro que cae al suelo.

No hubo sonido alguno. Las estrellas brillaban pequeñas y firmes en el cielo negro. Aliso nunca antes había levantado la vista para mirar el cielo en aquel lugar. No reconoció las estrellas.

–¡Mevre! –dijo el Invocador, y su voz profunda pronunció algunas palabras en el Habla Antigua.

Aliso sintió que se quedaba sin aliento y apenas pudo mantenerse en pie. Pero nada se movió en la extensa pendiente que descendía hacia la informe oscuridad.

Entonces notó que algo se movía, algo que tenía un poco de claridad, algo que subía por la colina, y se acercaba lentamente. Aliso sacudió la cabeza lleno de miedo y de anhelo, y susurró: –Oh, mi amor.

Pero a medida que se acercaba, observó que la figura era demasiado pequeña para ser Lirio. Era una criatura de doce años aproximadamente, no pudo averiguar si se trataba de un niño o de una niña, pero hizo caso omiso tanto de Aliso como del Invocador, y sin mirar al otro lado del muro se sentó justo debajo de él. Cuando Aliso se acercó y miró hacia abajo vio que el niño o la niña estaba forcejeando con las piedras, intentando aflojar una, luego otra.

El Invocador susurraba en el Habla Antigua. La criatura alzó la vista una vez con un aire de indiferencia, y siguió tirando de las piedras con sus delgados dedos, que no parecían tener nada de fuerza.

Todo aquello era tan espantoso para Aliso que la cabeza comenzó a darle vueltas; intentó alejarse, y más allá de eso no pudo recordar nada hasta que despertó en aquella habitación soleada, recostado en una cama, débil y enfermo y con frío.

Hubo gente que cuidó de él: la mujer distante y sonriente que llevaba la pensión, y un anciano corpulento y de piel marrón que vino con el Portero. Aliso supuso que sería un hechicero–médico. Sólo después de haberlo visto con su vara de madera de olivo entendió que se trataba del Maestro de Hierbas, el maestro de la curación de la Escuela de Roke.

Su presencia le llevó consuelo, y logró hacer que Aliso se durmiera. Preparó un té e hizo que Aliso se lo bebiera, y prendió un manojo de hierba que se consumió lentamente despidiendo un aroma parecido al de la tierra oscura debajo de los bosques de pinos y, sentado junto a él, comenzó a cantar una gesta larga y delicada. –Pero no debo dormir –protestó Aliso, sintiendo cómo el sueño entraba en él como una gran marea oscura. El sanador posó su mano tibia sobre la mano de Aliso. Entonces éste se sintió invadido por una paz, y se deslizó en el sueño sin miedo. Siempre que la mano del sanador estaba sobre la suya, o sobre su hombro, lo mantenía alejado de la oscura colina y del muro de piedras.

Se despertaba para comer un poco, y en seguida el Maestro de Hierbas reaparecía con aquel té tibio e insípido y con el humo con olor a tierra y con aquel canto monótono y el tacto de su mano; y Aliso podía volver a descansar.

El sanador tenía muchas tareas que cumplir en la Escuela, así que sólo le era posible acompañarlo durante algunas horas de la noche. Aliso consiguió reposar lo suficiente durante tres noches para volver a comer y a caminar un poco por la ciudad durante el día, y a pensar y hablar coherentemente. La cuarta mañana los tres maestros, el Maestro de Hierbas, el Portero, y el Invocador, fueron a su habitación.

Aliso le hizo una reverencia al Invocador con el corazón lleno de pavor, casi desconfianza. El Maestro de Hierbas también era un gran mago, pero su arte no era tan diferente del de Aliso, así que tenían una especie de comprensión mutua; y también pesaba la inmensa bondad de su mano. El Invocador, sin embargo, no trataba con cosas físicas sino con el espíritu, con las mentes y los deseos de los hombres, con fantasmas, con significados. Su arte era arcano, peligroso, lleno de riesgos y amenazas. Y él había estado allí, junto a Aliso, no en el cuerpo, en la frontera, en el muro. Con él la oscuridad y el miedo regresaban.

Al principio ninguno de los tres magos dijo nada. Si había algo que tenían en común era una gran capacidad para permanecer en silencio.

De modo que fue Aliso quien habló, intentando poner en palabras lo que había en su corazón, porque nada más resultaría.

–Si he hecho algún mal y por ello he llegado a ese lugar, o por ello ha traído a mi esposa hasta mí en ese lugar, o a las otras almas, si puedo enmendar o deshacer lo que hice, lo haré. Pero no sé qué es lo que he hecho.

–O lo que eres –dijo el Invocador.

Aliso se quedó sin palabras.

–No muchos de nosotros sabemos quién o qué somos –dijo el Portero–. Sólo podemos vislumbrarlo.

–Cuéntanos cómo llegaste por primera vez al muro de piedras –dijo el Invocador.

Y Aliso les contó.

Los magos escucharon en silencio y no dijeron nada durante un buen rato después de que Aliso hubiera terminado. Luego el Invocador le preguntó: –¿Has pensado en lo que significa atravesar ese muro?

–Sé que no podría regresar.

–Únicamente los magos pueden atravesar ese muro en vida, y solamente en caso de extrema necesidad. El Maestro de Hierbas puede llegar con un enfermo hasta ese muro, pero si el enfermo lo atraviesa, él no lo sigue.

El Invocador era tan alto y corpulento y oscuro que, mirándolo, Aliso pensó en un oso.

–Mi arte de invocar nos permite llamar a los muertos para que acudan a este lado del muro durante un tiempo muy breve, un instante, si resulta preciso hacerlo. Yo mismo cuestiono si existe alguna necesidad que justifique semejante violación de la norma y el equilibrio del mundo. Nunca he llevado a cabo ese sortilegio. Así como tampoco he atravesado nunca ese muro. El Archimago lo hizo, y el Rey con él, para sanar la herida que le había infligido al mundo el hechicero llamado Cob.

–Y al ver que el Archimago no regresaba, Thorion, que era en aquel entonces nuestro Maestro de Invocaciones, bajó a la tierra seca para buscarlo –dijo el Maestro de Hierbas–. Y regresó, pero cambiado.

–No hay necesidad de hablar de eso –dijo el hombre corpulento.

–Tal vez sí la haya –dijo el Maestro de Hierbas–. Tal vez Aliso necesita saberlo. Thorion confiaba demasiado en su fuerza, creo yo. Se quedó allí demasiado tiempo. Pensó que podría invocarse a sí mismo de regreso al mundo de los vivos, pero lo que regresó fue solamente su arte, su poder, su ambición, el deseo de vivir que no da vida. Sin embargo, confiamos en él, porque le habíamos querido. Y entonces nos devoró. Hasta que Irian lo destruyó.

Lejos de Roke, en la Isla de Gont, el oyente de Aliso le interrumpió. –¿Qué nombre has dicho? –preguntó Gavilán.

–Irian –dijo Aliso.

–¿Conoces ese nombre?

–No, señor.

–Yo tampoco. –Tras una pausa, Gavilán prosiguió lentamente, como contra su voluntad–. Pero yo vi a Thonon, allí. En la tierra seca, donde se había arriesgado a ir a buscarme. Me dio mucha pena verlo allí. Le dije que era posible que pudiera atravesar de nuevo el muro. –Su rostro se oscureció y adquirió una expresión adusta–. No fueron aquéllas buenas palabras. Ninguna palabra es buena entre los vivos y los muertos. Pero yo también le había querido.

Permanecieron sentados en silencio. Gavilán se puso de pie abruptamente para estirar los brazos y se frotó los muslos. Los dos caminaron un poco. Aliso bebió un poco de agua del pozo. Gavilán fue en busca de una pala de jardín y un nuevo mango que encajara bien en ella, y se puso a trabajar alisando el mango de roble y afilando el extremo que debía ajustarse en el encaje.

–Sigue, Aliso –le dijo, y Aliso siguió con su historia.

Los dos maestros se habían quedado un rato en silencio después de que el Maestro de Hierbas hablara de Thorion. Aliso se armó de coraje para preguntarles acerca de un tema que últimamente había estado rondando bastante por su cabeza: cómo llegaban los que morían hasta aquel muro, y cómo llegaban los magos.

El Invocador le respondió inmediatamente: –Es un viaje del espíritu.

El viejo sanador se mostraba más inseguro. –No es con el cuerpo con lo que cruzamos el muro, puesto que el cuerpo de alguien que muere se queda aquí. Y si un mago va hasta allí en un acto de clarividencia, su cuerpo dormido aún está aquí, con vida. Y entonces llamamos a ese viajero..., llamamos a eso que hace el viaje desde el cuerpo, el alma, el espíritu.

–Pero mi esposa me cogió la mano –dijo Aliso. No pudo decirles esa vez que le había dado un beso en la boca–. Sentí su tacto.

–Eso fue lo que te pareció a ti –dijo el Invocador.

–Si se hubieran tocado físicamente, si se creó allí algún tipo de enlace –le dijo el Maestro de Hierbas al Invocador–, ¿puede ser ésa la razón por la que el resto de los muertos puede acudir a él, llamarlo, y hasta tocarlo?

–Por eso debe resistirse a ellos –dijo el Invocador, lanzándole una mirada a Aliso. Sus ojos eran pequeños, fogosos.

Aliso sintió aquello como una acusación, y no le pareció justo. Entonces respondió: –Intento resistirme, señor. Lo he intentado. Pero son tantos, y ella está con ellos, y están sufriendo, me están implorando.

–No pueden estar sufriendo –dijo el Invocador–. La muerte acaba con todo sufrimiento.

–Tal vez la sombra del dolor sea dolor –dijo el Maestro de Hierbas–. En esa tierra hay montañas, y se llaman Dolor.

El Portero apenas había hablado hasta entonces. Dijo con su voz tranquila y relajada: –Aliso es un enmendador, no un rompedor. No creo que pueda romper el enlace que se ha creado.

–Si lo ha creado, puede destruirlo –dijo el Invocador.

–¿El lo ha hecho?

–No tengo esa clase de arte, señor –dijo Aliso, tan atemorizado por lo que estaban diciendo que habló casi con furia.

–Entonces yo deberé bajar y mezclarme con ellos –dijo el Invocador.

–No, amigo mío –dijo el Portero, y el viejo Maestro de Hierbas añadió–: Tú, el último de todos nosotros.

–Pero éste es mi arte.

–Y el nuestro.

–¿Quién, entonces?

El Portero dijo: –Parece que Aliso es nuestro guía. Habiendo acudido a nosotros en busca de ayuda, tal vez él pueda ayudarnos. Viajemos todos con él en su visión hasta el muro, aunque sin atravesarlo.

Así que esa misma noche, cuando tarde y lleno de miedo Aliso dejó que el sueño se apoderara de él, y se encontró una vez más allí, en la colina gris; los demás estaban con él: el Maestro de Hierbas, una presencia cálida en medio de todo aquel frío; el Portero, esquivo y plateado como la luz de las estrellas; y el enorme Invocador, el oso, una fuerza oscura.

En esa ocasión estaban de pie no donde la colina desciende hacia la oscuridad, sino en la pendiente cercana, mirando la cima desde abajo. El muro en esta parte atravesaba la cima de la colina y era bajo, quedaba un poco por encima de la altura de la rodilla. Sobre él el cielo, con sus escasas estrellas pequeñas, era completamente negro.

Nada se movía.

Sería difícil caminar cuesta arriba hasta el muro, pensó Aliso. Antes, el muro siempre había estado debajo de él.

Pero si pudiera acercarse hasta él tal vez podría ver allí a Lirio, al igual que había sucedido la primera vez. Igual podría cogerla de la mano, y los magos harían que regresara con él al mundo de los vivos. O quizás él podría pasar al otro lado del muro en la parte en que era más bajo y podría ir a buscarla.

Comenzó a subir la ladera de la colina. Era fácil, no había ningún problema, ya casi estaba a punto de llegar.

–¡Hará!

La voz profunda del Invocador lo hizo regresar como si le hubiera echado una soga al cuello, como si le hubiera dado un tirón con una correa. Aliso tropezó, se tambaleó hacia adelante un paso más, casi estaba en el muro, se dejó caer de rodillas y estiró los brazos para tocar el muro con las manos. Estaba gritando: «¡Salvadme!», pero ¿a quién le gritaba? ¿A los magos, o a las sombras del otro lado del muro?

Entonces sintió unas manos sobre los hombros, manos con vida, fuertes y tibias, y estaba en su habitación, con las manos del sanador sobre sus hombros, y la blanca luz fatua brillando a su alrededor. Y había cuatro hombres en la habitación con él, no tres.

El viejo Maestro de Hierbas se sentó sobre la cama con él y lo tranquilizó un rato, puesto que estaba temblando, estremeciéndose, sollozando. –No puedo hacerlo –repetía sin cesar, pero todavía no sabía si les estaba hablando a los magos o a los muertos.

Cuando el miedo y el dolor comenzaron a atenuarse, se sintió tan exhausto que creyó que no podría soportarlo, y miró casi sin interés al hombre que había entrado en la habitación. Tenía los ojos del color del hielo, su piel y sus cabellos eran blancos. Alguien del lejano Norte, de Enwas o de Bereswek, pensó Aliso.

Ese hombre les dijo entonces a los magos: –¿Qué estáis haciendo, amigos míos?

–Arriesgarnos, Azver –dijo el viejo Maestro de Hierbas.

–Hay problemas en la frontera, Maestro de las Formas –respondió el Invocador. Aliso pudo sentir el respeto que le tenían a aquel hombre, el alivio que sentían por tenerlo allí, cuando le explicaron brevemente cuál era el problema.

–Si él quisiera venir conmigo, ¿le dejaríais ir? –preguntó el Maestro de las Formas cuando acabaron el relato, y luego le dijo a Aliso–: En el Bosquecillo Inmanente no tendrás miedo a tus sueños. Y así nosotros no tendremos miedo a tus sueños.

Todos dieron su consentimiento. El Maestro de las Formas asintió con la cabeza y desapareció. No estaba allí.

No había estado allí; había sido un envío, una imagen. Era la primera vez que Aliso veía manifestarse los grandes poderes de aquellos maestros, y se hubiera sentido acobardado de no haber estado ya más allá del asombro y el miedo.

Siguió al Portero adentrándose en la noche, a través de las calles, alejándose de las paredes de la Escuela, a través de campos debajo de una alta y redonda colina, y un largo riachuelo que cantaba la música de sus aguas suavemente en la oscuridad de sus orillas. Delante de ellos se alzaba una espesa arboleda, los árboles coronados por las luces grises de las estrellas.

El Maestro de las Formas se acercó por el sendero para reunirse con ellos, con el mismo aspecto que había tenido en la habitación. Él y el Portero hablaron un minuto, y luego Aliso siguió al Maestro de las Formas hasta adentrarse en el Bosquecillo.

–Los árboles son oscuros –le dijo Aliso a Gavilán–, pero debajo de ellos no está oscuro. Hay una luz allí... una iluminación.

Su oyente asentía con la cabeza, sonriendo un poco.

–Tan pronto como entré allí, supe que podría dormir. Sentí como si hubiera estado dormido todo el tiempo, en un sueño perverso, y en aquel momento, allí, estuviera despierto: de modo que realmente podría dormir. El Maestro de Formas me llevó entonces a un lugar, entre las raíces de un árbol inmenso, todo se veía tan suave con las hojas caídas del árbol, y me dijo que podía recostarme allí. Y así lo hice, y dormí. No puedo describir lo agradable que fue aquello.

El sol del mediodía caía cada vez con más fuerza; se metieron en la casa, y el anfitrión llevó pan y queso y un poco de carne seca. Aliso miraba a su alrededor mientras comían. La casa tenía únicamente aquella amplia habitación con su pequeño nicho en el lado oeste, pero era espaciosa, oscura y estaba bien ventilada; había sido construida sólidamente, con anchos tablones y vigas, tenía el suelo reluciente y una gran chimenea de piedra.

–Ésta es una casa muy noble –dijo Aliso.

–Y muy vieja. La llaman la casa del Viejo Mago. No por mí, ni por mi maestro Aihal, quien también vivió aquí, sino por su maestro Heleth, quien, junto con él, inmovilizó el gran terremoto. Es una buena casa.

Aliso durmió un poco otra vez debajo de los árboles con el sol brillando sobre él a través de las hojas danzarinas. Su anfitrión también descansó, pero no mucho; cuando Aliso se despertó, debajo del árbol había una cesta bastante grande llena de las pequeñas ciruelas doradas, y Gavilán estaba arriba, en los pasturajes de las cabras, arreglando una valla. Aliso se acercó para ayudarle, pero el trabajo ya estaba hecho. Las cabras, sin embargo, hacía mucho que se habían ido.

–Ninguna de ellas tiene leche –se quejó Gavilán mientras regresaban a la casa–. No tienen nada que hacer aparte de encontrar nuevas maneras de atravesar esa valla. Las mantengo por exasperación... El primer hechizo que aprendí fue para llamar cabras que andan vagando. Me lo enseñó mi tía. Ahora me sirve tan poco como cantarles una canción de amor. Será mejor que vaya a ver si se han metido en el huerto del viudo. No eres la clase de hechicero que puede encantar a una cabra para que se acerque, ¿verdad?

Las dos pequeñas cabras marrones habían de hecho invadido una parcela de repollos en las afueras de la aldea. Aliso repitió el sortilegio que Gavilán le enseñaba:

¡Noth hierth malk man, hiolk han merth han!

Las cabras lo miraron fijamente con abierto desdén y se alejaron un poco. Un par de gritos y un palo las alejaron por completo de los repollos y las encaminaron hacia el sendero; allí Gavilán sacó algunas ciruelas de uno de sus bolsillos. Haciéndoles promesas, ofrecimientos, y halagándolas, condujo lentamente a los animales de regreso a su pasturaje.

–Son criaturas extrañas –dijo, echándole la tranca a la verja–. Nunca sabes a qué atenerte con una cabra.

Aliso pensó que él nunca sabía a qué atenerse con su anfitrión, pero no lo dijo.

Cuando estuvieron sentados una vez más a la sombra, Gavilán dijo: –El Maestro de las Formas no es del norte, es un kargo. Como mi esposa. Era un guerrero de Karego–At. El único hombre que conozco procedente de esas tierras y que acabara en Roke. Los kargos no tienen hechiceros. Desconfían de toda clase de magia. Pero han sabido conservar mejor que nosotros los conocimientos de los Poderes Antiguos de la Tierra. Este hombre, Azver, cuando era joven, oyó una historia acerca del Bosquecillo Inmanente, y se le metió en la cabeza que el centro de todos los poderes de la tierra debía estar allí. De modo que dejó atrás a sus dioses y su lengua materna y emprendió su camino hacia Roke. Se detuvo en nuestra puerta y dijo: «¡Enseñadme a vivir en ese bosque!». Y así lo hicimos, hasta que él comenzó a enseñarnos a nosotros... Y se convirtió en nuestro Maestro de las Formas. No es un hombre amable, pero se puede confiar en él.

–Nunca pude tenerle miedo –dijo Aliso–. Era fácil estar en su compañía. Solía llevarme con él por el interior del bosque.

Se quedaron los dos en silencio, los dos pensando en los claros y en los pasillos que formaban los árboles de aquel bosque, en la luz del sol y en la de las estrellas brillando en sus hojas.

–Es el corazón del mundo –afirmó Aliso.

Gavilán levantó la vista hacia el este y miró las cuestas de la Montaña de Gont, oscurecida por sus propios árboles.

–Iré caminando hasta allí –aseguró–, hasta el bosque, cuando llegue el otoño. –Después de un rato dijo–: Dime qué consejo te dio el Maestro de las Formas, y por qué te envió a verme aquí.

–Dijo, mi señor, que tú sabías más de... de la tierra seca que cualquier otro hombre con vida, y que entonces tal vez podrías entender lo que significa el hecho de que las almas que habitan ese lugar acuden a mí como lo hacen, suplicándome que las libere.

–¿Dijo él por qué piensa que puede suceder eso?

–Sí. Dijo que quizás mi esposa y yo no supimos cómo separarnos, sólo cómo unirnos. Que no fue algo que hiciera yo, sino que tal vez fue algo que hicimos los dos, porque tiramos el uno del otro, como gotas de mercurio. Pero el Maestro de Invocaciones no estuvo de acuerdo con eso. Dijo que únicamente un gran poder de magia podía transgredir el orden del mundo. Ya que mi antiguo maestro Alcatraz también me tocó a través del muro, el Invocador dijo que tal vez fuera un poder mágico de Alcatraz que hubiera permanecido oculto o disfrazado en vida, pero que se revelase ahora.

Gavilán pensó unos instantes. –Cuando yo vivía en Roke –dijo–, puede que lo hubiera visto del mismo modo que el Invocador. No conocía otro poder allí más fuerte que lo que llamamos magia. Ni siquiera los Antiguos Poderes de la Tierra, pensaba yo... Si el Invocador que tú has conocido es el hombre que yo pienso, llegó a Roke cuando era sólo un niño. Mi viejo amigo Vetch de Iffish lo envió para que estudiara con nosotros. Y nunca más se fue. Esa es una diferencia entre él y Azver, el Maestro de las Formas. Azver vivió hasta ser adulto como el hijo de un guerrero, él mismo fue un guerrero, vivió entre hombres y mujeres, en el meollo mismo de la vida. Hay asuntos que las paredes de la Escuela dejan fuera, y él los ha vivido en carne propia. Sabe que los hombres y las mujeres aman, hacen el amor, se casan... Después de estos quince años al otro lado de esas paredes, me inclino a pensar que puede que Azver esté yendo por el buen camino. El lazo que existe entre tú y tu esposa es más poderoso que la división entre la vida y la muerte.

Aliso dudó. –Pensé que podría ser eso. Pero me resulta... vergonzoso pensarlo. Nos amamos el uno al otro, más de lo que puedo expresar con palabras, pero ¿fue acaso nuestro amor mayor que cualquier otro que haya existido antes? ¿Fue acaso mayor que el de Morred y Elfarran?

–Tal vez no menor.

–¿Cómo puede ser?

Gavilán lo miró como si reconociera algo, y le respondió con tanto cuidado que Aliso no pudo menos que sentirse honrado. –Bueno –dijo lentamente–, a veces hay grandes pasiones que acaban mal o con la muerte en su punto más álgido. Y puesto que terminan en la plenitud de su belleza, es el tema sobre el que cantan los arpistas y con el que crean historias los poetas: el amor que se escapa a los años. Ése fue el amor del Joven Rey y Elfarran. Ese fue tu amor, Hará. No fue mayor que el de Morred, pero ¿fue acaso el suyo mayor que el tuyo?

Aliso no dijo nada. Reflexionó.

–No hay nada más grande o más pequeño en algo absoluto –dijo Gavilán–. Todo o absolutamente nada, dice el verdadero amante, y ésa es la verdad. Mi amor nunca morirá, dice. Asegura eternidad. Y tiene toda la razón. ¿Cómo puede morir cuando es la vida misma? ¿Qué conocemos de la eternidad más que el atisbo que podemos vislumbrar de ella cuando formamos parte de ese lazo?

Habló suavemente pero con fuego y energía; luego se echó hacia atrás, y después de un momento dijo, con una media sonrisa dibujada sobre el rostro:

–Cualquier palurdo canta eso, cualquier muchacha que sueña con el amor lo sabe. Pero no es algo con lo que los Maestros de Roke estén familiarizados. Tal vez el Maestro de las Formas lo haya aprendido en su juventud. Yo lo aprendí más tarde. Muy tarde. Aunque no demasiado tarde. –Miró a Aliso, con el fuego aún encendido en sus ojos, desafiante–. Y tú lo tuviste –le dijo.

–Así es. –Aliso soltó un largo suspiro. Al poco rato dijo–: Tal vez estén allí juntos, en la tierra oscura. Morred y Elfarran.

–No –dijo Gavilán con sombría seguridad.

–Pero si el lazo es verdadero, ¿qué puede romperlo?

–Allí no hay amantes.

–Pero ¿entonces qué son, qué hacen, allí en esa tierra?

Tú has estado allí, has atravesado el muro. Has caminado y hablado con ellos. ¡Dímelo!

–Lo haré. –Pero Gavilán no dijo nada más durante un buen rato–. No me gusta pensar en ello –dijo. Se frotó la cabeza y frunció el ceño–. Tú has... tú has visto esas estrellas. Estrellas pequeñas, miserables, que nunca se mueven. No hay luna. No hay amanecer... Hay caminos, si bajas la pendiente de la colina. Caminos y ciudades. En la colina hay hierba, hierba muerta, pero más abajo solamente hay polvo y rocas. Allí nada crece. Son ciudades oscuras. Las multitudes de los muertos están de pie en las calles, o caminan por los caminos sin rumbo fijo. No hablan. No se tocan. Nunca se tocan. –Su voz era grave y seca–. Allí Morred podría pasar caminando junto a Elfarran y ni siquiera se daría la vuelta para mirarla, y ella tampoco lo vería... Allí no hay reencuentro alguno, Hará. No hay lazo. Allí la madre no tiene en brazos a su niño.

–Pero mi esposa acudió a mí –dijo Aliso–, pronunció mi nombre, ¡y me besó en la boca!

–Sí. Y puesto que tu amor no fue más grande que el resto de los amores mortales, y debido a que tú y ella no sois hechiceros poderosos, cuyos poderes puedan cambiar las leyes de la vida y la muerte, aquí hay algo más. Algo está sucediendo, algo está cambiando. A pesar de que pasa a través de ti y te pasa a ti, tú eres su instrumento y no su causa.

Gavilán se puso de pie y avanzó dando zancadas hasta llegar al comienzo del sendero que rodeaba el acantilado, luego regresó hasta donde estaba Aliso; estaba tenso, casi temblando con una energía impaciente, como un halcón a punto de lanzarse sobre su presa.

–¿No te dijo tu esposa, cuando la llamaste por su nombre verdadero, «Ése ya no es mi nombre...»?

–Sí–suspiró Aliso.

–Pero ¿cómo puede ser eso? Los que tenemos nombres verdaderos los mantenemos cuando morimos, ¿no es acaso nuestro Nombre el que se olvida?... Puedo decirte que éste es un misterio para los eruditos, pero, según lo entendemos nosotros, un nombre verdadero es una palabra en la Lengua Verdadera. Por eso, únicamente alguien que posea el don puede conocer el nombre de un niño y dárselo. Y el nombre compromete a ese ser, vivo o muerto. Todo el arte del Invocador se construye sobre eso... Sin embargo, cuando el Maestro invocó a tu esposa para que acudiera a él utilizando su nombre verdadero, ella no lo hizo. Tú la llamaste por su Nombre, Lirio, y ella acudió a ti. ¿Acudió a ti como a alguien que verdaderamente la conoce?

Miró fija y atentamente a Aliso, como quien ve más que el hombre que está sentado a su lado. Después de un buen rato prosiguió: –Cuando murió mi maestro, Ahila, mi esposa estaba aquí con él; y mientras se estaba muriendo le dijo: «Ha cambiado, todo ha cambiado». Estaba mirando a través de ese muro. Desde qué lado, no lo sé.

"Y desde aquella vez, realmente ha habido cambios, un rey en el trono de Morred, y ningún Archimago en Roke. Pero más que eso, mucho más. Vi a una niña invocando al dragón Kalessin, el Mayor: y

Kalessin acudió a ella, llamándola hija, como yo. ¿Qué significa eso? ¿Qué significa el hecho de que se hayan visto dragones sobrevolando las islas del Poniente? El Rey mandó buscarnos, envió un barco al Puerto de Gont, pidiéndole a mi hija Tehanu que acudiera a él y le diera consejos en lo que respecta a dragones. La gente teme que el antiguo convenio se rompa, que los dragones vengan a quemar los campos y las ciudades como lo hicieron antes de que Erreth–Akbé luchara contra Orm Embar. Y ahora, en la frontera entre la vida y la muerte, un alma rechaza el lazo de su nombre... No lo comprendo. Lo único que sé es que está cambiando. Todo está cambiando.

No había miedo en su voz, tan sólo una feroz exultación.

Aliso no podía compartir ese sentimiento. Había perdido demasiado y estaba demasiado agotado por su lucha contra fuerzas que no podía controlar ni comprender. Pero su corazón reaccionó ante semejante heroísmo.

–Puede que cambie para bien, señor –dijo.

–Que así sea –dijo el anciano–. Pero cambiar sí tiene que hacerlo.

Cuando el calor del día se iba apagando, Gavilán dijo que tenía que ir caminando hasta la aldea. Llevaba una cesta de ciruelas con una cesta de huevos dentro de la primera.

Aliso caminó con él y conversaron. Cuando Aliso comprendió que Gavilán trocaba frutas y huevos y los demás productos de la pequeña granja por harina de cebada y de trigo, que la madera que quemaba era recogida pacientemente en el bosque, que la escasez de leche de sus cabras significaba que debería hacer durar más tiempo el queso del año anterior, Aliso se quedó muy sorprendido: ¿cómo podía ser que el Archimago de Terramar viviera al día? ¿Acaso su propia gente no lo veneraba?

Cuando fue con él hasta la aldea, vio mujeres que cerraban sus puertas al ver acercarse al anciano. El vendedor que cogió sus huevos y su fruta hizo la cuenta en su tabla de madera sin pronunciar una sola palabra, con el rostro hosco y bajando la mirada. Gavilán le dijo amablemente: –Bueno, que tengas un buen día, Iddi. –Pero no recibió respuesta alguna.

–Señor –preguntó Aliso en el camino de regreso casa–, ¿saben ellos quién eres?

–No –respondió el antiguo Archimago, con una mirada seca y de soslayo–. Y sí.

–Pero... –Aliso no sabía cómo expresar su indignación.

–Saben que no tengo ningún poder para la magia, pero hay algo de mí que les resulta extraño. Saben que vivo con una extranjera, una mujer karga. Saben que la niña a la que llamamos nuestra hija es algo así como una bruja, pero aún peor, porque su rostro y una de sus manos fue quemada por el fuego, y porque ella misma fue quien quemó al Señor de Re Albi, o lo empujó y lo tiró por el acantilado, o lo mató con el ojo malvado, sus historias van variando. Sin embargo, adoran la casa en la que vivimos, porque fue la casa de Aihal y de Heleth, y los magos muertos son buenos magos... Tú eres un hombre de ciudad, Aliso, de una isla del reino de Morred. Una aldea en Gont es otra cosa.

–Pero ¿por qué te quedas aquí, señor? Seguramente el Rey te honraría mejor...

–No quiero que me honren –dijo el anciano, con una violencia que enmudeció a Aliso por completo.

Siguieron caminando. Cuando llegaron a la casa construida justo en el borde del acantilado volvió a hablar: –Éste es mi hogar–dijo.

Bebieron un vaso de vino tinto con la cena, y volvieron a sentarse en el banco de fuera para ver la puesta de sol. No hablaron mucho. El miedo de la noche, del sueño, estaba comenzando a apoderarse de Aliso.

–Yo no soy un sanador –le dijo su anfitrión–, pero tal vez pueda hacer lo mismo que el Maestro de Hierbas para que puedas dormir.

Aliso meditó la propuesta.

–Lo he estado pensando, y me parece que tal vez no fuera un hechizo lo que te mantuvo alejado de aquella colina, sino simplemente el tacto de una mano con vida. Si quieres, podemos intentarlo.

Aliso protestó, pero Gavilán le dijo: –De cualquier manera paso en vela la mitad de casi todas las noches. –Y así fue como el invitado se acostó aquella noche en la cama baja, en aquel rincón oscuro de la gran habitación, y el anfitrión se quedó sentado a su lado, mirando el fuego y dormitando.

También miraba a Aliso, y finalmente lo vio quedarse dormido; no mucho tiempo después de eso lo vio sobresaltarse y temblar en sueños. Alargó su mano y la posó sobre el hombro de Aliso mientras él yacía algo alejado. El hombre dormido se movió un poco, suspiró, se relajó, y siguió durmiendo.

Gavilán se sintió muy contento de poder hacer aquello. Tan bueno como un mago, se dijo no sin un leve sarcasmo.

No tenía sueño; todavía podía sentir la tensión recorriéndole todo el cuerpo. Pensó en todo lo que Aliso le había contado hasta entonces, y en lo que habían hablado esa misma tarde. Vio a Aliso de pie en el sendero junto a la parcela de repollos diciendo el sortilegio para llamar a las cabras, y la altiva indiferencia de éstas ante aquellas palabras carentes de poder. Recordó como él mismo solía utilizar el nombre del gavilán, el halcón de pantano, el águila gris, llamándolos para que bajaran desde el cielo hasta él con un aleteo de alas para coger su brazo con garras de hierro y mirarlo con furia, los ojos llenos de ira, ojos dorados... Eso ya no existía. Podía alardear, llamando a esta casa su hogar, pero no tenía alas.

Pero Tehanu sí. Las alas del dragón estaban para que ella volara sobre ellas.

El fuego se había extinguido. Estiró bien la piel de cordero sobre su cuerpo, apoyando la cabeza contra la pared, sin mover la mano del hombro inerte y tibio de Aliso. Aquel hombre le caía bien, y sentía pena por él.

Debía acordarse de pedirle que arreglara el cántaro verde mañana.

La hierba que crecía pegada al muro era corta, seca, muerta. Allí el viento no soplaba para moverla o hacerla crujir.

Se despertó sobresaltado, casi saltando de la silla y, después de unos instantes de desconcierto, puso otra vez su mano sobre el hombro de Aliso, cogiéndolo un poco, y susurró: –¡Hará! Ven hacia aquí, Hará. –Aliso se estremeció, luego se relajó. Volvió a suspirar, se dio la vuelta más hacia su lado y se quedó quieto.

Gavilán seguía sentado con la mano sobre el hombro del hombre dormido. ¿Cómo había podido llegar él hasta allí, hasta el muro de piedras? Ya no tenía el poder necesario para ir hasta allí. No tenía modo alguno de encontrar el camino. Como la noche anterior, el sueño o la visión de Aliso, el alma viajera de Aliso lo había arrastrado con ella hasta el límite de la tierra oscura.

Ahora estaba completamente despierto. Seguía sentado con la mirada fija en el rincón grisáceo de la ventana que daba al oeste, lleno de estrellas.

La hierba bajo el muro... No crecía más abajo de donde la colina se nivelaba en la tierra seca, sombría. Le había dicho a Aliso que allí abajo había solamente polvo, solamente rocas. Lechos de arroyos muertos en los que nunca corría el agua. Nada con vida. Ni un pájaro, ni un ratón de campo asustado, ni el brillo ni el zumbido de pequeños insectos, las criaturas del sol. Solamente los muertos, con sus ojos vacíos y sus rostros silenciosos.

Pero ¿acaso los pájaros no morían?

Un ratón, un mosquito, una cabra, una cabra blanca y marrón, con hábiles pezuñas, de ojos color ámbar, una cabra desvergonzada, Sippy, la que había sido la mascota de Tehanu, y la que había muerto el invierno pasado ya entrada en años, ¿dónde estaba Sippy?

No estaba en la tierra seca, en la tierra oscura. Estaba muerta, pero no estaba allí. Estaba en el lugar al que pertenecía, en la tierra. En la tierra, en la luz, en el viento, el salto de agua que cae de la roca, el ojo amarillo del sol.

Entonces por qué, entonces por qué...

Observó a Aliso recomponer el cántaro. De panza prominente y color verde jade, había sido el favorito de Tenar; lo había traído con ella desde la Granja de Roble, hacía ya muchos años. Se le había resbalado de las manos el otro día, mientras lo cogía del estante. Había recogido los dos pedazos más grandes y los trozos más pequeños con cierto conocimiento de cómo pegarlos unos con otros, al menos para que sirviera de adorno, aunque no pudiera volver a utilizarse nunca más. Cada vez que veía los trozos, que había colocado en una cesta, su torpeza le dejaba indignado.

Ahora, fascinado, observaba las manos de Aliso. Delgadas, fuertes, habilidosas, pacientes, daban forma al cántaro, acariciando y acomodando y encajando las piezas de cerámica, instando y acariciando, los dedos pulgares engatusando y guiando a los trozos pequeños hasta ponerlos en su sitio, uniendo unos con otros una vez más, tranquilizándolos. Mientras trabajaba murmuraba una canción monótona y compuesta por sólo dos palabras. Eran palabras del Habla Antigua. Ged sabía que ignoraba su significado. El rostro de Aliso tenía una expresión serena, toda la tensión y el pesar habían desaparecido: un rostro tan completamente absorto en el tiempo y en la tarea que a través de él brillaba una calma sin tiempo.

Sus manos se separaron del cántaro, abriéndose desde él como los pétalos de una flor que florece. Allí estaba, sobre la mesa de roble, entero.

Lo miró con silencioso placer.

Cuando Ged le dio las gracias, Aliso le respondió: –No ha sido nada. Las roturas estaban muy limpias. Es una pieza muy buena, y está hecha con buena arcilla. Lo que más cuesta enmendar es el trabajo hecho mal y de prisa.

–Quería preguntarte cómo dormiste anoche –dijo Ged.

Aliso se había despertado con las primeras luces de la mañana y se había levantado de la cama para que su anfitrión pudiera acostarse en ella y dormir profundamente hasta bien entrado el día; pero estaba claro que el acuerdo no duraría mucho.

–Ven conmigo –dijo el anciano.

Emprendieron el camino tierra adentro por un sendero que bordeaba el pasturaje de las cabras y serpenteaba entre lomas, campos pequeños a medio cuidar, y entradas al bosque. Para Aliso, Gont era un lugar de aspecto salvaje; desigual y fortuita, la escabrosa montaña siempre con el ceño fruncido y amenazándolo todo desde allí arriba.

–He estado pensando –dijo Gavilán mientras caminaban–, que si yo he podido ayudarte al igual que lo hizo el Maestro de Hierbas, manteniéndote alejado de la colma del muro simplemente posando mi mano sobre tu hombro, puede que haya otros que puedan ayudarte. Si no tienes nada contra los animales.

–¿Los animales?

–Verás –comenzó Gavilán, pero no dijo mucho más, interrumpido por una extraña criatura saltarina que bajaba Por el sendero hacia donde ellos se encontraban.

Iba envuelta en faldas y chales, pieles que sobresalían en todas las direcciones desde su cabeza, y llevaba unas botas altas de cuero. –¡Oh, Mastro, oh, Mastro! –gritaba.

–Hola, Brezo. Tranquila –dijo Gavilán.

La mujer se detuvo, sacudiendo su cuerpo, las pieles de su cabeza agitándose al viento, una gran sonrisa en el rostro.

–¡Lo sabía ella que vendrías tú por allí! –vociferó–. Hizo ese pico del halcón con los dedos así, lo ves, así lo hizo, ¡y me dijo vete, vete, con su mano! ¡Lo sabía ella que vendrías tú por allí!

–Y así lo haré.

–¿Para vernos a nosotras?

–Para verte a ti. Brezo, éste es el Maestro Aliso.

–Mastroliso –susurró, callándose de repente al incluir a Aliso en su conciencia. Se encogió, como metiéndose dentro de sí misma, bajó la vista para mirarse los pies.

No eran unas botas de cuero lo que llevaba. Sus piernas desnudas estaban cubiertas desde la rodilla hacia abajo con un lodo suave, marrón, muerto. Sus faldas caían unas sobre otras, recogidas en la cintura.

–Has estado cazando ranas, ¿no es cierto, Brezo?

La mujer asintió distraídamente con la cabeza.

–Iré a decírselo a Tía –dijo, comenzando con un susurro y acabando con un chillido, y salió disparada por donde había venido.

–Tiene un buen corazón –dijo Gavilán–. Solía ayudar a mi esposa. Ahora vive con nuestra bruja y la ayuda. No creo que tengas ningún problema en entrar en casa de una bruja, ¿verdad?

–No, en absoluto, señor.

–Muchos sí lo tienen. Nobles y gente normal, magos y hechiceros.

–Mi esposa Lirio era una bruja.

Gavilán asintió con la cabeza y caminó en silencio durante un rato. –¿Cómo descubrió ella su don, Aliso?

–Nació con ella. De niña podía hacer que una rama rota volviera a crecer en el árbol, y otros niños le llevaban sus juguetes rotos para que ella los arreglara. Pero cuando su padre la veía hacer esa clase de cosas, solía pegarle en las manos. Su familia era una familia importante en su ciudad. Eran gente respetable –dijo Aliso con su voz suave, sosegada–. No querían que frecuentara a brujas, pues eso evitaría que se casara con un hombre respetable. Así que siguió estudiando todo por su cuenta. Y las brujas de su ciudad no querían tener ninguna clase de contacto con ella, ni siquiera cuando acudió a ellas para que le enseñaran, porque temían mucho a su padre. Entonces llegó un hombre rico y pidió su mano, porque era hermosa, como ya he dicho antes, señor. Más hermosa de lo que podría yo expresar. Y su padre le dijo que debía casarse. Esa noche se escapó de su casa. Desde entonces vivió sola, vagando, durante algunos años. Alguna que otra bruja la acogió en alguna ocasión pero ella se mantenía gracias a su don.

–Taon no es una isla muy grande.

–Su padre no quiso buscarla. Dijo que ninguna bruja gitana sería su hija.

Una vez más, Gavilán asintió con la cabeza. –Y fue entonces cuando ella oyó hablar de ti y te buscó.

–Sí. Pero ella me enseñó más a mí de lo que yo hubiera podido enseñarle a ella –dijo Aliso honestamente–. Tenía un gran don.

–No lo dudo.

Habían llegado a una pequeña casa o a una gran cabaña, abandonada en un pequeño valle, con un avellano y trozos de escoba de bruja desparramados por todos lados; había una cabra en el tejado, y una bandada de gallinas blancas con motas negras cacareando por aquí y por allá, y una pequeña y perezosa perra pastora sentada muy erguida a punto de ladrar; lo pensó mejor y movió la cola.

Gavilán se acercó hasta la baja puerta de entrada de la casa, agachándose para mirar en su interior. –¡Estás aquí, Tía! –dijo–. Te he traído una visita. Aliso, un hechicero de la Isla de Taon. Su arte es el de enmendar, y es un maestro, te lo aseguro, puesto que acabo de verlo arreglar el cántaro verde de Tenar, ya sabes cuál es, el que yo, como un tonto viejo y torpe, dejé caer al suelo y rompí en mil pedazos el otro día.

Entró en la cabaña, y Aliso lo siguió. Una anciana estaba sentada en una silla con cojines cerca de la puerta, desde donde podía ver la luz del sol. De su cabellera rala y con mechones blancos sobresalían plumas. Tenía una gallina moteada sobre el regazo. Sonrió a Gavilán con encantadora dulzura e inclinó cortésmente la cabeza para saludar al visitante. La gallina se despertó, cacareó, y se fue.

–Ésta es Musgo –dijo Gavilán–, una bruja poseedora de muchas destrezas, de las cuales la más grande es la amabilidad.

Así, pensó Aliso, el Archimago de Roke podría haber presentado un gran hechicero a una gran dama. Hizo una reverencia. La anciana agachó la cabeza y se rió un poco.

Describió un movimiento circular con su mano izquierda, formulándole una pregunta con la mirada a Gavilán.

–¿Tenar? ¿Tehanu? –dijo él–. Todavía están en Havnor, con el Rey, hasta donde yo sé. Lo estarán pasando muy bien por allí, con todo el encanto de la ciudad y de los palacios.

–Confeccioné unas coronas para nosotros –gritó entonces Brezo, dirigiéndose a saltos hacia el oscuro y oloroso revoltijo que podía vislumbrarse hacia el interior de la casa–. Como reyes y reinas. ¿Lo veis? –Se arregló las plumas de polluelo que le salían de entre los gruesos cabellos en todas las direcciones. Tía Musgo, consciente de su propio y singular tocado, se ahuecó sin éxito las plumas con la mano izquierda e hizo una mueca.

–Las coronas son pesadas –dijo Gavilán. Con mucho cuidado cogió las plumas que volaban por los aires.

–¿Quién es la reina, Mastro? –gritó Brezo–. ¿Quién es la reina? Bannen es el rey, ¿quién es la reina?

–El Rey Lebannen no tiene reina, Brezo.

–¿Por qué? Debería de tener una. ¿Por qué no?

–Tal vez la esté buscando.

–¡Se casará con Tehanu! –chilló la mujer con alegría–. ¡Se casará con ella!

Aliso vio cómo el rostro de Gavilán cambiaba, se cerraba, se convertía en roca. Solamente dijo:

–Lo dudo. –Miró las plumas que había cogido del cabello de Musgo y las acarició suavemente–. He acudido a ti para pedirte un favor, como siempre, Tía Musgo –dijo.

Ella alargó su mano y cogió la de él con tanta ternura que Aliso se sintió conmovido hasta lo más profundo de su corazón.

–Quiero pedirte prestado uno de tus cachorros.

Musgo comenzó a mostrarse triste. Brezo, que estaba junto a ella con la mirada perdida, lo pensó un minuto y luego gritó: –¡Los cachorros! ¡Tía Musgo, los cachorros! ¡Pero si ya no queda ninguno!

La anciana asintió con la cabeza, parecía desolada, acariciando la mano oscura de Gavilán.

–¿Alguien quiso quedárselos?

–El más grande salió y quizás se metió en el bosque y alguna criatura lo mató allí, porque nunca regresó, y luego el viejo Pasado, vino y dijo que necesitaba perros pastores y se llevó a los dos y los entrenó y Tía se los dio porque perseguían a los polluelos nuevos, Copos de Nieve salió del cascarón y se comió casa y todo, y así, entonces.

–Bueno, puede que Paseador tenga allí un buen trabajo que hacer, entrenándolos –dijo Gavilán con una sonrisa–. Me alegro de que los tenga él, pero lamento que ya no estén aquí, puesto que quería pedirte uno prestado por una o dos noches. Dormían en tu cama, ¿verdad, Musgo?

La anciana asintió con la cabeza, seguía triste. Después, alegrándose un poco, miró hacia arriba con la cabeza ladeada y maulló.

Gavilán parpadeó, pero Brezo comprendió. –¡Ah! ¡Los gatitos! –gritó–. Pequeña, Gris tuvo cuatro, y Viejo Negro mató uno antes de que pudiéramos impedírselo, pero aún quedan dos o tres por alguna parte, duermen con Tía y con Biddy casi todas las noches ahora que los cachorros ya no están. ¡Gatito!, ¡gatito!, ¡gatito!, ¿dónde estás, gatito?–Y después de un buen rato de alboroto y de movimiento y de agudos maullidos en el oscuro interior de la casa, volvió a aparecer con un gatito gris que se aferraba a su mano chillando y con fuerza–. ¡Aquí hay uno! –gritó, y se lo lanzó a Gavilán. Éste lo cogió con torpeza. Instantáneamente el gatito le mordió.

–Bueno, bueno, ya está bien –le dijo–. Tranquilo, tranquilo.

Un pequeño maullido salió de la boca de aquel animalillo, e intentó morderle otra vez. Musgo hizo un gesto, y Gavilán puso a la pequeña criatura sobre el regazo de la anciana. Ésta lo acarició con su mano lenta y pesada. El animal en seguida se recostó, se estiró, la miró, y comenzó a ronronear.

–¿Puedo pedírtelo prestado durante un tiempo?

La vieja bruja levantó la mano del lomo del gatito con un gesto digno de la realeza que decía claramente: es tuyo y con mucho gusto.

–El Maestro Aliso está teniendo unos sueños un tanto perturbadores, ¿sabes?, y pensé que tal vez el hecho de tener un animal con él durante las noches podría ayudar a atenuar la molestia.

Musgo asintió seriamente con la cabeza y, levantando la vista para mirar a Aliso, deslizó la mano por debajo del gatito y lo alzó para entregárselo. Aliso lo cogió con mucho tiento. No maulló ni mordió. Le trepó por los brazos y se le aferró al cuello por debajo de los cabellos, los cuales llevaba ligeramente recogidos en la nuca.

Mientras caminaban de regreso hacia la casa del Viejo Mago, el gatito se metió dentro de la camisa de Aliso; Gavilán le explicó: –Una vez, cuando empezaba a practicar el arte de la magia, me pidieron que curara a un niño que tenía la fiebre roja. Sabía que el pequeño se estaba muriendo, pero fui incapaz de dejarlo ir. Intenté seguirlo para traerlo de regreso. A través del muro de piedra... Y entonces, dentro de mi cuerpo, me caí junto a la cama del niño y yo mismo me quedé allí tendido sobre el suelo como un muerto. Había una bruja allí que adivinó cuál era el problema, e hizo que me llevaran hasta mi casa y que me acostaran en mi cama. En mi casa había un animal que se había hecho amigo mío cuando yo era tan sólo un niño en Roke, una criatura salvaje que se acercó a mí por su propia voluntad y se quedó conmigo. Un otak. ¿Los conoces? Creo que no hay ninguno en el Norte.

Aliso dudó. Luego dijo: –Sé de ellos sólo por la Gesta que habla de cómo..., de cómo el mago llegó a la Corte de Terrenon en Osskil. Y el otak intentó advertirle de un gebbeth que caminaba con él. Y el mago pudo liberarse del gebbeth, pero el pequeño animal fue atrapado y asesinado.

Gavilán siguió caminando sin hablar durante un buen rato.

–Sí –dijo–. Pues bien, mi otak también me salvó la vida cuando quedé atrapado por mi propia locura del lado equivocado del muro, mi cuerpo yacía aquí y mi alma se extraviaba por allí. El otak se acercó a mí y me limpió, como se limpian entre ellos y a sus crías, como lo hacen los gatos, con una lengua seca, pacientemente, tocándome y trayéndome de regreso con su tacto, trayéndome de regreso a mi propio cuerpo. Y el obsequio que me dio el animal no fue sólo la vida sino un conocimiento más grande del que nunca hubiera aprendido en Roke... Pero ya ves, olvido todo lo que aprendo.

"Un conocimiento, digo yo, pero es más bien un misterio. ¿Cuál es la diferencia entre nosotros y los animales? ¿El habla? Todos los animales tienen un modo de hablar, de decir ven y ten cuidado y muchas cosas más; pero no pueden contar historias, y no pueden decir mentiras. Mientras que nosotros sí podemos...

"Pero los dragones hablan: hablan la Lengua Verdadera, el lenguaje de la Creación, en el que no hay mentiras, en el que contar la historia ¡es hacerla realidad! Y sin embargo llamamos a los dragones animales...

"Entonces tal vez la diferencia no sea el lenguaje. Tal vez sea esto: los animales no hacen ni el bien ni el mal. Hacen lo que tienen que hacer. La gente puede decir que lo que hacen es perjudicial o provechoso, pero el bien y el mal nos pertenecen a nosotros, que elegimos hacer lo que hacemos. Los dragones son peligrosos, sí. Pueden hacer daño, sí. Pero no son malos. Están por debajo de nuestra

moralidad, por decirlo de algún modo, como cualquier animal. O más allá de ella. No tienen nada que ver con ella.

"Nosotros tenemos que elegir una y otra vez. Los animales únicamente necesitan ser y hacer. Nosotros estamos sojuzgados, ellos son libres. De modo que estar con un animal es conocer un poco de libertad...

"Anoche estuve pensando que las brujas a menudo tienen un compañero, un familiar. Mi tía tenía un viejo perro que nunca ladraba. Le llamaba Gobefore. Y el Archimago Nemmerle, cuando llegué por primera vez a la Isla de Roke, tenía un cuervo que iba con él a todas partes. Y me acordé de una mujer joven que conocí una vez que llevaba una pequeña lagartija de dragón, un harekki, a modo de brazalete. Y entonces finalmente pensé en mi otak. Y luego pensé: si lo que Aliso necesita para quedarse de este lado del muro es el calor del tacto de un cuerpo, ¿por qué no el de un animal? Puesto que ellos ven la vida, no la muerte. Tal vez un perro o un gato sea tan bueno como un Maestro de Roke.

Y así resultó ser. El gatito, por lo visto muy feliz de estar lejos de aquella casa llena de perros y de gatos machos y de gallos y con la imprevisible Brezo, intentaba con esmero demostrar que era un gato fiable y diligente, patrullando la casa en busca de ratones, montado sobre el hombro de Aliso debajo de sus cabellos cuando se le permitía hacerlo, y acomodándose para dormir ronroneando debajo de su barbilla tan pronto corno éste se recostaba. Aliso dormía toda la noche sin tener ningún sueño que luego pudiera recordar, y se despertaba para encontrar al gatito sentado en su pecho, limpiándose las orejas con un aire de silenciosa virtud.

Sin embargo, cuando Gavilán intentó determinar su sexo, rugió y luchó por evitarlo. –Está bien –dijo, quitando rápidamente su mano para mantenerla fuera de peligro–. Como quieras. Puede ser un macho o una hembra, Aliso, de eso estoy seguro.

–De todos modos no le pondré ningún nombre –dijo Aliso–. Los gatitos se apagan como las llamas de las velas. Si le pones nombre a alguno, lloras más por él.

Ese día, Aliso sugirió que fueran a arreglar la valla y así lo hicieron, caminando junto a la valla del pasturaje de las cabras, Gavilán por dentro y Aliso por fuera. Cuando uno de los dos encontraba un lugar en el que las empalizadas parecían estar empezando a pudrirse o donde los listones atados estaban cediendo en sus uniones, Aliso pasaba las manos una y otra vez por la madera, apretando con los dedos pulgares y dando tirones y alisando y fortaleciendo, un canto apenas articulado y casi inaudible en el pecho y en la garganta, el rostro relajado y concentrado.

Una vez Gavilán, observándolo, murmuró: –¡Y yo que solía darlo todo por sentado!

Aliso, perdido en su trabajo, no le preguntó qué quería decir con eso.

–Ya está –dijo–, así estará bien. –Y siguieron avanzando, seguidos de cerca por las dos cabras curiosas, que embestían y empujaban las partes recompuestas de la valla como para ponerlas a prueba.

–He estado pensando –dijo Gavilán– que tal vez harías bien en ir a Havnor.

Aliso lo miró alarmado. –Ah –dijo–. Pensé que tal vez, ya que ahora he encontrado una manera de mantenerme alejado de... ese lugar... podría regresar a casa, a Taon. –Iba perdiendo la confianza en aquellas palabras a medida que las iba pronunciando.

–Podrías hacerlo, pero no creo que fuera algo muy prudente.

Aliso dijo con desgana: –Es mucho pedirle a un gatito, que defienda a un hombre contra los ejércitos de los muertos.

–Es cierto.

–Pero, yo... ¿qué haría yo en Havnor? –Y, con repentina esperanza, agregó–: ¿Vendrías tú conmigo?

Gavilán negó con la cabeza una vez. –Yo me quedo aquí.

–El Señor Maestro de las Formas...

–Te envió a mí. Y yo te envío a aquellos que deben escuchar tu historia y descubrir qué significa... Escúchame, Aliso, en su corazón, el Maestro de las Formas cree que todavía soy lo que una vez fui. Él cree que yo simplemente me estoy escondiendo aquí, en los bosques de Gont, y que apareceré cuando la necesidad sea muy grande. –El anciano bajó la mirada y vio sus ropas sudadas y remendadas y sus zapatos cubiertos de polvo, y se rió–. En todo mi esplendor –añadió.

–Beeeee –dijo la cabra marrón que estaba detrás de él.

–Pero de todos modos, Aliso, hizo bien en enviarte aquí, puesto que ella hubiera estado aquí de no haberse ido a Havnor.

–¿La Señora Tenar?

–Hama Gongun. Así la llamó el Maestro de las Formas –dijo Gavilán, mirando a Aliso a través de la valla, los ojos–insondables–. Una mujer en Gont. La mujer de Gont. Tehanu.

CAPÍTULO II

Palacios

Cuando Aliso bajó hasta el muelle, el Vuelalejos aún estaba allí, embarcando un cargamento de maderas; pero él sabía que ya no era bien recibido en ese barco. Fue hasta un pequeño barco de cabotaje de aspecto abandonado que estaba amarrado junto a él, el Bella Rosa.

Gavilán le había dado una carta de paso firmada por el Rey y sellada con la Runa de la Paz. –La envió para que yo la utilizara si cambiaba de parecer –le había dicho el anciano con un resoplido–. Te servirá a ti.

El dueño del barco, después de llamar a su contador para que se la leyera, se mostró bastante respetuoso con Aliso y se disculpó por la estrechez del casco de la nave y por la larga duración de la travesía. El Bella Rosa iría a Havnor, con toda seguridad, pero era un barco de cabotaje, que comerciaba con pequeña mercancía de puerto en puerto, y podía ser que le llevara un mes recorrer todos los puertos de la costa sudeste de la Gran Isla hasta llegar a la Ciudad del Rey.

Por él ya estaba bien, dijo Aliso. Porque si le temía al viaje, más aún le temía a su final.

De luna nueva a media luna, la travesía marítima fue un tiempo de paz para él. El gatito gris era un buen viajero, ocupado todo el día con los ratones del barco pero acurrucándose fielmente por las noches debajo de su barbilla o al alcance de su mano; y para su incesante asombro, ese pequeño trozo de vida cálida lo mantenía alejado del muro de piedras y de las voces que lo llamaban desde el otro lado. No completamente. No tanto como para que pudiera olvidarse de todo aquello por completo. Seguían allí, justo detrás del velo del sueño en la oscuridad, justo a través de la claridad del día. Durmiendo fuera en la cubierta, durante aquellas cálidas noches, abría a menudo los ojos para ver como las estrellas se movían, balanceándose al compás del barco amarrado, dibujando sus trayectos por todo el cielo hacia poniente. Seguía siendo un hombre atormentado. Pero durante medio mes estival, a lo largo de las costas de Kameber y Barnish y de la Gran Isla, pudo darles la espalda a sus fantasmas.

Durante días el gatito estuvo persiguiendo a una rata joven que era casi tan grande como él. Al verlo orgullosa y laboriosamente tirando del cadáver a través de la cubierta, uno de los marineros lo llamó Tirón. Y Aliso aceptó ese nombre.

Navegaron bajando por los Estrechos de Ebavnor y entraron por los pórticos de la Bahía de Havnor. Más allá de las aguas iluminadas por los rayos del sol, comenzaron a erguirse, poco a poco y por detrás de la neblina en la distancia, las torres blancas de la ciudad del centro del mundo. Aliso permaneció de pie en la proa mientras entraban a la bahía y al mirar hacia arriba vio en la cúspide de la torre más alta un destello de luz plateada, la Espada de Erreth–Akbé.

En ese momento, deseó poder quedarse a bordo y navegar y navegar v no desembarcar nunca en la gran ciudad, entre tanta gente importante, con una carta para el Rey. Sabía que no era un mensajero muy convincente. ¿Cómo era que había terminado con semejante responsabilidad sobre sus espaldas? ¿Cómo podía ser que se le pidiera a un hechicero de aldea que no sabía nada de asuntos de tanta importancia ni de artes profundas, que hiciera esos viajes de tierra en tierra, de mago a monarca, de los vivos a los muertos?

Le había dicho algo parecido a Gavilán:

–Todo esto me supera –le dijo.

El anciano lo miró durante un rato y luego, llamándolo por su nombre verdadero, le dijo:

–El mundo es inmenso y extraño, Hará, pero no más inmenso ni más extraño que nuestras mentes. A veces piensa en eso.

Detrás de la ciudad, el cielo se oscurecía con una tormenta que se acercaba desde el interior de la isla. Las torres ardían de blanco contra un fondo negro–morado, y las gaviotas remontaban el vuelo como chispas de fuego volando sin rumbo sobre ellas.

Se lanzaron las amarras del Bella Rosa, se sacó la pasarela. Esta vez los marineros le desearon buena suerte mientras se echaba su bolsa al hombro. Cogió la cesta cubierta en la que Tirón se agazapaba pacientemente, y desembarcó.

Las calles eran muchas y estaban repletas de gente, pero el camino hasta el palacio estaba claro, y no tenía idea de qué hacer excepto ir hasta allí y decir que traía una carta para el Rey de parte del Archimago Gavilán.

Y eso fue lo que hizo, muchas veces.

De un guardia al siguiente, de un oficial al siguiente, de las amplias escalinatas exteriores del palacio a elevadas antesalas, escaleras con barandillas doradas, oficinas internas con paredes llenas de tapices, sobre suelos de baldosas y de mármol y de roble, bajo techos artesonados, techos de vigas abovedados, pintados, fue repitiendo su cantinela:

–Vengo de parte de Gavilán, el antiguo Archimago, con una carta para el Rey. –No quería entregar su carta. Una comitiva, una multitud de guardias y ujieres y oficiales recelosos, semiciviles, condescendientes y contemporizadores, se iba reuniendo a su alrededor y haciéndose cada vez más densa, siguiéndolo y entorpeciendo su lento camino dentro del palacio.

De repente todos desaparecieron. Se abrió una puerta. Se cerró detrás de él.

Se vio solo en una habitación muy silenciosa. Había una gran ventana desde la que podían verse los tejados del noroeste. Los grandes nubarrones de la tormenta se habían despejado y la cima gris e inmensa del Monte de Onn se cernía sobre lejanas colinas.

Se abrió otra puerta. Por ella entró un hombre, vestido de negro, aproximadamente de la misma edad de Aliso, que se movía con rapidez, con un rostro agradable pero firme, terso como el bronce. Se dirigió directamente hacia donde estaba Aliso: –Maestro Aliso, yo soy Lebannen.

Alargó su mano derecha para tocar la mano de Aliso, palma contra palma, como era costumbre en Ea y en las Enlades. Aliso respondió automáticamente ante aquel gesto familiar. Después pensó que quizás tendría que arrodillarse, o al menos hacer una reverencia, pero el momento de hacer eso parecía haber pasado. Se quedó mudo.

–¿Vienes de parte de mi Señor Gavilán? ¿Cómo se encuentra? ¿Está bien?

–Sí, señor. Os envía... –Aliso buscó rápidamente la carta a tientas en su chaqueta. Había pensado entregársela al Rey de rodillas cuando al fin lo llevaran hasta el salón del trono en donde éste estaría sentado sobre su trono—... esta carta, señor.

Los ojos que lo observaban eran despiertos, afables, tan implacables como los de Gavilán, pero revelaban más de la mente que había detrás de ellos. Cuando el Rey cogió la carta que Aliso le ofrecía, su cortesía fue perfecta. –El portador de cualquier palabra que venga de él se ha ganado de corazón mi agradecimiento y mi bienvenida. ¿Me disculpas?

Aliso finalmente consiguió hacer una reverencia. El Rey fue hasta la ventana para leer la carta.

La leyó por lo menos dos veces, luego volvió a doblarla. Su rostro seguía tan impasible como antes. Fue hasta la puerta y habló con alguien que había allí fuera, luego regresó a donde estaba Aliso. –Por favor –dijo–, toma asiento conmigo. Nos traerán algo para comer. Sé que has estado toda la tarde dando vueltas por el palacio. Si el encargado de la puerta hubiera tenido el buen juicio de avisarme, podría haberte ahorrado horas de subir paredes y atravesar los fosos que ponen a mi alrededor... ¿Has estado entonces con mi Señor Gavilán? ¿En su casa al borde del acantilado?

–Sí.

–Te envidio. Yo nunca he estado allí. No lo he vuelto a ver desde que nos separamos en Roke, hace ya más de la mitad de mi vida. No quiso dejarme que fuera a verlo a Gont. Y él no quiso venir a mi coronación. –Lebannen sonrió como si nada de lo que decía tuviera importancia–. El me dio mi reino –dijo.

Sentándose, le hizo un gesto a Aliso con la cabeza, indicándole que cogiese la silla que estaba frente a él al otro lado de la pequeña mesa. Aliso miró la tabla de la mesa, las incrustaciones en forma de espirales con dibujos de marfil y de plata, hojas y flores del árbol amargo enroscadas alrededor de finas espadas.

–¿Has tenido un buen viaje? –preguntó el Rey, y entabló otra conversación trivial mientras les servían platos de carne fría y trucha ahumada y lechugas y queso. Le dio a Aliso un ejemplo de bienvenida comiendo con mucho apetito; y sirvió el vino, del color del más claro de los topacios, en copas de cristal. Alzó su copa–. Por mi señor y querido amigo –dijo.

Aliso murmuró: –Por él. –Y bebió.

El Rey habló de Taon, en donde había estado de visita hacía algunos años. Aliso recordaba la emoción de toda la isla cuando el Rey estuvo en Meoni. Y habló también de algunos músicos de Taon que estaban ahora en la ciudad, arpistas y cantantes que hacían música para la corte; podía ser que Aliso conociera a algunos de ellos; y de hecho los nombres que le dijo le resultaron familiares. Era un experto en hacer sentir cómodos a sus invitados, y la comida y el vino eran también una ayuda considerable.

Cuando terminaron de comer, el Rey sirvió otra copa de vino y dijo: –La carta habla más que nada de ti, ¿lo sabías? –El tono de su voz no había cambiado demasiado respecto al que había utilizado en la conversación banal anterior, y Aliso se sintió aturdido por un instante.

–No –respondió.

–¿Tienes idea de lo que dice?

–Tal vez hable de lo que sueño –dijo Aliso, hablando en voz baja, mirando hacia el suelo.

El Rey lo examinó unos instantes. No había nada ofensivo en su mirada, pero lo miraba más abiertamente de lo que hubiesen hecho muchos hombres. Luego cogió la carta y se la entregó a Aliso.

–Señor, leo muy poco.

Lebannen no se sorprendió, algunos hechiceros podían leer, otros no, pero quedó clarísimo que lamentó dejar a su invitado en desventaja. La piel de bronce dorado de su rostro se puso ligeramente roja. Y dijo: –Lo siento, Aliso. ¿Puedo leerte lo que dice?

–Por favor, señor –le respondió él. La vergüenza del Rey hizo que por un momento sintiera la igualdad entre ellos, y por primera vez habló con naturalidad y cordialidad.

Lebannen echó un vistazo al saludo y a las primeras líneas de la carta y luego leyó en voz alta:

–«Aliso de Taon, quien te lleva esta carta, es llamado en sueños y en contra de su propia voluntad, desde esa tierra que tú y yo atravesamos una vez juntos. Te hablará de sufrimiento en donde el sufrimiento es pasado y de cambio en donde nada cambia. Cerramos la puerta que Cob abrió. Ahora tal vez el propio muro tenga que caer. Ha estado en Roke. Sólo Azver le escuchó. Mi señor el Rey le escuchará y actuará como lo dicte la sabiduría y lo requiera la necesidad. Aliso lleva consigo mi honor y mi obediencia de toda la vida a mi señor el Rey. También mi honor y mi estima de toda la vida para mi querida Tenar. También un mensaje hablado de mi parte para mi adorada hija Tehanu.» Y la firma con la Runa de la Garra. –Lebannen levantó la vista de la carta, miró a Aliso a los ojos y le sostuvo la mirada–. Cuéntame cuál es tu sueño –le pidió.

Así que una vez más Aliso contó su historia.

La contó brevemente y no muy bien. Aunque había estado al cuidado de Gavilán, el antiguo Archimago se vestía, parecía y vivía como un viejo aldeano o granjero, un hombre de la misma clase y reputación que Aliso, y esa simplicidad había vencido toda timidez superficial. Pero por muy amable y cortés que pudiera ser el Rey, parecía el Rey, se comportaba como el Rey, era el Rey, y para Aliso esa distancia era insuperable. Se apresuró a contar la historia con la mayor rapidez y lo mejor que pudo, y al terminar se sintió aliviado.

Lebannen le hizo algunas preguntas. Lirio y luego Alcatraz habían tocado ambos una vez a Aliso, ¿y desde entonces nunca más? ¿Y el tacto de Alcatraz le había quemado la mano?

Aliso mostró su mano. Las marcas eran casi invisibles por debajo del bronceado de casi un mes bajo los rayos del sol.

–Creo que la gente del muro me tocaría si me acercara a ellos –dijo.

–Pero ¿te mantienes alejado de ellos?

–Así lo he hecho, sí.

–¿Y no son personas que hayas conocido?

–A veces creo que conozco a uno u otro.

–Pero ¿nunca ves a tu esposa?

–Hay tantos, señor. A veces pienso que ella está allí. Pero no puedo verla.

Hablar acerca de todo aquello hacía que lo sintiera cerca, demasiado cerca. Notó cómo el miedo brotaba en él una vez más. Pensó que las paredes de aquel salón podían desaparecer y el cielo del atardecer y la cumbre flotante de la montaña esfumarse como una cortina que se aparta, para dejarlo de pie en donde siempre estaba, en una colina oscura junto a un muro de piedras.

–Aliso.

Levantó la mirada, temblando, la cabeza le daba vueltas. El salón parecía luminoso, el rostro del Rey, fuerte y vivo.

–¿Te quedarás aquí, en palacio?

Era una invitación, pero Aliso solamente pudo asentir con la cabeza, aceptándola como una orden.

–Bien. Haré lo necesario para que entregues el mensaje que traes para Tehanu mañana. Y sé que la Dama Blanca deseará hablar contigo.

Aliso hizo una reverencia. Lebannen dio media vuelta y comenzó a alejarse.

–Señor...

Lebannen se volvió.

–¿Puedo tener a mi gato conmigo?

Ni un atisbo de sonrisa, ni una burla:

–Por supuesto.

–Señor, ¡lamento de todo corazón traer noticias que os molesten!

–Cualquier palabra de parte del hombre que te ha enviado es una bendición para mí y para su portador. Y prefiero tener malas noticias de un hombre honesto que mentiras de un adulador –dijo Lebannen, y Aliso, al percibir en aquellas palabras el verdadero acento de sus islas natales, se sintió un poco más animado.

El Rey salió del salón, y en seguida un hombre asomó la cabeza por la puerta por la que había entrado Aliso.

–Os llevaré hasta vuestra habitación, si sois tan amable de seguirme, señor –le dijo. Era solemne, mayor, e iba bien vestido, y Aliso lo siguió sin tener idea de si se trataba de un noble o de un sirviente, y por lo tanto no se atrevió a preguntarle nada acerca de Tirón. En el salón anterior a aquel en el que había conocido al Rey, los oficiales, los guardias y los ujieres habían insistido mucho en que dejara su cesta con ellos. Ya había sido observada con sospecha e inspeccionada con desaprobación por diez o quince oficiales. Había explicado diez o quince veces que llevaba al gato con él porque no tenía ningún sitio en la ciudad donde dejarlo. La antesala en la que se había visto obligado a dejar la cesta con el gatito estaba ya bastante lejos de donde se encontraba ahora, y no había visto la cesta allí cuando la atravesaron, y ahora nunca la encontraría. Quedaba a más de medio palacio de distancia, corredores, vestíbulos, pasillos, puertas...

Su guía hizo una reverencia y lo dejó en una habitación pequeña y hermosa, con las paredes llenas de tapices, el suelo lleno de alfombras, una silla de asiento bordado, una ventana que daba al puerto, una mesa sobre la que había un cuenco con frutas de verano y un cántaro con agua. Y la cesta del gatito.

La abrió. Tirón salió de ella con mucha calma, indicando su familiaridad con los palacios. Se estiró, olfateó los dedos de Aliso a modo de saludo, y recorrió la habitación examinándolo todo. Descubrió un nicho detrás de una cortina con una cama en él y saltó para subirse a ella. Alguien golpeó la puerta con discreción. Un joven entró con una caja de madera larga, plana, pesada y sin tapa. El hombre le hizo una reverencia a Aliso, murmurando: –Arena, señor. –Colocó la caja en el rincón más alejado del nicho, hizo otra reverencia y se fue.

–Bueno –dijo Aliso, sentándose sobre la cama. No tenía la costumbre de hablarle al gatito. Su relación era de silencio, tacto y confianza. Pero tenía que hablar con alguien–. Hoy he conocido al Rey –dijo.

El Rey tenía demasiada gente con la que hablar antes de poder sentarse en su cama. Los más importantes entre esa gente eran los emisarios del Supremo Rey de los kargos. Estaban a punto ya de marcharse, habiendo cumplido con su misión en Havnor, para su propia satisfacción aunque no para la de Lebannen.

Éste había estado esperando la visita de aquellos embajadores como la culminación de años de pacientes propuestas, invitaciones y negociaciones. Durante los diez primeros años de su reinado no había podido lograr absolutamente nada con los kargos. El Dios–Rey en Awabath rechazaba sus ofrecimientos para hacer tratados y comerciar y mandaba a los enviados del Rey Lebannen de regreso sin siquiera haber sido escuchados, declarando que los dioses no hablaban con viles mortales, y aún menos con detestables hechiceros. Pero las proclamaciones de imperio universal divino del Dios–Rey no seguían su lógica si se pensaba en las flotas amenazadas por una miríada de barcos que llevaban guerreros adornados con plumas para invadir el poniente carente de Dios. Incluso los asaltos de los piratas que habían atormentado a las islas más orientales del Archipiélago durante tanto tiempo, habían cesado. Los piratas se habían convertido en contrabandistas, buscaban cambiar todos los productos no autorizados que pudieran sacar de Karego–At por hierro y acero y bronce del Archipiélago, puesto que las tierras kargas tenían muy pocas minas y metales.

Fue con estos comerciantes ilícitos con quienes llegaron las primeras noticias de ascenso del Supremo Rey.

En Hur–at–Hur, la enorme y pobre isla más oriental de las Tierras de Kargad, un señor de la guerra, Thol, que aseguraba ser descendiente de Thoreg de Hupun y del Dios Wuluah, se había nombrado a sí mismo Supremo Rey de esa tierra. Después había conquistado Atnini, y luego, con una flota y un ejército invasor proveniente tanto de Hur–at–Hur como de Atnini, había logrado dominar la rica isla central, Karego–At. Mientras sus guerreros luchaban para abrirse camino hasta Awabath, la capital, la gente de la ciudad se sublevaba contra la tiranía del Dios–Rey. Mataron a los sumos sacerdotes, sacaron a los burócratas de los templos, abrieron las puertas de par en par, y dieron la bienvenida al Rey Thol al trono de Thoreg con pancartas y bailando en las calles.

El Dios–Rey huyó con algunos de sus guardias y hierofantes al Lugar de las Tumbas de Atuan. Allí, en el desierto, en su templo junto a las ruinas destrozadas por el terremoto del santuario de los Sin Nombre, uno de sus eunucos–sacerdotes le cortó la garganta al Dios–Rey.

Thol se nombró a sí mismo Supremo Rey de las Cuatro Tierras de Kargad. En cuanto Lebannen se enteró de aquella noticia, envió embajadores para que recibieran a su hermano rey y le garantizaran el amistoso mandato del Archipiélago.

Desde entonces habían transcurrido cinco años de difícil y agotadora diplomacia. Thol era un hombre violento en un trono amenazado. En las ruinas de la teocracia, todo control en su reinado era arriesgado, toda autoridad cuestionable. Reyes menores se proclamaban a sí mismos constantemente y tenían que ser comprados o golpeados hasta que decidieran obedecer al Supremo Rey. Surgían sectarios de santuarios y cavernas gritando «¡Maldito sea el poderoso!» y prediciendo terremotos, mareas peligrosas, pestes para los deicidas. Gobernando un imperio agitado y dividido, Thol apenas podía confiar en los habitantes poderosos y ricos del Archipiélago.

Para él no significaba nada que su Rey hablara de amistad, agitando el Anillo de la Paz. ¿Acaso no habían tenido los kargos el control de ese anillo alguna vez? Había sido fabricado en tiempos remotos en el Oeste, pero hacía mucho tiempo, el Rey Thoreg de Hupun lo había aceptado como regalo del héroe Erreth–Akbé, como símbolo de concordia entre tierras kargas y hárdicas. Había desaparecido, y había habido guerra, no concordia. Pero luego el Mago–Halcón había encontrado el anillo y había vuelto a robarlo, junto con la Sacerdotisa de las Tumbas de Atuan, y había llevado a ambos a Havnor. Allí había acabado la confianza en los habitantes del Archipiélago.

A través de sus emisarios, Lebannen explicó paciente y amablemente que el Anillo de la Paz había sido en un comienzo un regalo que Morred le había hecho a Elfarran, un precioso recuerdo del Rey y la Reina más queridos del Archipiélago. Así como también un objeto muy sagrado, puesto que en él estaba la Runa de la Unión, un poderoso sortilegio de protección. Casi cuatro siglos atrás, Erreth–Akbé la había llevado a las Tierras de Kargad como promesa de paz inquebrantable. Pero los sacerdotes de Awabath habían roto aquella promesa, y habían roto el Anillo. Ahora hacía ya unos cuarenta años que Gavilán de Roke y Tenar de Atuan habían vuelto a unir el Anillo. ¿Qué había pasado entonces con la paz?

Ésa había sido la esencia de sus mensajes para el Rey Thol.

Y hacía un mes, justo después de la Larga Danza del verano, una flota de barcos había llegado navegando directamente por el Pasaje de Felkway, subiendo por los Estrechos de Ebavnor, y entre los pórticos de la Bahía de Havnor: largos barcos rojos con velas rojas, cargados de guerreros adornados con plumas, emisarios con espléndidas túnicas, y algunas mujeres con velo.

–Dejad que la hija de Thol el Supremo Rey, que se sienta en el Trono de Thoreg y cuyo ancestro era Wuluah, lleve el Anillo de la Paz en su brazo, al igual que lo llevara la Reina Elfarran de Solea, y éste será el símbolo de paz eterna entre las Islas Occidentales y las Orientales.

Ése fue el mensaje que le envió el Supremo Rey a Lebannen. Fue escrito en grandes runas hárdicas sobre un rollo de pergamino, pero antes de entregárselo al Rey Lebannen, el embajador de Thol lo leyó en voz alta, en público, en la recepción de los emisarios en Havnor, con toda la corte allí para honrar a los enviados kargos. Tal vez fuera porque el embajador en realidad no sabía leer hárdico y por lo tanto pronunciara las palabras de memoria, lentamente y en voz alta, pero el caso es que éstas sonaron como si se tratara de un ultimátum.

La princesa no dijo nada. Estaba de pie, en medio de las diez doncellas o muchachas esclavas que la habían acompañado a Havnor y del tropel de muchachas cortesanas que habían sido asignadas precipitadamente para cuidarla y honrarla. La princesa llevaba un velo, de pies a cabeza, como era, según parece, la costumbre de mujeres de buena familia en Hur–at–Hur. Los velos, rojos con líneas de bordados de oro, caían rectos desde un sombrero de ala plana o de un tocado, de modo que la princesa parecía ser una columna o un pilar rojo, cilíndrico, anodino, inmóvil, silencioso.

–El Supremo Rey Thol nos complace con su honra –dijo Lebannen con su voz clara y tranquila; y luego hizo una pausa. La corte y los emisarios esperaron–. Eres bienvenida aquí, princesa –le dijo a la figura cubierta por el velo. Ésta ni se movió–. Dejad que la princesa se aloje en la Casa del Río, y que todo sea como ella lo desee –añadió Lebannen.

La Casa del Río era un hermoso pequeño palacio en el extremo septentrional de la ciudad, encajado en la antigua muralla de la ciudad, con terrazas que sobresalían construidas sobre el pequeño Río Serenen. Lo había hecho edificar la Reina Heru, y solía llamársele la Casa de la Reina. Cuando Lebannen subió al trono había hecho que lo rehabilitaran y volvieran a amueblarlo, junto con el Palacio de Maharion, llamado el Nuevo Palacio, en el que se reunía con la corte. Utilizaba la Casa del Río solamente para las festividades del verano y a veces como refugio para sí mismo durante unos pocos días.

Sus cortesanos comenzaron a murmurar. ¿La Casa de la Reina?

Después de las formalidades necesarias con los emisarios kargos, Lebannen abandonó el salón de audiencias. Fue hasta su vestidor, en donde podía estar tan solo como puede estarlo un rey, con su viejo sirviente, Roble, a quien conocía de toda la vida.

Estiró el pergamino dorado sobre una mesa. –Es como el queso en una trampa para ratas –dijo. Estaba temblando. Desenfundó rápidamente el puñal que llevaba siempre con él y lo clavó sobre el mensaje del Supremo Rey–. Una buena emboscada –dijo–. El Anillo en su brazo y el collar alrededor de mi cuello.

Roble lo miraba fijamente y totalmente consternado. El Príncipe Arren de Enlad nunca se había enfadado. Cuando era niño podía ser que llorara un momento, tan sólo un sollozo, pero eso era todo. Estaba demasiado bien entrenado, demasiado bien disciplinado como para dejar que la furia saliera fuera. Y como Rey, un rey que se había ganado su reinado atravesando la tierra de los muertos, podía ser severo, pero siempre, pensaba Roble, demasiado orgulloso, demasiado fuerte como para dejar que la furia se desatara.

–¡No me utilizarán! –dijo Lebannen, apuñalando el pergamino una vez más, con el rostro tan negro y ciego de ira que el anciano se alejó de él sintiendo verdadero terror.

Lebannen lo vio. Siempre veía a la gente que tenía alrededor.

Volvió a meter el puñal en su vaina. Dijo con una voz más tranquila: –Roble, por mi nombre, destruiré a Thol y a su reino antes que permitir que me utilice como escabel para su trono. –Luego dio un largo suspiro y se sentó para dejar que Roble levantara la capa, pesada por el oro de los bordados, y la colocara sobre sus hombros.

Roble nunca dijo una palabra de aquella escena a nadie, pero sí que hubo, por supuesto, especulaciones inmediatas y continuas acerca de la princesa de los kargos y de lo que el Rey haría con ella, o más bien qué había hecho ya.

No había dicho que aceptara la oferta de tener a la princesa por prometida. Puesto que todo indicaba que se la habían ofrecido como prometida: el lenguaje que hablaba del Anillo de Elfarran apenas disimulaba la oferta, o el trato, o la amenaza. Pero él tampoco la había rechazado. Su respuesta (analizada infinidad de veces) había sido decir que era bienvenida, que todo debía ser como ella lo desease, y que debía vivir en la Casa del Río: la Casa de la Reina. Con toda seguridad eso era algo muy significativo, ¿verdad? Pero, por otro lado, ¿por qué no en el Nuevo Palacio? ¿Por qué enviarla al otro lado de la ciudad?

Desde la coronación de Lebannen, las damas de casas nobles y las princesas de los antiguos linajes reales de En–lad, Ea y Shelieth, habían ido a visitar o a quedarse en la corte. Todas habían sido recibidas como miembros de la realeza, y el Rey había bailado en sus bodas puesto que, una por una, se habían decidido por hombres nobles o ricos plebeyos. Era bien sabido que disfrutaba de la compañía de las mujeres así como de su opinión, que flirtearía gustosamente con una hermosa muchacha e invitaría a una mujer inteligente a que le diera su opinión, a que le tomara el pelo, o a que lo consolara. Pero no había muchacha o mujer que se acercara nunca a una sombra de posibilidad de casarse con él. Y ninguna había sido alojada nunca en la Casa del Río.

«El Rey debe tener una Reina», le decían sus asesores con bastante asiduidad.

«Realmente debes casarte, Arren», le había dicho su madre la última vez que la viera con vida.

«¿El heredero de Morred no tendrá heredero?», se preguntaba la gente de la ciudad.

A todos les había dicho él: «Dadme tiempo. Tengo que reconstruir las ruinas de un reino. Dejadme construir una casa digna de una reina y un reino que mi hijo pueda gobernar». Y puesto que era bien querido y confiado, y aún un hombre joven y, a pesar de su sobriedad, encantador y persuasivo, había escapado a todas las prometedoras doncellas. Hasta entonces.

¿Qué había debajo de aquellos rígidos velos rojos?

¿Quién vivía dentro de aquella tienda tan poco reveladora? Las damas que habían sido escogidas como séquito de la princesa fueron asediadas a preguntas. ¿Era hermosa? ¿Fea? ¿Era cierto que era alta y delgada, baja y musculosa, blanca como la leche, que tenía marcas de viruela, un solo ojo, cabellos amarillos, cabellos negros, cuarenta y cinco años, que era una cretina que decía tonterías, o poseedora de una belleza radiante?

Poco a poco los rumores comenzaron a adquirir un color. Era joven, aunque no una niña; no tenía los cabellos ni amarillos ni negros; era bastante hermosa, decían algunas de las damas; ordinaria, decían otras. No hablaba ni una palabra de hárdico, decían todas, y no quería aprender. Se escondía entre sus mujeres, y cuando se veía obligada a abandonar su habitación, se ocultaba en sus velos rojos. El Rey le había hecho una visita de cortesía. Ella no había hecho una reverencia para saludarlo, ni le había hablado, ni había hecho ningún gesto, simplemente se había quedado allí de pie, contaba la anciana Dama lyesa llena de irritación: «Como una chimenea de ladrillos».

Él le habló a través de hombres que habían sido sus emisarios en las Tierras de Kargad y a través del embajador kargo, que hablaba hárdico bastante bien. Le costó bastante trabajo, pero finalmente logró transmitir sus saludos y emitir sus preguntas con respecto a sus deseos. Los traductores hablaron con las mujeres de la princesa, cuyos velos eran más cortos y un poco menos impenetrables. Las mujeres se reunieron alrededor del rojo pilar inmóvil y hablaron entre dientes y masculllaron y regresaron a los traductores, y los traductores informaron al Rey de que la princesa estaba contenta y no necesitaba nada.

Hacía ya medio mes que estaba allí cuando Tenar y Tehanu llegaron de Gont. Lebannen había enviado un barco y un mensaje rogándoles que acudieran a Havnor, poco antes de que la flota karga trajera a la princesa, y por razones que no tenían nada que ver con ella o con el Rey Thol. Pero la primera vez que se quedó sola con Tenar, explotó: –¿Qué voy a hacer con ella? ¿Qué puedo hacer?

–Cuéntame –dijo Tenar, y parecía bastante asombrada.

Lebannen había pasado solamente un rato en compañía de Tenar, a pesar de que se habían escrito algunas cartas los últimos años; todavía no se había acostumbrado a sus cabellos grises, y parecía más pequeña de lo que él la recordaba; pero con ella sintió inmediatamente, tal como lo había sentido quince años atrás, que podía decirle cualquier cosa y ella lo comprendería.

–Durante cinco años he conseguido comerciar con los kargos y he intentado mantener una buena relación con Thol, porque es un señor de la guerra y porque no quiero que mi reino sea saqueado, como lo fue el reino de Maharion, entre los dragones del Oeste y los señores de la guerra en el Este. Y porque gobierno con el Símbolo de la Paz. Y todo iba bastante bien, hasta ahora. Hasta que él envía a su muchacha en el momento menos pensado, diciendo: si quieres paz, dale el Anillo de Elfarran. ¡Tenar! ¡Es tuyo y de Ged!

Tenar pensó un buen rato. –Es su hija, después de todo.

–¿Qué es una hija para un rey bárbaro? Bienes. Una pieza para negociar, algo con lo que ganar ventaja. ¡Tú lo sabes! ¡Tú naciste allí!

No era propio de él hablar de esa manera, y él mismo se dio cuenta. De repente se arrodilló, cogiéndole la mano y poniéndola sobre sus ojos para demostrar su arrepentimiento.

–Tenar, lo siento. Todo este asunto me altera más allá de toda razón. No veo qué es lo que puedo hacer.

–Bueno, mientras no hagas nada, tienes libertad de movimiento... Tal vez la princesa tenga también una opinión propia.

–¿Cómo podría ser eso? ¿Oculta en ese saco rojo? No quiere hablar, no quiere ver, bien podría ser el palo de una tienda. –Intentó reírse. Lo asustó su propio resentimiento incontrolable e intentó excusarlo–. Esto comenzó justo cuando recibí noticias inquietantes del Oeste. Fue por eso por lo que os pedí a ti y a Tehanu que vinierais. No para molestaros con esta tontería.

–No es una tontería –dijo Tenar, pero él desechó el asunto, quitándole importancia, y comenzó a hablar de dragones.

Puesto que las noticias del Oeste habían sido verdaderamente inquietantes, había logrado no pensar para nada en la princesa, durante gran parte del tiempo. Era consciente de que no era su costumbre manejar los asuntos de Estado ignorándolos. Cuando se es manipulado, uno manipula a otros. Varios días después de aquella conversación, le pidió a Tenar que visitara a la princesa, y que intentase hablar con ella. Después de todo, dijo, hablaban el mismo idioma.

–Es probable –dijo Tenar–. Nunca conocí a nadie de Hur–at–Hur. En Atuan los llamábamos bárbaros.

Había sido reprendido. Pero por supuesto ella hizo lo que él le pidió. Al poco tiempo Tenar informó de que ella y la princesa hablaban el mismo idioma, o casi el mismo, y la princesa no sabía que hubiera otras lenguas. Pensaba que toda la gente de Havnor, los cortesanos y las damas, eran malévolos lunáticos, que se burlaban de ella parloteando y cotorreando como animales sin habla humana. Hasta donde había entendido Tenar, la princesa había crecido en el desierto, en los primeros dominios del Rey Thol en Hur–at–Hur, y había estado sólo muy brevemente en la corte imperial en Awabath antes de ser enviada a Havnor.

–Tiene miedo –dijo Tenar.

–Entonces se esconde en su tienda. ¿Qué cree que soy?

–¿Cómo puede saber lo que eres?

Lebannen frunció el ceño. –¿Cuántos años tiene?

–Es joven. Pero ya es una mujer.

–No puedo casarme con ella –dijo él, con repentina determinación–. La enviaré de regreso a su tierra.

–Una prometida rechazada es una mujer deshonrada. Si la envías de regreso, puede que Thol la mate para mantener la deshonra alejada de su hogar. Seguramente considerará que pretendes deshonrarlo a él.

Una vez más la ira invadió todo su rostro.

Tenar se le anticipó. –Costumbres bárbaras –dijo severamente.

Lebannen recorrió el salón de una punta a la otra dando zancadas. –Muy bien. Pero no consideraré a esta muchacha reina del Reino de Morred. ¿Puede enseñársele a hablar hárdico? ¿Algunas palabras, por lo menos? ¿Es capaz de aprender? Le diré a Thol que un rey hárdico no puede casarse con una mujer que no habla la lengua del Reino. No me importa si no le gusta, necesita una bofetada. Y me hará ganar tiempo.

–¿Y le pedirás que aprenda hárdico?

–¿Cómo puedo pedirle algo si cree que todo es un galimatías? ¿De qué puede servir que yo hable con ella? Pensé que tal vez tú podrías hacerlo, Tenar... Tienes que darte cuenta de que esto es una imposición, el hecho de utilizar a esta muchacha para que Thol sea mi igual, ¡utilizar el Anillo, el Anillo que vosotros nos trajisteis, como trampa! Creo que ni siquiera puedo perdonarlo. Estoy dispuesto a contemporizar, a retrasarme, para mantener la paz. Nada más. Hasta ese engaño es repugnante. Dile a la muchacha lo mejor que se te ocurra. No quiero tener nada que ver con ella.

Y salió del salón con ira, la cual se fue enfriando lentamente hasta convertirse en un sentimiento de inseguridad muy parecido a la vergüenza.

Cuando los emisarios kargos anunciaron que pronto se marcharían, Lebannen preparó un mensaje cuidadosamente redactado para el Rey Thol. Expresó su agradecimiento por el honor de contar con la presencia de la princesa en Havnor y por el placer que él y su corte tendrían al iniciarla en los modales, las costumbres y la lengua de su reino. No dijo absolutamente nada acerca del Anillo, acerca de casarse con ella, o de no hacerlo.

Fue la tarde posterior a su conversación con el hechicero de Taon, perturbado por sus sueños, cuando se reunió por última vez con los kargos y les entregó su carta para el Supremo Rey. Primero la leyó en voz alta, al igual que el embajador había leído en voz alta la carta que Thol le enviara a él.

El embajador escuchó con satisfacción. –El Supremo Rey estará encantado –dijo.

Durante todo el tiempo que estuvo diciendo frases amables y exponiendo los regalos que le enviaría a Thol, Lebannen se rompía la cabeza tratando de comprender la relajada aceptación de su evasiva. Todos sus pensamientos llegaban a una misma conclusión: Sabe que no puedo deshacerme de ella. A lo que su mente dio una respuesta apasionada y silenciosa: Nunca.

Preguntó si el embajador pasaría por la Casa del Río para decirle adiós a la princesa. El embajador lo miró con la mirada vacía, como si se le hubiera preguntado si iba a despedirse de un paquete que había entregado. Lebannen sintió cómo la furia se encendía en su corazón una vez más. Notó que el rostro del embajador cambiaba un poco, adoptando una mirada recelosa, apaciguadora. Sonrió y les deseó a los emisarios que tuvieran buen viento en su viaje de regreso a las Tierras de Kargad. Se retiró de la cámara de audiencias y se dirigió a su habitación.

Gran parte de sus actos estaban enmarcados por ritos y ceremonias, y como Rey tenía que estar en público casi todo el tiempo; pero debido a que había subido a un trono que había estado vacío durante siglos, un palacio en el que no había protocolos, había podido hacer que algunas cosas fueran como él quería. Había mantenido las ceremonias fuera de su dormitorio. Las noches eran suyas. Le decía buenas noches a Roble, quien dormía en la antesala, y cerraba la puerta. Se sentaba en su cama. Se sentía cansado y furioso v extrañamente desolado.

Alrededor del cuello siempre llevaba una delgada cadena de oro con una pequeña bolsa de tela asimismo de oro. En la bolsa había un guijarro: un trozo de piedra negra, con los bordes ásperos. La sacó de su bolsa y la tuvo en sus manos mientras pensaba, allí sentado sobre su cama.

Intentó alejar su mente de toda aquella estupidez de la muchacha karga y pensó en el hechicero Aliso y sus sueños. Pero todo lo que entró en su mente fue una dolorosa envidia hacia Aliso por haber desembarcado en Gont, haber hablado con Ged, haberse quedado con él.

Ésa era la razón por la que se sentía desolado. El hombre al que llamaba su señor, el hombre al que había querido por encima de todos los demás, no dejaba que él se acercase, no quería acercarse a él.

¿Acaso creía Ged que por haber perdido su poder de magia, Lebannen pensaría que valía menos?

Dado el poder que ese poder tenía sobre las mentes y los corazones de las personas, no era un pensamiento inverosímil. Pero seguramente Ged lo conocía mejor, o al menos tenía una mejor opinión de él. ¿Sería eso entonces, que habiendo sido verdaderamente el señor y el guía de Lebannen, Ged no podía soportar ser su súbdito? Es cierto que eso podía ser muy duro de soportar para un hombre viejo: el rotundo e irrevocable revés de su condición.

Pero Lebannen recordaba claramente cómo Ged se había arrodillado ante él, en el Collado de Roke, a la sombra del dragón y bajo la mirada de los maestros cuyo maestro había sido Ged. Se había puesto de pie y había besado a Lebannen, diciéndole que gobernara bien, llamándolo mi señor y querido compañero.

–El me dio mi Reino –le había dicho Lebannen a Aliso. Ése había sido el momento en que se lo había dado. Completa y libremente.

Y ésa era la razón por la que Ged no quería ir a Havnor, la razón por la que no quería que Lebannen se acercara a él en busca de consejo. Había entregado el poder, completa y libremente. No osaría entrometerse, o proyectar su sombra sobre la luz de Lebannen.

–Ha terminado su tarea –había dicho el Maestro Portero.

Pero la historia de Aliso había llevado a Ged a enviar al hombre hasta allí, con Lebannen, pidiéndole que actuara según la necesidad lo requiriera.

Ciertamente, la historia de Aliso era extraña; y el hecho de que Ged dijera que tal vez el muro fuera a caerse era aún más extraño. ¿Qué podía significar eso? ¿Y por qué debían los sueños de un hombre cargar con tanto peso?

Él mismo había soñado con los bordes de la tierra seca, hacía ya mucho tiempo, cuando él y Ged el Archimago estaban viajando juntos, antes de llegar por primera vez a Selidor.

Y en aquélla, la más occidental de todas las islas, había seguido a Ged hasta adentrarse en la tierra seca. Del otro lado del muro de piedras. Bajando hasta ciudades sombrías, en donde las sombras de los muertos estaban de pie junto a las puertas de las casas o caminaban sin rumbo ni propósito por calles iluminadas únicamente por las estrellas inmóviles. Había caminado con Ged a través de todo aquel país, había recorrido un camino tedioso hasta llegar a un oscuro valle de polvo y piedras al pie de las montañas cuyo único nombre era Dolor.

Abrió la palma de su mano, bajó la vista para mirar la pequeña piedra que tenía en ella, y volvió a cerrar la mano.

Desde el valle del río seco, después de haber hecho lo que habían ido a hacer, habían subido a las montañas, porque no había manera de regresar. Habían subido por el camino prohibido para los muertos, escalando, trepando por rocas que les cortaban y les quemaban las manos, hasta que Ged ya no pudo avanzar más. Lebannen había cargado con él hasta donde había podido, luego había seguido andando a gatas con él a cuestas hasta el fin de la oscuridad, el irremediable precipicio de la noche. Y entonces había vuelto, con él, a la luz del sol, y al sonido del mar rompiendo sus olas en las costas de la vida.

Hacía mucho que no pensaba tan vividamente en aquel terrible viaje. Pero el pequeño trozo de piedra negra proveniente de aquellas montañas estaba siempre sobre su corazón.

Y ahora le parecía que el recuerdo de aquella tierra, su oscuridad, el polvo, estaba siempre en su mente, justo debajo de los diversos juegos y movimientos brillantes de los días, aunque él siempre intentaba desechar ese pensamiento. Desechaba ese pensamiento porque no podía soportar saber que al final allí sería donde finalmente volvería: volvería solo, sin compañía alguna, y para siempre. Para yacer allí con los ojos vacíos, sin habla, en las sombras de una ciudad de sombras. Para no ver nunca más la luz del sol, ni beber agua, ni tocar una mano con vida.

Se levantó de repente, sacudiéndose aquellos pensamientos morbosos. Guardó una vez más la piedra en su pequeña bolsa, se preparó para meterse en la cama, apagó la lámpara, y se acostó. En seguida la vio otra vez: la sombría tierra gris de polvo y de roca. Se extendía hacia arriba para terminar a

lo lejos en picos negros y afilados, pero allí comenzaba a descender, hacia la derecha, en una completa oscuridad. –¿Qué hay por allí? –le había preguntado a Ged mientras caminaban y caminaban. Su compañero le había dicho que no lo sabía, que tal vez por allí no hubiera fin.

Lebannen se incorporó, enfurecido y alarmado por el despiadado significado de sus pensamientos. Sus ojos buscaron la ventana. Daba hacia el norte. Le gustaba la vista que había desde Havnor más allá de las colinas hasta la inmensa Montaña de Onn, coronada de gris. Más hacia el norte aún, inadvertido desde allí, más allá de todo el ancho de la Gran Isla y del Mar de Ea, estaba Enlad, su hogar.

Recostado en la cama podía ver solamente el cielo, un despejado cielo de noche estival, el Corazón del Cisne allá en lo alto, entre estrellas menores. Su reino. El reino de la luz, la vida, en donde las estrellas florecían como flores blancas en el este y volcaban su luminosidad en el oeste. No pensaría en ese otro reino en el que las estrellas permanecían inmóviles, en donde no había poder alguno en la mano de un hombre, ni un camino adecuado que seguir porque ningún camino llevaba a ninguna parte.

Acostado mirando las estrellas, alejó deliberadamente su mente de aquellos recuerdos y del recuerdo de Ged. Pensó en Tenar: el sonido de su voz, el tacto de su mano. Las cortesanas eran ceremoniosas, prudentes de cómo y cuando tocaban al Rey. Ella no. Ella posaba la mano sobre la de él, riendo. Era más audaz con él de lo que lo había sido su madre.

Rosa, la princesa de la Casa de Enlad, había muerto de una fiebre hacía dos años, mientras él estaba a bordo de un barco viajando para hacerle una visita real a Berila en Enlad y a las islas al sur de esa ciudad. No supo de su muerte sino hasta después de regresar a una ciudad y a una casa que estaban de luto.

Su madre estaba ahora allí en el país de la oscuridad, el país seco. Si él iba allí también y se la cruzaba en una de sus calles, ella ni siquiera lo miraría. Tampoco le hablaría.

Apretó las manos. Reacomodó los almohadones de su cama, intentó ponerse cómodo, intentó alejar su mente de allí, intentó pensar en cosas que le evitaran regresar allí. Pensar en su madre viva, en su voz, en sus ojos oscuros debajo de oscuras cejas arqueadas, en sus delicadas manos.

O pensar en Tenar. Sabía que le había pedido a Tenar que fuera a Havnor no solamente para que lo aconsejara sino porque era la madre que le quedaba. Quería ese amor, quería darlo y que se lo dieran. El amor despiadado que no es indulgente, que no tiene condiciones. Los ojos de Tenar eran grises, no oscuros, pero lo miraba con una ternura desgarradora indigna de cualquier cosa que él dijera o hiciera.

Sabía que hacía bien lo que le habían encomendado. Sabía que era bueno siendo el Rey. Pero solamente con su madre y con Tenar había sabido alguna vez más allá de cualquier duda personal lo que suponía ser Rey.

Tenar lo conocía desde que era un muchacho, antes de que lo coronaran. Lo había amado desde entonces y hasta ahora, por su bien, por el de Ged, y por el suyo propio. Para ella era como el hijo que nunca rompe el corazón de una madre.

Pero pensaba que tal vez aún podía hacerlo, si seguía encolerizándose tanto y siendo tan deshonesto con aquella pobre muchacha de Hur–at–Hur.

Tenar asistió a la última audiencia de los emisarios de Awabath. Lebannen le había pedido que lo hiciera, y a ella le alegraba poder estar allí. Al encontrar kargos en la corte, cuando había llegado allí a comienzos del verano, ella había esperado que ellos la rehuyeran o al menos que la miraran con recelo: era la sacerdotisa renegada que con el ladrón Mago–Halcón había robado el Anillo de Erreth–Akbé del tesoro de las Tumbas de Atuan y había huido traidoramente con él hacia Havnor. Ella era la responsable de que el Archipiélago tuviera otra vez un Rey. Los kargos bien podían utilizar eso en su contra.

Y Thol de Hur–at–Hur había restablecido el culto a los Dioses Gemelos y a los Sin Nombre, cuyo templo más grande Tenar había saqueado. Su traición no había sido solamente política sino también religiosa.

Sin embargo, eso había ocurrido hacía mucho tiempo, cuarenta años y más, se había convertido casi en una leyenda; y los hombres de Estado recordaban las cosas selectivamente. El embajador de Thol había suplicado tener el honor de una audiencia con ella y la había saludado con un respeto profusamente piadoso, parte del cual, pensó ella, era real. La llamó Dama Arha, la Devorada, la Única Siempre Renacida. Hacía años que no la llamaban por esos nombres, y le sonaron muy extraños. Pero le dio cierto placer, profundo y triste, oír su lengua materna y descubrir que todavía podía hablarla.

De modo que había ido para despedir al embajador y a su compañía. Le pidió que le asegurara al Supremo Rey de los kargos que su hija estaba bien, y miró con admiración una última vez a aquellos hombres altos, enjutos, con sus cabellos claros, trenzados, sus tocados con plumas, sus armaduras de

malla de plata entretejidas con plumas. Cuando vivía en las Tierras de Kargad había visto pocos hombres de su misma raza. En el Lugar de las Tumbas habían vivido solamente mujeres y eunucos.

Después de la ceremonia, escapó a los jardines del palacio. La noche estival era cálida y agitada, los arbustos florecientes de los jardines se movían con el viento de la noche. Los sonidos de la ciudad al otro lado de las murallas del palacio eran como el murmullo de un mar tranquilo. Una pareja de jóvenes cortesanos estaba hablando abrazada debajo de los árboles; para no molestarlos, Tenar caminó entre las fuentes y las rosas, en el otro extremo del jardín.

Lebannen había abandonado la audiencia una vez más con el ceño fruncido. ¿Qué le ocurría? Por lo que ella sabía, nunca antes se había rebelado en contra de las obligaciones de su posición. Desde luego que sabía que un Rey debe casarse y que en realidad poco puede elegir con quién se casa. Sabía que un Rey que no obedece a su pueblo es un tirano. Sabía que su pueblo quería una Reina, quería herederos para el trono. Pero él no había hecho nada al respecto. Las mujeres de la corte se habían sentido contentas de poder cotillear con Tenar y contarle de sus numerosas queridas, ninguna de las cuales había perdido nada por ser conocida como la amante del Rey. Desde luego que él se las había arreglado bien para mantener todo aquello a escondidas, pero no podía esperar hacer eso durante toda su vida. ¿Por qué se había enfadado tanto cuando el ofrecimiento del Rey Thol le había proporcionado una solución tan apropiada?

Imperfectamente apropiada, quizás. La princesa era en parte un problema. Tenar tendría que tratar de enseñarle hárdico a la muchacha. Y encontrar damas dispuestas a enseñarle los modales del Archipiélago y la etiqueta de la corte, algo de lo que con toda seguridad ella no era capaz. Sentía más simpatía por la ignorancia de la princesa que por la sofisticación de las cortesanas.

No le gustaba el fallo o la incapacidad de Lebannen para comprender el punto de vista de la muchacha. ¿No podía imaginarse cómo era todo aquello para ella? Había sido criada en la residencia de mujeres de la fortaleza de un señor de la guerra, en una tierra remota y desierta, en donde probablemente nunca había visto a ningún hombre excepto a su padre, a sus tíos y a algún sacerdote; de repente había sido alejada de aquella pobreza y rigidez de vida constantes, por extraños, en una travesía marítima larga y aterradora; abandonada entre gente que solamente conocía como a monstruos irreligiosos y sedientos de sangre que habitaban el extremo más lejano del mundo, y en absoluto verdaderos humanos porque eran hechiceros que podían convertirse en animales y en pájaros. ¡Y tenía que casarse con uno de ellos!

Tenar había podido dejar a su propia gente e ir a vivir entre los monstruos y hechiceros de Poniente porque había estado con Ged, a quien amaba y en quien confiaba. Y aun así no había sido sencillo; muchas veces su coraje había fallado. Por toda la bienvenida que la gente de Havnor le había ofrecido, las multitudes y las aclamaciones y las flores y los elogios, los dulces nombres con los que la llamaban, la Dama Blanca, la Portadora de la Paz, Tenar del Anillo, por todo eso, ella se había agazapado en su habitación de palacio durante aquellas lejanas noches, llena de tristeza porque se sentía tan sola, y nadie hablaba su lengua, y no conocía ninguna de las tantas cosas que ellos conocían. En cuanto terminaron las festividades y el Anillo estuvo otra vez en su sitio, le había rogado a Ged que la llevara lejos de allí, y él había cumplido su promesa, marchándose rápidamente a Gont con ella. Allí había vivido en la casa del Viejo Mago como alumna y pupila de Ogión, aprendiendo cómo ser una habitante del Archipiélago, hasta que descubrió la manera en que quería seguir por sí sola, ya como mujer adulta.

Era más joven aún que aquella muchacha cuando llegó a Havnor con el Anillo. Pero no había crecido sin poderes, como lo había hecho la princesa. Aunque su poder como Única Sacerdotisa había sido ante todo ceremonial, nominal, había tomado realmente el control de su destino al romper con las adustas costumbres de su educación y había ganado la libertad para su prisionero y para ella. Pero la hija de un señor de la guerra tendría control solamente sobre cosas triviales. Cuando su padre se proclamó rey, ella fue nombrada princesa, le dieron ropas más suntuosas, más esclavos, más eunucos, más joyas; hasta que fue dada en matrimonio; pero nunca tuvo ni voz ni voto en ninguna de aquellas decisiones. Cuanto había visto del mundo fuera de la residencia de mujeres era a través de las ranuras de una ventana incrustada en gruesos muros, a través de capas de velos rojos.

Tenar se consideraba afortunada por no haber nacido en una isla tan atrasada y bárbara como Hur–at–Hur, por no haber utilizado nunca elfeyag. Pero sabía lo que era crecer dominada por una tradición de hierro. Le correspondía hacer todo lo que pudiera para ayudar a la princesa, mientras estuviese en Havnor. Pero no tenía intenciones de quedarse allí por mucho tiempo.

Paseando por el jardín, mirando las fuentes brillar suavemente a la luz de las estrellas, pensó en cómo y cuándo podría regresar a casa.

No le importaban las formalidades de la vida cortesana ni el conocimiento de que debajo de la cortesía se cocía un guisado de ambiciones, rivalidades, pasiones, complicidades, connivencias. Había crecido con

rituales, hipocresía y políticas ocultas, y nada de eso la asustaba ni preocupaba. Simplemente tenía ganas de volver a casa. Quería estar otra vez en Gont, con Ged, en su casa.

Había ido a Havnor porque Lebannen había mandado a buscarlas a ella y a Tehanu, y a Ged, en caso de que quisiera ir; pero Ged no quiso, y Tehanu no quiso ir sin ella. Eso sí la asustó y preocupó. ¿Acaso su hija no podía separarse de ella? Después de todo, era el consejo de Tehanu el que Lebannen necesitaba, no el suyo. Pero su hija se había pegado a ella, como incómoda, como fuera de lugar en la corte de Havnor, al igual que la muchacha de Hur–at–Hur y, como ella, silenciosa, escondida.

Así que ahora Tenar tenía que hacer de niñera, tutora y compañera de las dos, dos muchachas asustadas que no sabían cómo utilizar su poder, mientras que ella no quería ningún poder de esta tierra excepto la libertad de ir a casa, adonde pertenecía, y ayudar a Ged con el jardín.

Deseó que pudieran cultivar rosas blancas como aquéllas en su casa. Su aroma era tan dulce en el aire de la noche. Pero había demasiado viento en el Vertedero, y el sol era demasiado fuerte en verano. Y probablemente las cabras se comerían las rosas.

Por fin volvió a entrar en el palacio y se dirigió al ala oriental, en donde estaban las habitaciones que compartía con Tehanu. Su hija estaba dormida, puesto que era tarde. Una llama no más grande que una perla ardía en la mecha de una pequeña lámpara de alabastro. Las habitaciones elevadas eran tranquilas, sombrías. Apagó la lámpara, se metió en la cama, y en seguida se hundió en un sueño profundo.

Estaba caminando por un pasillo de piedra, estrecho, de techos altos y abovedados. Llevaba la lámpara de alabastro. Su débil óvalo de luz se desvaneció hasta dejar detrás y delante de ella nada más que oscuridad. Llegó a la puerta de una habitación que se abrió al otro lado del pasillo. Dentro de la habitación había gente con alas de pájaros. Algunos tenían cabeza de pájaro, halcones y buitres. Estaban de pie o en cuclillas pero sin moverse, sin mirarla a ella ni a nada, con los ojos rodeados de blanco y de rojo. Sus alas eran como inmensas capas negras que colgaban a sus espaldas. Tenar sabía que no podían volar. Estaban tan afligidos, tan desesperados, y el aire de la habitación eran tan fétido que ella luchó para dar media vuelta y salir corriendo, pero no podía moverse; y mientras luchaba contra aquella parálisis, se despertó.

Allí estaban las cálidas sombras, las estrellas en la ventana, el aroma de las rosas, el suave movimiento de la ciudad, la respiración de Tehanu mientras dormía.

Tenar se sentó para quitarse de encima los restos del sueño. Había soñado con la Habitación Pintada del Laberinto de las Tumbas, en donde había visto a Ged cara a cara por primera vez, hacía cuarenta años. En el sueño, las pinturas de las paredes habían cobrado vida. Sólo que no era vida. Era la interminable y eterna no–vida de aquellos que morían sin renacimiento: aquellos maldecidos por los Sin Nombre; los infieles, los occidentales, los hechiceros.

Después de que uno moría volvía a nacer. Ése era el conocimiento básico sobre el que había sido criada. Cuando de niña fue llevada a las Tumbas para que fuera Arha, la Devorada, le dijeron que ella era la única persona entre todas las demás que renacería como ella misma, vida tras vida. A veces lo había creído, pero no siempre, incluso cuando era la sacerdotisa de las Tumbas, y desde entonces nunca más. Pero ella sabía lo que toda la gente de las Tierras de Kargad sabía, que cuando murieran regresarían en un nuevo cuerpo, la lámpara que se apagaba vacilaba una vez más ese mismo instante en otro lugar, en el útero de una mujer o en el pequeño huevo de un pececillo o en la semilla de hierba llevada por el viento, volviendo así a estar, sin recuerdo alguno de la antigua vida, a punto para una nueva, vida tras vida eternamente.

Solamente aquellos marginados por la propia tierra, por los Antiguos Poderes, los hechiceros oscuros de las Tierras Hárdicas, no volvían a nacer. Cuando morían, eso decían los kargos, no volvían al mundo con vida, sino que iban a un lugar oscuro de media vida en donde, con alas pero sin poder volar, ni pájaros ni humanos, debían perdurar sin esperanza. ¡Cómo había disfrutado la sacerdotisa Kossil hablándole acerca del terrible destino de aquellos presuntuosos enemigos del Dios–Rey, sus almas condenadas a salir del mundo de la luz para siempre!

Pero la vida del más allá de la que le había hablado Ged, donde decía que iba su gente, esa tierra inmóvil de polvo y sombra fríos, ¿acaso era menos triste, menos terrible?

Preguntas sin respuesta se agolpaban ansiosas en su mente: ¿por dejar de ser una karga, por haber traicionado el lugar sagrado, por eso tenía que ir a esa tierra seca cuando muriera? ¿Ged tenía que ir allí? ¿Pasarían allí uno junto al otro, insensibles? Eso no era posible. Pero ¿qué sucedía si él tenía que ir allí, y ella tenía que renacer? ¿Quedarían entonces separados eternamente?

No pensaría más en todo aquello. Estaba claro por qué había soñado con la Habitación Pintada tantos años después de haber dejado todo eso atrás. Estaba relacionado con haber visto a los embajadores, con haber hablado kargo otra vez, por supuesto. Pero aun así estaba afectada por todo ello, se sentía acobardada por el sueño. No quería regresar a las pesadillas de su juventud. Quería volver a la casa del Vertedero, estar acostada junto a Ged, escuchando la respiración de Tehanu mientras dormía. Cuando dormía, Ged estaba

quieto como una piedra; pero el fuego había dañado un poco la garganta de Tehanu de forma que siempre había cierta aspereza en su respiración, y Tenar la había escuchado, había buscado escucharla, noche tras noche, año tras año. Eso era la vida, ésa era la vida que regresaba, ese querido sonido, ese ligero, áspero aliento.

Por fin volvió a dormirse escuchándolo. Si soñó fue solamente con abismos de aire y con los colores de la mañana apareciendo en el cielo.

Aliso se despertó muy temprano. Su pequeño compañero había estado inquieto toda la noche, y él también. Estaba contento de levantarse y acercarse a la ventana y sentarse soñolientamente observando cómo la luz teñía el cielo sobre el puerto, las barcas de pesca se preparaban para partir y las velas de los barcos aparecían por entre una bruma baja que se cernía sobre la gran bahía; podía escuchar el murmullo y el bullicio de la ciudad preparándose para el nuevo día. Aproximadamente en el momento en que comenzó a preguntarse si debía aventurarse en el aturdimiento de palacio para descubrir lo que se suponía tenía que hacer, alguien llamó a su puerta. Un hombre entró con una bandeja llena de fruta fresca y de pan, una jarra de leche, y un pequeño cuenco con carne para el gatito. –Volveré para llevaros ante el Rey cuando dé la quinta hora –informó a Aliso solemnemente, y luego ya un poco menos formalmente le dijo cómo bajar a los jardines de palacio si quería dar un paseo. Por supuesto, Aliso sabía que había seis horas de la medianoche al mediodía y seis horas del mediodía a la medianoche, pero nunca había oído dar las horas, y se preguntó a qué se refería aquel hombre.

Poco tiempo después, supo que en Havnor, cuatro trompetistas salían a la terraza más elevada, la de la torre más alta del palacio, la que estaba coronada por la esbelta hoja de acero de la espada del héroe, y a la cuarta y a la quinta hora antes del mediodía, y al mediodía, y a la primera, segunda y tercera hora después del mediodía, soplaban sus trompetas, una hacia el oeste, otra hacia el norte, otra hacia el este, otra hacia el sur. De aquella manera, los cortesanos del palacio y los mercaderes y los mercantes de la ciudad podían organizar sus actividades y concertar sus citas a una hora determinada. Un muchacho que conoció caminando por los jardines le explicó todo esto, un muchacho pequeño y delgado que llevaba una túnica que era demasiado larga para él. Le explicó que los trompetistas sabían cuándo soplar sus trompetas porque en la torre había unos relojes de arena inmensos, así como el Péndulo de Ath, que colgaba desde muy alto en la torre y que si se lo ponía a oscilar justo cuando comenzaba la hora, dejaría de hacerlo justo cuando comenzara la hora siguiente. Y le contó a Aliso que las melodías que tocaban los trompetistas eran todas partes del Lamento por Erreth–Akbé que el Rey Maharion escribió cuando regresó de Selidor, una parte diferente para cada hora, pero únicamente al mediodía tocaban la melodía completa. Y si uno quería estar en algún lugar a una hora determinada, tenía que vigilar las terrazas, porque los trompetistas siempre salían unos minutos antes, y si el sol estaba brillando levantaban sus trompetas de plata para que destellaran y brillaran. El muchacho se llamaba Rody y había llegado con su padre, el Señor de Metama en Ark, para quedarse un año en Havnor, y asistía a la escuela en palacio, y tenía nueve años, y echaba de menos a su madre y a su hermana.

Aliso, menos nervioso de lo que podría haber estado, regresó a su habitación a tiempo para encontrarse con su guía. La conversación con aquel muchacho le había hecho recordar que los hijos de los señores eran niños, que los señores eran hombres, y que no era a los hombres a quienes debía temer.

Su guía lo condujo a través de los corredores de palacio hasta un salón largo e iluminado con ventanas a lo largo de toda una pared, desde donde podían verse las torres y los fantásticos puentes de Havnor que se arqueaban sobre los canales y saltaban de tejado en tejado y de terraza en terraza atravesando las calles. Podía ver aquel panorama a medias, de pie desde la puerta, indeciso, sin saber si debía avanzar hasta el grupo de gente que se encontraba en el otro extremo del salón.

El Rey lo vio y se acercó a él, lo saludó cortésmente, lo llevó hasta donde estaban los demás, y se los presentó uno por uno.

Había una mujer de unos cincuenta años, pequeña y de piel muy clara, con cabellos canosos y grandes ojos grises: Tenar, dijo el rey sonriendo; Tenar del Anillo. Ella miró a Aliso a los ojos y lo saludó silenciosamente.

Había un hombre que tenía aproximadamente la misma edad que el Rey, llevaba ropas de terciopelo y lino, con joyas en el cinturón y en la garganta y un gran pendiente de rubí en el lóbulo de la oreja: Tosía, Capitán de Barco, dijo el rey. El rostro de Tosía, oscuro como madera de roble vieja, era duro y de mirada intensa.

Había un hombre de mediana edad, vestido con sencillez, con una mirada penetrante que hizo sentir a Aliso que podía confiar en él: el Príncipe Sege de la Casa de Havnor, dijo el Rey.

Había un hombre de unos cuarenta años que llevaba una vara de madera de su misma altura, por lo cual Aliso dedujo que se trataba de un mago de la Escuela de Roke. Tenía un rostro bastante ajado, buenas manos, un comportamiento distante pero cortés. El Maestro Ónix, dijo el rey.

Había una mujer, a la que Aliso tomó por una de las sirvientas porque vestía con mucha sencillez y se mantenía fuera del grupo, medio vuelta, como si estuviera mirando por las ventanas. Vio sus hermosos cabellos negros, pesados y brillantes como aguas que se precipitan, cuando Lebannen la acercó al grupo. –Tehanu de Gont –dijo el rey, y su voz sonó como un desafío.

La mujer miró a Aliso directamente a los ojos durante unos instantes. Era joven; el lado izquierdo de su rostro era terso como una rosa de cobre, un ojo oscuro y brillante bajo una ceja arqueada. El lado derecho había sido destruido y era rugoso, una gruesa cicatriz, sin ojo. Su mano derecha era como la garra curvada de un cuervo.

Extendió su mano para saludar a Aliso, como lo hacen las gentes de Ea y las de las Enlades, tal como lo habían hecho los otros, pero era su mano izquierda la que extendía. Él toco su mano con la suya, palma con palma. La de ella estaba caliente, como si tuviera fiebre. Ella volvió a mirarlo, una mirada asombrosa desde ese único ojo, brillante, con el ceño fruncido, feroz. Luego volvió a bajar la mirada y dio un paso hacia atrás, como si deseara no ser uno de ellos, como si deseara no estar allí.

–El Maestro Aliso trae un mensaje para ti de parte de tu padre, el Halcón de Gont –dijo el Rey, al ver que el mensajero se quedaba allí de pie, sin decir una palabra.

Tehanu no levantó la cabeza. Los brillantes cabellos negros casi ocultaban la ruina de su rostro.

–Estimada dama –dijo Aliso, con la boca seca y la voz ronca–, me invitó a que te hiciera dos preguntas. –Hizo una pausa, solamente porque tuvo que mojarse los labios y recuperar el aliento, en un momento de pánico en que olvidó lo que iba a decir; pero la pausa se convirtió en un silencio de espera.

Tehanu dijo, con una voz aún más ronca que la de él:

–Pregúntales a ellos.

–Dijo que primero preguntara: ¿Quiénes son los que van a la tierra seca? Y cuando me iba de Gont, me dijo: «Pregúntale también a mi hija: ¿Cruzaría un dragón el muro de piedras?».

Tehanu asintió con la cabeza en señal de agradecimiento y dio unos pasos más hacia atrás, como si quisiese llevarse consigo sus misterios, alejarlos de los demás.

–La tierra seca –dijo el rey–, y los dragones...

Su mirada alerta se posó uno por uno en todos los rostros.

–Ven –dijo–, sentémonos y hablemos.

–Tal vez podríamos hablar en los jardines, ¿verdad? –dijo la pequeña mujer de ojos grises, Tenar. El Rey estuvo de acuerdo. Aliso oyó que Tenar le decía mientras se dirigían hacia allí–: Le cuesta quedarse dentro todo el día. Quiere ver el cielo.

Los jardineros trajeron sillas para ellos y las pusieron a la sombra de un gran sauce viejo junto a uno de los estanques. Tehanu se puso de pie junto al estanque, con la vista hacia abajo, mirando el agua verde en donde algunas inmensas carpas plateadas nadaban perezosamente. Estaba claro que quería pensar en el mensaje de su padre, no hablar, aunque podía escuchar lo que decían los demás.

Cuando estuvieron todos acomodados, el Rey le pidió a Aliso que contara su historia una vez más. El silencio que mantuvieron todos mientras escuchaban era compasivo, y Aliso pudo hablar sin tener que limitarse o apresurarse.

Cuando terminó, se quedaron en silencio durante un rato, y luego el mago Ónix le hizo una pregunta: –¿Soñaste anoche?

Aliso dijo que no había tenido ningún sueño que pudiera recordar.

–Yo sí –dijo Ónix–. Soñé con el Invocador, que fue mi maestro en la Escuela de Roke. Se dice de él que murió dos veces: porque regresó de aquel país al otro lado del muro.

–Yo soñé con los espíritus que no vuelven a nacer –dijo Tenar, en voz muy baja.

El Príncipe Sege dijo: –Toda la noche creí estar oyendo voces que venían de las calles de la ciudad, voces que conocía de mi infancia, llamándome como solían hacerlo entonces. Pero cuando escuché, eran solamente vigilantes o marineros gritando.

–Yo nunca sueño –dijo Tosía.

–Yo no soñé con ese país –dijo el Rey–. Pero me acordé de él. Y no pude dejar de recordarlo.

Observó a la mujer silenciosa, Tehanu, pero ella no hacía más que mirar el estanque y no hablaba.

Nadie más habló; y Aliso no pudo soportarlo. –¡Si soy portador de una peste, debéis mandarme lejos de aquí! –dijo.

El mago Ónix habló, no imperiosamente, pero de modo concluyente: –Si Roke te envió a Gont, y Gont te envió a Havnor, en Havnor es donde debes estar.

–Muchas cabezas emiten luz al pensar –dijo Tosía, sardónico.

Lebannen dijo: –Dejemos a un lado los sueños por un momento. Nuestro invitado necesita saber por qué estábamos preocupados antes de que él llegase, por qué les rogué a Tenar y a Tehanu que vinieran, a comienzos del verano, y por qué convoqué a Tosía para que viniera también a darnos su consejo. ¿Quisieras hablarle a Aliso acerca de este asunto, Tosía?

El hombre de rostro oscuro asintió con la cabeza. El rubí en su oreja relucía como una gota de sangre.

–El asunto son los dragones –dijo–. Llegaron al Confín del Poniente hace ahora algunos años, a granjas y a aldeas en Ully y en Usidero, volando bajo, arrancando los tejados de las casas con sus garras, sacudiéndolas, aterrorizando a la gente. En las Toringates, hace ya dos cosechas que vienen e incendian los campos con su aliento, y queman almiares y prenden fuego a las techumbres de paja de las casas. No han atacado a la gente, pero la gente ha muerto en los incendios. No han atacado las casas de los señores de esas islas, en busca de tesoros, como hacían durante los Años Oscuros, sino solamente las aldeas y los campos. Recibimos las mismas noticias de un mercante que había viajado lejos, hacia el suroeste, y había llegado hasta Simly en busca de cereales: los dragones habían estado allí y habían incendiado la cosecha justo cuando la estaban cosechando.

Luego, el invierno pasado en Semel, dos dragones se posaron sobre la cima del volcán, el Monte Andanden.

–Ah –dijo Ónix, y respondió a la mirada inquisitiva del Rey–: El mago Seppel de Paln me dice que la montaña era un lugar muy sagrado para los dragones, donde iban a beber fuego de la tierra en épocas remotas.

–Bueno, pues han regresado –dijo Tosía–. Y están bajando, hostigando a los rebaños, que son la riqueza de la gente de esas tierras; no lastimando a las bestias sino asustándolas, de modo que se liberan y escapan. La gente dice que son dragones jóvenes, negros y delgados, todavía sin demasiado fuego.

"Y en Paln hay ahora dragones viviendo en las montañas de la parte septentrional de la isla, campos salvajes sin granjas. Allí solían ir cazadores a por ovejas de montaña y a atrapar halcones para domesticarlos, pero han sido expulsados de allí por los dragones, y ahora ya nadie se acerca a las montañas. Tal vez tu mago de Paln los conozca.

Ónix asintió con la cabeza.

–Dice que se han visto algunos volando por encima de las montañas como vuelan los gansos salvajes.

–Entre Paln y Semel, y la Isla de Havnor, está sólo la anchura del Mar de Pelm –dijo el Príncipe Sege.

Aliso estaba pensando en que había menos de cien millas de Semel a su propia isla, Taon.

–Tosía se puso en camino rumbo al Paso del Dragón a bordo de su barco Golondrina –dijo el rey.

–Pero apenas pude ver la más oriental de esas islas antes de que un tropel de esas bestias se acercara a mí –dijo Tosía, con una dura sonrisa–. Me hostigaron como lo hacen con el ganado y con las ovejas, bajando en picado para chamuscar las velas de mi barco, hasta que conseguí alejarme y regresar al lugar del que había partido. Pero eso no es nada nuevo.

Ónix asintió una vez más con la cabeza. –Nadie más que un señor de dragones ha navegado nunca hasta el Paso del Dragón.

–Yo sí –dijo el Rey, y de repente en su rostro se dibujó una sonrisa amplia, infantil–. Pero yo estaba con un señor de dragones... Esa es la época en la que he estado pensando. Cuando estaba en el Confín del Poniente con el Archimago, buscando a Cob el nigromante, pasamos por Jessage, que está aún más lejos que Simly, y vimos allí campos en llamas. Y en el Paso del Dragón, vimos que luchaban y se mataban unos a otros como animales rabiosos.

Después de un rato el Príncipe Sege preguntó: –¿Podría ser que algunos de aquellos dragones no se hayan recuperado de su locura en aquella época perversa?

–Hace más de quince años ya –dijo Ónix–. Pero los dragones viven mucho tiempo. Quizás el tiempo pase diferente para ellos.

Aliso se dio cuenta de que, mientras hablaba, el mago le lanzaba miradas a Tehanu, que seguía apartada de ellos, junto al estanque.

–Sin embargo, han comenzado a atacar a la gente hace sólo uno o dos años –dijo el Príncipe.

–No es así–dijo Tosía–. Si un dragón quisiera destruir a la gente de una granja o de una aldea, ¿quién podría detenerlo? Lo que han estado persiguiendo ha sido el sustento de vida de la gente. Las cosechas, los almiares, las granjas, el ganado. Están diciéndonos: ¡Fuera, fuera del Poniente!

–Pero ¿por qué lo están diciendo con fuego, con caos? –preguntó ansioso el mago–. ¡Pueden hablar! Hablan el Lenguaje de la Creación. Morred y Erreth–Akbé hablaban con dragones. Nuestro Archimago hablaba con ellos.

–Los que vimos en el Paso del Dragón –dijo el rey–, han perdido el poder del habla. La infracción que Cob había cometido en el mundo les estaba quitando su poder, y a nosotros también. Sólo el gran dragón Orm Embar se acercó a nosotros y le habló al Archimago, diciéndole que fuera a Selidor... –Hizo una pausa, sus ojos estaban muy lejos de allí–. Y hasta Orm Embar perdió el habla antes de morir. –Otra vez alejó la mirada de donde estaban todos reunidos, había una luz extraña en su rostro–. Orm Embar murió por nosotros. Él nos enseñó el camino a la tierra seca.

Se quedaron todos en silencio durante un rato. La voz apagada de Tenar rompió el silencio. –Una vez, Gavilán me dijo, a ver si puedo recordar cómo lo dijo: que el dragón y el habla del dragón son una misma cosa, un mismo ser. Que un dragón no aprende el Habla Antigua, sino que es el Habla Antigua.

–Como una golondrina es vuelo. Como un pez es nado –dijo Ónix lentamente–. Sí.

Tehanu estaba escuchando, de pie, inmóvil junto al estanque. Ahora todos la miraban. La mirada en el rostro de su madre era apremiante, ansiosa. Tehanu giró la cabeza y miró para otro lado.

–¿Cómo haces para que un dragón te hable? –preguntó el Rey. Lo dijo a la ligera, como si fuera una ocurrencia, pero fue seguida por otro silencio–. Espero que eso sea algo que podamos aprender –prosiguió–. Ahora bien, Maestro Ónix, ya que hablamos de dragones, ¿podrías contarnos la historia de la muchacha que llegó a la Escuela de Roke, ya que el único que la ha oído aquí soy yo?

–¡Una muchacha en la Escuela! –dijo Tosía, con una sonrisa burlona–. ¡Las cosas han cambiado en Roke!

–Ya lo creo que sí –dijo el mago, lanzándole una mirada larga y fría al marino–. Sucedió hace unos ocho años. La muchacha vino de Way, disfrazada de muchacho, y diciendo que quería estudiar el arte de la magia. Por supuesto que su pobre disfraz no pudo engañar al Maestro Portero. Sin embargo, él la dejó entrar, y le siguió el juego. En aquella época, la Escuela estaba dirigida por el Maestro de Invocaciones, el hombre... –dudó unos instantes–, el hombre con quien os he dicho que soñé anoche.

–Cuéntanos algo de ese hombre, por favor, Maestro Ónix –dijo el rey–. ¿Era Thorion, el que regresó de la muerte?

–Sí. Cuando ya había pasado mucho tiempo después de que el Archimago se fuera y no recibiéramos noticias, temimos que hubiera muerto. De modo que el Invocador utilizó sus artes para ir hasta allí y ver si realmente había atravesado el muro. Estuvo allí mucho rato, así que los maestros temieron por él también. Pero por fin se despertó, y dijo que el Archimago estaba allí entre los muertos, y que no regresaría pero que le había pedido a Thonon que regresara para gobernar Roke. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que el dragón nos trajera al Archimago Gavilán con vida, con mi señor Lebannen... Luego, cuando el Archimago volvió a irse, el Invocador cayó de rodillas y permaneció en el suelo como si hubiera perdido la vida. El Maestro de Hierbas, con todo su arte, creyó que estaba muerto. Sin embargo, mientras nos preparábamos para enterrarlo, se movió, y habló, diciendo que había vuelto a la vida para hacer lo que debía hacerse. De modo que, como no podíamos elegir un nuevo Archimago, Thorion el Invocador gobernó la Escuela. –Hizo una pausa–. Cuando llegó la muchacha, a pesar de que el Portero la había dejado entrar, Thorion no quería que estuviera entre aquellas paredes. No quería tener nada que ver con ella. Pero el Maestro de las Formas la llevó al Bosquecillo, y la muchacha vivió allí durante un tiempo, en el borde de los árboles, y caminaba entre ellos con el Maestro de las Formas. Él y el Portero, y el Maestro de Hierbas, y Kurremkarmerruk, el Maestro de los Nombres, creían que había una razón por la que la muchacha había llegado hasta Roke, creían que era un mensajero o un agente de algún acontecimiento importante, aunque ella misma no lo supiera; y entonces la protegieron. Los demás maestros estuvieron de acuerdo con Thorion, quien decía que lo único que hacía aquella muchacha era llevar disensión y ruina y que debía ser expulsada. En aquel entonces yo era un alumno de la escuela. Para nosotros fue muy perturbador saber que nuestros maestros, sin maestría alguna, estaban riñendo.

–Y por una muchacha –dijo Tosía.

La mirada que le lanzó Ónix esta vez fue tremendamente fría.

–Algo así –respondió. Después de un minuto retomó su historia–. Para ser breve, entonces, cuando Thorion envió a un grupo de nosotros para que la obligáramos a marcharse de la isla, ella lo desafió a que se encontrara con ella esa misma tarde en el Collado de Roke. Él acudió a la cita, y la invocó por su nombre para que le obedeciera: «Irían», la llamó. Pero ella dijo: «No soy sólo Irian», y mientras hablaba, cambió. Se convirtió, adoptó forma de dragón. Tocó a Thorion y el cuerpo de éste se deshizo como el polvo. Luego subió la colina, y a pesar de que la estábamos observando, no sabíamos si estábamos viendo a una mujer que ardía como el fuego, o a una bestia con alas. Pero cuando llegó a la cima, pudimos verla claramente, un dragón como una llama roja y dorada. Y alzó sus alas y se fue volando hacia el oeste.

Su voz se había suavizado y su rostro estaba lleno del sobrecogimiento que recordaba. Nadie decía nada.

El mago se aclaró la garganta. –Antes de que la muchacha subiera la colina, el Maestro de los Nombres le preguntó: « ¿Quién eres?». La muchacha respondió que no conocía su otro nombre. El Maestro de las Formas le habló, preguntándole adonde iría y si regresaría. Dijo que iría más allá del Oeste, para que su gente le dijera cuál era su nombre, pero que si él la llamaba, ella acudiría.

En el silencio, se oyó una voz ronca, débil, como un metal rozando otro metal. Aliso no comprendió las palabras y sin embargo le resultaban familiares, como si casi pudiera recordar lo que significaban.

Tehanu se había acercado al mago y estaba de pie junto a él, inclinada, tensa como un arco estirado. Era ella quien había hablado.

Asustado y atónito, el mago la miró fijamente, se puso de pie, dio un paso hacia atrás, y luego, controlándose, dijo: –Sí, ésas fueron sus palabras: «Mi gente, más allá del Oeste».

–Llámala. Oh, llámala –susurró Tehanu, extendiendo las manos hacia él. Una vez más él se echó hacia atrás involuntariamente.

Tenar se puso de pie y le murmuró a su hija: –¿Qué sucede, qué sucede, Tehanu?

Tehanu los miró fijamente a todos. Aliso se sentía como si fuese un espectro a través del cual ella podía ver. –Dile que venga hasta aquí –dijo Tehanu. Miró al Rey–. ¿Puedes llamarla?

–No tengo ese poder. Tal vez el Maestro de las Formas de Roke, tal vez tú misma...

Tehanu sacudió la cabeza violentamente. –No, no, no, no –susurró–. Yo no soy como ella. Yo no tengo alas.

Lebannen miró a Tenar como pidiéndole ayuda. Tenar miraba tristemente a su hija.

Tehanu se dio la vuelta y enfrentó al Rey cara a cara.

–Lo siento –dijo, rígidamente, con su voz débil y áspera–. Tengo que estar sola, señor. Voy a pensar en lo que dijo mi padre. Intentaré responder a lo que ha preguntado. Pero tengo que estar sola, por favor.

Lebannen se inclinó ante ella y miró a Tenar, quien inmediatamente se acercó a su hija y la rodeó con su brazo; y juntas se alejaron por el soleado sendero junto a los estanques y las fuentes.

Los cuatro hombres volvieron a sentarse y no dijeron nada más durante algunos minutos.

Lebannen dijo por fin: –Tenías razón, Ónix. –Y a los demás–: El Maestro Ónix me contó esta historia de la mujer–dragón Irian después de que yo le contara algo acerca de Tehanu. Cómo de niña Tehanu invocó al dragón Kalessin para que fuera a Gont, y habló con el dragón en la Lengua Antigua, y Kalessin la llamó hija.

–¡Majestad, esto es muy extraño, ésta es una época extraña, en la que un dragón es una mujer, y en la que una muchacha sin instrucción habla en el Lenguaje de la Creación! –Ónix estaba evidente y profundamente conmovido, asustado. Al ver aquello, Aliso se preguntó por qué él mismo no sentía ese miedo. Probablemente, pensó, porque no sabía lo suficiente como para sentirse asustado, ni por qué sentirse asustado.

–Pero hay viejas historias... –dijo Tosía–. ¿No las habéis escuchado en Roke? Tal vez vuestras paredes las mantuvieran fuera. Simplemente son historias que cuenta la gente sencilla. A veces incluso canciones. Hay una canción de marineros, «La muchacha de Belilo», que cuenta la historia de cómo un marinero dejaba a una hermosa muchacha llorando en cada puerto, hasta que una de ellas voló detrás de su bote con alas de latón y lo sacó del barco de un tirón y se lo comió.

Ónix miraba a Tosía lleno de indignación. Pero Lebannen sonrió y dijo:

–La Mujer de Kemay... El viejo maestro del Archimago, Aihal, llamado Ogión, le habló a Tenar de ella. Era una aldeana anciana, y vivía como tal. Invitó a Ogión a su cabaña y le dio sopa de pescado. Pero dijo que

el género humano y el de los dragones habían sido uno alguna vez. Ella misma era un dragón tanto como una mujer. Y puesto que era un mago, Ogión la vio como un dragón. Como tú viste a Irían, Ónix.

Hablando con dureza y dirigiéndose únicamente al rey, Ónix respondió:

–Después de que Irian abandonara Roke, el Maestro de los Nombres nos enseñó partes de algunos de los libros más antiguos del saber popular que siempre habían sido oscuras, pero que podían ser comprendidas al hablar de seres tanto humanos como dragones. Y de una disputa o una gran división entre ellos. Pero nada de esto queda muy claro para nuestro entendimiento.

–Espero que Tehanu pueda aclararlo –dijo Lebannen. Su voz era tranquila, de modo que Aliso no supo si se había rendido o si todavía albergaba esa esperanza.

Un hombre bajaba presurosamente por el sendero hacia donde ellos estaban, un soldado de cabeza gris, uno de los guardias del Rey. Lebannen miró a su alrededor, se puso de pie, se acercó hasta él. Hablaron un minuto, en voz baja. El soldado volvió a irse a grandes pasos; el Rey se dio la vuelta y quedó de cara a sus compañeros.

–Tenemos noticias –dijo, una vez más aquel deje de desafío en la voz–. Al oeste de Havnor se han visto varios vuelos de dragones. Han incendiado bosques, y la tripulación de un barco costero dice que hay gente que huye hacia el Puerto del Sur y que la ciudad de Resbel está en llamas.

Esa noche, el barco más rápido del Rey los llevó a él y a su grupo hasta el otro lado de la Bahía de Havnor, avanzando muy de prisa, en el viento de magia que levantara Ónix. Llegaron a la desembocadura del Río Onneva, debajo del lomo del Monte Onn, al amanecer. Con ellos desembarcaron once caballos, magníficos, fuertes, criaturas con patas delgadas de los establos reales. Los caballos eran algo muy poco común en todas las islas excepto en Havnor y en Semel. Tehanu conocía bastante bien a los burros pero nunca antes había visto un caballo. Había pasado una buena parte de la noche con ellos y con sus guardianes, ayudando a controlarlos y a tranquilizarlos. Estaban bien alimentados, eran caballos bien educados pero que no estaban acostumbrados a hacer travesías marítimas.

Cuando llegó la hora de montarlos, allí en las arenas del Onneva, Ónix se sintió bastante acobardado, y tuvo que ser animado y alentado por los guardianes, mientras que Tehanu se subió a la silla de montar tan rápido como el Rey.

Puso las riendas en su mano lisiada y no las utilizó; parecía comunicarse con su yegua de otra manera.

Y así fue como la pequeña caravana se puso en camino hacia el oeste entre los pies de las montañas de Faliern, manteniendo un buen ritmo. Era la manera más rápida de viajar que Lebannen tenía a su disposición; bordear la costa del sur de Havnor tomaría demasiado tiempo. Llevaban con ellos al mago Ónix para que mantuviera el clima favorable, para que quitara cualquier obstáculo que pudiera aparecer en el camino, y para defenderlos de cualquier daño que pudiera causarles el fuego de algún dragón. Contra los dragones, si se encontraban con ellos, no tenían defensa alguna, excepto tal vez la que pudiera ofrecerles Tehanu.

Al oír los consejos de sus asesores y de los oficiales de su guardia la noche anterior, Lebannen había concluido que no había manera de luchar contra los dragones ni de proteger las ciudades y los campos de sus ataques: las flechas no servían para nada, los escudos no servían para nada. Únicamente los magos más grandiosos habían podido derrotar a un dragón. No tenía a ninguno de aquellos magos a su servicio y no conocía a ninguno que ahora estuviera vivo, pero tenía que defender a su gente lo mejor que pudiera, y no sabía otra manera de hacerlo más que intentar hablar con los dragones.

Su mayordomo se había escandalizado cuando el Rey se había puesto en camino hacia donde se alojaban Tenar y Tehanu: el Rey debía enviar a alguien a buscar a la persona a la que él quería ver, debía ordenarle que acudiera a él. –No si el rey va a suplicarles algo –dijo Lebannen.

A la aterrorizada criada que abrió la puerta, le dijo que preguntara si podía hablar con la Dama Blanca y con la Mujer de Gont. Por esos nombres las conocían la gente de palacio y de la ciudad. Que ambas utilizaran su nombre verdadero abiertamente, al igual que el Rey, era algo tan extraño, tan desafiante de normas y costumbres, de seguridad y propiedad, que, a pesar de que la gente conociera el nombre, se negaba a pronunciarlo y prefería evitarlo.

Lo dejaron entrar, y después de haberles contado brevemente la noticia que había recibido, dijo: –Tehanu, puede que tú seas la única persona de todo mi Reino que puede ayudarme. Si pudieras llamar a estos dragones al igual que llamaste a Kalessin, si tuvieras algún tipo de poder para comunicarte con ellos, si pudieras hablar con ellos y preguntarles por qué luchan contra mi gente, ¿lo harías?

La muchacha eludió sus palabras, y miró a su madre.

Pero Tenar no le ofreció ninguna clase de protección. Se quedó inmóvil. Después de un rato le dijo: –Tehanu, hace mucho tiempo te dije: «Cuando un Rey te habla, tú contestas». En aquel entonces eras una niña, y no contestaste. Ahora ya no eres una niña.

Tehanu dio un paso hacia atrás para alejarse de los dos. Como una niña, dejó caer la cabeza. –No puedo llamarlos –dijo con su voz débil, áspera–. No los conozco.

–¿Puedes llamar a Kalessin? –preguntó Lebannen.

Tehanu negó con la cabeza. –Está demasiado lejos –susurró–. No sé dónde.

–Pero tú eres la hija de Kalessin –dijo Tenar–, ¿No puedes hablar con estos dragones?

Tehanu respondió miserablemente: –No lo sé.

Lebannen dijo: –Si existe alguna posibilidad, Tehanu, de que ellos hablen contigo, de que tú puedas hablar con ellos, te suplico que aproveches esa posibilidad. Porque yo no puedo luchar contra ellos, y no conozco su lengua, y ¿cómo puedo descubrir lo que quieren de nosotros unas criaturas que pueden destruirme con sólo su aliento, con sólo una mirada? ¿Podrías hablar por mí, por nosotros?

Tehanu se quedó en silencio. Luego, tan débilmente que apenas pudieron escucharla, respondió: –Sí.

–Entonces, prepárate para viajar conmigo. Partiremos a la cuarta hora de la tarde. Mi gente te llevará hasta el barco. Te lo agradezco. ¡Y a ti también, Tenar! –dijo, cogiendo su mano un momento, pero no mucho más, puesto que tenía que ocuparse de muchas cosas antes de partir.

Cuando llegó al embarcadero, tarde y corriendo, allí estaba la esbelta figura encapuchada. El último caballo que fue llevado a bordo del barco resoplaba y estiraba las patas, negándose a subir la pasarela. Tehanu parecía estar hablando con el guardián. Al poco rato, cogió la brida del caballo, le dijo algo, y juntos subieron tranquilamente a la pasarela.

Los barcos son casas pequeñas, llenas; Lebannen oyó a dos de los mozos de caballos hablando suavemente en la cubierta de popa cerca de la medianoche.

–Tiene la mano verdadera –dijo uno.

–Sí, así es, pero es horrible mirarla, ¿no es cierto? –dijo el otro, con una voz más joven.

El primero dijo: –Si a un caballo no le importa, ¿por qué debería importarte a ti?

–No lo sé, pero así es –respondió el otro.

Ahora, mientras cabalgaban por las arenas del Onneva y después al pie de las montañas, en donde el camino se ensanchaba, Tosía acercaba su caballo al de Lebannen. –Ella será nuestra intérprete, ¿verdad? –le preguntó.

–Si puede.

–Bueno, es más valiente de lo que yo pensaba. Si eso fue lo que le sucedió la primera vez que habló con un dragón, es probable que suceda otra vez.

–¿A qué te refieres?

–Se quemó y estuvo a punto de morirse.

–No fue por un dragón.

–¿Por quién, entonces?

–Por la gente con la que nació.

–¿Cómo fue eso? –preguntó Tosía haciendo una mueca.

–Vagabundos, ladrones. Tenía cinco o seis años. Fuera lo que fuese lo que ella o ellos hicieran, todo terminó con ella golpeada hasta quedar inconsciente y arrojada a una hoguera. Pensando, supongo, que estaba muerta o que moriría y que todo sería tomado como un accidente, se dieron a la fuga. Los aldeanos la encontraron, y Tenar la acogió.

Tosía se rascó la oreja. –Ésa sí que es una historia bonita acerca de la bondad humana. Así ¿tampoco es hija del viejo Archimago? Pero ¿entonces a qué se refieren cuando dicen que es la cría de un dragón?

Lebannen había navegado con Tosía, había luchado junto a él hacía años en el sitio de Sorra, y sabía que era un hombre valiente, entusiasta, juicioso. Cuando la aspereza de Tosía le irritaba, él culpaba a su fina piel. –No sé a qué se refieren –respondió suavemente–. Lo único que sé es que el dragón la llamó hija.

–Ese mago vuestro de Roke, ese Ónix, es rápido diciendo que no tiene nada que hacer en este asunto. Sin embargo, él puede hablar el Habla Antigua, ¿no es así?

–Sí. Podría convertirte en ceniza con apenas unas palabras. Si no lo ha hecho todavía es por respeto a mí, no a ti, creo.

Tosía asintió con la cabeza. –Ya lo sé –dijo.

Cabalgaron durante todo aquel día tan rápido como podían hacerlo los caballos, y al caer la noche llegaron a un pequeño pueblo al pie de una colina, en donde los caballos pudieron ser alimentados y descansar, y los jinetes pudieron dormir en diferentes e incómodas camas. Los que no estaban habituados a cabalgar descubrieron entonces que apenas podían caminar. La gente de allí no había oído nada acerca de los dragones, y solamente se sintieron abrumados por el terror y el esplendor de todo un grupo de ricos extranjeros que habían llegado a caballo y pidiendo avena y camas, y les pagaban con plata y con oro.

Los jinetes partieron una vez más bastante antes del amanecer. Había casi cien millas desde las arenas del Onneva hasta Resbel. Este segundo día los llevaría por el desfiladero de las Montañas de Faliern y luego bajarían por el lado oeste. Yenay, uno de los oficiales de confianza de Lebannen, cabalgaba bastante por delante de los demás; Tosía era guardián de la parte de atrás; Lebannen estaba al frente del grupo principal. Iba trotando medio dormido en medio de la silenciosa tranquilidad que precede al amanecer, cuando el sonido de los cascos de un caballo golpeando el suelo y acercándose lo despertó. Yenay había cabalgado hacia atrás desde el frente. Lebannen levantó la vista y miró lo que el hombre le señalaba.

Acababan de salir de un bosque en la cumbre de una ladera abierta y podían ver a través de la clara media luz todo el camino que atravesaba el desfiladero. A ambos lados, las montañas se agrupaban negras contra el brillo rojizo y apagado de un amanecer con muchas nubes.

Pero estaban de cara al oeste.

–Eso está más cerca que Resbel –dijo Yenay–. Quince millas, tal vez.

La yegua de Tehanu, a pesar de ser pequeña, era la mejor del grupo, y tenía la poderosa convicción de que debía guiar a los demás. Si Tehanu no la retenía, la yegua no dejaba de cabalgar y de adelantar a los otros caballos hasta quedar al frente de la línea. La yegua salió disparada de repente cuando Lebannen dio rienda suelta a su gran caballo, y por eso Tehanu estaba ahora a su lado, mirando hacia donde él miraba.

–El bosque está en llamas –le dijo él a ella.

Lebannen podía ver solamente el lado marcado de su rostro, de modo que parecía que tenía la mirada ciega; pero ella veía, y la mano garra que sostenía las riendas estaba temblando. El niño que se quema le teme al fuego, pensó él.

¿Qué locura cruel y cobarde se había apoderado de él para decirle a esta muchacha: «Ven a hablar con los dragones, ¡sálvame el pellejo!», y llevarla directamente hacia el fuego?

–Regresaremos –dijo.

Tehanu levantó su mano buena, señalando: –Mira –dijo–. ¡Mira!

La chispa de una hoguera, una ceniza ardiente que se alzaba por la línea negra del desfiladero, un águila de llamas subiendo cada vez más, un dragón que volaba directo hacia donde ellos se encontraban.

Tehanu se puso de pie sobre sus estribos y soltó un chirrido penetrante, como el de un ave marina o como el grito de un halcón, pero era una palabra: –¡Medeu!

La enorme criatura se acercó más, a una velocidad terrible, sus alas largas y delgadas batiendo casi perezosamente; había perdido el reflejo del fuego y se veía negra o del color del bronce en la creciente luz de la mañana.

–Cuidad de vuestros caballos –dijo Tehanu con su voz ronca, y, justo en ese momento, el caballo castrado gris de Lebannen vio al dragón y se sobresaltó violentamente, sacudiendo la cabeza y retrocediendo. Pudo controlarlo, pero detrás de él uno de los otros caballos soltó un relincho de terror, y entonces oyó a todos los caballos pisoteando el suelo y a los guardianes gritando. El mago Ónix se acercó corriendo a toda prisa y se colocó al lado del caballo de Lebannen. A caballo o a pie, todos se detuvieron y observaron al dragón acercarse.

Una vez más, Tehanu gritó aquella palabra. El dragón viró en pleno vuelo, comenzó a ir más despacio, se acercó, se detuvo y merodeó por el aire, a aproximadamente ciento cincuenta metros de ellos.

–¡Medeu! –gritó Tehanu, y la respuesta llegó como un eco prolongado: ¡Me–de–uuu!

–¿Qué significa eso? –preguntó Lebannen, agachándose hacia Ónix.

–Hermana, hermano –susurró el mago.

Tehanu descendió del caballo, le había dado las riendas a Yenay, y estaba bajando a pie por la ligera pendiente hacia donde se cernía el dragón, sus largas alas batiendo rápidamente, como las de un halcón cuando se suspende en el aire. Pero aquellas alas medían quince metros de una punta a la otra, y mientras

batían emitían un sonido como de timbales o como el traqueteo del metal. Mientras ella se acercaba, una pequeña voluta de fuego escapó de la gran boca abierta y de inmensos dientes del dragón.

Tehanu alzó su mano. No la esbelta mano oscura sino la que había sido quemada, la garra. La cicatriz que cubría su brazo y su hombro le impedía levantarla totalmente. Apenas podía llegar a la altura de su cabeza.

El dragón se hundió un poco en el aire, bajó su cabeza, y tocó la mano de Tehanu con su delgado y llameante hocico de escamas. Como un perro, un animal que saluda y olfatea, pensó Lebannen; como un halcón que se posa sobre una muñeca; como un rey que se inclina ante una reina.

Tehanu habló, el dragón habló, ambos brevemente, con sus voces de címbalo. Otro intercambio de palabras, una pausa; el dragón habló largo y tendido. Ónix escuchaba atentamente. Un intercambio más de palabras. Una voluta de humo por las ventanas de la nariz del dragón; un gesto rígido e imperioso de la mano dañada de la mujer. Luego dijo claramente dos palabras.

–Traedla –tradujo el mago en un susurro.

El dragón batió sus alas con fuerza, bajó su gran cabeza, y silbó, volvió a hablar, luego se elevó de repente en el aire, muy alto sobre Tehanu, dio media vuelta, giró una vez, y salió disparado como una flecha hacia el oeste.

–La ha llamado Hija del Mayor –susurró el mago, mientras Tehanu se quedaba allí de pie inmóvil, observando cómo se alejaba el dragón.

Se dio la vuelta; se veía pequeña y frágil ante aquella inmensa colina con su bosque a la luz gris del amanecer. Lebannen se bajó del caballo y se acercó a ella. Pensó que la encontraría agotada y aterrorizada, alargó su mano para ayudarle a caminar, pero ella le sonrió. Su rostro, medio terrible medio hermoso, brillaba con la luz roja del sol que aún no había salido.

–No volverán a atacar. Esperarán en las montañas –dijo.

Luego sí miró a su alrededor, como si no supiera dónde se encontraba, y cuando Lebannen la cogió del brazo, ella dejó que así lo hiciera; pero el fuego y la sonrisa seguían brillando en su rostro, y caminó suavemente.

Mientras los guardianes sujetaban los caballos, que ya se habían puesto a pastar en la hierba humedecida por el rocío, Ónix, Tosía y Yenay se acercaron a Tehanu, aunque manteniendo una distancia respetuosa. Entonces Ónix le dijo: –Mi querida dama Tehanu, nunca he visto un acto tan valiente.

–Ni yo tampoco –dijo Tosía.

–Tenía miedo –dijo Tehanu, con una voz que no albergaba emoción alguna–. Pero le llamé hermano, y él me llamó hermana.

–No pude entender todo lo que dijisteis –dijo el mago–.

No conozco tanto el Habla Antigua como tú. ¿Podrías contarnos lo que pasó entre vosotros?

Tehanu habló lentamente, sus ojos fijos en el poniente, hacia donde había volado el dragón. El rojo apagado del fuego distante iba palideciendo a medida que el levante se iba aclarando.

–Yo le pregunté: «¿Por qué estáis quemando la isla del Rey?». Y él me respondió: «Es hora de que volvamos a tener nuestras propias tierras». Y yo le dije: «¿Os pidió el Mayor que las tomarais con fuego?». Entonces dijo que el Mayor, Kalessin, se había ido con Orm Irian más allá del Oeste, para volar con el otro viento. Y dijo que los dragones jóvenes que se han quedado aquí, en los vientos del mundo, dicen que los hombres han roto su promesa y han robado las tierras de los dragones. Se dicen unos a otros que Kalessin no regresará nunca, y que ya no esperarán más, sino que sacarán a los hombres de todas las tierras del Poniente. Pero recientemente Orm Irian ha regresado, y está en Paln, según me dijo. Y yo le dije que le pidiera que viniese hasta aquí. Y él dijo que vendría a ver a la hija de Kalessin.

CAPÍTULO III

El Consejo del Dragón

Desde la ventana de su habitación, Tenar había visto alejarse al barco que llevaba a Lebannen y a su hija hasta desaparecer en la noche. No había bajado al embarcadero con Tehanu. Había sido duro, muy duro negarse a ir con ella en aquel viaje. Tehanu se lo había suplicado, no solía pedir nunca nada. Nunca lloraba, no podía llorar, pero su respiración se había convertido en un sollozo: –¡Pero no puedo ir, no puedo ir sola! ¡Ven conmigo, madre!

–Mi amor, mi corazón, si pudiera evitarte este miedo que sientes, lo haría, pero ¿no ves que no puedo? He hecho todo lo que he podido por ti, mi llama de fuego, mi estrella. El Rey tiene razón, solamente tú, tú solamente puedes hacer esto.

–Pero si tú estuvieras allí conmigo, simplemente si yo supiera que tú estás allí...

–¿Qué podría hacer yo allí más que ser una carga? Debéis viajar de prisa, será un viaje muy duro. Yo solamente os retrasaría. Y podríais temer por mí. No me necesitáis. Yo no os sirvo para nada. Tienes que entender eso. Tienes que ir, Tehanu.

Y se había dado media vuelta, quedando así de espaldas a su hija, y había comenzado a escoger la ropa que Tehanu debía llevarse, las ropas que llevaba en su casa, no las ropas de lujo que llevaban allí, en el palacio: sus zapatos gruesos y sólidos, su capa buena. Si lloró mientras lo hacía, no dejó que su hija la viera.

Tehanu se había quedado como perpleja, paralizada por el miedo. Cuando Tenar le dio las ropas con las que debía cambiarse, ella obedeció. Cuando el teniente del Rey, Yenay, llamó a la puerta y preguntó si podía conducir a la señorita Tehanu hasta el embarcadero, ella se quedó mirándolo fijamente, como un animal estúpido.

–Ahora vete –dijo Tenar. La abrazó y posó su mano sobre la gran cicatriz que cubría la mitad de su rostro–. Eres tanto hija de Kalessin como mía.

La muchacha la abrazó con mucha fuerza durante un buen rato, se soltó, dio media vuelta sin decir una palabra, y siguió a Yenay hasta la puerta.

Tenar se quedó allí de pie, sintiendo el frío aire de la noche en donde había estado el calor del cuerpo y de los brazos de Tehanu.

Se acercó hasta la ventana. Las luces allí abajo en el muelle, los hombres que iban y venían, el chacoloteo de los cascos de los caballos que eran conducidos por las calles empinadas sobre el agua. En el paseo marítimo había un gran barco, un barco que ella conocía, el Delfín. Miró por la ventana y divisó a Tehanu en el muelle. La vio finalmente subir a bordo, llevando a un caballo que se había estado resistiendo, y advirtió que Lebannen subía detrás de ella. Vio cómo se soltaban las amarras, cómo se alejaba el barco con dóciles movimientos al compás de los golpes de remo, y vio la repentina caída y el florecimiento de las velas blancas en la oscuridad. La luz del farol de la popa temblaba en el agua oscura, se fue encogiendo lentamente hasta convertirse en una pequeña gota de claridad, y luego desapareció.

Tenar caminó de un lado a otro de la habitación doblando las ropas que había llevado Tehanu, la camisa y la sobrefalda de seda; levantó las finas sandalias y las colocó un rato contra una de sus mejillas antes de guardarlas.

Se quedó recostada en la cama, despierta, y vio repetirse en su mente una y otra vez la misma escena: un camino, y Tehanu caminando sola por él. Y un nudo, una red, una masa negra que se enroscaba y se retorcía descendiendo desde el cielo, tropeles de dragones, grandes lenguas de fuego que salían de sus fauces hacia ella, sus cabellos en llamas, sus ropas en llamas. «No», decía Tenar, «¡no! ¡No será así!». Intentaba alejar su mente de esa escena, hasta que volvía a verla, el camino, y Tehanu caminando sola por él, y el nudo negro y llamas en el cielo, acercándose cada vez más.

Cuando las primeras luces del día comenzaron a teñir la habitación de gris, por fin consiguió dormirse, exhausta. Soñó que estaba en la casa del Viejo Mago, en el Vertedero, su casa, y estaba más contenta por estar allí de lo que puede expresarse con palabras. Cogió la escoba que estaba detrás de la puerta para barrer el brillante suelo de roble, puesto que Ged había dejado que se acumulase mucho polvo durante su ausencia. Pero había una puerta en la parte de atrás de la casa que no había estado allí antes. Cuando la abrió encontró una pequeña habitación de techo bajo con paredes de piedras pintadas de blanco. Ged estaba agachado en la habitación, en cuclillas, con los brazos sobre las rodillas y las manos cayendo a los lados. La suya no era una cabeza de hombre sino que era pequeña, negra, y con pico, la cabeza de un buitre. Y dijo entonces con una voz débil y ronca: «Tenar, no tengo alas». Y cuando lo dijo, Tenar sintió que se encendía en ella tanta furia y tanto miedo que se despertó, jadeando, para ver la luz del sol en la alta pared de su habitación en el palacio y oír las dulces y claras trompetas que daban la cuarta hora de la mañana.

Le trajeron el desayuno. Comió un poco y habló con Baya, la anciana sirvienta a quien había escogido de todo el séquito de criadas y damas de honor que Lebannen le había ofrecido. Baya era una mujer inteligente y capaz, nacida en una aldea en el interior de Havnor, con quien Tenar se llevaba mejor que con muchas de las damas de la corte. Estas eran amables y respetuosas, pero no sabían qué hacer con ella, no sabían cómo hablarle a una mujer que era mitad sacerdotisa karga, mitad ama de casa en una granja en Gont. Vio que les resultaba más fácil ser buenas con Tehanu por su feroz timidez. Podían sentir pena por ella. Pero en cambio no podían sentir pena por Tenar.

Baya, sin embargo, sí podía, y así era, y aquella mañana le prodigó a Tenar atenciones. –El Rey la traerá de regreso, sana y salva –le decía–. ¿Por qué piensas que llevaría a la muchacha ante un peligro del que después no pudiera sacarla? ¡Eso nunca! ¡El no es así! –Era un consuelo falso, pero Baya creía en ello tan apasionadamente que Tenar tuvo que mostrarse de acuerdo con ella, lo cual constituía en sí mismo un pequeño consuelo.

Necesitaba hacer algo, ya que la ausencia de Tehanu lo invadía todo. Decidió ir a hablar con la princesa de los kargos, para ver si la muchacha estaba dispuesta a aprender una palabra de hárdico, o al menos a decirle a Tenar cuál era su nombre.

En las Tierras de Kargad la gente no tenía un nombre verdadero que mantenía en secreto, como los hablantes del hárdico. Al igual que los Nombres aquí, los nombres kargos a menudo tenían algún significado, Rosa, Aliso, Honor, Esperanza; o bien eran tradicionales, muchas veces el nombre de algún antepasado. La gente los decía abiertamente y se sentía orgullosa de la antigüedad de un nombre que pasaba de generación en generación. Ella había sido alejada de sus padres siendo muy pequeña y por lo tanto no sabía por qué la habían llamado Tenar, pero pensó que tal vez sería por alguna abuela o bisabuela. La habían despojado de ese nombre cuando fue reconocida como Arha, la Sin Nombre renacida, y lo había olvidado hasta que Ged volvió a dárselo. Para ella, como para él, era su nombre verdadero; pero no era una palabra del Habla Antigua; no le daba a nadie ninguna clase de poder sobre ella, y ella nunca lo había ocultado.

Ahora la desconcertaba el hecho de que la princesa ocultase el suyo. Las mujeres más cercanas la llamaban simplemente Princesa, o Dama, o Señorita; los embajadores habían hablado de ella como la Suprema Princesa, Hija de Thol, Dama de Hur–at–Hur, y cosas por el estilo. Si todo lo que esa pobre muchacha tenía eran títulos, ya era hora de que recibiera un nombre.

Tenar sabía que no era propio de un invitado del Rey caminar solo por las calles de Havnor, y sabía que Baya tenía cosas que hacer en palacio, de modo que le pidió a un sirviente que la acompañara. Se le ofreció un lacayo encantador, un muchacho, porque tenía solamente quince años, que cuidaba de ella en los cruces de las calles como si se tratara de una vieja renqueante. A Tenar le gustaba caminar por la ciudad. En el trayecto hacia la Casa del Río había descubierto, y también admitido, que era más fácil pasear sin Tehanu a su lado. La gente solía mirar a Tehanu y apartar la vista, y Tehanu solía caminar con un orgullo rígido y doloroso, odiando sus miradas a ella luego desviadas, y Tenar sufría con ella, y hasta quizás más que ella misma.

Ahora podía vagar y observar las demostraciones en la calle, los puestos del mercado, las diferentes caras y ropas provenientes de todo el Archipiélago, podía salir del camino directo y dejar que su acompañante le mostrara un callejón donde los puentes pintados que cruzaban de un tejado a otro formaban una especie de techo espacioso y abovedado muy alto, desde donde caían parras rojas florecientes que alegraban la vista, y la gente colocaba jaulas de pájaros en las ventanas en palos dorados entre las flores, de modo que todo parecía un jardín en medio del aire. «Oh, me gustaría que Tehanu pudiera ver esto», pensó. Pero no debía pensar en Tehanu, en dónde estaría.

La Casa del Río, como el Nuevo Palacio, había sido construida durante el reinado de la Reina Heru, cinco siglos atrás. Cuando Lebannen subió al trono, estaba totalmente en ruinas; él la había reconstruido con mucho cuidado, y ahora era un lugar lleno de encanto y de paz, con muy pocos muebles, con suelos oscuros, brillantes y sin alfombras. Había hileras de puertas–ventanas correderas que dejaban abierto todo un lado de

uno de los salones, ofreciendo así una vista de los sauces y del río, y uno podía salir a unas profundas terrazas de madera que habían sido construidas sobre el agua. Las cortesanas le habían dicho a Tenar que aquél había sido el sitio preferido del Rey para escaparse y tener una noche de soledad o pasar una velada junto a una amante, lo cual le confería aún más trascendencia, insinuaban ellas, al hecho de que hubiese alojado allí a la princesa. Lo que Tenar sospechaba era que Lebannen no había querido tener a la princesa bajo su mismo techo y sencillamente le había destinado el único otro lugar posible para ella, pero tal vez las cortesanas tuvieran algo de razón.

Los guardias, con sus magníficos arreos, la reconocieron y la dejaron pasar, los lacayos anunciaron su presencia y se retiraron con su muchacho a cascar nueces y cotillear, la cual parecía la ocupación principal de los lacayos, y entonces aparecieron las damas de la princesa para darle la bienvenida, agradecidas de ver un rostro nuevo y pidiendo ansiosamente noticias frescas de la expedición del Rey para luchar contra los dragones. Después de relatarles todo lo que sabía, la condujeron hasta los apartamentos de la princesa.

En las dos visitas anteriores que había hecho, la habían dejado esperando un rato en una antesala, y luego las siervas la habían llevado a una habitación interior, la única habitación sombría de aquella casa espaciosa y bien ventilada, en donde la princesa había permanecido de pie, con su sombrero de ala redonda y con el velo rojo colgando hasta el suelo; parecía estar allí permanentemente, empotrada, como si se tratara de una chimenea de ladrillos, como había dicho la Dama lyesa.

Esta vez fue diferente. Tan pronto como llegó a la antesala pudo oír unos chillidos y el sonido de gente corriendo en distintas direcciones. La princesa irrumpió en la puerta y, con un grito salvaje, arrojó sus brazos alrededor de Tenar. Tenar era pequeña, y la princesa, una mujer joven, alta, enérgica y llena de emoción, le hizo perder el equilibrio, pero la sostuvo con sus fuertes brazos. –¡Oh, Dama Arha, Dama Arha, sálvame, sálvame! –gritaba al entrar.

–¡Princesa! ¿Qué sucede?

La princesa derramaba lágrimas de terror o de alivio o de ambas cosas al mismo tiempo, y todo lo que Tenar pudo entender de sus lamentos y sus súplicas fue un parloteo de dragones y sacrificio.

–No hay dragones cerca de Havnor –dijo reprobadora–mente, liberándose de la muchacha–, y nadie está siendo sacrificado. ¿De qué trata todo esto? ¿Qué te han dicho?

–Las mujeres dijeron que los dragones estaban viniendo para aquí y que sacrificarían a la hija de un rey y no a una cabra, porque ellos son hechiceros, y yo tenía miedo. –La princesa se secó la cara, apretó las manos, y empezó a intentar superar el pánico en el que se había encontrado sumergida. Había sido un terror real, incontrolable, y Tenar sintió pena por ella. No dejó que se notara su compasión. La muchacha tenía que aprender a aferrarse a su dignidad.

–Tus mujeres son ignorantes y no saben suficiente hárdico como para entender lo que les dice la gente. Y tú no sabes nada de hárdico. Si así fuera sabrías que no hay nada que temer. ¿Tú ves a la gente de la casa corriendo de un lado para otro, llorando y gritando?

La princesa la miraba fijamente. No llevaba sombrero, ni velos, y sólo un ligero vestido, porque era un día muy caluroso. Era la primera vez que Tenar la veía como era y no como a una forma sombría a través de los velos rojos. A pesar de que los ojos de la princesa estaban hinchados a causa de las lágrimas y su rostro lleno de manchas, era magnífica: ojos y cabellos leonados, brazos redondos, pechos voluminosos y esbelta cintura, una mujer llena de belleza y de fuerza.

–Pero ninguna de esas personas va a ser sacrificada–dijo finalmente.

–Nadie va a ser sacrificado.

–Entonces ¿por qué vienen los dragones?

Tenar suspiró profundamente. –Princesa –dijo–, hay muchas cosas de las que hemos de hablar. Si me ves como a una amiga...

–Sí, así te veo –dijo la princesa. Dio un paso hacia adelante y apretó con fuerza el brazo derecho de Tenar–. Tú eres mi amiga, no tengo ningún otro amigo, derramaría mi sangre por ti.

Por ridículo que pareciera, Tenar sabía que era cierto.

Le devolvió el apretón a la muchacha lo mejor que pudo y dijo: –Tú eres mi amiga. Dime tu nombre.

Los ojos de la princesa se abrieron. Todavía había un poco de moco y de lágrimas en su labio superior. El labio inferior le temblaba. Entonces dijo, con un profundo suspiro:

–Seserakh.

–Seserakh: mi nombre no es Arha, sino Tenar.

–Tenar –dijo la muchacha, y le apretó aún más el brazo.

–Ahora bien –dijo Tenar, intentando recuperar el control de la situación–, he caminado mucho para llegar hasta aquí y tengo mucha sed. Por favor, sentémonos, y ¿puedo tomar un poco de agua? Después podremos hablar.

–Sí –dijo la princesa, y salió disparada de la habitación, como una leona al acecho.

Se oyeron gritos y chillidos en las habitaciones interiores, y más sonidos de corridas. Una de las siervas apareció, ajustándose el velo con manos temblorosas y farfullando algo en un dialecto tan cerrado que Tenar no podía entender lo que decía. –¡Habla en la lengua maldita! –gritó la princesa desde dentro.

La mujer chilló en un hárdico lamentable:

–¿Sentarse?, ¿beber?, ¿dama?

Se habían colocado dos sillas en el medio de la oscura y mal ventilada habitación, una frente a la otra. Seserakh se puso de pie junto a una de ellas.

–Me gustaría sentarme fuera, a la sombra, sobre el agua –dijo Tenar–. Si te apetece, princesa.

La princesa gritó, la mujer se escabulló, las sillas fueron llevadas hasta la amplia terraza. Se sentaron una junto a la otra.

–Así está mejor –dijo Tenar. Todavía le resultaba extraño estar hablando en kargo. No tenía ninguna clase de dificultad para hacerlo, pero sentía como si no fuera ella, como si fuera otra persona la que hablaba, un actor que disfrutaba de su rol.

–¿Te gusta el agua? –preguntó la princesa. Su rostro tenía una vez más su color habitual, un color crema intenso, y sus ojos, ya deshinchados, eran de un dorado azulado, o azules con motas doradas.

–Sí. ¿A ti no?

–La odio. Donde yo vivía no había agua.

–¿Un desierto? Yo también viví en un desierto. Hasta los dieciséis años. Después atravesé el mar y vine hacia el oeste. Me encanta el agua, el mar, los ríos.

–Oh, el mar –dijo Seserakh, encogiéndose y poniendo la cabeza entre las manos–. Oh, lo odio, lo odio. Vomité hasta el alma. Una y otra y otra vez. Durante días y días y días. No quiero ver el mar nunca más. –Le lanzó una mirada rápida al riachuelo que pasaba por debajo de ellas a través de las ramas de sauce, un riachuelo tranquilo y poco profundo–. Este río está bien –dijo con desconfianza.

Una mujer llevó una bandeja con una jarra y unas copas, y Tenar tomó un buen trago de agua fresca.

–Princesa–dijo–, tenemos mucho de qué hablar. Primero: los dragones todavía están muy lejos de aquí, en el Poniente. El Rey y mi hija han ido a hablar con ellos.

–¿A hablar con ellos?

–Sí. –Estuvo a punto de decir más, pero sólo dijo–: Ahora, por favor, hablame de los dragones en Hur–at–Hur.

A Tenar le habían dicho cuando era niña en Atuan que había dragones en Hur–at–Hur. Dragones en las montañas, bandoleros en los desiertos. Hur–at–Hur era pobre y estaba muy lejos, y de allí no llegaba nada bueno excepto ópalos y turquesas y troncos de cedro.

Seserakh lanzó un gran suspiro. Se le llenaron los ojos de lágrimas. –Pensar en mi casa me hace llorar –dijo, con una simpleza de sentimiento tan pura que a Tenar también se le empañó la mirada–. Allí los dragones viven en las montañas, que están a dos o tres días de viaje de Mesreth. En ellas no hay más que rocas y nadie molesta a los dragones y los dragones no molestan a nadie. Pero una vez al año bajan de las montañas, avanzando lentamente por un camino determinado. Es un sendero, de una tierra suave, que quedó así por arrastrar ellos sus vientres contra el suelo todos los años desde el comienzo de los tiempos. Se llama el Camino del Dragón. –Vio que Tenar escuchaba muy atentamente, y siguió hablando–. Cruzar el Camino del Dragón es algo tabú. Bajo ningún concepto se debe posar un pie sobre él. Hay que bordearlo, hacia el sur hasta el Lugar del Sacrificio. Comienzan a bajar arrastrándose a finales de la primavera. El cuarto día del quinto mes, ya todos han llegado al Lugar del Sacrificio. Ninguno de ellos llega tarde nunca. Y todos los habitantes de Mesreth y de las aldeas cercanas están allí esperándolos. Luego, cuando todos han bajado por el Camino del Dragón, los sacerdotes inician el sacrificio. Y eso es... ¿No tenéis vosotros el sacrificio de la primavera en Atuan?

Tenar negó con la cabeza.

–Bueno, por eso me asusté, ¿entiendes?, porque puede ser un sacrificio humano. Si las cosas no fueran bien, sacrificarían a la hija de un rey. De lo contrario, sería simplemente una muchacha cualquiera. Pero incluso eso hace mucho que no sucede. No lo hacen desde que yo era pequeña. Desde que mi padre derrocara a todos los demás reyes. Desde entonces, sólo han sacrificado a una cabra y a

una oveja. Recogen la sangre en cuencos, arrojan la grasa en el fuego sagrado, y llaman a los dragones. Luego, todos los dragones vienen arrastrándose. Se beben la sangre y se comen el fuego. –Cerró los ojos un momento; Tenar hizo lo mismo–. Después vuelven a subir a las montañas, y nosotros regresamos a Mesreth.

–¿Los dragones son muy grandes?

Seserakh separó sus manos aproximadamente noventa centímetros. –A veces son más grandes –dijo.

–¿Y no pueden volar? ¿O hablar?

–Ah, no. Sus alas son sólo pequeñas aletas. Emiten una especie de silbido. Los animales no pueden hablar. Pero son sagrados. Son el símbolo de la vida, porque el fuego es la vida, y ellos comen y escupen fuego. Y son sagrados porque vienen al sacrificio de la primavera. Aunque no acudiera ninguna persona, los dragones acudirían y se reunirían en ese lugar. Nosotros vamos porque vienen los dragones. Los sacerdotes siempre hablan de eso antes del sacrificio.

Tenar tardó un rato en asimilar todo aquello. –Los dragones aquí en el Oeste –dijo–, son grandes. Inmensos. Y pueden volar. Son animales, pero pueden hablar. Y son sagrados. Y peligrosos.

–Bueno –dijo la princesa–, puede que los dragones sean animales, pero se parecen más a nosotros que los hechiceros–malditos.

Dijo «hechiceros–malditos» como una sola palabra y sin ningún énfasis en particular. Tenar recordó esa frase de su infancia. Significaba la Gente Oscura, la gente hárdica del Archipiélago.

–¿Y eso por qué?

–¡Porque los dragones vuelven a nacer! Como todos los animales. Como nosotros. –Seserakh miró a Tenar con sincera curiosidad–. Pensé que por haber sido una sacerdotisa en el Lugar Más Sagrado de las Tumbas sabrías mucho más acerca de todo esto que yo.

–Pero nosotros no tenemos dragones allí–dijo Tenar–. No aprendí absolutamente nada acerca de ellos. Por favor, amiga mía, cuéntame.

–Pues déjame ver si puedo contarte la historia. Es una historia de invernó. Supongo que aquí está bien contarla en verano. De todas maneras, aquí ya está todo mal. –Suspiró–. Bueno, al principio, ya sabes, cuando todo comenzó, éramos todos iguales, toda la gente y todos los animales, hacíamos las mismas cosas. Después aprendimos a morir. Y entonces aprendimos a renacer. Tal vez como una clase de ser, quizás como otra. Pero no importa demasiado, porque de todas maneras volverás a morir y volverás a nacer y lo serás todo tarde o temprano.

Tenar asintió con la cabeza. Hasta ahora, la historia le resultaba familiar.

–Pero las mejores cosas en las que renacer son gente y dragones, porque ésos son los seres sagrados. De modo que uno intenta no romper los tabúes, e intenta cumplir con los Preceptos, para tener más oportunidades de ser otra vez una persona, o en cualquier caso un dragón... Si los dragones aquí pueden hablar y son tan grandes, puedo entender por qué eso supondría una recompensa. Ser uno de nuestros dragones nunca pareció algo demasiado tentador.

"Pero la historia es acerca de los hechiceros–malditos que descubren el Vedurnan. Eso fue algo, no sé exactamente qué, que dijo alguna gente, y era que si aceptaban no morir nunca y no renacer nunca, podrían aprender hechicería. Y eso fue lo que escogieron, escogieron el Vedurnan. Y se fueron al oeste con él. El Vedurnan los hizo oscuros, y viven aquí. Toda esta gente, ellos eligieron el Vedurnan. Viven, y pueden practicar sus malditas hechicerías, pero no pueden morir. Sólo sus cuerpos mueren. El resto de ellos se queda en un lugar oscuro y nunca renace. Y parecen pájaros. Pero no pueden volar.

–Sí –suspiró Tenar.

Su mente estaba recordando la historia que la Mujer de Kemay le contara a Ogión: en el comienzo de todos los tiempos, el género humano y el de los dragones eran una sola cosa, pero los dragones escogieron el salvajismo y la libertad, y la humanidad escogió la riqueza y el poder. Una elección, una separación. ¿Era la misma historia?

Pero la imagen en el corazón de Tenar era la de Ged agachado en una habitación de piedra, su cabeza pequeña, negra, con pico...

–¿El Vedurnan no es ese anillo, verdad, ese anillo del que todos hablan, el que tendré que llevar?

–¿Anillo?

–El anillo de Urthakby.

–Erreth–Akbé. No. Ese anillo es el Anillo de la Paz. Y lo llevarás únicamente cuando seas la Reina del Rey Lebannen. Y serás una mujer afortunada de ser su Reina.

La expresión en el rostro de Seserakh era algo curioso. No era hosca ni cínica. Era desesperada, medio humorística, paciente, la expresión de una mujer décadas más vieja.

–No tiene nada que ver con la fortuna, querida amiga Tenar –dijo–. Tengo que casarme con él. Y cuando lo haga estaré perdida.

–¿Por qué estarás perdida si te casas con él?

–Si me caso con él tengo que darle mi nombre. Si él dice mi nombre, me roba el alma. Eso es lo que hacen los hechiceros–malditos. Por eso siempre ocultan sus nombres. Y si él me roba el alma, yo no podré morir. Tendré que vivir para siempre sin mi cuerpo, como un pájaro que no puede volar, y nunca podré renacer.

–¿Es por eso por lo que has ocultado tu nombre?

–Te lo he dado a ti, amiga mía.

–Me siento honrada por semejante obsequio –dijo Tenar enérgicamente–, pero aquí puedes decirle tu nombre a quien quieras. No pueden robarte el alma con él. Créeme, Seserakh. Y puedes confiar en el Rey. Él no... no te hará ningún daño.

La muchacha había percibido su vacilación. –Pero desearía poder hacerlo –dijo–. Tenar, amiga mía, sé lo que soy, aquí. En aquella gran ciudad, Awabath, en donde está mi padre, yo era una estúpida e ignorante mujer del desierto. Unafeyagat. Las mujeres de la ciudad se reían por lo bajo y se daban codazos unas a otras siempre que me veían, esas zorras con el rostro descubierto. Y aquí es peor aún. No puedo entender a nadie y ellos no pueden entenderme a mí, ¡y todo, todo es diferente! Ni siquiera sé lo que es la comida, es comida de hechicero, me marea. Ignoro cuáles son los tabúes, no hay sacerdotes para preguntarles, sólo hay mujeres hechiceras, todas negras y con el rostro descubierto. Y yo vi cómo me miraba él. ¿Sabes?, ¡se puede ver más allá del feyagl Vi su rostro. Es muy apuesto, parece un guerrero, pero es un hechicero negro y me odia. No me digas que no, porque yo sé que es así. Y creo que cuando sepa mi nombre enviará mi alma para siempre a ese lugar.

Después de un rato mirando fijamente las ramas de los sauces en movimiento sobre el agua que también se movía con delicadeza, sintiéndose triste y cansada, Tenar dijo:

–Lo que tienes que hacer, entonces, princesa, es aprender cómo hacer que él sea como tú. ¿Qué otra cosa puedes hacer?

Seserakh se encogió de hombros afligida.

–Ayudaría que entendieras lo que él dijo.

–Bagaba–bagaba. Todo suena así.

–Y nosotros les sonamos así a ellos. Vamos, princesa, ¿cómo quieres caerle bien si todo lo que tú puedes decirle a él es bagaba–bagaba? Mira. –Y levantó su mano, la señaló con la otra, y dijo la palabra primero en kargo, luego en hárdico.

Seserakh repitió ambas palabras con un tono obediente.

Después de aprender los nombres de algunas partes más del cuerpo comprendió de repente las potencialidades de la traducción. Se sentó más erguida. –¿Cómo dicen «rey» los hechiceros?

–Agni. Es una palabra del Habla Antigua. Eso me dijo mi esposo.

Mientras hablaba se dio cuenta de que era tonto sacar a relucir la existencia de una tercera lengua en aquel momento; pero eso no fue lo que le llamó la atención a la princesa.

–¿Tienes un esposo? –Seserakh la miraba fijamente con ojos luminosos, leoninos, y se rió en voz alta–. ¡Oh, qué maravilla! ¡Yo pensaba que eras una sacerdotisa! ¡Oh, por favor, amiga mía, hablame de él! ¿Es un guerrero? ¿Es apuesto? ¿Lo amas?

Después de que el Rey partiera en busca de los dragones, Aliso no tenía idea de qué hacer; se sentía terriblemente inútil por quedarse en el palacio comiendo la comida del Rey y sintiéndose culpable por el problema que había ocasionado su visita. No pudo sentarse en su habitación en todo el día, de manera que salió a caminar por las calles, pero el esplendor y la actividad de la ciudad le resultaban amedrentadores, y puesto que no tenía ni dinero ni propósito, todo lo que podía hacer era caminar hasta cansarse. Regresó al Palacio de Maharion preguntándose si los guardias de rostros severos lo dejarían volver a entrar. El momento más pacífico que consiguió fue en los jardines del palacio. Esperó poder encontrarse de nuevo allí con Rody, pero el muchacho no apareció, y tal vez eso estuviera bien. Aliso pensó que no debía hablar con la gente. Las manos que lo buscaban desde la muerte los buscarían también a ellos.

El tercer día después de la partida del Rey bajó para caminar entre los estanques del jardín. El día había sido muy caluroso; el atardecer era tranquilo y bochornoso. Llevó a Tirón con él y dejó al pequeño gato suelto para

que acechara a los insectos debajo de los arbustos, mientras él se sentaba en un banco cerca del gran sauce y observaba la tenue luz verde plata de las gordas carpas en el agua. Se sentía solo y desanimado; sentía que sus defensas contra las voces y las manos extendidas que lo buscaban se estaban viniendo abajo. ¿De qué servía estar allí, después de todo? ¿Por qué no meterse en el sueño de una vez por todas, bajar aquella colina y acabar con todo? Nadie en el mundo lloraría por él, y su muerte les ahorraría a todos esa enfermedad que había traído consigo. Seguramente tenían ya bastante con luchar contra los dragones. Tal vez si fuera hasta allí podría ver a Lirio.

Si él estaba muerto, no podrían tocarse. Los magos dijeron que ni siquiera querrían hacerlo. Dijeron que los muertos olvidaban cómo era estar vivo. Pero Lirio había contactado con él. Al principio, durante un rato, tal vez recordarían la vida lo suficiente como para mirarse a los ojos, verse, aunque no se tocaran.

–Aliso.

Levantó la vista lentamente y vio a la mujer que estaba de pie cerca de él. La pequeña mujer gris, Tenar. Vio la preocupación en su rostro, pero no sabía por qué estaba preocupada. Entonces recordó que su hija, la muchacha quemada, se había marchado con el Rey. Tal vez había recibido malas noticias. Tal vez estuvieran todos muertos.

–¿Estás enfermo, Aliso? –preguntó.

Él negó con la cabeza. Le costaba hablar. Ahora comprendía lo fácil que sería, en esa otra tierra, no hablar. No encontrarse con las miradas de la gente. No ser molestado.

Ella se sentó en el banco a su lado. –Pareces preocupado –le dijo.

El hizo un gesto impreciso. –Estoy bien, no importa.

–Has estado en Gont. Con mi esposo Gavilán. ¿Cómo estaba? ¿Se cuidaba?

–Sí –dijo Aliso. Trató de responder más adecuadamente–. Fue el más amable de los anfitriones.

–Me alegra oír eso –dijo ella–. Me preocupo por él. Él mantiene la casa tan bien como yo, pero aun así, no me gustó dejarlo solo... Por favor, ¿podrías decirme qué estaba haciendo mientras tú estuviste allí?

Aliso le contó que Gavilán había recogido las ciruelas y las había llevado al mercado, que los dos habían arreglado la valla, que Gavilán le había ayudado a dormir.

Ella escuchaba atenta, seriamente, como si aquellas pequeñas cosas tuvieran tanta importancia como los extraños acontecimientos sobre los que habían hablado allí mismo hacía tres días: los muertos llamando a un hombre con vida, una muchacha que se convierte en dragón, los dragones incendiando las islas del Poniente.

Realmente él no sabía qué era lo que tenía más importancia después de todo, las grandes cosas extrañas o las pequeñas y más comunes.

–Me gustaría poder ir a casa –dijo la mujer.

–Yo podría desear lo mismo, pero sería en vano. Creo que nunca más regresaré a mi casa. –No supo por qué lo dijo, pero se escuchó a sí mismo decirlo y pensó que era cierto.

Ella lo miró un minuto con sus tranquilos ojos grises y no le hizo ninguna pregunta.

–Yo podría desear que mi hija regresara a casa conmigo –dijo–, pero sería en vano también. Sé que debe seguir adelante. No sé hacia dónde.

–¿Podrías decirme cuál es el don que ella tiene, qué clase de mujer es que el Rey envió por ella, y la llevó con él para encontrarse con los dragones?

–Oh, si yo supiera lo que ella es, te lo diría –dijo Tenar, su voz llena de pesar y de amor y de resentimiento–. No es mi hija de nacimiento, como tal vez ya te hayas imaginado. Vino a mí de pequeña, salvada del fuego, pero sólo apenas salvada, no completamente... Cuando Gavilán regresó a mí ella se convirtió en su hija también. Y nos salvó a ambos, a él y a mí, de una muerte cruel, invocando a un dragón, Kalessin, llamado el Mayor. Y ese dragón la llamó hija. Y así ella es la hija de muchos y de nadie, salvada de ningún dolor, pero sí salvada del fuego. Quién es en realidad, puede que yo nunca lo sepa. ¡Pero desearía que estuviera aquí conmigo, a salvo conmigo!

Aliso quería tranquilizarla, pero su propio corazón estaba demasiado deprimido.

–Hablame un poco más de tu esposa, Aliso –le pidió ella.

–No puedo –respondió él rompiendo por fin el silencio que se instalaba fácilmente entre ellos–. Si pudiera lo haría, Dama Tenar. Hay tanta pesadez en mí, y tanto pavor y tanto miedo esta noche. Intento pensar en Lirio, pero lo único que hay es ese desierto oscuro que baja y baja cada vez más, y no puedo verla en él. Todos los recuerdos que tenía de ella, que eran para mí como el agua y el aliento, se han ido a ese lugar seco. No me queda nada.

–Lo siento –susurró ella, y se quedaron allí sentados otra vez en silencio.

El crepúsculo era cada vez más intenso. No había viento, el clima era muy cálido. Las luces del palacio brillaban a través de los biombos grabados de las ventanas y del follaje inmóvil y colgante de los sauces.

–Algo está sucediendo –dijo Tenar–. Un gran cambio en el mundo. Tal vez no nos quede nada de lo que conocimos.

Aliso levantó la vista y miró el cielo cada vez más oscuro. Las torres del palacio se erguían claras contra aquel cielo, su mármol y su alabastro pálidos atrapaban toda la luz que quedaba en el oeste. Sus ojos buscaron la hoja de la espada montada en la punta de la torre más alta y la vio, apenas plateada.

–Mira –dijo. En la punta de la espada, como un diamante o una gota de agua, brillaba una estrella. Mientras la miraban, la estrella se alejó de la espada, alzándose sobre ella.

Hubo un alboroto, en el palacio o del otro lado de las paredes; voces; sonó una trompa, una llamada aguda, apremiante.

–Han regresado –dijo Tenar, y se puso de pie. La emoción había invadido el aire, y Aliso se puso también de pie. Tenar entró rápidamente en el palacio, desde donde podía verse el puerto. Pero antes de llevar a Tirón otra vez adentro, Aliso levantó la vista una vez más para mirar la espada, que ahora era apenas un atisbo de luz, y la estrella brillaba justo sobre ella.

Delfín entró navegando al puerto esa noche de verano sin viento, avanzando, apremiante, el viento de magia sacándole barriga a las velas. Nadie en el palacio había esperado que el Rey regresara tan pronto, pero no había nada fuera de lugar ni nada que quedara por preparar para su llegada. El muelle se llenó de cortesanos en el acto, soldados que no estaban de servicio, y gente de la ciudad preparada para darle la bienvenida, y los hacedores de canciones y los arpistas estaban esperando para oír cómo había luchado y vencido a los dragones y poder escribir luego baladas contando esa historia.

Se sintieron decepcionados: el Rey y el grupo de gente que había viajado con él fueron directamente hacia el palacio, y los guardias y los marineros del barco solamente dijeron:

–Subieron a las tierras que están sobre las Arenas del Onneva, y dos días después regresaron. El mago nos envió un pájaro mensajero, porque nosotros para ese entonces estábamos abajo, en las Entradas de la Bahía, puesto que íbamos a encontrarnos con ellos en el Puerto del Sur. Regresamos y allí estaban ellos, esperándonos en la desembocadura del río, todos sanos y salvos. Pero nosotros vimos el humo de unos bosques en llamas sobre las Montañas Faliern del Sur.

Tenar estaba entre la multitud en el muelle, y Tehanu fue directa hacia ella. Se abrazaron estrechamente. Pero mientras subían por las calles, entre las luces y las voces llenas de regocijo, Tenar seguía pensando: «Ha cambiado. Ella ha cambiado. Nunca regresará a casa».

Lebannen caminaba entre sus guardias. Cargado de tensión y de energía, se mostraba regio, belicoso, radiante. «Erreth–Akbé», gritaba la gente, al verle: «¡Hijo de Morred!». En las escalinatas del palacio dio media vuelta y quedó de cara a toda la gente. Tenía una voz potente para utilizarla cuando lo deseara, y ahora sonaba con fuerza, silenciando a la multitud. –¡Escuchad, gente de Havnor! La Mujer de Gont ha hablado por nosotros con uno de los dragones–jefe. Han prometido una tregua. Uno de ellos vendrá hasta nosotros. Un dragón vendrá hasta aquí, a la Ciudad de Havnor, al Palacio de Maharion. No para destruir, sino para hablar. Ha llegado la hora de que los hombres y los dragones se encuentren y hablen. De modo que os digo que cuando venga el dragón, no le temáis, no luchéis contra él, no huyáis de él, dadle la bienvenida con el Símbolo de la Paz. Saludadlo como saludaríais a un gran señor que viniese desde muy lejos en son de paz. Y no temáis. Porque estamos todos bien protegidos por la espada de Erreth–Akbé, por el Anillo de Elfarran, y por el Nombre de Morred. ¡Y por mi propio nombre os prometo que, mientras viva, defenderé a esta ciudad y a este reino!

Todos escucharon sumidos en un mar de silencio y sin aliento. Un estallido de vítores y gritos siguió a sus palabras cuando se dio la vuelta y entró al palacio a grandes zancadas. –Pensé que lo mejor sería advertirles – le dijo a Tehanu con su tranquila voz habitual, y ella asintió con la cabeza. Hablaba con ella como con un camarada, y ella se comportaba como tal. Tenar y los cortesanos que estaban más cerca de ellos notaron aquello.

El rey ordenó que su Consejo en pleno se reuniera por la mañana, a la cuarta hora, y luego todos se dispersaron, pero retuvo un momento a Tenar mientras Tehanu seguía avanzando. –Es ella quien nos protege –le dijo.

–¿Ella sola?

–No temas por ella. Es la hija del dragón, la hermana del dragón. Ella va donde nosotros no podemos ir. No temas por ella, Tenar.

Ella inclinó su cabeza para mostrar su aceptación. –Te agradezco que la hayas traído sana y salva de regreso conmigo –dijo–. Por un tiempo.

Estaban apartados de otra gente, en el corredor que llevaba a las estancias de la parte oeste del palacio. Tenar levantó la vista para mirar al Rey y le dijo: –He estado hablando de dragones con la princesa.

–La princesa –dijo él con la mirada vacía.

–Tiene un nombre. No puedo decírtelo a ti, porque ella cree que podrías utilizarlo para destruir su alma.

Lebannen frunció el ceño.

–En Hur–at–Hur hay dragones. Pequeños, dice ella, y sin alas, y no hablan. Pero son sagrados. Son el símbolo y la señal sagrados de la muerte y el renacimiento. La princesa me recordó que mi gente no va a donde va tu gente cuando muere. Esa tierra seca de la que habla Aliso no es adonde vamos nosotros. La princesa, y yo, y los dragones.

El rostro de Lebannen pasó de tener un semblante receloso a uno de intensa atención. –Las preguntas que Ged le hizo a Tehanu –dijo en voz muy baja–. ¿Son éstas las respuestas?

–Solamente sé lo que me dijo la princesa, o lo que me recordó. Hablaré con Tehanu acerca de estas cosas esta noche.

El Rey frunció el ceño, reflexionando; luego su rostro se despejó. Se inclinó y besó la mejilla de Tenar, dándole las buenas noches. Se alejó a zancadas y ella lo observó alejarse. Le derretía el corazón, la deslumbraba, pero Tenar no se dejó cegar. «Todavía le tiene miedo a la princesa», pensó.

La sala del trono era la sala más antigua del Palacio de Maharion. Había sido el salón de Genial Hijo–del–Mar, Príncipe de Ilien, quien se convirtió en Rey en Havnor y de cuyo linaje nació la Reina Heru y su hijo Maharion. La Gesta havnoriana dice:

Un centenar de guerreros, un centenar de mujeres sentados en el gran salón de Gemal Hijo–del–Mar a la mesa del Rey, hablando con cortesía, apuestos y generosos, la nobleza de Havnor, no hay guerreros más valientes, ni mujeres más bellas.

Alrededor de aquel salón, durante más de un siglo, los herederos de Gemal nunca habían construido un palacio más grande, hasta que finalmente Heru y Maharion habían edificado sobre él la Torre de Alabastro, la Torre de la Reina, la Torre de la Espada.

Todo eso seguía en pie; pero, a pesar de que la gente de Havnor había resuelto llamarle Nuevo Palacio durante todos aquellos largos siglos desde la muerte de Maharion, estaba viejo y casi en ruinas cuando Lebannen subió al trono.

Lo había reconstruido casi por completo, y muy suntuosamente. Los comerciantes de las Islas Interiores, en sus primeras alegrías por tener otra vez un Rey y leyes que protegieran sus negociaciones, habían fijado muy alto sus ingresos y le ofrecían incluso más dinero para todas aquellas tareas; durante los primeros años de su reinado, ni siquiera se quejaban de que el sistema tributario estuviera destruyendo sus negocios y condenara a sus hijos a la miseria. De este modo, él había podido construir otra vez el Nuevo Palacio, y lo había dejado espléndido. Pero hizo que la sala del trono, una vez reconstruido el techo de vigas, vueltas a enyesar las paredes de piedra, recolocados los cristales en las estrechas y altas ventanas, mantuviera su antigua austeridad.

A través de las breves y falsas dinastías y de los Años Oscuros de tiranos y usurpadores y señores piratas, a través de todos los insultos del tiempo y la ambición, el trono del reino había estado siempre en el extremo de aquella extensa sala: una silla de madera, con un alto respaldo, sobre una sencilla tarima. Una vez había sido recubierta de oro. Pero hacía mucho que esa cobertura había desaparecido; los pequeños clavos dorados habían dejado agujeros desgarrados en la madera de donde habían sido arrancados. Sus cojines y sus colgaduras de seda habían sido robados o destruidos por las polillas, los ratones y el moho. No había nada que demostrara que era el mismo trono, excepto el lugar en el que se encontraba y una talla poco profunda en el respaldo, una garza real volando con una ramita de serbal en el pico. Ése era el blasón de la Casa de Enlad.

Los reyes de esa casa habían ido de Enlad hasta Havnor hacía ochocientos años. Donde está el Gran Trono de Morred, decían, está el reino.

Lebannen había hecho que lo limpiaran, que repararan y cambiaran la madera que estaba ya pudriéndose, que lo lubricaran y lo bruñeran otra vez en un tono oscuro, pero que lo dejaran sin pintar, sin teñirlo de dorado, así desnudo. Algunas de las personas ricas que venían a admirar su carísimo palacio se

quejaban de la sala del trono y del propio trono. «Parece un granero», decían, y: «¿Es el Gran Trono de Morred o la silla de un viejo granjero?».

A lo que algunos decían que el Rey había contestado: «¿Qué es un reino sin los graneros que lo alimentan y los granjeros para que cultiven el cereal?». Otros decían que había respondido: «¿Acaso es mi reino oropel de oro y terciopelo o bien se sostiene por la fuerza de la madera y la piedra?». Sin embargo, otros decían que no había dicho nada, excepto que le gustaba tal como estaba. Y, puesto que eran sus nalgas reales las que se sentaban sobre aquel trono sin cojines, sus críticos no lograron tener la última palabra en el asunto.

En ese salón severo y con altos techos de vigas, una mañana fresca con bruma de finales de verano, se presentó el Consejo del Rey: noventa y un hombres y mujeres; y hubieran sido cien si todos hubieran asistido. Todos habían sido elegidos por el Rey, algunos para representar a las grandes casas nobles y principescas de las Islas Interiores, quienes se habían comprometido a ser vasallos de la Corona; otros para que hablaran por los intereses de otras islas y partes del Archipiélago; otros más porque el Rey los había considerado o esperaba considerarlos consejeros de Estado útiles y dignos de confianza. Había comerciantes, navieros, y comisionados de Havnor y de las otras grandes ciudades portuarias del Mar de Ea y del Mar Interior, espléndidos en su consciente gravedad, con sus túnicas oscuras de pesadas sedas. Había representantes de los gremios de trabajadores y algunos negociantes flexibles y astutos. Destacaba entre ellos una mujer de ojos claros y manos fuertes, la jefa de los mineros de Osskil. Había magos de Roke, como Ónix, con mantos grises y varas de madera. También había un mago de Paln, llamado Maestro Seppel, que no llevaba vara y a quien la gente solía evitar, pese a que parecía bastante apacible. Había mujeres nobles, jóvenes y viejas, de los feudos y los principados del Reino, algunas vestidas con sedas de Lorbanery y perlas de las Islas de Arena, y dos isleñas, corpulentas, sencillas y solemnes, una de Iffish y otra de Korp, para hablar en favor de la gente del Confín del Levante. Había algunos poetas, algunos eruditos de los antiguos colegios de Ea y de las Enlades, y varios capitanes de tropas militares o de los barcos del Rey.

A cada uno de estos concejales lo había escogido él. Después de dos o tres años solía pedirles que volvieran a servirle o los enviaba de regreso a casa con agradecimientos y honores, y los reemplazaba por otros. Todas las leyes y los impuestos, todos los juicios llevados ante el trono, él los discutía con ellos, aceptando sus consejos. Entonces ellos votaban su propuesta, y se promulgaba únicamente con el consentimiento de la mayoría. Estaban los que decían que los miembros del Consejo no eran más que las mascotas y las marionetas del Rey, y de hecho puede que fuera así. Si argumentaba a favor de algo, generalmente se salía con la suya. Muchas veces no expresaba opinión alguna y dejaba que el Consejo tomara la decisión. Muchos concejales habían descubierto que si tenían datos suficientes para sostener su oposición y fabricar un buen argumento, podían persuadir a los demás y hasta convencer al Rey. De modo que los debates entre las varias divisiones y cuerpos especiales del Consejo eran a menudo disputados acaloradamente, e incluso estando en sesión completa el Rey había encontrado opositores en varias ocasiones, había discutido con ellos, y sin embargo había sacado la minoría de votos. Era un buen diplomático, pero un político mediocre.

Le parecía que su Consejo le era de mucha ayuda, y éste se había ganado el respeto de la gente de poder. La gente del pueblo no le prestaba mucha atención. Centraban sus esperanzas y atención en la persona del Rey. Había miles de gestas y de baladas que hablaban del hijo de Morred, el príncipe que viajó sobre el lomo de un dragón desde la muerte hasta las costas del día, el héroe de Sorra, esgrimidor de la Espada de Serriath, el Árbol Serbal, el Alto Fresno de Enlad, el bien amado Rey que gobernaba con el Símbolo de la Paz. Pero era difícil hacer canciones sobre concejales debatiendo los impuestos de los barcos.

De manera que nadie cantó sobre ellos, pero sí que entraron en fila y se sentaron en los bancos con cojines de cara al trono sin cojines del Rey. Volvieron a ponerse de pie cuando éste entró en la sala. Con él iba la Mujer de Gont, a quien muchos de ellos habían visto antes, de modo que su aspecto no provocó ningún revuelo, y con ellos un hombre menudo, vestido de negro deslustrado. «Parece un hechicero de aldea», le dijo un comerciante de Kamery a un carpintero de navío de Way, quien respondió: «Sin duda», con un tono resignado, indulgente. El Rey era también querido por muchos de los concejales, o al menos apreciado; después de todo había puesto poder en sus manos, y aunque no sintieran obligación alguna de estarle agradecido, respetaban sus decisiones.

La anciana Dama de Ea entró tarde y dándose prisa, y el Príncipe Sege, quien presidía el protocolo, le dijo al Consejo que tomara asiento. Todos se sentaron.

–Escuchad al Rey –dijo Sege, y ellos escucharon.

Les contó, y para muchos era la primera verdadera noticia que recibían sobre aquel asunto, acerca de los ataques de los dragones en el oeste de Havnor, y cómo había partido él con la Mujer de Gont, Tehanu, para hablar con ellos.

Los mantuvo en suspenso mientras habló de los antiguos ataques de parte de los dragones en las islas del Poniente, y les contó brevemente la historia de Ónix acerca de la muchacha que se convirtió en dragón en el Collado de Roke, y les recordó que Tehanu fue llamada hija por Tenar del Anillo, por el antiguo Archimago de Roke y por el dragón Kalessin, sobre cuyo lomo había llevado desde Selidor al mismísimo Rey.

Luego, finalmente, les contó lo que había ocurrido en el desfiladero de las Montañas de Faliern al amanecer tres días atrás. Terminó diciendo:

–Ese dragón llevó el mensaje de Tehanu a Orm Irian en Paln, quien luego deberá hacer un largo vuelo para llegar hasta aquí, trescientas millas o más. Pero los dragones son más rápidos que cualquier barco, incluso con viento de magia. Podemos recibir la visita de Orm en cualquier momento.

El Príncipe Sege hizo la primera pregunta, sabiendo que el Rey la recibiría bien: –¿Qué esperáis ganar, señor mío, al hablar con un dragón?

La respuesta fue inmediata: –Más de lo que podremos ganar nunca intentando luchar contra él. Resulta muy duro decirlo, pero es la verdad: contra el peligro de estas grandes criaturas, si de hecho resolvieran venir a destruirnos, no tenemos una verdadera defensa. Nuestros hombres sabios nos dicen que tal vez haya un lugar que pueda enfrentarse a ellos, la Isla de Roke. Y en Roke quizás haya sólo un hombre que podría enfrentarse a la ira de un dragón y no ser destruido. Por lo tanto, debemos intentar encontrar la causa de su furia y hacer las paces con ellos eliminándola.

–Son animales –dijo el antiguo Señor de Felkway–. Los hombres no pueden razonar con los animales, ni hacer las paces con ellos.

–¿No tenemos acaso la Espada de Erreth–Akbé, la que asesinó al Gran Dragón? –gritó un joven concejal.

Inmediatamente, otro le respondió: –¿Y quién asesinó a Erreth–Akbé?

El debate en el Consejo tendía a ser tumultuoso, a pesar de que el Príncipe Sege cumplía estrictamente con las reglas de protocolo, sin dejar que nadie interrumpiera a otro o hablara más de un turno de dos minutos marcado por el reloj de arena. Los parlanchines y los charlatanes eran interrumpidos por el estruendo provocado por el golpe de la vara de punta de plata del Príncipe y por su llamada para el siguiente orador. Así que hablaban y se gritaban mutuamente a un ritmo acelerado, y todas las cosas que tenían que ser dichas y muchas cosas que no necesitaban ser dichas eran dichas, y refutadas, y dichas otra vez. Mayoritariamente, argumentaban que debían iniciar una guerra, luchar contra los dragones, derrotarlos.

–Un grupo de arqueros en uno de los barcos de guerra del Rey podría derribarlos como a patos –gritó un comerciante vehemente de Wathort.

–¿Vamos a arrastrarnos frente a bestias sin inteligencia? ¿Acaso ya no quedan héroes entre nosotros? –preguntó la imperiosa Dama de Otokne.

A eso, Ónix dio una respuesta ácida: –¿Sin inteligencia? Hablan el Lenguaje de la Creación, sobre cuyo conocimiento se basa nuestro arte y nuestro poder. Son bestias tal como nosotros somos bestias. Los hombres son animales que hablan.

Un capitán de barco, un hombre viejo, con muchos viajes sobre sus espaldas, dijo: –¿Entonces no sois vosotros los magos quienes deberíais estar hablando con ellos? ¿Puesto que vosotros conocéis su lengua, y tal vez compartáis sus poderes? El Rey ha hablado de una joven muchacha sin educación que se convirtió en dragón. Pero los magos podéis adoptar esa forma por voluntad propia. ¿No podrían los Maestros de Roke hablar con los dragones o luchar contra ellos, si fuera necesario, de igual a igual?

El mago de Paln se puso de pie. Era un hombre de baja estatura, con una voz suave. –Adoptar la forma es convertirse en ese ser, capitán –dijo amablemente–. Un mago puede parecer un dragón, pero la verdadera Transformación es un arte muy peligroso. Especialmente ahora. Una pequeña transformación en medio de grandes cambios es como un suspiro contra el viento... Pero tenemos aquí entre nosotros a alguien que no necesita utilizar arte alguno, y aun así puede hablar de nuestra parte con los dragones mejor de lo que ningún hombre podría hacerlo. Si es que ella acepta hablar de nuestra parte.

Ante aquello, Tehanu se levantó de su banco al pie de la tarima. –Lo haré –dijo. Y volvió a sentarse.

Eso trajo un poco de paz a la discusión durante al menos un minuto, pero pronto estuvieron todos otra vez alterados.

El Rey escuchaba pero no hablaba. Quería conocer el temperamento de su gente.

Las dulces trompetas de plata en lo alto de la Torre de la Espada tocaron su melodía completa cuatro veces, marcando la sexta hora, el mediodía. El Rey se puso de pie, y el Príncipe Sege declaró un descanso que duraría hasta la primera hora de la tarde.

Un almuerzo de queso fresco y de frutas y verduras estivales fue dispuesto en un salón de la Torre de la Rema Heru. Allí Lebannen invitó a Tehanu y a Tenar, a Aliso, a Sege, y a Ónix; y Ónix, con el permiso del Rey, trajo con él al mago Seppel de Paln. Se sentaron y comieron todos juntos, hablando poco y en voz baja. Desde las ventanas podía verse todo el puerto y la orilla septentrional de la bahía, que se iba apagando hasta convertirse en una neblina azulina que podía ser tanto los restos de la niebla de la mañana como el humo de los incendios en los bosques al oeste de la isla.

Aliso seguía sorprendido por haber sido incluido entre los amigos íntimos del Rey e invitado a sus juntas. ¿Qué tenía que ver él con los dragones? No podía ni luchar ni hablar con ellos. La sola idea de tan poderosos seres le resultaba intensa y extraña. Por momentos, los alardes y los desafíos de los concejales le parecían ladridos de perros. Una vez había visto un perro joven en una playa ladrándole y ladrándole al océano, corriendo e intentando morder el oleaje, alejándose de las olas con la cola mojada entre las patas.

Pero estaba contento de estar con Tenar, quien le transmitía paz, y quien le agradaba por su bondad y su coraje, y descubrió entonces que también se sentía cómodo en presencia de Tehanu.

Su deformación hacía que pareciera que tenía dos rostros. Aliso no podía ver los dos al mismo tiempo, solamente uno o el otro. Pero se había acostumbrado a eso y no le inquietaba. La mitad del rostro de su madre había estado cubierta por una marca de nacimiento roja como el vino. El rostro de Tehanu le recordaba aquello.

Parecía menos inquieta y preocupada que antes. Se sentó tranquilamente, y un par de veces le habló a Aliso, que estaba sentado a su lado, con una tímida camaradería. Aliso sintió que, como él, ella estaba allí no por elección sino porque había renunciado a su elección, se había visto arrastrada a seguir un camino que no alcanzaba a comprender. Tal vez su camino y el de él fueran juntos, por un tiempo al menos. La idea lo llenó de coraje. Sabiendo únicamente que había algo que tenía que hacer, que algo había comenzado que debía ser terminado, sintió que fuera lo que fuese, sería mejor hacerlo con ella que sin ella. Tal vez ella se había sentido atraída por él por la misma soledad.

Pero su conversación no trataba sobre asuntos de tanta profundidad. –Mi padre te dio un gatito –le dijo mientras se alejaban de la mesa–. ¿Era uno de los de Tía Musgo?

Él asintió con la cabeza, y ella le preguntó:

–¿El gris?

–Sí.

–Ése fue el mejor gato de toda la carnada.

–Está cada vez más gorda, aquí.

Tehanu dudó un poco y luego dijo tímidamente: –Creo que es un macho.

Aliso se descubrió sonriendo. –Es un buen compañero. Un marinero lo llamó Tirón.

–Tirón –dijo ella, y pareció satisfecha.

–Tehanu –dijo el Rey. Se había sentado al lado de Tenar en el asiento que estaba junto a una de las ventanas–. No pedí tu opinión en la junta hoy para hablar de las preguntas que te formulara el Señor Gavilán. No era el momento. ¿Crees que éste es el lugar adecuado?

Aliso la observaba. Lo pensó antes de contestar. Le lanzó una mirada a su madre, quien no hizo ningún gesto en respuesta.

–Preferiría hablar contigo aquí–dijo con su voz ronca–. Y tal vez con la princesa de Hur–at–Hur.

Después de una breve pausa, el Rey dijo agradablemente:

–¿Le pido que venga, entonces?

–No, yo puedo ir a verla. Después. No tengo mucho que decir, en realidad. Mi padre preguntó: ¿Quién va a la tierra seca cuando muere? Y mi madre y yo hemos hablado acerca de eso. Y pensamos: la gente sí que va allí, pero ¿y las bestias? ¿Los pájaros vuelan hasta allí? ¿Hay árboles, crece la hierba? Aliso, tú lo has visto.

Tomado por sorpresa, sólo pudo decir: –Hay..., hay hierba, de este lado del muro, pero parece muerta. Aparte de eso, no sé.

Tehanu miró al Rey. –Tú has caminado por esa tierra, señor mío.

–Yo no vi ninguna bestia, ni ningún pájaro, ni nada que creciera.

Aliso volvió a hablar: –El Señor Gavilán dijo: polvo, roca.

–Creo que los únicos seres que van allí cuando mueren son los seres humanos –dijo Tehanu–. Pero no todos. –De nuevo miró a su madre, y esta vez ella no apartó la vista.

Tenar habló: –Los kargos son como los animales. –Su voz era seca y no revelaba sentimiento alguno–. Mueren para luego renacer.

–Eso es superstición –dijo Ónix–. Lo siento, Dama Tenar, pero usted misma... –Se calló.

–Ya no creo –dijo Tenar–, que soy o que fui, como me han dicho, Arha por siempre renacida, una sola alma reencarnada infinitamente y por lo tanto inmortal. Sí creo que cuando muera, como cualquier ser mortal, volveré a formar parte del más grande de los seres, que es el mundo. Como la hierba, los árboles, los animales. Los hombres son simplemente animales que hablan, señor, tal como dijo usted esta mañana.

–Pero nosotros podemos hablar el Lenguaje de la Creación –protestó el mago–. Aprendiendo las palabras con las que Segoy creó el mundo, el mismísimo lenguaje de la vida, enseñamos a nuestra alma a conquistar la muerte.

–Ese lugar en el que no hay más que polvo y sombras,

¿ésa es vuestra conquista? –Su voz no era seca ahora, y le brillaban los ojos.

Ónix se quedó indignado pero sin palabras.

El Rey intervino. –El Señor Gavilán hizo una segunda pregunta –dijo–. ¿Puede un dragón atravesar el muro de piedras? –Miró a Tehanu.

–La respuesta a esa pregunta está en la respuesta a la primera –dijo ella–, si los dragones son solamente animales que hablan, y los animales no van allí. ¿Ha visto un mago alguna vez un dragón allí? ¿O tú, mi señor? –Miró primero a Ónix, luego a Lebannen.

Ónix reflexionó sólo un momento antes de responder: –No.

El Rey parecía asombrado. –¿Cómo es que nunca pensé en eso? –dijo–. No, no vimos ninguno. Creo que no hay dragones allí.

–Señor –dijo Aliso, en voz más alta de la que nunca había utilizado en el palacio–, hay un dragón aquí. –Estaba de pie frente a la ventana, y lo señaló.

Todos se dieron la vuelta. En el cielo, sobre la Bahía de Havnor, vieron un dragón que venía volando desde el oeste. Sus largas alas de plumas, que batían lentamente, brillaban con un color dorado rojizo. Una voluta de humo se alzó detrás de él por un momento en el neblinoso aire estival.

–Y bien –dijo el Rey–, ¿qué habitación preparo para este invitado?

Habló como si le hiciera gracia, como atónito. Pero en el instante en que vio al dragón dar media vuelta y acercarse hacia la Torre de la Espada, atravesó corriendo el salón y bajó las escaleras, asustando y dejando atrás a los guardias en los vestíbulos y en las puertas, de modo que fue el primero en salir y quedarse solo en la terraza, bajo la torre blanca.

La terraza era el tejado de un salón de banquetes, una amplia extensión de mármol con una balaustrada baja, la Torre de la Espada se erguía directamente sobre ella y la Torre de la Reina estaba cerca. El dragón se había posado sobre el pavimento y estaba plegando sus alas con un estruendoso traqueteo metálico en el momento en que salió el Rey. En el lugar en el que había aterrizado, sus garras habían marcado unos surcos en el mármol.

La larga cabeza dorada se movía de un lado para otro. El dragón miró al Rey.

El Rey miró hacia abajo evitando su mirada. Pero se mantuvo erguido y habló claramente: –Orm Irian, sé bienvenido. Yo soy Lebannen.

–Agni Lebannen –dijo la intensa voz sibilante, saludándolo como Orm Embar lo había hecho mucho tiempo atrás, en lo más lejano del Poniente, antes de que fuera Rey.

Detrás de él, Ónix y Tehanu habían salido corriendo a la terraza junto con varios de los guardias. Uno de ellos había desenfundado su espada, y Lebannen vio, en una de las ventanas de la Torre de la Reina, a otro preparando un arco y una flecha y apuntando al pecho del dragón. –¡Dejad vuestras armas! –gritó con una voz que hizo resonar las torres, y el guardia obedeció con tanta prisa que casi dejó caer su espada, pero el arquero bajó su arco con desgana, le costaba dejar indefenso a su señor Rey.

–Medeu –susurró Tehanu, acercándose a Lebannen, su mirada fija y segura posada sobre el dragón. La enorme cabeza de la criatura volvió a moverse y sus inmensos ojos de ámbar en cuencas de arrugadas escamas brillantes lanzaron una mirada negra, sin parpadear.

El dragón habló.

Ónix, entendiendo lo que éste decía, le traducía en murmullos al Rey la conversación que mantenía con Tehanu:

–Hija de Kalessin, hermana mía –dijo el animal–. Tú no vuelas.

–No puedo cambiar, hermana –dijo Tehanu.

–¿Debería hacerlo yo?

–Por un rato, si quieres.

Entonces, los que estaban en la terraza y en las ventanas de las torres vieron la cosa más extraña que podrían ver nunca por mucho que vivieran en un mundo de magos y maravillas. Vieron al dragón, a la inmensa criatura, arrastrar y extender su vientre de escamas y su cola espinosa por casi toda la anchura de la terraza, y encabritar su cabeza de cuernos rojos a una altura que duplicaba la del Rey. Lo vieron bajar aquella enorme cabeza, y temblar de tal manera que sus alas hicieron un sonido parecido al de los címbalos, y no fue humo sino una especie de neblina lo que salió de las profundas ventanas de su nariz, empañando su forma, de manera que se volvió algo turbio e impreciso, como una leve niebla o un cristal empañado; y luego desapareció. El sol del mediodía pegaba fuerte en el blanco pavimento recientemente marcado. En el lugar no había ningún dragón. Había una mujer. Estaba de pie, a unos diez pasos de distancia de Tehanu y del Rey. Estaba justo donde debía haber estado el corazón del dragón.

Era joven, alta, y de complexión fuerte, morena, de cabellos oscuros, llevaba una camisa de campesina y unos pantalones, iba descalza. Estaba allí de pie, inmóvil, como desconcertada. Bajó la vista para mirarse el cuerpo. Levantó su mano y la miró: –¡Qué pequeña! –dijo, en el lenguaje de la calle, y se rió. Miró a Tehanu–. Es como ponerme los zapatos que llevaba cuando tenía cinco años –dijo.

Las dos mujeres se acercaron la una a la otra. Con cierta dignidad, como la de los guerreros armados saludándose o como la de dos barcos que se encuentran en el medio del mar, se abrazaron. Se cogieron una a la otra suavemente, pero durante algunos instantes. Se separaron, y ambas dieron media vuelta y quedaron de cara al Rey.

–Dama Irian –dijo él, e hizo una reverencia.

Ella pareció quedarse un poco perpleja, e hizo una especie de reverencia campestre. Cuando levantó la mirada, el Rey vio que sus ojos eran color ámbar. Inmediatamente apartó la mirada.

–No te haré daño con esta apariencia –dijo ella, con una amplia y blanca sonrisa–. Majestad –agregó incómodamente, intentando ser cortés.

El Rey hizo otra reverencia. Era él quien estaba perplejo ahora. Miró a Tehanu, y después a Tenar, que había salido a la terraza con Aliso. Nadie decía nada.

Los ojos de Irian se posaron sobre Ónix, que estaba de pie, con su capa gris, justo detrás del Rey, y su rostro se iluminó una vez más. –Señor –dijo–, ¿eres tú de la Isla de Roke? ¿Conoces al Señor Maestro de las Formas?

Ónix hizo una reverencia o asintió con la cabeza. El también le esquivaba la mirada.

–¿Está bien? ¿Sigue caminando entre sus árboles?

El mago hizo una nueva reverencia.

–¿Y el Portero, y el Maestro de Hierbas, y Kurremkarmerruk? Ellos me ofrecieron su amistad, me apoyaron. Si vuelves allí alguna vez, envíales mi amor y mi honor, por favor.

–Así lo haré –dijo el mago.

–Mi madre está aquí –le dijo Tehanu suavemente a Irian–. Tenar de Atuan.

–Tenar de Gont –dijo Lebannen, con cierto retintín en su voz.

Observando a Tenar con sincero asombro, Irían le preguntó: –¿Fuiste tú quien trajo el Anillo de la Runa desde la tierra de los Hombres Blancos, junto con el Archimago?

–Así es –dijo Tenar, mirando a Irían fijamente y con la misma franqueza.

Por encima de ellos, en el balcón que rodeaba la Torre de la Espada, cerca de su cúspide, hubo movimiento: los trompetistas habían salido a dar las horas, pero en ese momento los cuatro se habían reunido en el lado sur y miraban hacia abajo, a la terraza, buscando al dragón con sus miradas. Había rostros en todas las ventanas de las torres del palacio, y las voces llegaban desde las calles como una marea que se acerca.

–Cuando toquen la primera hora –dijo Lebannen–, el Consejo volverá a reunirse. Los concejales te habrán visto llegar, estimada dama, o habrán oído hablar de tu llegada. De modo que si te complace, pienso que lo mejor será que vayamos directamente a reunimos con ellos y dejar que te contemplen. Y si decides hablarles, prometo que te escucharán.

–Muy bien –dijo Irian. Por un instante hubo en ella una indiferencia poderosa, de reptil. Cuando se movió, eso pareció desaparecer, y parecía simplemente una mujer alta y joven que caminaba con bastante torpeza, y le decía a Tehanu, sonriente–: Me siento como si pudiera salir volando como una chispa, ¡no peso nada!

Las cuatro trompetas en lo alto de la torre sonaron hacia el oeste, hacia el norte, hacia el este, y hacia el sur, una tras otra, una frase del lamento que había escrito un Rey hacía quinientos años para la muerte de su amigo.

El rey recordó en ese momento y por un instante el rostro de aquel hombre, Erreth–Akbé, tal como había estado de pie en aquella playa de Selidor, con sus ojos oscuros, apesadumbrado, mortalmente herido, entre los huesos del dragón que lo había matado. A Lebannen le resultó extraño estar pensando en cosas tan lejanas en un momento semejante; y sin embargo no era extraño, puesto que los vivos y los muertos, los hombres y los dragones, estaban todos dirigiéndose juntos hacia un suceso que él no podía prever.

Se detuvo hasta que Irian y Tehanu se acercaron a él. Y cuando siguió caminando dentro del palacio con ellas dijo:

–Dama Irian, hay muchas cosas que te preguntaría, pero lo que teme mi gente y lo que el Consejo deseará saber es si tu gente tiene intenciones de declararnos la guerra, y por qué.

Ella asintió con la cabeza, una inclinación pesada, decisiva: –Les diré lo que sé.

Cuando llegaron a la entrada cubierta de cortinas detrás de la tarima, la sala del trono estaba en plena confusión, era un alboroto de voces, de modo que el estruendo de la vara del Príncipe Sege apenas se escuchaba al principio. Luego el silencio llegó de repente con ellos y todos se dieron vuelta para ver al Rey entrando con el dragón.

Lebannen no se sentó, sino que se quedó de pie ante el trono, e Irian se colocó a su izquierda.

–Escuchad al Rey –dijo Sege en ese silencio muerto.

El Rey dijo:

–¡Concejales! Éste es un día que será contado y cantado durante mucho tiempo. Las hijas de vuestros hijos y los hijos de vuestras hijas dirán: «¡Yo soy nieto de uno de los miembros del Consejo del Dragón!». Así que honrad a quien con su presencia nos honra a nosotros. Escuchad a Orm Irian.

Algunos de los que estuvieron en el Consejo del Dragón dijeron después que si la miraban fijamente parecía simplemente una mujer alta que estaba allí de pie, pero que si miraban a un lado lo que veían con el rabillo del ojo era un inmenso resplandor trémulo de un color dorado, como ahumado, que empequeñecía al Rey y al trono. Y muchos de ellos, sabiendo que un hombre no debe mirar los ojos de un dragón, miraron a un lado; pero también pudieron vislumbrar algo. Las mujeres la miraban, algunas pensaban que era poco atractiva, algunas que era hermosa, otras sintiendo pena por ella por tener que andar descalza por el palacio. Y algunos concejales, que no habían entendido bien, se preguntaban quién era aquella mujer, y cuándo llegaría el dragón.

Durante todo el tiempo que habló, perduró aquel completo silencio. A pesar de que su voz poseía la suavidad que tienen las voces de muchas mujeres, llenaba el inmenso salón con mucha facilidad. Hablaba lenta y formalmente, como si estuviera traduciendo en su mente las palabras originales del Habla Antigua.

–Mi nombre era Irían, de los Dominios de la Antigua Iría en Way. Ahora soy Orm Irían. Kalessin, el Mayor, me llama hija. Soy hermana de Orm Embar, a quien el Rey conoció, y nieta de Orm, quien mató al compañero del Rey Erreth–Akbé y fue asesinado por él. Estoy aquí porque mi hermana Tehanu me ha llamado.

"Cuando Orm Embar murió en Selidor, destruyendo el cuerpo mortal del mago Cob, Kalessin vino desde más allá del Oeste y llevó al Rey y al gran mago a Roke. Luego, al regresar al Paso del Dragón, el Mayor llamó a la gente del Oeste, a quienes Cob les había quitado el habla, y quienes aún estaban desconcertados. Kalessin les dijo: «Habéis permitido que el mal os convierta en mal. Habéis estado locos. Ahora estáis cuerdos otra vez, pero siempre y cuando los vientos soplen desde el Levante nunca podréis volver a ser lo que fuisteis, libres tanto del bien como del mal».

"Kalessin dijo: «Hace mucho tiempo hicimos una elección. Elegimos la libertad. Los hombres eligieron el yugo. Nosotros elegimos el fuego y el viento. Ellos eligieron el agua y la tierra. Nosotros elegimos el Oeste, y ellos el Este».

"Y también dijo: «Pero siempre, entre nosotros, algunos les envidian su riqueza, y siempre, entre ellos, algunos envidian nuestra libertad. Así fue cómo el mal entró en nosotros y volverá a entrar en nosotros, hasta que volvamos a elegir y ser libres para siempre. Yo me iré pronto más allá del Oeste para volar en el otro viento. Os enseñaré el camino hasta allí, u os esperaré, si vosotros queréis venir».

"Luego, algunos de los dragones le dijeron a Kalessin: «Unos hombres que nos tenían envidia hace mucho tiempo nos robaron la mitad de nuestro reino más allá del Oeste y crearon murallas de sortilegios para mantenernos alejados de allí. ¡Así que ahora nosotros vamos a llevarlos hasta la parte más lejana del Levante, y vamos a recuperar las islas! Los hombres y los dragones no pueden compartir el viento».

"Y entonces Kalessin les respondió: «Hubo una vez en que fuimos un mismo ser. Y como señal de eso, en cada generación de hombres, nacen uno o dos que también son dragones. Y en todas las generaciones de nuestro pueblo, más largas que las cortas vidas de los hombres, nace uno de nosotros que también es humano. De éstos, hay uno que ahora vive en las Islas Interiores. Y hay uno de ellos viviendo ahora allí y que es un dragón. Estos dos son los mensajeros, los que traen consigo la elección. Ya no nacerá nadie más como ellos, ni entre los nuestros ni entre los suyos. Porque el equilibrio cambia».

"Y Kalessin les dijo: «Elegid. Venid conmigo a volar por la parte lejana del mundo, en el otro viento. O quedaos y poneos el yugo del bien y del mal. O id disminuyendo hasta convertiros en bestias estúpidas». Y por último agregó: «La última en hacer la elección será Tehanu. Después de ella ya no habrá posibilidad de elegir. Ya no habrá manera de ir hacia el Oeste. Sólo estará el bosque, como siempre, en el centro».

Los miembros del Consejo del Rey se quedaron inmóviles como piedras, escuchando. Irían también estaba de pie sin moverse, con la mirada fija, como atravesándolos, mientras hablaba.

–Después de que pasaran algunos años, Kalessin voló más allá del Oeste. Algunos lo siguieron, otros no. Cuando yo llegué para unirme a mi gente, seguí a Kalessin. Pero yo voy para allá y regreso aquí, siempre y cuando los vientos me lleven.

"El carácter de mi gente es celoso e iracundo. Los que se quedaron aquí, en los vientos del mundo, comenzaron a volar en grupos o solos hasta las islas de los hombres, diciendo otra vez: «Nos robaron la mitad de nuestro reino. Ahora nosotros nos apoderaremos de todo el oeste de su reino, y los sacaremos de allí, para que ya no puedan traernos más su bien y su mal. No pondremos nuestros cuellos en su yugo».

"Pero no intentaron matar a los isleños, porque recordaban que estaban locos, cuando los dragones mataban a los dragones. Os odian, pero no intentarán mataros a menos que vosotros intentéis hacerlo.

"De modo que uno de estos grupos ha llegado ahora a esta isla, Havnor, a la que nosotros llamamos la Colina Fría. El dragón que iba al frente de todos ellos y habló con Tehanu, es mi hermano, Ammaud. Procuran conduciros hacia el este, pero Ammaud, como yo, promulga el deseo de Kalessin, buscando liberar a mi gente del yugo que lleváis vosotros. Si él y los hijos de Kalessin y yo podemos evitar que vuestra gente y la nuestra sufran daños, así lo haremos. Pero los dragones no tienen rey, y no obedecen a nadie, y volarán hacia donde les plazca. Durante un tiempo harán lo que mi hermano y yo les pedimos en nombre de Kalessin. Pero no por mucho tiempo. Y no le temen a nada en este mundo, excepto a vuestros sortilegios de muerte.

La última palabra resonó con fuerza en el gran salón en el silencio que siguió a la voz de Irian.

El Rey habló, dándole las gracias a Irian. Dijo: –Nos honras con tus sinceras palabras. Por mi nombre, nosotros también hablaremos con toda sinceridad. Te ruego que me digas, hija de Kalessin, quién me trajo a mi reino y qué es lo que dices que temen los dragones. Pensé que no le temían a nada dentro o fuera de este mundo.

–Les tenemos miedo a vuestros hechizos de inmortalidad –respondió con franqueza.

–¿De inmortalidad? –dudó Lebannen–. Yo no soy un mago. Maestro Ónix, habla por mí, si la hija de Kalessin lo permite.

Ónix se puso de pie. Irian lo miró con ojos fríos e imparciales, y asintió con la cabeza.

–Dama Irian –dijo el mago–, nosotros no hacemos hechizos de inmortalidad. Solamente el mago Cob buscó hacerse inmortal, pervirtiendo nuestro arte para conseguirlo. –Hablaba lentamente y con evidente cuidado, buscando las palabras adecuadas en su mente mientras hablaba–. Nuestro Archimago, junto con mi señor el Rey, y con la ayuda de Orm Embar, destruyeron a Cob y al mal que él había causado. Y el Archimago renunció a todo su poder para sanar el mundo, restableciendo el Equilibrio. Ningún otro mago en esta vida ha buscado... –Se detuvo en seco.

Irian lo miraba fijamente. El mago bajó la vista.

–El mago que yo destruí –dijo ella–, el Invocador de Roke, Thorion, ¿qué era lo que buscaba él?

Ónix, afligido, no dijo nada.

–Regresó de la muerte –dijo ella–. Pero no con vida, como lo hicieran el Archimago y el Rey. Estaba muerto, pero volvió a atravesar el muro utilizando sus artes, vuestras artes, ¡malditos hombres de Roke! ¿Cómo vamos a confiar en cualquier cosa que nos digáis? Vosotros habéis deshecho el equilibrio del mundo. ¿Podéis restablecerlo?

Ónix miró al Rey. Estaba evidentemente angustiado.

–Mi señor, no creo que éste sea el lugar para discutir estos temas, delante de todos los hombres, hasta que sepamos de qué estamos hablando, y qué debemos hacer...

–Roke guarda sus secretos –dijo Irian con tranquilo desdén.

–Pero en Roke... –dijo Tehanu, sin ponerse de pie; su débil voz se desvaneció. El Príncipe Sege y el Rey la miraron y le hicieron un gesto indicando que siguiera hablando.

Tehanu se puso de pie. Al principio dejó el lado izquierdo de su rostro de cara a los concejales, que estaban todos sentados inmóviles en sus bancos, como piedras con ojos.

–En Roke está el Bosquecillo Inmanente –dijo–. ¿No es eso a lo que se refiere Kalessin, al hablar del bosque que está en el centro? –Se dio la vuelta para mirar a Irian, la destrucción de su rostro quedó expuesta ante la gente; pero se había olvidado ya de ellos–. Tal vez necesitemos ir hasta allí –dijo–. Al centro de todas las cosas.

Irian sonrió: –Yo iré –dijo.

Ambas miraron al Rey.

–Antes de que os envíe a Roke, o de que vaya con vosotras –dijo lentamente–, tengo que saber lo que está en juego. Maestro Ónix, lamento que asuntos de tanta gravedad y tan arriesgados nos obliguen a debatir el rumbo a seguir tan abiertamente. Pero yo confío en que mis concejales me apoyarán mientras encuentro y mantengo ese rumbo. Lo que el Consejo necesita saber es que nuestras islas no deben temer ataque alguno de parte de la Gente del Oeste, que la tregua, al menos, sigue en pie.

–Sigue en pie –dijo Irian.

–¿Puedes decirnos por cuánto tiempo?

–¿Medio año? –ofreció ella, despreocupadamente, como si hubiera dicho «Un día o dos».

–Mantendremos la tregua durante medio año, albergando la esperanza de que lo que vendrá después será la paz. ¿Tengo razón al decir, Dama Irian, que, para tener paz con nosotros, vuestra gente quiere saber que lo que hagan nuestros magos con las... leyes de la vida y de la muerte no los pondrá a ellos en peligro?

–A todos nosotros en peligro –dijo Irían–. Sí.

Lebannen pensó en eso y luego dijo, con el más real, afable y cortés de los comportamientos: –Entonces creo que debo ir a Roke con vosotras. –Se dio media vuelta y quedó de cara a los bancos–. Concejales, con la tregua declarada, debemos buscar la paz. Yo iré a donde sea necesario para conseguirlo, puesto que gobierno con el Signo del Anillo de Elfarran. Si vosotros veis algún obstáculo para que yo haga este viaje, hablad aquí y ahora. Porque podría ser que el equilibrio de poder dentro del Archipiélago, así como el equilibrio de todo, sea el asunto en cuestión. Y si voy a Roke, tengo que ir ahora. Se acerca el otoño, y la travesía no es corta para llegar a la Isla de Roke.

Las piedras con ojos se quedaron allí sentadas durante un largo minuto, todas con la mirada fija, sin pronunciar ninguna ni una sola palabra. Luego, el Príncipe Sege dijo:

–Id, mi señor Rey, id con nuestra esperanza y nuestra confianza, y con el viento de magia en vuestras velas. –Hubo un leve murmullo de consentimiento de parte de los concejales: Sí, sí, oídlo.

Sege preguntó si había más preguntas para debatir; nadie dijo nada. Cerró la sesión.

Cuando dejaba la sala del trono con él, Lebannen dijo: –Gracias, Sege.

Y el viejo Príncipe le respondió: –Entre tú y el dragón, Lebannen, ¿qué podrían decir las pobres almas?

CAPÍTULO IV

Delfín

Hubo que resolver muchos asuntos y hacer numerosos preparativos antes de que el Rey pudiera alejarse de su capital; también estaba la cuestión de quién debía ir con él a Roke. Irian y Tehanu, por supuesto, y Tehanu quería que su madre fuera con ella también. Ónix decía que Aliso debía ir sin duda con ellos, y también el mago de Paln, Seppel, puesto que el Saber Popular de Paln tenía mucho que ver con esos asuntos de cruces entre la vida y la muerte. El Rey eligió a Tosía para que fuera el capitán del Delfín, como lo había hecho ya otras veces. El Príncipe Sege se ocuparía de los asuntos de Estado durante la ausencia del Rey, con un grupo previamente escogido de concejales, como también lo había hecho ya antes.

Así que ya estaba todo arreglado, o al menos eso pensaba Lebannen hasta que Tenar acudió a él dos días antes de que partieran y le dijo: –Hablarás de guerra y de paz con los dragones, y de temas incluso más allá de todo eso, dice Irian, temas que conciernen al equilibrio de todas las cosas en Terramar. La gente de las Tierras de Kargad debería escuchar estas discusiones y dar su opinión.

–Tú serás su representante.

–Yo no. Yo no soy un súbdito del Supremo Rey. La única persona aquí que puede representar a su gente es su hija.

Lebannen dio un paso hacia atrás alejándose de ella, se volvió un poco para no enfrentarla, y por fin dijo con una voz ahogada por el esfuerzo de hablar sin furia: –Tú sabes que ella no es la persona idónea para hacer semejante viaje.

–Yo no sé nada de eso.

–No tiene educación alguna.

–Es inteligente, hábil y valiente. Es consciente de lo que su rango le exige. No ha sido entrenada para gobernar, pero ¿qué puede aprender encerrada ahí en la Casa del Río con sus sirvientas y algunas cortesanas?

–¡Podría empezar por hablar nuestra lengua!

–Ya lo está haciendo. Yo le haré de intérprete cuando lo necesite.

Después de una breve pausa Lebannen habló cuidadosamente: –Entiendo tu preocupación por tu gente. Pensaré en lo que puede hacerse. Pero la princesa no tiene lugar en este viaje.

–Tehanu e Irían dicen ambas que debería venir con nosotros. El Maestro Ónix dice que, tal como Aliso de Taon, el hecho de que haya sido enviada aquí justo en este momento no puede ser casualidad.

Lebannen se alejó aún más. Su tono de voz seguía siendo severamente paciente y cortés: –No puedo permitirlo. Su ignorancia y su falta de experiencia la convertirían en una carga muy pesada. Y no puedo ponerla en peligro. Las relaciones con su padre...

–En su ignorancia, como tú dices, nos enseñó cómo responder a las preguntas de Ged. Eres tan irrespetuoso con ella como su padre. Hablas de ella como de una cosa sin sentido. –El rostro de Tenar estaba pálido de ira–. Si temes ponerla en peligro, pídele que sea ella quien lo decida.

Hubo silencio una vez más. Lebannen habló con la misma calma estoica, sin mirarla directamente a los ojos. –Si tú y Tehanu y Orm Irian creéis que esa mujer debería venir con nosotros a Roke y Ónix está de acuerdo con vosotras, yo acepto vuestro juicio, aunque creo que es un error. Por favor, dile que si desea venir, puede hacerlo.

–Eres tú quien debe decirle eso.

Se quedó en silencio. Después salió de la habitación sin pronunciar una palabra.

Pasó cerca de Tenar, y aunque no la miró pudo verla claramente. Se la veía vieja y preocupada, y le temblaban las manos. Sintió pena por ella, se avergonzaba de su grosería, y se sentía aliviado de que nadie más hubiera sido testigo de aquella escena; pero estos sentimientos eran simplemente chispas en la inmensa

oscuridad de la furia que sentía por ella, por la princesa, por todos y todo lo que hablara de aquella obligación falsa, de aquel deber grotesco que se le imponía. Cuando salió de la habitación abrió de un tirón el cuello de su camisa como si éste estuviera ahogándolo.

Su mayordomo, un hombre lento y sereno llamado Bondadoso, no esperaba que regresase tan pronto ni que apareciese por aquella puerta y se sobresaltó, mirándolo fijamente y asustado. Lebannen le devolvió la mirada, agregó cierta frialdad y dijo: –Manda llamar a la Suprema Princesa para que se reúna conmigo aquí esta tarde.

–¿A la Suprema Princesa?

–¿Acaso hay más de una? ¿No sabes que la hija del Supremo Rey es nuestra invitada?

Asombrado, Bondadoso tartamudeó una disculpa, que Lebannen interrumpió:

–Yo mismo iré hasta la Casa del Río. –Y abandonó la habitación a grandes zancadas, seguido, entorpecido, y gradualmente controlado por los intentos del mayordomo para que redujera la velocidad, al menos lo suficiente como para que pudiera reunirse un séquito adecuado, para que pudieran traerse los caballos desde el establo, para que pudieran posponerse hasta la tarde las audiencias que pedían algunos solicitantes que esperaban en el Salón Largo, y cosas por el estilo. Todas sus obligaciones, todos sus deberes, todas las trampas y los obstáculos, los ritos y las hipocresías que lo hacían Rey tiraban de él, aspirándolo y empujándolo hacia abajo como arenas movedizas hasta sofocarlo.

Cuando le trajeron su caballo desde el jardín del establo, se subió a la silla de montar tan bruscamente que el caballo percibió su mal humor y dio unos pasos hacia atrás y se encabritó, obligando a los mozos de cuadra y a los encargados a echarse a su vez hacia atrás. Ver cómo un círculo se ampliaba a su alrededor le dio a Lebannen una violenta satisfacción. Enfiló con su caballo directamente hacia el pórtico sin esperar a que montaran sus caballos los hombres de su séquito. Los condujo a un trote constante a través de las calles de la ciudad, bastante por delante de todos ellos, consciente del dilema del joven oficial que se suponía tenía que precederlo diciendo: «¡Abrid camino para el Rey!», pero que había sido dejado atrás y ahora no se atrevía a colocarse por delante de él.

Se acercaba el mediodía; las calles y las plazas de la ciudad estaban calurosas y despejadas y casi desiertas. Al oír el sonido de los cascos de los caballos, la gente se apresuraba a salir a las puertas de pequeñas y oscuras tiendas para mirar y reconocer y saludar al Rey. Las mujeres sentadas en sus ventanas abanicándose y cotilleando unas con otras miraban hacia abajo y saludaban con la mano, y una de ellas le arrojó una flor. Los cascos de su caballo resonaban sobre los ladrillos de una amplia plaza bañada por el sol que estaba vacía excepto por un perro de cola enroscada que se ale–jaba trotando con tres patas, indiferente a la realeza. Desde esa plaza el Rey cogió un estrecho pasaje que llevaba hacia el camino pavimentado junto al Serrenen, y siguieron por allí, a la sombra de los sauces debajo de la antigua muralla de la ciudad, hasta llegar a la Casa del Río.

De alguna manera, el paseo le había cambiado el humor. El calor, el silencio y la belleza de la ciudad, el hecho de sentir la presencia de innumerables vidas detrás de las paredes y de los postigos, la sonrisa de la mujer que le había tirado una flor, la mezquina satisfacción que le había producido el mantenerse por delante de todos sus guardias y creadores de suntuosidad, y luego, finalmente, el aroma y la frescura del paseo junto al río y el patio en sombras de la casa en la que había pasado días y noches de paz y de placer, todo aquello lo alejaba un poco de su furia. Se sentía como separado de sí mismo, ya no poseído sino vaciado.

Los primeros jinetes de su séquito llegaban justo entonces al patio, mientras él bajaba de su caballo, que estaba contento de poder estar por fin a la sombra. Entró en la casa dejándose caer entre lacayos adormilados como una piedra en un estanque cristalino, provocando una sucesión de círculos de consternación y pánico que se abrían rápidamente. Dijo: –Decidle a la princesa que estoy aquí.

La Dama Ópalo del Antiguo Reino de Ilien, actualmente a cargo de las damas de compañía de la princesa, apareció rápidamente, lo saludó con cortesía, le ofreció refrescarse, se comportó casi como si su visita no la sorprendiera lo más mínimo. Esta afabilidad lo apaciguó por un lado y lo irritó un poco por otro. ¡Interminable hipocresía! Pero ¿qué iba a hacer la Dama Ópalo, que lo miraba boquiabierta como un pez colgado (al igual que una de las damas de compañía de la princesa) si el Rey había venido inesperadamente a ver a la princesa?

–Siento tanto que la señora Tenar no esté aquí en este momento –dijo–. Es mucho más fácil conversar con la princesa con su ayuda. Pero la princesa está haciendo admirables progresos con la lengua.

Lebannen se había olvidado del problema del idioma. Aceptó la bebida fría que le ofrecieron y no dijo nada. La Dama Ópalo entabló una conversación trivial con la ayuda de otras damas, entendiendo muy poco de lo que decía el Rey. Este había comenzado a darse cuenta de que probablemente se esperaría que le hablara a la princesa en compañía de todas sus damas, lo cual era realmente lo apropiado. Fuera lo que fuese que tuviera intención de decirle, ahora se había vuelto imposible decírselo. Estaba a punto de ponerse de

pie y disculparse, cuando una mujer cuya cabeza y hombros estaban ocultos tras un velo rojo circular apareció por la puerta del salón, cayó de golpe de rodillas, y dijo:

–¿Por favor? ¿Rey? ¿Princesa? ¿Por favor?

–La princesa os recibirá en sus aposentos, Majestad –interpretó la Dama Ópalo. Le hizo señas a un lacayo, quien escoltó al Rey escaleras arriba, a lo largo de un vestíbulo, a través de una antesala, a través de una gran habitación oscura que parecía estar totalmente atiborrada de mujeres con velos rojos, hasta que finalmente salieron a una terraza que daba al río. Allí estaba la figura que él recordaba: el inmóvil cilindro rojo y dorado.

La brisa del agua hacía temblar y rielar los velos, de modo que la figura no parecía sólida sino delicada, oscilante, temblorosa, como el follaje del sauce. Era como si se encogiera, se achicara. Le estaba haciendo una reverencia. El se inclinó ante ella. Ambos se irguieron y permanecieron en silencio.

–Princesa –dijo Lebannen, con un sentimiento de irrealidad, escuchando su propia voz–, estoy aquí para pedirte que vengas con nosotros a Roke.

La princesa no respondió. Lebannen vio los sutiles velos rojos abriéndose en un óvalo mientras ella los apartaba con sus manos. Unas manos de dedos largos y piel dorada se separaron para revelar su rostro en la sombra roja. No podía ver sus facciones con claridad. Era casi tan alta como él y sus ojos lo miraban fijamente.

–Mi amiga Tenar –dijo–, dice para ver Rey con Rey, rostro con rostro. Yo digo sí, lo haré.

Entendiendo a medias, Lebannen volvió a hacer una reverencia. –Me honras, estimada dama.

–Sí –dijo ella–. Te honro.

Él dudo. Aquél era un terreno completamente diferente. El de ella.

La princesa estaba allí de pie, erguida e inmóvil, los ribetes dorados de su velo temblaban, sus ojos lo miraban desde la sombra.

–Tenar, y Tehanu, y Orm Irian, coinciden en que convendría que la Princesa de las Tierras de Kargad estuviera con nosotros en la Isla de Roke. De modo que yo te pido que vengas con nosotros.

–Que venga.

–A la Isla de Roke.

–En barco –dijo ella, y de repente dejó escapar un pequeño sonido quejumbroso. Luego agregó–: Lo haré. Sí, que venga.

Él no sabía qué decir. Dijo: –Gracias, estimada dama.

Ella inclinó una vez la cabeza, de igual a igual.

Él hizo una reverencia. La dejó como le habían enseñado a retirarse en presencia de su padre el príncipe en ocasiones formales en la corte de Enlad, no dándole la espalda sino caminando hacia atrás.

Ella se quedó de pie frente a él, sosteniendo aún su velo abierto hasta que él llegó hasta la puerta. Luego dejó caer sus manos, y los velos se cerraron, y él la oyó jadear y espirar con fuerza, como si se sintiera liberada de un acto de voluntad que había sido sostenido incluso más allá de su propia resistencia.

Valiente, la había llamado Tenar. Él no llegaba a comprenderlo, pero sabía que había estado en presencia del coraje. Toda la furia que lo había invadido antes, que lo había llevado hasta allí, había desaparecido, se había esfumado. No se había sentido aspirado hacia allí ni asfixiado, sino que había aparecido de repente frente a una roca, en un lugar alto en el aire despejado, frente a una verdad.

Salió atravesando el salón lleno de mujeres con velos, perfumadas y murmurando, mujeres que se encogían ante él y se retiraban a la oscuridad. Escaleras abajo, conversó un poco con la Dama Ópalo y con las demás, y le dijo unas palabras amables a una pequeña dama de compañía, de unos doce años, que la dejaron boquiabierta. Habló distendido con los hombres de su séquito que lo esperaban en el patio. Montó pausadamente su alto caballo gris. Cabalgó silenciosa y pensativamente de regreso al Palacio de Maharion.

Aliso escuchó con fantástica aprobación que iba a navegar una vez más hasta Roke. Cuando estaba despierto, su vida se había convertido en algo tan extraño para él, más de ensueño que sus sueños, que tenía pocos deseos de cuestionar o protestar. Si su destino era navegar de isla en isla el resto de su vida, que así fuera; sabía que ahora no habría nada que se pareciera a regresar a casa. Por lo menos estaría en compañía de las damas Tenar y Tehanu, en presencia de las cuales se sentía muy tranquilo. Y el mago Ónix también había sido muy amable con él.

Aliso era un hombre tímido y Ónix uno muy reservado, y había que acortar la distancia que causaba toda la diferencia de conocimientos y estatus que había entre ellos; pero Ónix había acudido a él varias veces simplemente para hablar de un hombre de arte a otro, mostrando un respeto por las opiniones de Aliso que desconcertaban a su modestia. Pero Aliso no pudo negar su confianza; y así, cuando se acercaba la hora de partir, le hizo a Ónix la pregunta que le había estado preocupando.

–Es respecto al gatito –dijo con vergüenza–. No me siento bien llevándolo con nosotros. Tenerlo encerrado durante tanto tiempo. Es algo antinatural para una criatura tan joven. Y pienso, qué será de él...

Ónix no le preguntó a qué se refería. Simplemente preguntó: –¿Todavía te ayuda a mantenerte alejado del muro de piedras?

–Bueno, muchas veces sí.

Ónix dijo: –Necesitas algo de protección hasta que lleguemos a Roke. He estado pensando... ¿Has hablado aquí con el mago Seppel?

–El hombre de Paln –dijo Aliso, con un ligero malestar en su voz.

Paln, la isla más grande al oeste de Havnor, tenía la reputación de ser un lugar extraño. La gente de allí hablaba hárdico con un acento muy peculiar, utilizando muchas palabras propias. Sus señores, en tiempos remotos, les habían negado lealtad a los reyes de Enlad y de Havnor. Sus hechiceros no iban a Roke para entrenarse en su arte. El Saber Popular de Paln, que se basaba mucho en los Antiguos Poderes de la Tierra, era generalmente considerado peligroso si no siniestro. Hacía mucho tiempo, el Mago Gris de Paln había llevado la desgracia a su isla por invocar a las almas de los muertos para que les dieran consejos a él y a sus señores, y esa historia era parte de la educación de cualquier hechicero: «Los vivos no deben tomar consejos de los muertos». Había habido más de un duelo de hechicería entre un hombre de Roke y un hombre de Paln; en uno de esos combates de hacía dos siglos, había sido depositada sobre la gente de Paln y Semel una peste que había dejado desoladas a la mitad de las ciudades y de las tierras de labranza. Y quince años atrás, cuando el mago Cob había empleado el Saber Popular de Paln para pasar de la vida a la muerte, el Archimago Gavilán había utilizado todo su poder para destruirlo y enmendar el mal que aquél había causado.

Aliso, como casi todos los demás en la corte y en el Consejo del Rey, había evitado educadamente al mago Seppel.

–Le he pedido al Rey que deje que venga con nosotros a Roke –dijo Ónix.

Aliso parpadeó.

–Ellos saben más que nosotros acerca de estos asuntos –dijo Ónix–. Gran parte de nuestro arte de la Invocación viene del Saber Popular de Paln. Thorion era un maestro de este arte... El actual Maestro de Invocaciones de Roke, Marca de Venway, no quiere utilizar ninguna parte de su arte que venga de ese saber. Utilizado indebidamente, sólo ha causado daños. Pero puede que tal vez fuera simplemente nuestra ignorancia lo que nos llevó a hacer un uso indebido de ese conocimiento. Todo se remonta a tiempos muy lejanos; puede que haya partes de ese saber que hayamos perdido. Seppel es un hombre sabio y un mago. Creo que debería venir con nosotros. Creo que podría ayudarte a ti, si tú puedes confiar en él.

–Si él tiene tu confianza –dijo Aliso–, tiene también la mía.

Cuando Aliso hablaba con la facilidad de palabra propia de la gente de Taon, Ónix solía sonreír un poco secamente. –Tu juicio es tan bueno como el mío, Aliso, en este oficio –dijo–. O mejor. Espero que lo utilices. Pero te llevaré con él.

Y así fue que bajaron juntos a la ciudad. El lugar en el que Seppel se alojaba estaba en una parte antigua, cerca de los astilleros, justo cuando terminaba la Calle Constructor Naval; había allí una pequeña colonia de gente de Paln, que había sido traída para trabajar en los astilleros del Rey, puesto que eran muy buenos constructores de barcos. Las casas eran muy antiguas, pegadas una a la otra, con puentes entre tejado y tejado que daban al Gran Puerto de Havnor una segunda red aérea de calles muy por encima de las pavimentadas.

Las habitaciones de Seppel, subiendo tres pisos de escalera, eran oscuras y cerradas en el calor de ese ya final de verano. Los llevó un empinado tramo más arriba, sobre el tejado. Estaba unido a otros tejados por un puente en cada lado, de manera que había un cruce regular y una calle principal que lo atravesaban. Había toldos montados junto a los bajos parapetos, y la brisa del puerto refrescaba el aire en sombras. Allí se sentaron, sobre unas alfombrillas de lona a rayas, en la esquina que era el trozo de tejado de Seppel, y les dio un té frío y un poco amargo.

Era un hombre de baja estatura y de unos cincuenta años, su cuerpo era redondo, tenía los pies y las manos pequeños, los cabellos, un poco rizados y rebeldes, y llevaba, lo cual era raro entre hombres del Archipiélago, una barba, recortada muy corta, sobre sus oscuras mejillas y mandíbula. Sus modales eran agradables. Hablaba con un acento entrecortado y cantarín, suavemente.

El y Ónix hablaron, y Aliso los escuchó durante un buen rato. Su mente iba a la deriva cada vez que hablaban acerca de gente o de asuntos de los que él no sabía nada. Miró sobre los tejados y los toldos, vio jardines en los tejados lejanos y unos puentes arqueados y tallados, miró hacia el Norte, en donde estaba el Monte Onn, una gran cúpula de un gris claro sobre las neblinosas colinas del verano. Volvió a aquel tejado cuando oyó que el mago de Paln decía: –Puede ser que ni siquiera el Archimago haya podido curar por completo la herida del mundo.

La herida del mundo, pensó Aliso: sí. Miró a Seppel más atentamente, y Seppel le lanzó una mirada. Teniendo en cuenta la apariencia tranquila de aquel hombre, su mirada era penetrante.

–Tal vez no sea solamente nuestro deseo de vivir para siempre lo que ha mantenido abierta la herida –dijo Seppel–, sino el deseo de morir de los muertos.

Una vez más, Aliso escuchó las extrañas palabras y sintió que las reconocía sin comprenderlas. Una vez más, Seppel le lanzó una mirada como buscando una respuesta.

Aliso no dijo nada, y tampoco Ónix habló. Seppel dijo finalmente: –Cuando estás en la frontera, Maestro Aliso, ¿qué es lo que te piden ellos?

–Ser libres –respondió Aliso; su voz era sólo un susurro.

–Libres –murmuró Ónix.

Otra vez silencio. Dos niñas y un niño pasaron corriendo por el tejado, riendo y gritando: «¡Derribar al siguiente!». Jugaban uno de los interminables juegos de persecución a los que se dedicaban los niños en el laberinto de calles y canales y escaleras y puentes de su ciudad.

–Tal vez fuera un mal trato desde el comienzo –dijo Seppel, y cuando Ónix lo miró como preguntándole algo, agregó–: Verw nadan.

Aliso sabía que las palabras eran del Habla Antigua, pero no conocía su significado.

Miró a Ónix, cuyo rostro estaba muy serio. Ónix solamente dijo: –Bueno, espero que podamos llegar a la verdad de todo esto, y pronto.

–En la colina en la que yace la verdad –dijo Seppel.

–Me alegro de que vayas a estar allí con nosotros. Mientras tanto, aquí está Aliso, que es invocado a la frontera noche tras noche y busca algo de tregua. Le dije que tal vez tú supieras alguna manera de ayudarlo.

–¿Y tú aceptarías ser tocado por la hechicería de Paln? –le preguntó Seppel a Aliso. El tono de su voz era apenas irónico. Sus ojos eran brillantes e intensos como el azabache.

Los labios de Aliso estaban secos. –Maestro –dijo–, en mi isla decimos que el hombre que se ahoga no pregunta cuánto cuesta la soga. Si puedes mantenerme alejado de ese lugar, aunque sólo sea por una noche, tendrás las gracias de mi corazón, por pequeño que sea eso en comparación con semejante obsequio.

Ónix lo miró con una leve y graciosa sonrisa.

Seppel no sonrió en absoluto. –Las gracias son algo poco común, en mi oficio –dijo–. Haría bastante por recibirlas. Creo que puedo ayudarte, Maestro Aliso. Pero tengo que advertirte que la soga es bastante cara.

Aliso inclinó la cabeza.

–Llegas a la frontera en sueños, no por voluntad propia, ¿no es cierto?

–Eso es lo que creo.

–Sabia respuesta. –La profunda mirada de Seppel lo aprobaba–. ¿Quién conoce claramente su propia voluntad? Pero si es en sueños como llegas hasta allí, yo puedo alejarte de ese sueño por un tiempo. Y por un precio, como dije antes.

Aliso lo miró desconcertado.

–Tu poder.

Aliso no le entendió al principio. Luego dijo: –Mi don, ¿quieres decir? ¿Mi arte?

Seppel asintió con la cabeza.

–Soy simplemente un enmendador –dijo Aliso después de un rato–. No es un gran poder al que renunciar.

Ónix hizo un gesto como para protestar, pero miró el rostro de Aliso y no dijo nada.

–Es tu forma de ganarte la vida.

–Una vez fue mi vida. Pero eso ha terminado.

–Tal vez tu don regrese a ti cuando lo que tenga que ocurrir haya ocurrido. No puedo prometértelo. Intentaré restaurar lo que pueda de lo que saque de ti. Pero ahora todos estamos caminando en la noche,

sobre un terreno que no conocemos. Cuando llegue el día, puede que sepamos dónde nos encontramos, o puede que no. Ahora bien, si te salvo de tu sueño a ese precio, ¿me lo agradecerás?

–Lo haré –dijo Aliso–. ¿Qué es el pequeño bien que puedo hacer con mi don comparado con el gran mal que puede causar mi ignorancia? Si me salvas del miedo en el que vivo ahora, el miedo de poder causar ese mal, te lo agradeceré por el resto de mi vida.

Seppel suspiró profundamente. –Siempre he oído decir que las arpas de Taon tocan muy bien –dijo y miró a Ónix–. ¿Y Roke no tienen ningún inconveniente? –preguntó, y volvió a adoptar su tono de voz levemente irónico.

Ónix negó con la cabeza, pero ahora parecía estar muy serio.

–Entonces iremos a la cueva en Aurun. Esta noche si queréis.

–¿Por qué allí? –preguntó Ónix.

–Porque no soy yo sino la Tierra quien ayudará a Aliso. Aurun es un lugar sagrado, lleno de poder. Aunque la gente de Havnor se ha olvidado de eso, y lo utiliza únicamente para profanarlo.

Ónix se las arregló para intercambiar unas palabras en privado con Aliso antes de seguir a Seppel escaleras abajo. –No tienes necesidad de seguir con esto, Aliso –le dijo–. Pensé que confiaba en Seppel, pero ahora no lo sé.

–Confiaré en él –le respondió Aliso. Entendía las dudas de Ónix, pero lo que había dicho lo había dicho de verdad, que haría cualquier cosa por liberarse del miedo a causar un mal terrible. Cada vez que había sido llevado otra vez en sueños hasta aquel muro de piedras, había sentido que algo estaba intentando entrar en el mundo a través de él, y que así lo haría si él escuchaba las llamadas de los muertos, y cada vez que los escuchaba, se sentía más débil y le resultaba más difícil resistirse a su llamada.

Los tres hombres recorrieron un largo camino atravesando las calles de la ciudad en el corazón del atardecer. Salieron a campo abierto, al sur de la ciudad, en donde unas colinas enormes y rugosas bajaban hasta la bahía, un pobre trozo de campo para aquella rica isla: unos trozos de tierra cenagosa entre las crestas de las colinas, un pequeño terreno cultivable sobre sus lomos rocosos. En aquella parte, la muralla de la ciudad era muy vieja, construida sin argamasa y con rocas sacadas de las colinas, y detrás de ella no había suburbios pero en cambio sí algunas granjas.

Anduvieron por un camino difícil que subía zigzagueando la primera cresta y seguía por su cumbre hacia el este, hacia las colinas más altas. Allí arriba, desde donde podían ver toda la ciudad que se extendía como una neblina dorada hacia el norte, el camino se ensanchaba a su izquierda hasta convertirse en un laberinto de sendas. Siguiendo recto llegaron de repente a una gran grieta en el suelo, un hueco negro de seis metros o más, justo atravesando su camino.

Era como si la espina dorsal de roca de la tierra hubiera sido partida por un retorcimiento y nunca más hubiera sanado. Los rayos del sol del oeste entraban a raudales por la boca de la cueva e iluminaban un poco las superficies verticales de las rocas interiores, pero por debajo de eso sólo se veía oscuridad.

Había una curtiduría en el valle debajo de la colina, hacia el sur. Los curtidores habían ido llevando sus desperdicios hasta allí y los habían arrojado dentro de la grieta, descuidadamente, de manera que a todo su alrededor había un montón de basura rancia, trozos de cuero a medio curtir, y una peste a podredumbre y a orina. Había otro olor, éste de las profundidades de la cueva, que iban percibiendo a medida que se acercaban al borde escarpado: un olor terroso, frío y seco que hizo retroceder a Aliso.

–¡Esto es lo que lamento, esto es lo que lamento! –exclamó el mago de Paln en voz alta, mirando la basura a su alrededor y hacia abajo los tejados de la curtiduría con una expresión extraña. Pero después de un rato habló a Aliso con su habitual modo suave–: Ésta es la cueva o la grieta llamada Aurun, que conocemos por nuestros más antiguos mapas en Paln, en donde también se la llama la Boca de Paor. Solía hablarle a la gente, cuando llegaron aquí por primera vez, desde el Oeste. Hace mucho tiempo. Los hombres han cambiado. Pero la grieta es lo que era antes. Aquí puedes dejar tu carga, si eso es lo que quieres.

–¿Qué debo hacer? –preguntó Aliso.

Seppel lo condujo hasta el extremo sur de la gran grieta, en donde se estrechaba hasta unirse en rugosidades de rocas agrietadas. Le dijo que se recostara boca abajo en donde pudiera ver las profundidades de la oscuridad que se extendía cada vez más y más hacia abajo. –Aférrate a la tierra –le dijo–. Eso es todo lo que tienes que hacer. Aunque se mueva, aférrate a ella.

Aliso se recostó allí mirando hacia abajo entre los muros de piedra. Sintió que las rocas se le clavaban en el pecho y en la cadera al recostarse sobre ellas; oyó que Seppel comenzaba a cantar en voz muy alta con palabras que él sabía eran del Lenguaje de la Creación; notó el calor del sol atravesándole los hombros, y olió el hedor a carroña de la curtiduría. Luego, el aliento de la cueva salió de las profundidades con una acritud tan intensa que le hizo perder su propio aliento y la cabeza comenzó a

darle vueltas. La oscuridad comenzó a subir hacia él. El suelo se le movió debajo, un suelo de rocas que temblaba, y él se aferró a él, escuchando cantar a aquella voz, respirando el aliento de la tierra. La oscuridad ascendió y se apoderó de él. Perdió el sol.

Cuando regresó, el sol estaba bajo en el poniente, una bola roja en la neblina sobre las costas occidentales de la bahía. Vio a Seppel sentado cerca de él en el suelo, parecía cansado y consternado, su larga sombra negra se proyectaba sobre el suelo rocoso entre las largas sombras de las rocas.

–Aquí estás –dijo Ónix.

Aliso se dio cuenta de que estaba acostado de espaldas, con la cabeza sobre las rodillas de Ónix, una roca se le clavaba en la columna vertebral. Se incorporó, mareado, disculpándose.

Partieron tan pronto como logró caminar, porque les quedaban algunas millas por recorrer y estaba claro que ni él ni Seppel podrían mantener un ritmo acelerado. Cuando llegaron a la Calle Constructor Naval la noche ya había caído por completo. Seppel les dijo adiós, mirando de modo escrutador a Aliso mientras se detenían a la luz de la puerta cercana de una taberna. –He hecho lo que me has pedido –le dijo, con aquella misma mirada triste.

–Y yo te lo agradezco –le respondió Aliso, y tendió al mago su mano derecha, tal como era costumbre entre la gente de las Enlades. Después de un momento, Seppel la tocó con su mano; y así se separaron.

Aliso estaba tan cansado que apenas podía conseguir que sus piernas se movieran. El sabor extraño y ácido del aire de la cueva todavía impregnaba su boca y su garganta, y hacía que se sintiera liviano, mareado, hueco. Cuando por fin llegaron al palacio, Ónix quiso acompañarlo hasta su habitación, pero Aliso dijo que se encontraba bien y que solamente necesitaba descansar.

Entró en su habitación y Tirón llegó moviéndose con entusiasmo y sacudiendo la cola para saludarlo. –Ah, ahora ya no te necesito –dijo Aliso, agachándose para acariciar el suave y brillante lomo gris. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Era simplemente que estaba muy cansado. Se acostó en la cama, y el gato subió también de un salto y se acurrucó ronroneando en su hombro.

Y se durmió: un sueño negro, vacío, sin sueños que pudiera recordar, ninguna voz diciendo su nombre, ninguna colina de hierba seca, ningún sombrío muro de piedras, nada.

Caminando por los jardines del palacio durante la noche antes de que partieran navegando hacia el Sur, Tenar se sentía muy triste y preocupada. No quería emprender el viaje hacia Roke, la Isla de los Sabios, la Isla de los Magos. (Hechiceros–malditos, decía en kargo una voz en su mente.) ¿Qué podía hacer ella allí? Quería regresar a su hogar en Gont, con Ged. A su propia casa, su trabajo, su querido hombre.

Se había apartado de Lebannen. Lo había perdido. El Rey era cortés, afable, e implacable.

¡Cómo les temían los hombres a las mujeres!, pensó, caminando entre las rosas en flor. No como individuos, sino a las mujeres cuando hablaban juntas, trabajaban juntas, cuando salían en defensa unas de otras. Allí los hombres veían conspiraciones, tratos secretos, coacciones, trampas.

Por supuesto que tenían razón. Era probable que las mujeres, como mujeres, tomaran las riendas de la siguiente generación, no de ésta; ellas entretejían los eslabones que los hombres veían como cadenas, los lazos que los hombres veían como algo que los hacía prisioneros. Ella y Seserakh estaban por supuesto aliadas contra él y preparadas para traicionarlo, si verdaderamente él no era nada a menos que fuera independiente. Si era solamente aire y fuego, si no llevaba consigo el peso de la tierra, ni el agua paciente...

Pero ésa era más bien Tehanu y no Lebannen. Ella no era terrenal, su Tehanu, el alma alada que había venido a quedarse un tiempo con ella y que pronto, Tenar lo sabía muy bien, se alejaría de ella. Del fuego al fuego.

E Irian, con quien se iría Tehanu. ¿Qué podría hacer esa criatura fuerte y feroz con una vieja casa que necesitaba ser barrida, y un viejo que necesitaba ser cuidado? ¿Cómo podría Irian entender cosas como ésas? ¿Qué significaba para ella, un dragón, que un hombre debe asumir su deber, casarse, tener hijos, llevar el yugo de la tierra?

Al verse sola e inútil entre seres de tan grande destino, no propio de un humano, Tenar cedió completamente ante la añoranza. Añoranza no solamente por Gont. ¿Por qué no podía estar aliada con Seserakh, que podía ser una princesa de la misma manera que ella había sido una sacerdotisa, pero que no iba a irse volando con alas ardientes, puesto que era profunda y completamente una mujer de la tierra?

¡Y hablaba la misma lengua que Tenar! Tenar la había torturado pacientemente en hárdico, había quedado encantada con su rapidez para aprender, y se daba cuenta justo ahora de que el verdadero placer

había sido simplemente hablar kargo con ella, escuchando y diciendo palabras que albergaban toda su infancia perdida.

Cuando llegó al camino que iba hacia los estanques de peces debajo de los sauces, vio a Aliso. Con él había un niño pequeño. Estaban hablando silenciosa, seriamente. Siempre se alegraba de ver a Aliso. Se compadecía de él por todo el dolor y el miedo que sentía y honraba su paciencia para soportarlos. Le gustaba su rostro sincero y apuesto, y su facilidad de palabra. ¿Qué daño podía hacer el hecho de agregar una o dos notas de gracia a la forma de hablar corriente? Ged había confiado en él.

Al detenerse a cierta distancia, para no interrumpir la conversación, vio como él y el niño se arrodillaban en el camino, mirando por entre los arbustos. En ese momento, el gatito de Aliso salió de debajo de un arbusto. No les prestó atención, y comenzó a caminar por la hierba, una pata detrás de la otra, con el vientre bajo y los ojos encendidos, cazando una polilla.

–Puedes dejar que se quede fuera toda la noche, si quieres –le decía Aliso al niño–. Aquí no puede perderse ni hacerse daño. Le gusta mucho estar al aire libre. Pero esto para él es como toda Havnor, ¿sabes?, estos grandes jardines. O puedes dejarlo libre por las mañanas. Y luego, si quieres, puede dormir contigo.

–Eso me gustaría –dijo el niño, tímidamente decidido.

–Entonces necesita tener su caja de arena en tu habitación, ¿sabes? Y un cuenco con agua, para que nunca esté sediento.

–Y comida.

–Sí, por supuesto; una vez al día. No mucha. Es un poco glotón. Tiende a pensar que Segoy creó las islas para que Tirón pudiera llenar su vientre.

–¿Atrapa peces en el estanque? –El gato estaba entonces cerca de uno de los estanques de carpas, sentado sobre la hierba y mirando para todos lados; la polilla se había ido volando.

–Le gusta mirarlos.

–A mí también –dijo el niño. Se pusieron de pie y caminaron juntos hacia los estanques.

Tenar se sintió profundamente conmovida. Había cierta inocencia en Aliso, pero era la inocencia de un hombre, no una inocencia infantil. Tendría que haber tenido hijos propios. Hubiera sido un muy buen padre.

Pensó en sus propios hijos, y en sus pequeños nietos, aunque la mayor de Manzana, Pippin, ¿era posible?, ¿Pippin estaba a punto de cumplir los doce años? ¡Sería nombrada éste o el próximo año! Oh, era hora de ir a casa. Era hora de visitar el Valle Septentrional, llevarle un regalo de nombramiento a su nieta y juguetes para los bebés, asegurarse de que Chispa en su desasosiego no estuviera podando demasiado los perales otra vez, sentarse un rato y hablar con su buena hija Manzana... El nombre verdadero de Manzana era Hayohe, el nombre que le había dado Ogión... El recuerdo de Ogión llegaba como siempre con una punzada de amor y de nostalgia. Vio la chimenea de la casa de Re Albi. Vio a Ged sentado allí junto al fuego. Vio cómo volvía su oscuro rostro para hacerle una pregunta. Ella le contestó, en voz alta, en los jardines del Nuevo Palacio de Havnor a cientos de millas de distancia de esa chimenea:

–¡Tan pronto como pueda!

Por la mañana, una clara y despejada mañana estival, todos bajaron hasta el puerto para abordar el Delfín. La gente de la Ciudad de Havnor convirtió aquél en un día festivo, avanzando en tropel descalzos por las calles y los muelles, atascando los canales con las pequeñas balsas de troncos a las que llamaban barcos, salpicando la gran bahía con barcos de velas y botes, todos ondeando banderas brillantes; y había banderas y banderines también en las torres de las grandes casas y en los palos de pancartas en los puentes altos y en los bajos. Al pasar entre aquellas alegres multitudes, Tenar pensó en aquel lejano día en que ella y Ged llegaron navegando a Havnor, trayendo de regreso a casa la Runa de la Paz, el Anillo de Elfarran. Había portado ese anillo en su mano, y lo había llevado en alto de manera que la plata brillara con la luz del sol y de ese modo la gente pudiera verlo, y ellos habían gritado con entusiasmo y le habían extendido sus brazos como si todos quisieran abrazarla. Pensar en eso la hizo sonreír. Estaba sonriendo cuando subía por la pasarela y se inclinaba ante Lebannen.

El la saludó con la formalidad tradicional digna de un capitán de barco:

–Señora Tenar, bienvenida a bordo.

Y ella respondió, movida por un impulso que no supo reconocer bien: –Te lo agradezco, hijo de Elfarran.

El la miró por un instante, asustado al oír ese nombre. Pero Tehanu venía detrás de ella, y él repitió aquel saludo formal: –Dama Tehanu, bienvenida a bordo.

Tenar siguió avanzando hacia la proa del barco, recordando que había allí un rincón cerca de un cabestrante en donde un pasajero podía estar cerca de los marineros sin estar en medio y molestarlos y no obstante contemplar todo lo que sucedía en la atestada cubierta y fuera del barco.

Había un alboroto en la calle principal que desembocaba en el puerto: estaba llegando la Suprema Princesa. Tenar vio con satisfacción que Lebannen, o tal vez su mayordomo, se había ocupado de que la llegada de la princesa fuera convenientemente grandiosa. Unos escoltas a caballo le abrían paso a través de la multitud; los animales resoplaban y chacoloteaban con elegancia y estilo. Unos altos penachos rojos, como los que llevaban los guerreros kargos en sus cascos, se agitaban en lo alto del carruaje cerrado y adornado con dorados que había llevado a la princesa a través de la ciudad, así como también sobre las cabezas de los cuatro caballos grises que tiraban de él. Un grupo de músicos que había estado esperando en la orilla empezó a tocar la trompeta, el tambor y la pandereta. Y los curiosos, al descubrir que tenían ante ellos a una princesa a la que vitorear y mirar con atención, gritaron con entusiasmo, y se acercaron tanto como los jinetes y los guardias a pie se lo permitieron, boquiabiertos y llenos de elogios, alabanzas, y algunos saludos para Seserakh. «¡Viva la Reina de los kargos!», vociferaban algunos, y otros: «No es ella». Y otros: «Miradlas, van todas de rojo, espléndidas como rubíes, ¿cuál es ella?». Y otros: «¡Viva la Princesa!».

Tenar vio a Seserakh, por supuesto con un velo que la cubría desde el sombrero hasta los pies, inconfundible por su altura y su porte, descender del carruaje y navegar, majestuosa como un barco, hasta la pasarela. Dos de sus criadas con velos más cortos andaban con pasos rápidos detrás de ella, seguidas por la Dama Ópalo de Ilien. A Tenar se le cayó el alma a los pies. Lebannen había decretado que no se llevarían ni sirvientes ni seguidores en aquel viaje. No era ni un crucero ni un viaje de placer, había dicho con severidad, y los que fueran a bordo tenían que tener una buena razón para estar allí. ¿Acaso Seserakh no había entendido eso? ¿O se aferraba tanto a sus tontas campesinas que se proponía desafiar al Rey? Ése sería un comienzo verdaderamente desafortunado para aquel viaje.

Pero a los pies de la pasarela el cilindro rojo con bordes dorados se detuvo y se dio la vuelta. Extendió las manos hacia adelante, manos de piel dorada brillando con anillos de oro. La princesa abrazó a sus doncellas, despidiéndose claramente de ellas. También abrazó a la Dama Ópalo con el comportamiento majestuoso propio de la realeza y de la nobleza en público. Luego, la Dama Ópalo condujo en manada a las doncellas de regreso hasta el carruaje, mientras la princesa se daba la vuelta otra vez para subir a la nave.

Hubo una pausa. Tenar pudo ver cómo aquella columna roja y dorada sin rasgos respiraba hondo. Esta se enderezó y pareció aún más alta.

Comenzó a subir por la pasarela, lentamente, puesto que la marea había ascendido un poco y el ángulo era bastante considerable, pero con una dignidad muy segura que mantuvo a la multitud en silencio, fascinada, observando.

Llegó a la cubierta y se detuvo allí, frente al Rey.

–Suprema Princesa de las Tierras de Kargad, bienvenida a bordo –dijo Lebannen con voz sonora.

En ese momento la multitud comenzó a exclamar: ¡Bravo por la Princesa! ¡Que viva la Reina! ¡Muy bien hecho, Rojita!».

Lebannen dijo algo a la princesa que las exclamaciones hicieron inaudible para todos los demás. La columna roja se volvió hacia la multitud que estaba en la orilla e hizo una reverencia, con la espalda rígida pero con elegancia.

Tehanu la había estado esperando cerca de donde estaba el Rey, y ahora se acercaba para hablar con ella y acompañarla hasta el camarote en la popa del barco, por donde desaparecieron los pesados pero ondeantes velos rojos y dorados. La multitud vitoreaba y gritaba con más fuerza que nunca. «¡Regresad, Princesa! ¿Dónde está la Rojita? ¿Dónde está nuestra dama? ¿Dónde está la Reina?»

Tenar miró hacia abajo, hacia donde estaba el Rey. A través de sus recelos y del pesar que llevaba en su corazón, brotó en ella una risa. Pensó, pobre muchacho, ¿qué harás ahora? Se han enamorado de ella apenas han tenido la oportunidad de verla, y a pesar de que no pueden verla... ¡Oh, Lebannen, estamos todos aliados en tu contra!.

El Delfín era un barco bastante grande, preparado para llevar a un rey con bastantes comodidades; pero, por encima de todo, estaba hecho para navegar, para volar con el viento, para llevarlo a donde necesitara ir y lo más rápido posible. Los aposentos eran un tanto escasos cuando iban en él solamente la tripulación, los oficiales, el Rey y unos pocos acompañantes. En este viaje a Roke, los aposentos eran muy escasos. La tripulación, con toda seguridad, sufría la misma incomodidad habitual, durmiendo en las recovas de menos de un metro de altura en la bodega de proa; pero los oficiales tenían que compartir un miserable

agujero negro debajo de la torre de proa. En cuanto a los pasajeros, las cuatro mujeres estaban en el que era normalmente el camarote del Rey, que ocupaba la estrecha anchura de la torre de popa del barco, mientras que el camarote que estaba debajo de éste, que generalmente era ocupado por el capitán del barco y uno o dos oficiales más, era compartido por el Rey, los dos magos, Aliso y Tosía. Tenar pensó que la probabilidad de desdicha y mal humor era ilimitada. La primera y más apremiante probabilidad, sin embargo, era que la Suprema Princesa iba a caer enferma.

Navegaban aguas abajo por la Gran Bahía con el más suave de los vientos, las aguas en calma, el barco se deslizaba como cisne en un estanque; pero Seserakh se encogía en su litera, gritando desesperada siempre que miraba a través de sus velos y veía la soleada y pacífica vista de aguas tranquilas, la serena estela blanca del barco, a través de las grandes ventanas de la popa. –Subirá y bajará –se quejó en kargo.

–No sube y baja en absoluto –le dijo Tenar–. ¡Usa tu cabeza, princesa!

–Se trata de mi estómago, no de mi cabeza –gimoteó Seserakh.

–Nadie puede marearse con este clima. Simplemente tienes miedo.

–Madre –protestó Tehanu, entendiendo el tono de su voz aunque no sus palabras–. No la regañes. Es horrible estar enfermo.

–¡No está enferma! –dijo Tenar. Estaba absolutamente convencida de la veracidad de lo que decía–. Seserakh, no estás enferma. Tienes miedo a marearte. Contrólate. Sal a la cubierta un minuto. Tehanu, intenta convencerla. ¡Piensa en lo que sufrirá si realmente nos topamos con un mal clima!

Entre las dos lograron poner de pie a Seserakh y meterla en su cilindro de velos rojos, sin los cuales por supuesto no podía aparecer ante los ojos de los hombres; la engatusaron y empujaron con sigilo hasta hacerla salir del camarote, y posarse sobre el trozo de cubierta justo al lado de la puerta, a la sombra, en donde todas pudieron sentarse en hilera sobre un suelo blanco como el hueso, impecable, y mirar el mar azul y brillante.

Seserakh separó lo suficiente sus velos para poder ver justo delante de ella; pero miraba principalmente su regazo, con un ocasional vistazo al agua, breve y aterrorizado, después del cual cerraba los ojos y luego volvía a mirar su regazo.

Tenar y Tehanu hablaron un poco, señalando barcos que pasaban, pájaros, una isla. –Es precioso. ¡Me había olvidado de cuánto me gusta navegar! –dijo Tenar.

–A mí me gusta si puedo olvidarme del agua –dijo Tehanu–. Es como volar.

–Ah, vosotros los dragones –dijo Tenar.

Estaba hablando con ligereza, pero no lo dijo sin pensar. Era la primera vez que le decía algo parecido a su hija. Se dio cuenta de que Tehanu había vuelto la cabeza para mirarla con el ojo con el que podía ver. El corazón de Tenar latía con fuerza. –Aire y fuego –dijo.

Tehanu no dijo nada. Pero su mano, la esbelta mano oscura, no la garra, se extendió, cogió la mano de Tenar y la estrechó con fuerza.

–No sé lo que soy, madre –susurró con su voz que raramente era más que un susurro.

–Yo sí –dijo Tenar. Y su corazón latía con más fuerza aún que antes.

–Yo no soy como Irian –dijo Tehanu. Estaba intentando confortar a su madre, tranquilizarla, pero en su voz había cierta ansia, unos celos anhelantes, un profundo deseo.

–Espera, espera y lo descubrirás –le respondió su madre, a quien le costaba hablar–. Sabrás qué hacer... sabrás lo que eres... cuando llegue el momento.

Estaban hablando tan suavemente que la princesa no podía oír lo que decían, si es que podía entenderlo. Se habían olvidado de ella. Pero ella había alcanzado a oír el nombre de Irían y, apartando los velos con sus largas manos y volviéndose hacia ellas, sus ojos mirando brillantes desde la cálida sombra roja, preguntó:

–¿Irían, ella está?

–Un poco más adelante, por ahí. –Tenar señaló el resto del barco.

–Toma coraje. ¿Ah?

Después de un momento Tenar dijo: –No necesita tomarlo, creo. No tiene miedo.

–Ah –dijo la princesa.

Sus ojos brillantes miraban fijamente desde las sombras toda la extensión del barco, hacia la proa, en donde Irian estaba de pie junto a Lebannen. El Rey señalaba algo por delante de ellos, haciendo gestos, hablando con entusiasmo. Se reía, e Irían, de pie junto a él, tan alta como él, también reía.

–El rostro descubierto –murmuró Seserakh en kargo. Y luego en hárdico, con aire pensativo, casi imperceptiblemente–: No tiene miedo.

Cerró sus velos y se quedó allí sentada, sin rasgos, inmóvil.

Las largas costas de Havnor seguían azules detrás de ellos. El Monte Onn flotaba impreciso y alto en el norte. Las columnas negras de basalto de la Isla de Omer se elevaban sobre el lado derecho del barco mientras éste atravesaba los Estrechos de Ebavnor hacia el Mar Interior. El sol estaba radiante, el viento fresco, otro día con buen clima. Todas las mujeres estaban sentadas debajo del toldo de lona que los marineros habían amañado para ellas junto al camarote de popa. Las mujeres traían buena suerte en un barco, y los marineros se desvivían por proporcionarles pequeñas e ingeniosas comodidades y facilidades. Porque los magos podían traer buena suerte o, de igual manera, mala suerte a un barco, los marineros también los trataban muy bien; su toldo fue amañado en un rincón del alcázar, desde donde tenían una muy buena vista. Las mujeres tenían cojines de terciopelo sobre los que sentarse (proporcionados por la previsión del Rey, o la de su mayordomo); los magos tenían bolsas de lona, que les iban también muy bien.

Aliso se encontró siendo tratado y considerado como uno de los magos. No podía hacer nada al respecto, aunque se sentía un poco avergonzado por si Ónix y Seppel llegaban a pensar que estaba atribuyéndose igualdad ante ellos, y también le preocupaba porque ahora ya ni siquiera era un hechicero. Su don había desaparecido. No tenía ninguna clase de poder. Lo reconocía con tanta certeza como hubiera reconocido la pérdida de su vista, la parálisis de su mano. Ahora no hubiera podido recomponer un cántaro roto, a menos que fuera con pegamento; y lo hubiera hecho mal, porque nunca había tenido que hacerlo.

Y además del arte que había perdido había algo más, algo más grande que el arte, que había desaparecido. Su pérdida lo dejaba, tal como lo había hecho la muerte de su esposa, en medio de un vacío en el que no existía ni existiría nunca ninguna alegría ni nada nuevo. Nada podía suceder, nada podía cambiar.

Puesto que no había sido consciente de aquel aspecto más importante de su don hasta que lo hubo perdido, meditaba sobre él, preguntándose cuál sería su naturaleza. Era como saber el camino que debía seguir, pensaba, como saber cuál era la dirección que debía tomar para llegar a casa. No era algo que uno pudiera identificar ni algo sobre lo que pudiera decirse demasiado, sino una conexión de la que dependía todo lo demás. Sin ella se sentía desolado. Era un inútil.

Pero al menos no hacía daño. Sus sueños eran fugaces, irrelevantes. Nunca lo llevaban a aquellos tristes páramos, la colina de hierba muerta, el muro. No había voces que lo llamaran desde la oscuridad.

Pensaba a menudo en Gavilán, deseando poder hablar con él: el Archimago que había gastado todo su poder y que, habiendo sido grande entre los grandes, vivía ahora su vida en la pobreza y en la indiferencia. Sin embargo, el Rey deseaba ardientemente demostrarle su honor; de modo que la pobreza de Gavilán era por elección. Tal vez, pensó Aliso, los ricos y los plebeyos importantes no hubieran tenido compasión con un hombre que hubiera perdido su verdadera riqueza, su camino.

Ónix lamentaba claramente haber dejado que Aliso hiciera aquel trato o acuerdo. Siempre había sido muy cortés con Aliso, pero ahora lo trataba con respeto y reparos, mientras que su comportamiento con el mago de Paln se había vuelto un poco distante. El propio Aliso no sentía resentimiento alguno hacia Seppel y no desconfiaba de sus intenciones. Los Antiguos Poderes eran los Antiguos Poderes. Uno los utilizaba asumiendo el riesgo. Seppel le había dicho lo que tendría que pagar, y él lo había aceptado. No había entendido exactamente lo caro que iba a ser ese precio; pero eso no era culpa de Seppel. Era suya, por no haberle atribuido nunca a su don el valor del que era merecedor.

De modo que allí estaba, sentado con los dos magos, pensando en sí mismo como en una moneda falsa comparada con el oro de los otros dos, pero escuchándolos con toda su mente; porque ellos confiaban en él y hablaban abiertamente, y su conversación le ofrecía una educación con la que nunca había soñado siendo hechicero.

Sentados allí, a la clara y brillante sombra del toldo de lona, hablaban de un trato, un trato más grande que el que él había hecho para acabar con sus sueños. Ónix dijo más de una vez las palabras del Habla Antigua que Seppel había pronunciado en el tejado: Verw nadan. Mientras hablaban, poco a poco Aliso sacó la conclusión de que el significado de aquellas palabras era algo así como una elección, una división, que hacía dos cosas de una. Hacía mucho, mucho tiempo, antes de que existieran los Reyes de Enlad, antes de que se escribiera en hárdico, tal vez antes de que existiera la lengua hárdica, cuando solamente existía el Lenguaje de la Creación, parecía que la gente había hecho una especie de elección, había renunciado a un gran poder o posesión para ganar otro.

La conversación que tenían los magos acerca de este tema era difícil de seguir, no tanto porque escondieran algo sino porque ellos mismos buscaban a tientas cosas perdidas en el turbio pasado, en la época anterior a la memoria. Las palabras del Habla Antigua llegaban a su conversación por necesidad, y a veces Ónix hablaba todo el tiempo en esa lengua. Pero Seppel solía contestarle en hárdico. Seppel era parco en las palabras de la Creación. Una vez levantó su mano para evitar que Ónix siguiera hablando y, ante la mirada de sorpresa y de duda del mago de Roke, dijo suavemente: –Las palabras de conjuro actúan.

Alcatraz, el maestro de Aliso, también había llamado a las palabras del Habla Antigua palabras de conjuro. «Cada una es una acción de poder –le había dicho–. La palabra verdadera hace que la verdad sea.» Alcatraz había sido tacaño con las palabras de conjuro que conocía, pronunciándolas únicamente cuando era necesario, y cuando escribía cualquier runa que no fuera una de las más comunes que se solían escribir en hárdico, la borraba casi al mismo tiempo que la terminaba. Muchos hechiceros eran igualmente cuidadosos, ya fuera para guardar su conocimiento para sí mismos o porque respetaban el poder del Lenguaje de la Creación. Incluso Seppel, mago como era, con un conocimiento y un entendimiento mucho más amplios de esas palabras, prefería no utilizarlas en su conversación, sino limitarse al lenguaje común que, aunque admitiera mentiras y errores, también permitía incertidumbre y retractación.

Tal vez ésa había sido parte de la gran elección que los hombres habían hecho en tiempos remotos: renunciar al conocimiento innato del Habla Antigua, la cual compartieron alguna vez con los dragones. ¿Sería eso lo que habían hecho, se preguntaba Aliso, para tener una lengua propia, una lengua adecuada para la humanidad, con la que pudieran mentir, engañar, estafar e inventar maravillas que nunca habían existido y que nunca existirían?

Los dragones no hablaban otra lengua que no fuera el Habla Antigua. Sin embargo, siempre se decía que los dragones mentían. ¿Sería así?, se preguntó. Si las palabras de conjuro eran palabras verdaderas, ¿cómo podría utilizarlas un dragón para mentir?

Seppel y Ónix habían llegado a una de las largas, relajadas, y reflexivas pausas de su conversación. Al ver que Ónix estaba, de hecho, al menos medio dormido, Aliso le preguntó al mago de Paln en voz muy baja: –¿Es cierto que los dragones pueden mentir con las palabras verdaderas?

El hombre de la isla de Paln sonrió. –Ésa, decimos nosotros en Paln, es la misma pregunta que Ath le hizo a Orm hace mil años, en las ruinas de Ontuego. «¿Puede mentir un dragón?», preguntó el mago. Y Orm respondió: «No». Y luego respiró sobre él, quemándolo hasta convertirlo en cenizas... Pero ¿vamos a creernos la historia, teniendo en cuenta que el único que pudo haberla contado es Orm?

Infinitas son las controversias de los magos, se dijo Aliso, pero no en voz alta.

Ónix se había quedado definitivamente dormido, su cabeza se había inclinado hacia atrás contra el mamparo, su rostro grave y tenso se había relajado.

Seppel habló, su voz incluso más suave que de costumbre. –Aliso, espero que no te arrepientas de lo que hicimos en Aurun. Sé que nuestro amigo piensa que no te advertí claramente.

Aliso dijo sin dudarlo: –Estoy contento.

Seppel inclinó su oscura cabeza.

Aliso dijo entonces: –Sé que intentamos mantener el Equilibrio. Pero los Poderes de la Tierra van por su cuenta.

–Y la suya es una justicia que resulta difícil de entender a los hombres.

–Así es. Intento ver por qué era justamente eso, mi arte, quiero decir, a lo que tenía que renunciar para librarme de ese sueño. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

Seppel no respondió durante un buen rato, y luego lo hizo con una pregunta. –¿No fue acaso por tu arte que llegaste al muro de piedras?

–Nunca –dijo Aliso con seguridad–. No tenía más poder para ir allí, si lo deseaba, que para evitar ir.

–Entonces ¿cómo llegaste hasta allí?

–Mi esposa me llamó, y mi corazón fue hacia ella.

Una pausa aún más larga. El mago dijo: –Otros hombres han perdido amadas esposas.

–Eso fue lo que le dije a mi Señor Gavilán. Y él me dijo: «Es cierto, y sin embargo el lazo que une a los verdaderos amantes es lo más cercano que conocemos a algo que perdure para siempre».

–Del otro lado del muro de piedras, no hay lazos que perduren.

Aliso miró al mago, el rostro moreno, amable, de mirada penetrante. –¿Por qué?

–La muerte rompe esos lazos.

–Entonces ¿por qué los muertos no mueren?

Seppel lo miró fijamente, atónito.

–Lo siento –dijo Aliso–, hablo mal en mi ignorancia. Lo que quiero decir es esto: la muerte rompe el lazo que une el alma con el cuerpo, y el cuerpo muere. Regresa a la tierra. Pero el espíritu tiene que ir a ese lugar oscuro, y utilizar una apariencia del cuerpo, y quedarse allí, ¿durante cuánto tiempo?, ¿para siempre? ¿En el polvo y la oscuridad, sin luz, ni amor, ni entusiasmo, ni nada? No puedo soportar pensar en Lirio en ese lugar. ¿Por qué tiene que estar allí? ¿Por qué no puede estar... –le costaba hablar–... estar libre?

–Porque el viento no sopla allí–dijo Seppel. Su mirada era muy extraña, su voz áspera–. Ha dejado de soplar, por el arte del hombre.

Siguió mirando fijamente a Aliso, pero comenzó a verlo de verdad sólo paulatinamente. La expresión de sus ojos y de su rostro cambió. Miró hacia otro lado, hacia la hermosa curva blanca de la vela de proa que subía, llena de aliento del viento del noroeste. Volvió a mirar a Aliso. –Sabes tanto como yo de este asunto, amigo mío –dijo casi con su habitual suavidad–. Pero tú lo sabes en tu cuerpo, en tu sangre, en el latido de tu corazón. Y yo solamente sé palabras. Viejas palabras... Así que será mejor que lleguemos pronto a Roke, en donde tal vez los hombres sabios puedan decirnos lo que necesitamos saber. O si ellos no pueden hacerlo, tal vez lo hagan los dragones. O quizás seas tú quien nos enseñe el camino.

–¡Eso sí que sería algo así como el hombre ciego que llevó a los videntes hasta el borde del precipicio! –dijo Aliso con una carcajada.

–Ah, pero si ya estamos al borde del precipicio, y con los ojos cerrados –dijo el mago de Paln.

Lebannen encontró el barco demasiado pequeño para contener la enorme inquietud que lo llenaba. Las mujeres se sentaban bajo su pequeño toldo y los magos se sentaban debajo del suyo como patos en hilera, pero él se paseaba de un lado para otro, impaciente, por los estrechos confines de la cubierta. Sentía que era su impaciencia y no el viento lo que hacía que el Delfín navegara con tanta prisa hacia el sur, pero nunca era lo suficientemente deprisa que él hubiera querido. Quería que la travesía llegara ya a su fin.

–¿Recordáis la flota de camino a Wathort? –dijo Tosía, reuniéndose con él mientras estaba de pie junto al timonel, estudiando el mapa y el mar abierto frente a ellos–. Esa fue una vista grandiosa. ¡Treinta barcos alineados!

–Desearía que fuera a Wathort adonde tuviéramos que ir –dijo Lebannen.

–A mí nunca me gustó Roke –reconoció Tosía–. No hay ni un viento ni una corriente de verdad en veinte millas a la redonda de sus costas, sólo hay corrientes y vientos creados por los magos. Y las rocas al norte de la isla nunca están dos veces en mismo lugar. Y la ciudad está llena de tramposos y de cambiadores de forma. –Escupió, competentemente, a sotavento–. ¡Preferiría encontrarme otra vez con el viejo Cornada y con sus esclavistas!

Lebannen asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Ese era a menudo el placer de la compañía de Tosía: decía lo que a Lebannen le parecía mejor no decir él mismo.

–¿Quién era aquel hombre, el mudo? –preguntó Tosía–, ¿el que mató a Halcón en el muro?

–Egre. Un pirata que se convirtió en comerciante de esclavos.

–Eso es. El te reconoció, allí en Sorra. Fue directo a por ti. Siempre me pregunté cómo.

–Porque una vez me tomó como esclavo.

No era fácil sorprender a Tosía, pero el marinero lo miró con la boca abierta, evidentemente no le creía, pero no era capaz de decirlo, y por lo tanto se había quedado sin nada que decir. Lebannen disfrutó del efecto un minuto y luego sintió pena por él.

–Cuando el Archimago me llevó con él en busca de Cob, fuimos primero hacia el sur. Un hombre en la Ciudad de Hort nos traicionó con los mercaderes de esclavos. Golpearon al Archimago en la cabeza, y yo salí corriendo pensando que podría alejarlos de él. Pero era a mí a quien perseguían, yo era vendible. Me desperté encadenado en una galera camino de Sowl. El Archimago me rescató antes de que pasara la siguiente noche. Los hierros se cayeron todos como trozos de hojas muertas, y le dijo a Egre que no volviera a hablar hasta que encontrara algo que valiera la pena decir... Entró en aquella galera como una gran luz sobre el agua... Nunca supe lo que era él hasta entonces.

Tosía reflexionó sobre aquello durante un rato. –¿Les quitó las cadenas a todos los esclavos? ¿Por qué los demás no mataron a Egre?

–Tal vez lo llevaron hasta Sowl y lo vendieron –dijo Lebannen.

Tosía reflexionó un rato más. –Entonces ésa es la razón por la que querías tan fervientemente acabar con el comercio de esclavos.

–Es una de las razones.

–No puede decirse que sea algo que mejore el carácter, como regla –observó Tosía. Estudió el mapa del Mar Interior que estaba clavado en la pizarra., a la izquierda del timonel–. La Isla de Way –comentó–. De donde es la mujer dragón.

–Te mantienes alejado de ella, me he dado cuenta.

Tosía frunció los labios, aunque no silbó, puesto que estaba a bordo de un barco. –¿Sabéis esa canción que mencioné, acerca de la Muchacha de Belilo? Pues bien, nunca pensé en ella como algo más que un cuento. Hasta que la vi a ella.

–Dudo que fuera a comerte, Tosía.

–Sería una muerte gloriosa –dijo el marino, un poco ácidamente.

El Rey rió.

–¿Para qué arriesgarse innecesariamente? –dijo Tosía.

–No temas.

–Tú y ella hablabais allí tan libres y relajados. A mí me da la sensación de que estuvieras sintiéndote cómodo con un volcán... Sin embargo te digo que no me importaría ver un poco más de ese presente que te enviaron los kargos. Hay algo allí que vale la pena ser visto, a juzgar por los pies. Pero ¿cómo sacarla de esa carpa? Los pies son magníficos, pero me gustaría un poco más de tobillo, para empezar.

Lebannen sentía su rostro volverse cada vez más adusto, y se dio la vuelta para evitar que Tosía lo viera.

–Si alguien me diera un paquete como ése –prosiguió Tosía mirando fijamente el mar–, yo lo abriría.

Lebannen no pudo controlar un ligero movimiento de impaciencia. Tosía lo vio; era rápido. Sonrió con su irónica sonrisa y no dijo nada más.

El capitán del barco había salido a cubierta, y Lebannen entabló conversación con él. –Parece un poco espeso más adelante, ¿verdad? –dijo.

El capitán asintió con la cabeza. –Se ven turbiones hacia el sur y hacia el oeste. Estaremos en ellos esta noche.

El mar se fue poniendo cada vez más picado a medida que la tarde iba avanzando, los bondadosos rayos del sol cogieron un matiz como metálico, y había ráfagas de viento que soplaban desde un lado y luego desde otro. Tenar le había dicho a Lebannen que la princesa le tenía miedo al mar y al hecho de sentirse mal a bordo, y él lanzó una o dos miradas al camarote de popa, esperando no ver ninguna figura con velos rojos entre los patos en hilera. Sin embargo, eran Tenar y Tehanu las que se habían ido de cubierta; la princesa aún estaba allí, e Irian estaba sentada a su lado. Hablaban muy seriamente. ¿De qué demonios tenía que hablar una mujer dragón de Way con una mujer de harén de Hur–at–Hur? ¿Qué lenguaje tenían en común? Parecía tan necesario responder esas preguntas que Lebannen caminó hacia la popa.

Cuando llegó allí, Irian levantó la vista para mirarlo y sonrió. Tenía un rostro fuerte, sincero, una amplia sonrisa; ella iba descalza por elección, no se preocupaba por su vestimenta, dejaba que el viento le enmarañara los cabellos; en conjunto no parecía más que una hermosa campesina, de corazón caliente, inteligente e ignorante, hasta que se la miraba a los ojos. Eran de un color ámbar ahumado, y cuando miraba a Lebannen a los suyos, tal como lo estaba haciendo ahora, él no podía hacer lo mismo. Bajaba la vista.

Había dejado claro que no habría ninguna ceremonia de corte a bordo del barco, ni reverencias ni cortesías, nadie debía ponerse de pie cuando él se acercara; pero la princesa se había puesto de pie. Eran, tal como Tosía había observado, unos pies hermosos, no pequeños, pero con el arco alto, fuertes y delicados. Miró aquellos dos píes delgados sobre la madera blanca de la cubierta. Levantó la vista y vio que la princesa estaba haciendo lo mismo que había hecho la última vez que habían estado de ese modo cara a cara: estaba separando sus velos de manera que él, y nadie más que él, pudiera ver su rostro. Se quedó atónito ante aquella severa belleza, casi trágica, la belleza del rostro en aquellas sombras rojas.

–¿Está, está todo bien, princesa? –preguntó, tartamudeando, algo que hacía muy raramente.

Ella respondió: –Mi amiga Tenar dijo, respira viento.

–Sí–dijo él, un poco al azar.

–¿Crees que hay algo que tus magos puedan hacer por ella, tal vez? –preguntó Irían, descruzando sus largas extremidades y poniéndose de pie ella también. Ella y la princesa eran mujeres altas.

Lebannen estaba tratando de distinguir de qué color eran los ojos de la princesa, puesto que podía verlos. Eran azules, pensó, pero como ópalos azules albergaban otros colores en ellos, o tal vez fuera la luz del sol atravesando el rojo de sus velos. –¿Algo que se pueda hacer por ella?

–Desea tanto no sentirse mal. Sufrió mucho en el viaje desde las Tierras de Kargad hasta Havnor.

–No tendré de miedo –dijo la princesa. Lo miraba fijamente, directo a los ojos como desafiándolo a... ¿a qué?

–Por supuesto –dijo él–, por supuesto. Le preguntaré a Ónix. Seguro que hay algo que pueda hacer. –Hizo una reverencia incompleta para ambas y salió disparado en busca del mago.

Ónix y Seppel lo discutieron y luego consultaron a Aliso. Un sortilegio contra el malestar que provocaba el mar estaba más en el campo de los hechiceros, los enmendado–res, los curadores, que en el de los magos poderosos y eruditos. En aquel momento, Aliso no podía hacer nada, por supuesto, pero era posible que se acordara de un hechizo... No se acordaba, puesto que nunca había soñado con ir al mar hasta que comenzaron sus problemas. Seppel confesó que él mismo siempre se sentía mal a bordo de barcos pequeños o con mal tiempo. Finalmente Ónix fue hasta el camarote de popa y le pidió perdón a la princesa: él mismo no tenía la habilidad necesaria para ayudarla, y no tenía nada más que ofrecerle, y le pedía disculpas por ello, que un hechizo o un talismán que uno de los marineros, al oír hablar de su grave situación (los marineros lo oían todo), había insistido en que le diera.

La mano de dedos largos de la princesa emergió de entre los velos rojos y dorados. El mago colocó en ella un pequeño y extraño objeto de color blanco y negro: un alga marina seca alrededor del esternón de un pájaro. –Un petrel, porque vuelan con la tormenta –dijo Ónix, avergonzado.

La princesa inclinó su cabeza invisible y murmuró unas gracias en kargo. El fetiche desapareció dentro de sus velos. Se retiró al camarote. Ónix, al encontrar al Rey muy cerca, se disculpó con él. Ahora el barco daba enérgicos bandazos obedeciendo a unas ráfagas fuertes e irregulares sobre un mar picado, y dijo: –Yo podría, ya sabes, Su Majestad, decirles una palabra a los vientos...

Lebannen sabía bien que había dos escuelas de pensamiento en cuanto al manejo del clima: la antigua, la de los Hombres con Bolsa que ordenaban a los vientos que sirvieran a sus barcos como los pastores les ordenan a sus perros que corran para aquí y para allá, y otra la noción más novedosa, como mucho con unos pocos siglos de antigüedad, la de la escuela de Roke, la de que el viento de magia podía ser levantado por una verdadera necesidad, pero era mejor dejar que soplaran los vientos del mundo. Lebannen sabía que Ónix era un defensor devoto de las maneras de Roke. –Haz lo que te parezca mejor, Ónix –dijo el Rey–. Si todo parece indicar que nos espera una noche realmente mala... Pero si no son más que unos pocos turbiones...

Ónix levantó la vista y miró la punta del mástil, en donde una o dos briznas de fuego flavo habían vacilado en el crepúsculo oscurecido por las nubes. Unos truenos retumbaron colosalmente en la negrura que se abría ante ellos, todos atravesando el Sur. Detrás de ellos empalidecían las últimas luces del día, trémulas sobre las aguas. –Muy bien –respondió el mago, medio melancólicamente, y bajó al pequeño y atestado camarote.

Lebannen estaba casi siempre fuera de ese camarote, durmiendo en la cubierta las pocas veces que dormía. Esa noche no era una noche de sueño para nadie en el Delfín. No se trataba de un solo turbión, sino de una cadena de violentas tormentas de finales del verano que estaban a punto de estallar en el sudoeste, y entre la terrible conmoción de un mar deslumbrado por los relámpagos, los estruendos de los truenos que parecían estar a punto de partir el barco en dos, y las enloquecidas ráfagas de tormenta que no dejaban de darle bandazos y de balancearlo de un lado para otro haciéndole dar unos extraños saltos, entre todo aquello, la noche resultó ser muy larga y estruendosa.

Ónix consultó a Lebannen una vez: ¿debía decirle algo al viento? Lebannen miró al capitán como buscando una respuesta, pero éste se limitó a encogerse de hombros. Él y su tripulación ya estaban bastante ocupados, aunque despreocupados. El barco no tenía problemas. En cuanto a las mujeres, se decía que estaban sentadas tranquilamente en su camarote, jugando; Irían y la princesa habían salido hacía un rato a la cubierta, pero a veces era difícil mantenerse de pie y se habían dado cuenta de que estaban estorbando a la tripulación, de modo que se habían retirado. El informe de que estaban jugando llegó con el niño del cocinero, a quien habían enviado para ver si querían algo de comer. Habían dicho que comerían cualquier cosa que el muchacho pudiera traerles.

Lebannen se descubrió poseído por la misma intensa curiosidad que había sentido aquella tarde. No cabía duda de que las lámparas estaban encendidas en el camarote de popa, puesto que su calor brotaba dorado en la espuma y en la carrera de la estela del barco. Casi llegada la medianoche, fue hasta la popa y llamó a la puerta.

Irían abrió. Después del resplandor y la negrura de la tormenta, la luz de la lámpara en el camarote parecía cálida y firme, a pesar de que las lámparas se balanceaban y proyectaban sombras que también se balanceaban; y lo desconcertó sentir una notable sensibilidad para los colores, los diferentes colores de las ropas de las mujeres, sus pieles, oscura o pálida o dorada, sus cabellos, negros o grises o leonados, sus ojos, los ojos de la princesa mirándolo fijamente, asustados, mientras cogía un pañuelo o un trozo de tela para ponerse delante del rostro.

–¡Oh! ¡Creíamos que era el muchacho del cocinero! –exclamó Irían riendo.

Tehanu lo miró y preguntó con su habitual timidez y camaradería: –¿Hay algún problema?

De repente se dio cuenta de que estaba de pie en la puerta de aquel camarote mirándolas fijamente, prácticamente mudo, como alguien que trae un mensaje de fatalidad.

–No, nada de eso. ¿Estáis todas bien? Siento que esté todo tan borrascoso...

–No creemos que seas responsable del tiempo –dijo Tenar–. Nadie podía dormir, así que la princesa y yo les estábamos enseñando a las demás un juego kargo.

El Rey vio dados de marfil de cinco lados desparramados sobre la mesa, probablemente fueran de Tosía.

–Nos hemos estado apostando islas –dijo Irían–. Pero Tehanu y yo estamos perdiendo. Los kargos ya han ganado Ark e Ilien.

La princesa había bajado el pañuelo; estaba sentada mirando a Lebannen con resolución, sumamente tensa, como podría mirarlo un joven espadachín antes de una pelea de esgrima. En el calor del camarote, iban todas con los brazos y los pies desnudos, pero la conciencia del rostro de la princesa descubierto, lo atraía como un imán atrae a un alfiler.

–Siento que esté todo tan borrascoso –dijo otra vez, estúpidamente, y cerró la puerta. Al darse la vuelta oyó que todas se reían.

Fue hasta donde estaba el timonel y se puso a su lado. Mirando la oscuridad racheada y lluviosa, iluminada por los distantes relámpagos intermitentes, aún tenía en la retina el camarote de popa, la caída negra de los cabellos de Tehanu, la sonrisa afectuosa y burlona de Tenar, los dados sobre la mesa, los brazos redondos de la princesa, de color miel, igual que la luz de la lámpara, su garganta a la sombra de sus cabellos, aunque no podía recordar haberle mirado los brazos ni la garganta sino únicamente la cara, sus ojos llenos de desafío, de desesperación. ¿A qué le tenía miedo aquella muchacha? ¿Acaso pensaba que él quería lastimarla?

Una o dos estrellas brillaban en lo alto del cielo, hacia el sur. Fue hasta su camarote, colgó descuidadamente una hamaca, puesto que las literas estaban llenas, y durmió durante algunas horas. Se despertó antes del amanecer, más inquieto que nunca, y subió a la cubierta.

El día llegó tan despejado y tranquilo como si no hubiera existido nunca ninguna tormenta. Lebannen caminó hasta la barandilla delantera, allí se detuvo y vio los primeros rayos del sol cayendo sobre el agua, y se acordó entonces de una vieja canción:

¡Oh, mi alegría!
Antes de existir la brillante Ea, antes que Segoy
creara las islas,
soplaba el viento de la mañana en el mar,
¡Oh, mi alegría, ser libre!

Era el fragmento de una balada o canción de cuna de su infancia. Era todo lo que podía recordar de ella. La melodía era dulce. La cantó suavemente y dejó que el viento se llevara las palabras de sus labios.

Tenar salió del camarote y, al verlo, se acercó a él. –Buen día, mi querido señor –le dijo, y él la saludó afectuosamente, recordando vagamente que había estado enfadado con ella pero sin saber por qué lo había estado ni cómo pudo haberlo estado.

–¿Vosotros los kargos ganasteis Havnor anoche? –pregunto.

–No, puedes quedarte con Havnor. Nos fuimos a dormir. Las jóvenes aún están allí, cabeceando. ¿Y así, cómo se dice, divisaremos Roke hoy?

–¿Avistar Roke, quieres decir? No, no hasta mañana por la mañana muy temprano. Pero antes del mediodía deberíamos estar en el Puerto de Zuil. Si es que nos dejan llegar hasta la isla.

–¿A qué te refieres?

–Roke se defiende de visitas indeseadas.

–Ah, Ged me habló acerca de eso alguna vez. Estaba en un barco, intentando regresar a Roke por mar, y enviaron un viento en su contra, él lo llamaba el viento de Roke.

–¿En su contra?

–Fue hace mucho tiempo. –Sonrió divertida ante la incredulidad del Rey, su renuencia a pensar que alguien pudiera haberse enfrentado a Ged alguna vez–. Cuando era un muchacho que se había entrometido con la oscuridad. Eso fue lo que me dijo él.

–Cuando era un hombre todavía se entrometía con ella.

–Ahora ya no –dijo Tenar, serena.

–No, ahora somos nosotros quienes tenemos que hacerlo. –Su rostro se había ensombrecido–. Desearía saber en qué nos estamos entrometiendo. Estoy seguro de que las cosas se están moviendo hacia algún lugar de gran oportunidad o de gran cambio, tal como lo predijo Ogión, tal como Ged le dijo a Aliso. Y estoy seguro de que Roke es el lugar en el que tenemos que estar para encontrarnos con esa oportunidad o con ese cambio. Pero, más allá de eso, no hay ninguna certeza, nada. No sé a qué nos enfrentamos. Cuando Ged me llevó a la tierra oscura, nosotros conocíamos a nuestro enemigo. Cuando llevé la flota hasta Sorra, sabía cuál era el mal que quería deshacer. Pero ahora... ¿Son los dragones nuestros enemigos o nuestros aliados? ¿Qué es lo que ha salido mal? ¿Qué es lo que debemos hacer o deshacer? ¿Podrán decírnoslo los Maestros de Roke? ¿O nos mandarán su viento en contra?

–¿Por miedo a...?

–Por miedo al dragón. Al que conocen. O al que no conocen...

El rostro de Tenar también estaba serio, pero lentamente se fue dibujando en él una sonrisa.

–¡Lo seguro es que les traes un buen baturrillo! –dijo–. Un hechicero con pesadillas, un mago de Paln, dos dragones y dos kargos. Los únicos pasajeros respetables de este barco sois tú y Ónix.

Lebannen no pudo reírse. –Si tan sólo él estuviera con nosotros –dijo.

Tenar posó su mano sobre el brazo del Rey. Comenzó a hablar y luego se detuvo.

El posó su mano sobre la de ella. Se quedaron así, en silencio, durante un rato, uno al lado del otro, mirando a lo lejos el mar agitado.

–Hay algo que la princesa quiere contarte antes de que lleguemos a Roke –dijo Tenar–. Es una historia de Hur–at–Hur. Allí, en su desierto, ellos recuerdan cosas. Creo que esto se remonta a antes que nada de lo que hayas escuchado nunca, a no ser la historia de la Mujer de Kemay. Tiene que ver con los dragones... Sería muy amable de tu parte que la invitaras, para que ella no tenga que pedírtelo.

Consciente del cuidado y la cautela con la que Tenar le había hablado, tuvo un momento de impaciencia, un atisbo de vergüenza. Vio, a lo lejos hacia el sur y sobre las aguas, el curso de una galera que iba de camino a Kamery o a Way, el destello tenue y pequeño de sus movimientos. –Por supuesto. ¿A mediodía estará bien?

–Gracias.

Cerca del mediodía, envió a un joven marinero al camarote de popa para pedirle a la princesa que se reuniera con el Rey en la cubierta de proa. Ella salió de inmediato, y puesto que el barco tenía tan sólo quince metros de longitud, Lebannen pudo observarla en todo el camino que recorrió hasta llegar hasta él: no era una caminata muy larga, aunque quizás para ella sí lo fuera. Porque no era un cilindro sin formas lo que se acercaba hacia él, sino una alta y joven mujer. Llevaba unos suaves pantalones blancos, una larga camisa de un color rojo apagado y una corona de oro de la que colgaba un velo rojo muy fino que le cubría el rostro y la cabeza. El velo ondeaba con el viento del mar. El joven marinero la condujo, esquivando los diversos obstáculos y subiendo y bajando por la abarrotada y estrecha cubierta llena de aparejos. Caminaba lenta y arrogantemente. Iba descalza. Todos los ojos que había en aquel barco estaban posados sobre ella.

Llegó hasta la cubierta de proa y se detuvo.

Lebannen le hizo una reverencia. –Es un honor tenerte entre nosotros, princesa.

Ella hizo a su vez una profunda reverencia con la espalda recta y dijo: –Gracias.

–Espero que no te sintieras muy mal anoche.

Ella posó su mano sobre el amuleto que llevaba colgado del cuello, un pequeño hueso atado con algo negro, y se lo enseñó. –Kerez akath akatharwa erevi –dijo. Él sabía que la palabra akath en kargo significaba hechicero o hechicería.

Había ojos por todos lados, ojos en las escotillas, ojos en lo alto del cordaje, ojos que eran como augurios, como barrenas.

–Acércate, si quieres. Pronto podremos ver la Isla de Roke –le dijo él, a pesar de que no existía ni la más remota posibilidad de ver ni un atisbo de Roke hasta el amanecer. Con una mano debajo de su codo aunque sin tocarla realmente, la condujo hacia arriba por la empinada inclinación de la cubierta hasta llegar a la punta de la proa, en donde entre un cabestrante, la inclinación del bauprés, y la barandilla a babor había un pequeño triángulo de cubierta que, cuando uno de los marineros se hubo escabullido por fin con el cable que estaba arreglando, quedó para ellos. Estaban más a la vista que nunca para todos los ojos del barco, pero podían darles la espalda: siendo dueños de esta manera de toda la privacidad de la que puede gozar la realeza.

Una vez hubieron ganado aquel pequeño refugio, la princesa dio media vuelta, lo miró de frente, y se quitó el velo del rostro. Él se había propuesto preguntarle qué podía hacer por ella, pero la pregunta parecía tanto inadecuada como irrelevante. No dijo nada.

Ella dijo: –Señor Rey, en Hur–at–Hur yo soy feyagat. En la Isla de Roke seré hija del rey de las Tierras de Kargad. Para ser eso, no soy feyagat. Voy con rostro desnudo. Si quieres.

Después de un momento, él le respondió: –Sí. Sí, princesa. Eso está..., eso está muy bien.

–¿Te complace?

–Mucho. Sí. Gracias, princesa.

–Barrezú –dijo ella, una aceptación regia de su agradecimiento.

Su dignidad lo avergonzaba. Su rostro estaba como encendido de rojo cuando apartó el velo; ahora no había en él color alguno. Pero ella seguía de pie, erguida e inmóvil, y reunió fuerzas para hablar una vez más.

–También –dijo–. Además. Mi amiga Tenar.

–Nuestra amiga Tenar –dijo él con una sonrisa.

–Nuestra amiga Tenar. Dice que debo decir a Rey Lebannen de Vedurnan.

El Rey repitió la palabra.

–Hace mucho hace mucho tiempo, la gente karga, la gente de hechicería, la gente dragón, ¿eh? ¿Sí? Toda la gente una, todas hablan uno, una, ¡oh! ¡Wuluah mekrevt!

–¿Una lengua?

–¡Ah! ¡Sí! ¡Una lengua! –En su apasionado intento por hablar en hárdico, por contarle lo que quería contarle, estaba perdiendo su cohibimiento; le brillaban los ojos y el rostro–. Pero luego, gente dragón dice: «Dejar, dejar todas cosas. ¡Volar!». Pero gente nosotros, nosotros dice: «No, quedar. Quedar todas cosas. ¡Habitar!». Entonces nos separamos, ¿eh?, gente dragón y gente nosotros. Entonces ellos hacen el Vedurnan. Éstos para dejar, éstos para quedar. ¿Sí? Pero para quedar todas cosas, tenemos dejar esa lengua. Esa lengua gente dragón.

–¿El Habla Antigua?

–¡Sí! Entonces gente nosotros, dejamos esa lengua Habla Antigua, y quedamos todas cosas. Y gente dragón deja todas cosas, pero queda eso, queda esa lengua. ¿Eh? ¿Seyneha? Este es el Vedurnan. –Sus largas y hermosas manos hacían elocuentes gestos mientras observaba el rostro de él con gran esperanza de que la entendiera–. Nosotros vamos al este, este, este. Gente dragón va al oeste, oeste. Nosotros habitamos, ellos vuelan. Algunos dragones vienen este con nosotros, pero no quedan lengua, olvidan y olvidan volar. Como la gente karga. La gente karga habla lengua karga, no lengua dragón. Todos quedan Vedurnan, Este, Oeste. ¿Seyneha? Pero en...

No supo cómo explicarse, y juntó las manos de su «este» y de su «oeste», y Lebannen dijo: –¿En el medio?

–¡Ah! ¡Sí! ¡En el medio! –Rió por el placer de encontrar la palabra–. En el medio, ¡vosotros! ¡Gente hechicera! ¿Eh? Vosotros, gente del medio, hablar lengua hárdica pero también, además, quedan para hablar lengua Habla Antigua. Vosotros la aprendéis. Como yo aprendo hárdico, ¿eh? Aprender a hablar. Luego, luego, esto es lo malo. La cosa mala. Luego vosotros decir, en esa lengua de hechicería, en esa lengua de Habla Antigua, decir: Nosotros no morir. Y así es. Y se rompe el Vedurnan.

Sus ojos eran como un fuego azul. Después de un momento preguntó:

–¿Seyneha?

–No estoy seguro de estar entendiendo.

–Vosotros quedar vida. Vosotros quedar. Demasiado tiempo. Vosotros nunca dejar. Pero morir... –Desplegó las manos en un enorme gesto de apertura como si arrojara algo muy lejos, en el aire, sobre el agua.

Lebannen sacudió la cabeza con pesar.

–Ah –dijo ella. Pensó unos instantes, pero ninguna palabra salió de su boca. Dándose por vencida, movió sus manos con las palmas hacia abajo en una pantomima de renuncia–. Tengo aprender más palabras –dijo.

–Princesa, el Maestro de las Formas de Roke, el Maestro del Bosquecillo... –La miró buscando comprensión, y volvió a comenzar–. En la Isla de Roke, hay un hombre, un gran mago, que es kargo. Puedes decirle a él lo que me has dicho a mí... en tu propia lengua.

Ella escuchó atentamente y asintió con la cabeza. Luego dijo: –El amigo de Irian. De mi corazón hablaré con este hombre. –Se le iluminó la cara ante aquella idea.

Esto conmovió a Lebannen. Y dijo: –Siento mucho que te hayas sentido sola aquí, princesa.

Ella lo miró, atenta y luminosa, pero no respondió.

–Espero que, a medida que vaya pasando el tiempo, a medida que vayas aprendiendo el idioma...

–Aprendo rápido –dijo ella. Él no supo si se trataba de una declaración o de una predicción.

Estaban mirándose fijo a los ojos.

Ella volvió a su postura majestuosa y habló formalmente, tal como lo había hecho al principio: –Agradezco que haber escuchado a mí, Señor Rey. –Bajó suavemente la cabeza y se tapó los ojos como señal formal de respeto e hizo una vez más la reverencia con la rodilla doblada, diciendo alguna fórmula convencional en kargo.

–Por favor –dijo él–, dime lo que has dicho.

Ella hizo una pausa, dudó, pensó, y respondió: –Vuestros, vuestros, eh, ¿pequeños reyes?, ¡hijos! Hijos, vuestros hijos, dejar que sean dragones y reyes de dragones. ¿Eh? –En su rostro se dibujó una sonrisa radiante, dejó caer el velo sobre él, se apartó cuatro pasos, dio media vuelta y se alejó, ágil y con pie firme recorriendo toda la extensión del barco. Lebannen permaneció allí de pie, como si el relámpago de la noche anterior lo hubiera alcanzado finalmente.

CAPÍTULO V

La unión

La última noche de travesía fue tranquila, cálida, sin estrellas. El Delfín se movía con un balanceo largo y relajado sobre el terso oleaje hacia el Sur. Resultaba fácil dormir, y la gente durmió, y durmiendo soñó.

Aliso soñó con un pequeño animal que se acercaba en la oscuridad y le tocaba la mano. No podía ver qué era, y cuando estiraba la mano para tocarlo, había desaparecido, lo había perdido. Sintió una vez más el pequeño hocico aterciopelado tocándole la mano. Comenzó a despertarse, y el sueño se le escurrió, pero el agudo dolor de la pérdida se había instalado en su corazón.

En la litera que estaba debajo de la suya, Seppel soñaba que estaba en su propia casa en Ferao, en Paln, leyendo un antiguo libro de saber popular de la Época Oscura, contento con su trabajo; pero era interrumpido. Alguien quería verle. «Será tan sólo un minuto», se decía, e iba a hablar con quien le llamaba. Era una mujer; sus cabellos eran oscuros con un destello rojizo, su rostro era hermoso y estaba lleno de preocupaciones. –Tienes que enviármelo a mí–le decía–. Me lo enviarás, ¿verdad?

Y él pensaba: «No sé a quién se refiere, pero tengo que simular que sí lo sé», y entonces le respondía: –Eso no será fácil, ¿lo sabes, verdad? –En ese momento la mujer llevó su mano hacia atrás y él vio que llevaba una piedra en ella, una piedra pesada. Asustado, pensó que tendría intenciones de arrojársela o de golpearle con ella, y alejándose de ella, despertó en la oscuridad del camarote. Permaneció allí recostado, escuchando la respiración de los demás durmientes y el susurro del mar junto a los flancos del barco.

En su litera del otro lado del pequeño camarote, Ónix yacía sobre sus espaldas con la mirada fija y perdida en la oscuridad; pensaba que sus ojos estaban abiertos, pensaba que estaba despierto, pero pensaba que muchas finas y pequeñas cuerdas habían sido atadas alrededor de sus brazos y de sus piernas y de sus manos y de su cabeza, y que todas esas cuerdas se perdían en la oscuridad, sobre la tierra y el mar, sobre la curva del mundo: y las cuerdas tiraban de él, lo arrastraban, de manera que él y el barco en el que se encontraba y todos sus pasajeros estaban siendo atraídos suavemente, suavemente hasta el lugar en el que el mar se secaba, en donde el barco se encallaría silenciosamente sobre arenas invisibles. Pero él no podía hablar ni hacer nada, porque las cuerdas lo ataban y no le dejaban abrir la mandíbula, ni los párpados.

Lebannen había bajado al camarote para dormir un rato, ya que quería estar fresco al amanecer, cuando probablemente divisaran la Isla de Roke desde el barco. Se durmió rápida y profundamente, y sus sueños pasaban velozmente y cambiaban: una alta colina verde sobre el mar, una mujer que sonreía y, levantando su mano, le demostraba que podía hacer salir el sol, un demandante en su corte de justicia en Havnor por quien supo, para su horror y vergüenza, que la mitad de la gente del Reino se estaba muriendo de hambre en habitaciones cerradas con llave debajo de las casas, un niño que le gritaba: «¡Ven a mí!», pero él no podía encontrarlo. Mientras dormía, su mano derecha sujetaba la roca en la pequeña bolsa de amuleto que llevaba colgada del cuello, y la apretaba con fuerza.

En el camarote de cubierta sobre aquellos soñadores, soñaban las mujeres. Seserakh subía caminando las montañas, las hermosas y queridas montañas desiertas de su tierra. Pero caminaba por el camino prohibido, el camino del dragón. Los pies humanos no deben caminar por ese camino, ni siquiera deben atravesarlo. Sentía la tierra de aquel camino suave y cálida debajo de las plantas de sus pies desnudos, y aunque sabía que no debía caminar por allí, seguía haciéndolo, hasta que miraba hacia arriba y veía que las montañas no eran las que ella conocía, sino que eran negras, unos precipicios dentados a los que nunca podría subir. Pero tenía que hacerlo, tenía que subir a ellos.

Irian volaba jubilosa en el viento de tormenta, pero la tormenta enviaba lazos de relámpagos sobre sus alas, tirándola cada vez más y más hacia abajo, hasta las nubes, y mientras era empujada cada vez más y más cerca vio que no eran nubes sino rocas negras, una cordillera de montañas negras y dentadas. Se daba cuenta de que llevaba las alas atadas a los costados con cuerdas de relámpagos, y entonces se caía.

Tehanu se arrastraba a través de un túnel en las profundidades de la tierra. No había aire suficiente para respirar, y el túnel se hacía cada vez más estrecho a medida que ella iba avanzando. No podía volver atrás. Pero las brillantes raíces de los árboles, creciendo hacia abajo a través de la tierra dentro de aquel túnel, le ofrecían a veces asimientos con los que podía ayudarse para avanzar en la oscuridad.

Tenar subía los escalones del Trono de la Sin Nombre en el Lugar Sagrado de Atuan. Ella era muy pequeña y los escalones eran muy altos, de modo que sólo podía subirlos haciendo mucho esfuerzo. Pero cuando llegaba al cuarto escalón no se detenía y se daba media vuelta, tal como la sacerdotisa le había dicho que tenía que hacer. Seguía adelante. Subía el siguiente escalón, y el siguiente, y el siguiente, pisando sobre una capa de polvo tan gruesa que había ocultado los escalones, y con los pies debía ir tanteando para pisar allí donde ningún otro pie se había posado. Iba de prisa, porque detrás del trono vacío Ged había dejado o perdido algo, algo de suma importancia para una miríada de personas, y ella tenía que encontrarlo. Sólo que no sabía lo que era. «Una piedra, una piedra», se decía a sí misma. Pero detrás del trono, cuando por fin lograba llegar hasta allí, no había nada más que polvo, excremento de lechuzas y polvo.

En el nicho de la casa del Viejo Mago, en el Vertedero de Gont, Ged soñaba que era Archimago. Estaba hablando con su amigo Thorion mientras caminaban por el corredor de las runas hacia el salón de reunión de los Maestros de la Escuela. «No tuve ninguna clase de poder, le decía honestamente a Thorion, durante años y años.» El Invocador sonreía y le decía: «Eso fue simplemente un sueño, ¿sabes?». Pero Ged estaba preocupado por las largas alas negras que iba arrastrando tras de sí a través del corredor; se encogía de hombros, intentando levantar las alas, pero éstas se arrastraban por el suelo como bolsas vacías. «¿Tú tienes alas?», le preguntaba a Thorion. «Oh, sí», le respondía con gran satisfacción, mostrándole cómo sus alas estaban bien atadas a su espalda y a sus piernas con muchas finas y pequeñas cuerdas. «Tengo un buen yugo.»

Entre los árboles del Bosquecillo Inmanente en la Isla de Roke, Azver, el Maestro de las Formas, dormía como solía hacerlo en verano, en un claro abierto cerca del extremo oriental del bosque, desde donde podía mirar hacia arriba y ver las estrellas a través de las hojas. Allí, su sueño era claro, transparente, su mente se movía de pensamientos a sueños, de sueños a pensamientos, guiada por los movimientos de las estrellas y de las hojas a medida que cambiaban de lugar en su baile. Pero esa noche no había estrellas, y las hojas pendían inmóviles. Miró hacia arriba al cielo sin luz y vio a través de las nubes. En lo alto de aquel cielo negro había estrellas: pequeñas, brillantes e inmóviles. No se desplazaban. Sabía que no habría amanecer. Entonces se incorporó, despierto, mirando fijamente la tenue v suave luz que siempre se filtraba entre los árboles del bosque. Su corazón latía lentamente y con fuerza.

En la Casa Grande, los jóvenes, durmiendo, daban vueltas en las camas y gritaban, soñando que debían ir a luchar contra un ejército en una llanura de polvo, pero los guerreros contra los que tenían que luchar eran hombres viejos, mujeres viejas, gente débil, enferma, niños que lloraban.

Los Maestros de Roke soñaban que había un barco navegando hacia ellos sobre el mar, un barco con una carga muy pesada, que avanzaba lentamente por el agua. Uno soñaba que el cargamento del barco eran rocas negras. Otro soñaba que llevaba fuego ardiente. Otro soñaba que su cargamento eran sueños.

Los siete maestros que dormían en la Casa Grande se despertaron, primero uno y después otro, cada uno en su celda de piedra, crearon una pequeña esfera de luz azulada, y se levantaron. Encontraron al Portero ya preparado y esperando en la puerta. –Vendrá el Rey –dijo con una sonrisa–, al amanecer.

–El Collado de Roke –dijo Tosía, mirando fijamente la lejana, imprecisa e inmóvil onda al sudoeste, sobre las olas iluminadas a media luz. Lebannen, de pie junto a él, no dijo nada. La cubierta de nubes se había dispersado, y el cielo arqueaba su bóveda pura e incolora sobre el gran círculo de las aguas.

El capitán del barco se unió a ellos. –Un buen amanecer –dijo, susurrando en el silencio.

El Levante se teñía lentamente de amarillo. Lebannen miró hacia la popa. Dos de las mujeres ya se habían levantado, estaban de pie junto a la barandilla, justo fuera de su camarote; mujeres altas, descalzas, silenciosas, mirando fijamente hacia el Este.

La cima de la redonda colina verde fue la primera en atrapar los rayos del sol. Ya era pleno día cuando entraron navegando entre los promontorios de la Bahía de Zuil. Todos los pasajeros del barco estaban en la cubierta, observando. Pero hablaban muy poco y en voz muy baja.

El viento fue amainando al entrar en el puerto. Todo estaba tan tranquilo que el agua reflejaba la pequeña ciudad que se erguía sobre la bahía y los muros de la Casa Grande que se elevaba sobre la ciudad. El barco se deslizaba avanzando cada vez más y más lentamente.

Lebannen miró al capitán del barco y a Ónix. El capitán asintió con la cabeza. El mago levantó las manos y las separó lentamente iniciando un sortilegio y murmurando una palabra.

El barco siguió deslizándose suavemente, sin aminorar la velocidad, hasta que se detuvo junto a la más extensa de las dársenas. Entonces habló el capitán, y la gran vela fue plegada mientras los hombres a bordo les arrojaban las cuerdas a los hombres que estaban en el muelle, gritando, y el silencio se rompió.

Había gente en el muelle que les daba la bienvenida, gente de la ciudad que se había reunido allí, y un grupo de jóvenes de la Escuela. Entre ellos había un hombre grande, de pecho amplio y piel oscura, que llevaba una vara pesada que competía con su propia estatura. –Bienvenido a Roke, Rey de las Tierras del Poniente –dijo, acercándose a medida que la pasarela se desplegaba y se aseguraba–. Y bienvenida sea toda vuestra compañía.

Los jóvenes que estaban con él y toda la gente de la ciudad les aclamaban y saludaban al Rey, y Lebannen les respondía alegremente mientras bajaba de la pasarela. Saludó al Maestro de Invocaciones, y hablaron un rato.

Los que observaban pudieron ver que, a pesar de las palabras de bienvenida, la mirada de ceño fruncido del Maestro de Invocaciones se dirigía una y otra vez hacia el barco, hacia las mujeres que estaban de pie junto a la barandilla, y pudieron ver también que sus respuestas no satisfacían al Rey.

Cuando Lebannen se alejó de él y regresó al barco, Irian se acercó para encontrarse con él. –Señor Rey –dijo–, puedes decirles a los Maestros que yo no quiero entrar en su casa... esta vez. No entraría en ella ni aunque me lo pidieran.

El rostro de Lebannen delataba una tremenda severidad. –Es el Maestro de las Formas quien te pide que acudas a él, al Bosquecillo –dijo.

Y al escuchar aquello, Irian rió, radiante. –Sabía que lo haría –dijo–. Y Tehanu vendrá conmigo.

–Y mi madre –susurró Tehanu.

El rey miró a Tenar; ella asintió con la cabeza.

–Que así sea, entonces –dijo él–. Y el resto de nosotros se alojará en la Casa Grande, a menos que cualquiera de nosotros prefiera otro lugar.

–Con tu permiso, señor mío –dijo Seppel–, yo también solicitaré la hospitalidad del Maestro de las Formas en el Bosquecillo.

–Seppel, eso no será necesario –dijo Ónix severamente–. Ven conmigo a mi casa.

El mago de Paln hizo un pequeño gesto apaciguador. –No es una crítica hacia tus amigos, amigo mío –dijo–. Pero toda mi vida he deseado caminar por el Bosquecillo Inmanente. Y me sentiría más cómodo allí.

–Puede que las puertas de la Casa Grande estén cerradas para mí, tal como lo estuvieron antes –dijo Aliso, inseguro; y ahora el rostro cetrino de Ónix estaba rojo de vergüenza.

La cabeza de la princesa, cubierta por un velo se había vuelto hacia uno y otro rostro mientras escuchaba atentamente, intentando comprender lo que se decía. En ese momento habló: –Por favor, mi Señor Rey, ¿poder estar con mi amiga Tenar? ¿Mi amiga Tehanu? ¿Y con Irian? ¿Y poder hablar con ese kargo?

Lebannen los miró a todos, volvió a lanzarle una mirada al Maestro de Invocaciones que estaba de pie, enorme al pie de la pasarela, y se rió. Habló desde la barandilla, con su voz clara y afable: –Mi gente ha estado encerrada en los camarotes del barco, Maestro de Invocaciones, y parece ser que desean sentir la hierba bajo sus pies y las hojas sobre sus cabezas. Si le rogamos todos al Maestro de las Formas que nos acoja, y si él accede, ¿podríais perdonarnos vosotros nuestro aparente desaire para con la hospitalidad de la Casa Grande al menos durante un tiempo?

Después de una pausa, el Invocador hizo una reverencia con la espalda rígida.

Un hombre corpulento y de baja estatura se había acercado a él en el muelle, y estaba mirando hacia arriba sonriendo a Lebannen. Levantó su vara de madera plateada.

–Su Majestad –dijo–, una vez te conduje por la Casa Grande, hace ya mucho tiempo, y te dije mentiras acerca de todo.

–¡Gamble! –exclamó Lebannen. Se encontraron a medio camino sobre la pasarela y se abrazaron y, hablando, bajaron hasta el muelle.

Ónix fue el primero en seguirlos; saludó al Invocador muy seriamente y con ceremonia, luego se dirigió al hombre llamado Gamble. –¿Tú eres Maestro de los Vientos ahora? –preguntó, y cuando Gamble se rió y dijo que sí, también lo abrazó a él, diciendo–: ¡Un Maestro hecho y derecho! –Apartando un poco a Gamble, habló con él, con entusiasmo y el ceño fruncido.

Lebannen levantó la vista y miró hacia el barco para indicarles a los demás que desembarcaran, y a medida que lo iban haciendo, uno por uno, él los presentaba a los dos Maestros de Roke, Brand el Invocador y Gamble el Maestro de los Vientos.

En muchas islas del Archipiélago la gente no juntaba las palmas de las manos en señal de saludo, como era costumbre en Enlad, sino que simplemente inclinaban la cabeza o ponían sus dos palmas abiertas delante del corazón, como haciendo una ofrenda. Cuando Irían y el Invocador se encontraron cara a cara, ninguno de los dos se saludó ni con la cabeza ni con un gesto. Se quedaron los dos inmóviles, con las manos a los costados.

La princesa hizo su profunda reverencia con la espalda muy recta. Tenar hizo el gesto convencional, y el Invocador le devolvió el mismo saludo.

–La Mujer de Gont, la hija del Archimago, Tehanu –dijo Lebannen. Tehanu inclinó la cabeza e hizo el gesto convencional. Pero el Maestro de Invocaciones la miró fijamente, ahogó un grito, y dio un paso hacia atrás, como si hubiera sido golpeado.

–Señorita Tehanu –dijo Gamble rápidamente, adelantándose entre ella y el Invocador–, te damos la bienvenida a Roke. Por el bien de tu padre, y el de tu madre, y por el tuyo. Espero que el viaje haya sido agradable.

Ella lo miró confundida, y se agachó, para esconder su rostro, más que para hacer una reverencia; pero logró susurrar alguna respuesta.

Lebannen, con el rostro como una máscara de bronce de tranquila compostura, dijo: –Sí, fue un buen viaje, Gamble, aunque el final todavía está en duda. ¿Caminamos ahora por la ciudad, Tenar, Tehanu, Princesa, Orm Irían? –Miró a cada una de ellas al hablarles, diciendo el último nombre con particular claridad.

Se puso en camino con Tenar, y los demás los siguieron. Mientras Seserakh bajaba por la pasarela, apartó con resolución los velos rojos de su rostro.

Gamble caminaba con Ónix, Aliso con Seppel. Tosía se quedó en el barco. El último en abandonar el muelle fue Brand el Invocador, caminando solo y con pesadez.

Tenar le había preguntado a Ged más de una vez acerca del Bosquecillo, deseando que él se lo describiese. –Parece un bosque de árboles común y corriente cuando lo ves por primera vez. No muy grande. Los campos suben directamente hacia él en el norte y en el este, y hay colinas hacia el sur y normalmente en el oeste... No parece gran cosa, pero llama tu atención. Y a veces, desde lo alto del Collado de Roke, puedes ver que es un gran bosque, que continúa y continúa. Intentas darte cuenta de dónde termina, pero no puedes. Se va perdiendo hacia el oeste... Y cuando caminas por él, parece otra vez un bosque común, aunque la gran mayoría de los árboles son de una especie que crece solamente allí. Son altos, con troncos marrones, parecidos a los robles, parecidos a los castaños. –¿Cómo se llaman? Ged rió. –Arhada, en el Habla Antigua. Árboles... Los árboles del Bosquecillo, en hárdico... Sus hojas no se caen todas en otoño, y hay algunas que caen en todas las estaciones, de manera que el follaje siempre está verde, y hay una luz dorada sobre él. Incluso en un día oscuro esos árboles parecen albergar en ellos la luz del sol. Y por las noches, nunca está del todo oscuro debajo de sus hojas. Hay una especie de luz tenue en ellas, como la luz de la luna o la de las estrellas. Allí crecen sauces, y robles, y abetos, y otras clases de árboles; pero a medida que uno se va adentrando en su espesura, hay cada vez más y más y solamente los árboles del Bosquecillo. Y las raíces de esos árboles descienden aún más profundo que la propia isla. Algunos son árboles inmensos, otros son esbeltos, pero no se ven muchos caídos, ni se ven muchos árboles nuevos. Viven durante mucho, mucho tiempo. –Su voz se había vuelto cada vez más suave, soñadora–. Puedes caminar y caminar bajo sus sombras, bajo su luz, y nunca llegar al final del bosque.

–¿Pero la isla de Roke es tan grande?

Él la miró tranquilamente, sonriendo. –Los bosques de aquí, en la Montaña de Gont, son ese bosque –dijo–. Todos los bosques son ese bosque.

Y ahora ella estaba viendo el Bosquecillo. Siguiendo a Lebannen, habían llegado a través de las sinuosas calles de Zuilburgo, convocando a una multitud de lugareños y de niños que salían a ver y a saludar a su Rey. Aquellos entusiastas seguidores fueron desapareciendo poco a poco a medida que los viajeros dejaban la ciudad, avanzando por un camino entre setos y granjas, un camino que desaparecía en un sendero que pasaba junto a la alta colina redonda, el Collado de Roke.

Ged le había hablado también acerca del Collado. Allí, le había dicho, toda magia es fuerte; allí todas las cosas adoptan su verdadera naturaleza. –Allí–había dicho Ged–, se encuentran nuestra magia y los Antiguos Poderes de la Tierra, y son uno.

El viento soplaba en la hierba alta y medio seca de la colina. Un potro de burro galopaba a lo lejos con las patas rígidas, a través de un campo de rastrojos, dando golpes secos con la cola. Algunas vacas caminaban en lenta procesión a lo largo de una valla que atravesaba un pequeño riachuelo. Y más adelante había árboles, árboles oscuros, sombríos.

Siguieron a Lebannen a través de unos escalones para luego atravesar una valla sobre un paso elevado hacia una pradera iluminada por los rayos del sol, justo antes de que comenzara la arboleda. Había una pequeña casa decrépita cerca de aquel riachuelo. Irían se apartó del grupo, corrió atravesando la hierba hasta llegar a ella, y golpeó ligeramente el marco de la puerta como quien da unas palmaditas y saluda a un caballo o a un perro muy querido después de una larga ausencia.

–¡Querida casa! –dijo. Y volviéndose hacia los otros, sonriendo, agregó–: Yo vivía aquí, cuando era Dragón volador.

Miró a su alrededor, buscando los aleros del bosque, y luego corrió una vez más. –¡Azver! –gritó.

Un hombre había salido de entre las sombras de los árboles hacia la luz del sol. Sus cabellos brillaban bajo aquella luz como oro plateado. Se quedó inmóvil mientras Irian corría hacia él. Alzó sus manos hacia ella, y ella las cogió con las suyas. –No te quemaré, no te quemaré esta vez –repetía ella sin cesar, riendo y llorando, aunque sin lágrimas–. ¡No dejo pasar más a mis fuegos!

Se acercaron el uno al otro y permanecieron allí cara a cara, y él le dijo a ella: –Hija de Kalessim, bienvenida a casa.

–Mi hermana está aquí conmigo, Azver –dijo Irían.

Él volvió su rostro, un rostro duro y de piel clara, un rostro kargo, pudo ver claramente Tenar, y miró a Tehanu directo a los ojos. Se acercó a ella. Se dejó caer sobre las rodillas ante ella. –¡Rama Gondun! –dijo, y una vez más–: Hija de Kalessin.

Tehanu se quedó inmóvil durante algunos instantes. Lentamente, extendió su mano hacia él, su mano derecha, la mano quemada, la garra. Él la cogió, inclinó la cabeza y la besó.

–Mi honor es haber sido tu profeta, Mujer de Gont –dijo él, con una especie de exultante ternura. Luego, levantándose, finalmente se dirigió a Lebannen, hizo su reverencia, y dijo–: Mi Rey, bienvenido.

–¡Es un placer para mí volver a verte, Maestro de las Formas! Pero traigo a una multitud a invadir tu soledad.

–Mi soledad ya está atestada –dijo el Maestro de las Formas–. Puede que unas cuantas almas con vida mantengan el equilibrio.

Sus ojos, de un color entre gris azulado y verde claro, miraron a todos aquellos que había a su alrededor. De repente, sonrió, una sonrisa de gran calidez, sorprendente en su duro rostro. –Pero si hay aquí mujeres de mi pueblo –dijo en kargo, y se acercó a Tenar y a Seserakh, quienes estaban una junto a la otra.

–Yo soy Tenar de Atuan... de Gont –dijo–. Y aquí conmigo está la Suprema Princesa de las Tierras de Kargad.

El Maestro de las Formas hizo una reverencia. Seserakh hizo su reverencia rígida, pero sus palabras salieron disparadas, tumultuosas, en kargo: –¡Oh, Señor Sacerdote, me alegro de que estés aquí! Si no fuera por mi amiga Tenar me hubiese vuelto loca, pensando que ya no quedaba nadie en el mundo que pudiera hablar como un ser humano excepto las idiotas mujeres que enviaron conmigo desde Awabath, pero estoy aprendiendo a hablar como ellos, y estoy aprendiendo a tener coraje, Tenar es mi amiga y mi maestra, ¡pero anoche rompí un tabú! ¡Rompí un tabú! ¡Oh, Señor Sacerdote, por favor dime qué debo hacer para repararlo! ¡Caminé por el Camino del Dragón!

–Pero si estabas a bordo del barco, princesa –dijo Tenar.

–Soñé –dijo Seserakh, impaciente.

–Pero el Señor Maestro de las Formas no es un sacerdote sino un, un mago... –añadió Tenar.

–Princesa –dijo Azver, el Maestro de las Formas–, creo que todos estamos caminando por el Camino del Dragón. Y todos los tabúes bien pueden ser quebrantados o rotos. No solamente en sueños. Hablaremos de esto más tarde, debajo de los árboles. No temas. Pero déjame saludar a mis amigos, ¿puede ser?

Seserakh asintió con la cabeza regiamente, y él se volvió para saludar a Aliso y a Ónix.

La princesa lo observaba. –Es un guerrero –le dijo a Tenar en kargo, con satisfacción–. No es un sacerdote. Los sacerdotes no tienen amigos.

Todos avanzaron lentamente hasta quedar bajo las sombras de los árboles.

Tenar levantó la vista para mirar las arcadas y las ojivas de ramas, las capas y las galerías de hojas. Vio robles y un gran árbol hemmen, pero la gran mayoría eran los árboles del Bosquecillo. Sus hojas ovaladas se movían fácilmente en el aire, como las hojas de álamo alpino o de álamo temblón; algunas se habían puesto amarillas, y había algo así como una apariencia moteada de dorado y de marrón en el suelo junto a sus raíces, aunque el follaje bajo la luz de la mañana era del color verde del verano, lleno de sombras y de profunda luz.

El Maestro de las Formas los condujo por un sendero entre los árboles. A medida que iban avanzando, Tenar volvía a pensar una y otra vez en Ged, recordando su voz cuando le hablaba de aquel lugar. Se sintió más cerca de él que nunca desde que ella y Tehanu lo habían dejado en el patio de entrada de su casa, a comienzos del verano, y habían caminado hasta el puerto de Gont para subirse al barco del Rey e ir hasta Havnor. Sabía que Ged había vivido allí con el antiguo Maestro de las Formas, y que había caminado por allí con Azver. Sabía que el Bosquecillo era para él el lugar central y sagrado, el corazón de paz. Sintió que podría levantar la mirada y verlo al final de uno de aquellos claros moteados por el sol. Y pensar eso le alivió el corazón.

Porque los sueños que había tenido la noche anterior la habían dejado preocupada, y cuando Seserakh estalló con su sueño de romper el tabú, Tenar se había asustado mucho. Ella también había roto un tabú en su sueño, había cometido una trasgresión. Había subido los últimos tres escalones del Trono Vacío, los escalones prohibidos. El Lugar de las Tumbas en Atuan estaba muy lejos en tiempo y distancia, y tal vez el terremoto no había dejado ni trono ni escalones allí, en el templo en el que le habían quitado el nombre: pero los Antiguos Poderes de la Tierra estaban allí, y estaban aquí. No habían cambiado ni se habían movido. Eran el terremoto, y la tierra. Su justicia no era la justicia del hombre. Mientras caminaba junto a la colina redonda, el Collado de Roke, supo que estaba caminando por el lugar en el que se reunían todos los poderes.

Los había desafiado, hacía mucho tiempo, escapándose de las Tumbas, robando el tesoro, huyendo hacia poniente. Pero ellos estaban aquí. Debajo de sus pies. En las raíces de aquellos árboles, en las raíces de la colina.

De la misma manera, allí en el centro, en donde se reunían los poderes de la tierra, los poderes humanos también se habían reunido: un rey, una princesa, los Maestros de la magia. Y los dragones.

Y una sacerdotisa–ladrona convertida en campesina, y un hechicero de aldea con un corazón roto...

Buscó a Aliso con la mirada. Iba caminando junto a Tehanu. Estaban hablando muy suavemente. Tehanu hablaba de más buena gana con él que con nadie, incluyendo a Irian, y parecía estar cómoda cuando estaba con él. Tenar se puso muy contenta de verlos así, y siguió caminando debajo de los grandes árboles, dejando que su conciencia se escurriera en un medio trance de luz verde y hojas en movimiento. Lo lamentó cuando, después de haber caminado sólo un poco, el Maestro de las Formas se detuvo. Sentía que podría caminar para siempre por el Bosquecillo.

Se reunieron en el claro cubierto de hierba, abierto al cielo en el centro, donde las ramas no llegaban a unirse. Un afluente del Riacho de Zuil atravesaba con sus aguas uno de los lados del claro, había sauces y alisos creciendo a lo largo de su curso. No muy lejos del arroyuelo, había una casa baja y redonda construida de piedra y terrones herbosos, con un cobertizo más alto contra su pared, hecho de juncos y de alfombrillas de cañavera tejida. –Mi palacio de invierno, mi palacio de verano –dijo Azver.

Tanto Ónix como Lebannen se quedaron mirando fijamente y muy sorprendidos aquellas pequeñas estructuras, e Irian dijo: –¡Nunca supe que tenías una casa!

–No la tenía –dijo el Maestro de las Formas–. Pero los huesos se ponen viejos.

Con tan sólo un par de viajes al barco a buscar y cargar algunas cosas, la casa quedó en seguida equipada con camas para las mujeres y el cobertizo para los hombres. Casi todo el día unos muchachos estuvieron yendo y viniendo a la linde del Bosquecillo con abundantes provisiones provenientes de las cocinas de la Casa Grande. Y casi al atardecer, los Maestros de Roke acudieron en respuesta a la invitación del Maestro de las Formas para reunirse con la comitiva del Rey.

–¿Es aquí donde se reúnen para escoger al nuevo Archimago? –le preguntó Tenar a Ónix, porque Ged le había hablado de aquel claro secreto.

Ónix negó con la cabeza. –Creo que no –dijo–. El Rey seguramente lo sabe, puesto que estuvo allí la última vez que se reunieron. Pero tal vez únicamente el Maestro de las Formas pueda decírtelo. Porque las cosas cambian en este bosque, ¿sabes?, «no siempre está donde está». Ni los caminos que lo atraviesan son siempre los mismos, creo.

–Debería ser aterrador –dijo Tenar–, pero no siento miedo en absoluto.

Ónix sonrió. –Así es como es todo aquí–le dijo.

Ella observó a los maestros entrando en el claro, quien iba al frente era el inmenso Maestro de Invocaciones, parecido a un oso, y Gamble, el joven Maestro del Clima. Ónix le explicó quiénes eran los demás: el Transformador, el Maestro de Cantos, el Maestro de Hierbas, el Malabar: todos tenían los cabellos grises, el Transformador se veía frágil por la vejez, utilizaba su vara de mago como bastón para ayudarse a caminar. El Portero, con su rostro tranquilo y sus ojos como almendras, no parecía ni joven ni viejo. El Maestro de los Nombres, que venía último, parecía tener alrededor de cuarenta años. Su rostro se veía apacible y cercano. Él mismo se presentó al Rey, diciendo que se llamaba Kurremkarmerruk.

En ese momento, Irian exclamó, indignada: –¡Pero si no eres tú!

Él la miró y dijo sosegadamente: –Ése es el nombre del Maestro de los Nombres.

–Entonces ¿mi Kurremkarmerruk está muerto?

El mago asintió con la cabeza.

–¡Oh –gritó ella–, ésas sí son malas noticias! ¡Era mi amigo, cuando yo tenía muy pocos amigos aquí! –Se dio la vuelta para no mirar al Maestro de los Nombres, furiosa y con los ojos secos en su dolor. Había saludado con afecto al Maestro de Hierbas, y al Portero, pero a los otros no les habló.

Tenar vio que observaban a Irian por debajo de sus cejas grises, con miradas intranquilas.

Luego posaron sus miradas en Tehanu; y volvieron a apartar la vista: y lanzaron otra mirada, de soslayo. Y Tenar comenzó a preguntarse qué verían ellos cuando miraban a Tehanu y a Irian. Porque éstos eran hombres que miraban con ojos de mago.

De modo que se obligó a sí misma a perdonar al Maestro de Invocaciones por su grosería y por no haber ocultado su horror cuando vio por primera vez a Tehanu. Tal vez no había sido horror. Tal vez había sido sobrecogimiento.

Cuando ya todos habían sido presentados y estaban sentados en círculo, con cojines y asientos de tocones para quienes los necesitaban, la hierba como alfombra, y el cielo y las hojas por techo, el Maestro de las Formas dijo con su voz que aún conservaba algo del acento kargo: –Si a él le complace, mis compañeros Maestros, escucharemos al Rey.

Lebannen se puso de pie. Mientras hablaba, Tenar lo observaba con irreprimible orgullo. Era tan apuesto, ¡tan sabio en su juventud! Al principio no escuchó cada una de las palabras que decía, sólo el sentimiento y la pasión que contenían.

Les explicó a los Maestros, breve y claramente, todo el asunto que lo había llevado hasta Roke: los dragones y los sueños. Acabó diciendo:

–A nosotros nos parece que, noche tras noche, todas estas cosas se juntan, siempre con más certeza, para algún suceso, algún fin. Pensamos que aquí, en esta tierra, con vuestro conocimiento y vuestro poder para ayudarnos, puede que podamos prever y encontrarnos con ese suceso, sin dejar que abrume nuestro entendimiento. El más sabio de nuestros magos ha predicho: un gran cambio se cierne sobre nosotros. Debemos unirnos para descubrir cuál es ese cambio, cuáles son sus causas, cuál es el curso que seguirá, y cómo podemos tener la esperanza de poder evitar que sea un conflicto y que arruine la armonía y la paz, en la que se basa todo mi reinado.

Brand el Invocador se puso de pie para responderle. Después de algunas frases corteses y majestuosas, y de darle una especial bienvenida a la Suprema Princesa, dijo:

–Que los sueños de los hombres, y más que sus sueños, nos previenen de grandes cambios, es algo en lo que todos los Maestros y los magos de Roke estamos de acuerdo. Que hay una alteración de las sólidas fronteras entre la vida y la muerte, transgresiones de esas fronteras, y la amenaza de algo peor, también lo confirmamos. Pero que estas alteraciones puedan ser comprendidas y controladas por cualquiera que no sea un maestro del arte de la magia, eso lo dudamos. Y dudamos muy profundamente que se pueda confiar en que los dragones, cuyas vidas y muertes son completamente diferentes a las de los hombres, repriman su cólera y sus celos salvajes por el bien de la humanidad.

–Maestro de Invocaciones –dijo Lebannen, antes de que Irian pudiera hablar–, Orm Embar murió por mí en Selidor.

Kalessin me llevó hasta mi trono. Aquí en este círculo hay tres pueblos: los kargos, los hárdicos, y la Gente del Oeste.

–Hubo un tiempo en que fuimos todos un mismo pueblo –dijo el Maestro de los Nombres con su voz tranquila y monótona.

–Pero ahora no es así–respondió el Invocador, cada una de las palabras pesada y separada–. ¡No me malinterpretes porque digo una cruda realidad, mi Señor Rey! Honro la tregua que has prometido con los dragones. Cuando el peligro en el que estamos ahora haya pasado, Roke ayudará a Havnor a buscar una paz

duradera con ellos. Pero los dragones no tienen nada que ver con esta crisis que se cierne sobre nosotros. Ni tampoco las gentes del Este, quienes renunciaron a sus almas inmortales cuando olvidaron el Lenguaje de la Creación.

–Es eyemra –dijo una voz suave y bisbiseante: Tehanu, poniéndose de pie.

El Maestro de Invocaciones la miró fijamente.

–Nuestra lengua –repitió en hárdico, devolviéndole aquella mirada fija y penetrante.

Irían rió. –Es eyemra –repitió.

–Vosotros no sois inmortales –le dijo Tenar al Maestro de Invocaciones. No había tenido intención alguna de hablar. No se puso de pie. Las palabras salieron de repente de su boca como el fuego de una roca que cae–. ¡Nosotros lo somos! Morimos para volver a unir el mundo imperecedero. Fuisteis vosotros quienes renunciasteis a la inmortalidad.

Después de esas palabras se quedaron todos inmóviles. El Maestro de las Formas había hecho un ligero movimiento con sus manos, un movimiento suave.

Su rostro revelaba preocupación, pero no parecía estar afectado, mientras estudiaba la forma de algunas ramitas y hojas que había dibujado sobre la hierba en la que se sentaba, justo delante de sus piernas cruzadas. Levantó la vista, miró a su alrededor, a cada uno de los presentes. –Creo que tendremos que ir allí muy pronto –dijo.

Después de otro silencio, Lebannen preguntó: –¿Ir adonde, mi señor?

–A la oscuridad –respondió el Maestro de las Formas.

Mientras Aliso estaba allí sentado, escuchándolos hablar, lentamente las voces se fueron haciendo cada vez más débiles, se fueron apagando, y los últimos cálidos rayos del sol de aquel atardecer de finales de verano se atenuaron hasta convertirse en oscuridad. No quedó allí nada más que los árboles: altas presencias invisibles entre la tierra invisible y el cielo. Los niños con vida más viejos de la tierra. Oh, Segoy, dijo en su corazón: hecho y hacedor, déjame acercarme a ti.

La oscuridad seguía y seguía, más allá de los árboles, más allá de todo.

Contra aquel vacío divisó la colma, la alta colma que había estado a su derecha mientras se alejaban de la ciudad, siempre cuesta arriba. Vio el polvo del camino, las piedras del sendero que pasaba junto a esa colina.

Entonces se apartó de ese sendero, abandonando a los demás, y subió la pendiente.

Las hierbas estaban altas. Los cálices de las flores marchitas se inclinaban entre ellos como chispas rojizas. Llegó a un sendero muy estrecho y subió por él la empinada ladera de la colina. Ahora soy yo, dijo en su corazón. Segoy, el mundo es hermoso. Déjame atravesarlo y llegar a ti.

Puedo hacer otra vez lo que tenía que hacer, pensaba mientras caminaba. Puedo enmendar lo que está roto. Puedo crear la unión otra vez.

Llegó a la cima de la colma. Allí, de pie bajo el sol y el viento, entre las hierbas que no dejaban de moverse, vio los campos a su derecha, los tejados del pequeño poblado y la gran casa, la bahía luminosa y el mar detrás de ella. Si se daba la vuelta vería detrás de él, en el Oeste, los árboles del interminable bosque, que se iban apagando y apagando cada vez más en distancias azules. Ante él, la pendiente de la colina se veía sombría y gris, bajando hasta el muro de piedras y la oscuridad detrás de ese muro, y las sombras amontonadas, gritando en el muro. Iré, les dijo. ¡Iré!

Sintió calidez sobre sus hombros y sus manos. El viento se agitaba entre las hojas sobre su cabeza. Oía voces, hablando, no llamándolo, ni gritando su nombre. Los ojos del Maestro de las Formas lo observaban desde el otro lado del círculo de hierba. El Maestro de Invocaciones también lo observaba. Miró hacia abajo, desconcertado. Intentó escuchar. Se concentró y escuchó.

Estaba hablando el Rey, utilizando toda su destreza y su fuerza para contener a aquellas mujeres y hombres feroces y tozudos que tenían, cada uno, que salirse con la suya.

–Permitidme que intente contaros, Maestros de Roke, lo que supe por la Suprema Princesa mientras navegábamos hacia aquí. Princesa, ¿puedo hablar por ti?

Sin velo alguno, Seserakh atravesó el círculo con la mirada para posar sus ojos sobre él, e hizo una reverencia como concediendo su permiso.

–Esta es su historia, entonces: en un tiempo muy remoto, los humanos y los dragones eran una misma especie, que hablaba una misma lengua. Sin embargo, como buscaban cosas diferentes,

decidieron de mutuo acuerdo separarse, seguir caminos diferentes. Ese acuerdo recibió el nombre de Vedurnan.

La cabeza de Ónix se alzó, y los ojos oscuros y brillantes de Seppel se abrieron de par en par. –Verw nadan –susurró el mago de Paln.

–Los seres humanos fueron hacia el este, los dragones hacia el oeste. Los humanos renunciaron a su conocimiento del Lenguaje de la Creación, y a cambio recibieron todas las habilidades y las artes de las manos, y la propiedad de todas las cosas que pueden hacer las manos. Los dragones abandonaron todas esas cosas. Pero se quedaron con el Habla Antigua.

–Y con sus alas –dijo Irían.

–Y con sus alas –repitió Lebannen. Se había encontrado con la mirada de Azver–. Maestro de las Formas, tal vez puedas continuar tú con la historia mejor que yo.

–Los aldeanos de Gont y de Hur–at–Hur recuerdan lo que los hombres sabios de Roke y los sacerdotes de Karego olvidan –continuó Azver–. Sí, de niño me contaron esta historia, creo, o alguna otra muy parecida. Pero los dragones habían sido olvidados en aquella historia. Hablaba de cómo la Gente Oscura del Archipiélago rompía un juramento. Todos nosotros habíamos prometido renunciar a la magia y al lenguaje de la magia para hablar solamente nuestra lengua común. No pronunciaríamos nombres, ni urdiríamos sortilegios. Confiaríamos en Segoy, en los poderes de nuestra madre la Tierra, madre de los Dioses Guerreros. Pero la Gente Oscura rompió el convenio. Incluyeron al Lenguaje de la Creación en su arte, escribiéndolo en runas. Lo escribieron, lo enseñaron, lo utilizaron. Hicieron hechizos con él, con la destreza de sus manos, y con lenguas falsas que nombraban las palabras verdaderas. De modo que la gente de las Tierras de Kargad nunca más pudo confiar en ellos. Eso es lo que dice la historia.

En ese momento, Irian tomó la palabra: –Los hombres le temen a la muerte, los dragones no. Los hombres quieren poseer la vida, ser dueños de ella, como si se tratara de una joya en una caja. Aquellos antiguos magos ansiaban una vida eterna. Aprendieron a utilizar nombres verdaderos para evitar que los hombres murieran. Pero los que no pueden morir, nunca pueden renacer.

–El nombre y el dragón son uno –dijo Kurremkarmerruk, el Maestro de los Nombres–. Nosotros, los hombres, perdimos nuestros nombres en el verw nadan, pero aprendimos a recuperarlos. El nombre es el ser. ¿Por qué debería la muerte cambiar eso?

Miró al Invocador; pero Brand seguía sentado, pesado y adusto, escuchando, sin hablar.

–Sigue hablando de esto, Nombrador, por favor –le pidió el Rey.

–Digo que medio he aprendido, medio he adivinado, no de los cuentos de las aldeas sino de los libros más antiguos de la Torre Solitaria. Mil años antes de que existieran los primeros Reyes de Enlad, había hombres en Ea y Solea, los primeros y más grandiosos magos, los Hacedores de Runas. Fueron ellos quienes aprendieron a escribir el Lenguaje de la Creación. Hicieron las runas, las cuales los dragones nunca llegaron a aprender. Nos enseñaron a darle a cada alma su propio nombre: cuál es su verdad, su ser. Y con su poder les garantizaron a los que llevan su nombre verdadero, una vida más allá de la muerte del cuerpo.

–Vida inmortal. –La voz suave de Seppel tomó entonces la palabra. Hablaba sonriendo un poco–. En una gran tierra de ríos y montañas y hermosas ciudades, en donde no hay ni sufrimiento ni dolor, y en donde el ser perdura, sin alterarse, inmutable, para siempre... Ese es el sueño del antiguo Saber Popular de Paln.

–¿Dónde –preguntó el Maestro de Invocaciones–, dónde está esa tierra?

–En el otro viento –dijo Irían–. En el Oeste, más allá del Oeste. –Miró a todos los que estaban a su alrededor, despectiva, iracunda–. ¿Vosotros creéis que nosotros los dragones volamos solamente en los vientos de este mundo? ¿Creéis que nuestra libertad, por la que renunciamos a todas las posesiones, no es más grande que la de las estúpidas gaviotas? ¿Qué nuestro reino son sólo unas cuantas rocas junto a vuestras ricas islas? Vosotros sois dueños de la tierra, sois dueños del mar. Pero nosotros somos el fuego del sol, ¡nosotros volamos el viento! Vosotros queríais poseer tierras. Vosotros queríais cosas para hacer y quedaros con ellas. Y eso es lo que tenéis. Esa fue la división, el verw nadan. Pero no os contentasteis con vuestra parte del trato. Queríais no solamente vuestras cosas, sino también nuestra libertad. ¡Queríais el viento! Y con los sortilegios y los hechizos de aquellos que rompieron el juramento, nos robasteis la mitad de nuestro reino, lo rodeasteis de murallas alejándolo de la vida y de la luz, para poder vivir para siempre. ¡Sois unos ladrones, unos traidores!

–Hermana –dijo Tehanu–, éstos no son los hombres que nos robaron. Son los que pagan el precio.

Un silencio siguió a su voz áspera y susurrante.

–¿Cuál es el precio? –preguntó el Maestro de los Nombres.

Tehanu miró a Irían. Irían dudó, y luego respondió con una voz muy apagada: –La codicia apaga e/ sol. Éstas son las palabras de Kalessin.

Azver, el Maestro de las Formas, habló. Mientras lo hacía, miraba los corredores que se formaban entre los árboles a través del claro, como siguiendo los suaves movimientos de las hojas.

–Los antiguos vieron que el reino de los dragones no era solamente del cuerpo. Que podían volar... fuera del tiempo, por decirlo de alguna manera... Y envidiándoles esa libertad, siguieron el camino de los dragones hacia el Oeste, más allá del Oeste. Allí reclamaron parte de ese reino como propio. Un reino sin tiempo, en donde el ser perdura para siempre. Pero no en el cuerpo, como entre los dragones. Los hombres podían estar allí sólo en espíritu... De modo que construyeron un muro que ningún cuerpo con vida pudiera atravesar, ni el de un hombre ni el de un dragón. Y sus artes de nombramiento tendieron una gran red de hechizos sobre todas las tierras occidentales, de manera que cuando la gente de las islas muriera, pudieron ir al Oeste, más allá del Oeste y vivir allí en espíritu para siempre.

"Pero, como el muro fue construido y el hechizo urdido, el viento dejó de soplar del otro lado de ese muro. El mar se alejó. Los manantiales dejaron de ofrecer sus aguas. Las montañas del amanecer se convirtieron en las montañas de la noche. Los que morían llegaban a una tierra oscura, a una tierra seca.

–Yo he caminado por esa tierra –dijo Lebannen, en voz baja y sin intención de hablar–. No le tengo miedo a la muerte, pero a esa tierra sí.

Un silencio se instaló entre todos ellos.

–Cob, y Thorion –dijo el Maestro de Invocaciones con su voz dura y recia–, ellos intentaron derribar el muro. Traer la muerte nuevamente a la vida.

–A la vida no, maestro –dijo Seppel–. Pero aun así, al igual que los Hacedores de Runas, buscaban el ser incorpóreo, inmortal.

–Sin embargo, sus sortilegios alteraron aquel lugar–dijo el Maestro de Invocaciones, dándole vueltas al asunto–. Entonces los dragones comenzaron a recordar el antiguo mal... Y ahora las almas de los muertos quieren salir de detrás de ese muro, ansían volver a la vida.

Aliso se puso de pie. Dijo: –No es vida lo que ansían. Es la muerte. Ser otra vez uno con la tierra. Ansían unirse con ella.

Todos lo miraron, pero él apenas lo notaba; su conciencia estaba a medias con ellos, y a medias en la tierra seca. La hierba debajo de sus pies era verde y estaba iluminada por el sol, era sombría y estaba muerta. Las hojas de los árboles temblaban sobre él y el bajo muro de piedras estaba a una muy corta distancia de donde él se encontraba, bajando por la oscura colina. De todos ellos, solamente veía a Tehanu; no podía verla claramente, pero la reconocía, de pie entre él y el muro. Entonces le habló: –Ellos lo construyeron, pero no pueden derribarlo –le dijo–. ¿Me ayudarás, Tehanu?

–Te ayudaré, Hará –le respondió ella.

Una sombra pasó de prisa entre ellos, una gran fuerza oscura y voluminosa, que la ocultó a ella, y lo cogió a él, reteniéndolo; él luchó, jadeando, no lograba tomar aire para respirar, vio fuego rojo en la oscuridad, y no vio nada más.

Se encontraron a la luz de las estrellas en el borde del claro, el Rey de las tierras occidentales y el Maestro de Roke, los dos poderes de Terramar.

–¿Vivirá? –preguntó el Invocador.

–El curador dice que ahora no corre peligro –respondió Lebannen.

–Hice mal –dijo el Invocador–. Lo siento mucho.

–¿Por qué lo invocaste para que regresara? –le preguntó el Rey, no reprobándolo sino buscando una respuesta.

Después de un buen rato, el Invocador respondió, lúgubremente: –Porque tenía el poder para hacerlo.

Caminaron en silencio hasta llegar a un sendero abierto entre los grandes árboles. Hacia ambos lados se veía todo muy oscuro, pero la luz de las estrellas brillaba gris por donde caminaban.

–Me equivoqué. Pero no está bien querer morir–dijo el Invocador. La aspereza del Confín del Levante estaba en su voz. Hablaba en voz muy baja, casi suplicando–. Para los muy viejos, los muy enfermos, puede ser. Pero la vida es algo que se nos da. ¡Seguramente está mal no celebrar y atesorar ese gran obsequio!

–La muerte también es algo que se nos da –le respondió el Rey.

Aliso yacía recostado en un camastro sobre la hierba. Debería recostarse bajo las estrellas, había dicho el Maestro de las Formas, y el viejo Maestro de Hierbas había estado de acuerdo. Yacía dormido, y Tehanu estaba sentada inmóvil a su lado.

Tenar se había sentado en la puerta de la baja casa de piedra y la observaba. Las magníficas estrellas de finales del verano brillaban sobre el claro: la que estaba más alta de todas era la estrella llamada Tehanu, el Corazón del Cisne, el eje del cielo.

Seserakh salió silenciosamente de la casa y se sentó en el umbral de la puerta junto a ella. Se había quitado la corona que sostenía el velo, dejando suelta su masa de cabellos leonados.

–Oh, amiga mía –murmuró–, ¿qué será de nosotros? Los muertos vienen hacia aquí. ¿Los sientes? Como la marea que sube. Al otro lado de ese muro. Creo que nadie puede detenerlos. Todos los muertos, desde las tumbas de todas las islas del oeste, desde todos los siglos...

Tenar sentía los golpes, los gritos, en su cabeza y en su sangre. Ahora ella sabía, todos lo sabían, lo que Aliso había sabido antes. Pero se aferró a lo que le daba confianza, aunque la confianza se hubiese convertido en una mera esperanza. Dijo: –Son simplemente muertos, Seserakh. Nosotros construimos un muro falso. Tiene que ser derribado. Pero hay uno verdadero.

Tehanu se levantó y se acercó lentamente adonde estaban ellas. Se sentó en el umbral junto a ellas.

–Está bien, está durmiendo –susurró.

–¿Estuviste allí con él? –preguntó Tenar.

Tehanu asintió con la cabeza. –Estábamos en el muro.

–¿Qué fue lo que hizo el Maestro de Invocaciones?

–Lo invocó, lo trajo de regreso a la fuerza.

–De regreso a la vida.

–De regreso a la vida.

–No sé a qué debo tenerle más miedo –dijo Tenar–, si a la muerte o a la vida. Desearía poder acabar con el miedo.

El rostro de Seserakh, las ondulaciones de sus cálidos cabellos, cayeron sobre uno de los hombros de Tenar durante un momento en una suave caricia. –Eres valiente, valiente –murmuró–. ¡Pero, oh! ¡Yo le temo al mar!, ¡y le temo a la muerte!

Tehanu seguía sentada en silencio. En la tenue y suave luz que caía por entre los árboles, Tenar podía ver como la delgada mano de su hija yacía cruzada sobre la mano quemada y retorcida.

–Yo creo –dijo Tehanu con su voz suave y extraña–, que cuando muera, podré respirar otra vez el aire que me dio la vida. Podré devolverle al mundo todo lo que no hice. Todo lo que pude haber sido y no fui. Todas las elecciones que no hice. Todas las cosas que perdí y que dejé ir y que desperdicié. Podré devolvérselas al mundo. A las vidas que aún no han sido vividas. Ése será mi obsequio para el mundo que me dio la vida que sí viví, el amor que amé, el aire que respiré.

Levantó la vista para mirar las estrellas y suspiró.

–Pero aún falta mucho tiempo para eso –susurró. Luego miró a Tenar.

Seserakh acarició suavemente los cabellos de Tenar, se puso de pie, y entró silenciosamente en la casa.

–Creo, madre, que no faltará mucho para...

–Lo sé.

–No quiero dejarte.

–Tienes que dejarme.

–Lo sé.

Se quedaron sentadas bajo la brillante oscuridad del Bosquecillo, en silencio.

–Mira –murmuró Tehanu. Una estrella fugaz atravesó el cielo, una rápida estela de luz que se fue apagando lentamente.

Eran cinco los magos sentados bajo la luz de las estrellas. –Mirad –dijo uno, su mano seguía la estela de la estrella fugaz.

–El alma de un dragón que muere –dijo Azver, el Maestro de las Formas–. Eso es lo que dicen en Karego–At.

–¿Los dragones mueren? –preguntó Ónix, reflexionando–. No como nosotros, creo.

–Tampoco viven como vivimos nosotros. Se mueven entre los mundos. Eso es lo que dice Orm Irían. Del viento del mundo al otro viento.

–Es lo que nosotros procuramos hacer –dijo Seppel–. Y no lo logramos.

Gamble lo miró con cierta curiosidad. –¿Vosotros en Paln siempre habéis conocido esta historia, la que escuchamos nosotros hoy por primera vez, esta sabiduría popular que hemos aprendido hoy, la que habla de la separación entre el dragón y la humanidad, y de la creación de la tierra seca?

–No como la hemos escuchado hoy. A mí me enseñaron que el verw nadan fue el primer gran triunfo del arte de la magia. Y que el objetivo de la magia era vencer al tiempo y vivir para siempre... De ahí pues los males que ha causado el Saber Popular de Paln.

–Al menos vosotros conserváis a la matriz de conocimiento que nosotros despreciamos –dijo Ónix–. Como tu gente, Azver.

–Bueno, vosotros habéis tenido el sentido común de construir vuestra Casa Grande aquí –dijo el Maestro de las Formas, sonriendo.

–Pero la construimos mal –dijo Ónix–. Todo lo que construimos, lo construimos mal.

–Entonces debemos derribarlo –dijo Seppel.

–No –dijo Gamble–. Nosotros no somos dragones. Nosotros sí vivimos en casas. Tenemos que tener algunas paredes, al menos.

–Siempre y cuando el viento pueda entrar por las ventanas –dijo Azver.

–¿Y quién entrará por las puertas? –preguntó el Maestro Portero con su voz suave.

Hubo una pausa. Un grillo cantaba diligentemente en algún lugar del claro, se callaba, volvía a cantar.

–¿Dragones? –preguntó Azver.

El Maestro Portero negó con la cabeza. –Creo que tal vez la división que se acordó alguna vez, y luego fue traicionada, será finalmente completada. –Dijo–. Los dragones serán libres, y nos dejarán aquí con la elección que hagamos.

–El conocimiento del bien y del mal –dijo Ónix.

–El placer de hacer, de dar forma –dijo Seppel–. Nuestra maestría.

–Y nuestra codicia, nuestra debilidad, nuestro miedo –dijo Azver.

Al canto de aquel grillo le siguió el canto de otro grillo, uno que estaba más cerca del arroyo. Los dos grillos latían, se cruzaban, siguiendo un ritmo y saliéndose de él.

–Lo que yo temo –dijo Gamble–, a tal punto que temo decirlo, es esto: que cuando los dragones se vayan, nuestra maestría se irá con ellos. Nuestro arte. Nuestra magia.

El silencio de los demás mostró que también le temían a lo mismo. Pero, finalmente, el Portero habló, suavemente, aunque con cierta seguridad. –No, creo que no. Ellos son la Creación, sí. Pero nosotros aprendimos la Creación. La hicimos nuestra. No pueden quitárnosla. Para perderla debemos olvidarla, echarla.

–Como lo hizo mi pueblo –dijo Azver.

–Sin embargo, tu pueblo recordó lo que es la tierra, lo que es la vida eterna –dijo Seppel–. Mientras que nosotros lo olvidamos.

Otro largo silencio se instaló entre ellos.

–Podría estirar mi mano y tocar el muro –dijo Gamble en voz muy baja.

–Están cerca, están muy cerca –añadió Seppel.

–¿Cómo se supone que sabremos lo que tenemos que hacer? –preguntó Ónix.

Azver habló en el silencio que siguió a la pregunta. –Una vez, cuando mi señor el Archimago estuvo aquí conmigo, en el Bosquecillo, me dijo que había pasado su vida aprendiendo cómo escoger hacer lo que no tenía más opción que hacer.

–Ojalá estuviese aquí ahora –dijo Ónix.

–Ya ha dejado de hacer –murmuró el Portero, sonriendo.

–Pero nosotros no. Nos sentamos aquí a hablar, al borde del precipicio, todos lo sabemos. –Ónix miró a su alrededor todos los rostros iluminados por la luz de las estrellas–. ¿Qué quieren los muertos de nosotros?

–¿Qué quieren los dragones de nosotros? –preguntó.

Gamble–. Estas mujeres que son dragones, dragones que son mujeres, ¿por qué están aquí? ¿Podemos confiar en ellas?

–¿Acaso nos queda otra opción? –preguntó el Maestro Portero.

–Creo que no –dijo el Maestro de las Formas. Su voz tenía ahora una nota de dureza, como el filo de una espada–. Lo único que podemos hacer es seguirle.

–¿Seguir a los dragones? –preguntó Gamble.

Azver negó con la cabeza. –Seguir a Aliso.

–¡Pero él no es guía alguna, Maestro de las Formas! –exclamó Gamble–. ¿Un enmendador de aldea?

Ónix dijo: –Aliso tiene sabiduría, pero en sus manos, no en su cabeza. Sigue a su corazón. Desde luego que no busca ser nuestro guía.

–Sin embargo fue elegido entre todos nosotros.

–¿Quién lo eligió? –preguntó Seppel con voz suave.

El Maestro de las Formas le respondió: –Los muertos.

Seguían sentados en silencio. El canto de los grillos había cesado. Dos altas figuras se acercaban a ellos atravesando la hierba gris iluminada por las estrellas. –¿Podemos Brand y yo sentarnos aquí con vosotros un rato? –preguntó Lebannen–. Esta noche no hay sueño.

En el umbral de la casa, en el Vertedero, Ged estaba sentado mirando las estrellas sobre el mar. Se había ido a dormir hacía una hora o más, pero al cerrar los ojos había visto la ladera de la colina y oído las voces alzándose como una ola. Se levantó de inmediato y salió fuera, en donde podía ver moverse las estrellas.

Estaba cansado. Se le cerraban los ojos, y entonces aparecía allí, junto al muro de piedras, su corazón helado por el terror de quedarse allí para siempre, sin saber cómo regresar. Finalmente, impaciente y enfermo de miedo, volvió a levantarse, cogió un farol de la casa y lo encendió, y comenzó a caminar por el sendero que llevaba hacia la casa de Musgo. Musgo podía o no tener miedo; últimamente vivía bastante cerca del muro. Pero Brezo estaría llena de pánico, y Musgo no podría calmarla. Y puesto que algo había que hacer, y esta vez no era él quien podría hacerlo, al menos podría ir a consolar a la pobre medio–bruja. Podría decirle que solamente eran sueños.

Le costaba avanzar en la oscuridad, el farol proyectaba grandes sombras de pequeñas cosas en el sendero. Caminaba más lentamente de lo que le hubiera gustado, y a veces se tropezaba.

Vio una luz en la casa de la viuda, a pesar de lo tarde que era. Un niño se lamentaba, en la aldea. «Madre, madre, ¿por qué llora la gente? ¿Quiénes son los que lloran, madre?» Allí tampoco había sueño. Esa noche no había mucho sueño en ningún lugar de Terramar, pensó Ged. Sonrió un poco mientras pensaba aquello; porque siempre le había gustado esa pausa, esa pausa temerosa, el momento anterior al cambio de las cosas.

Aliso se despertó. Estaba acostado sobre la tierra y podía sentir su profundidad debajo de él. Sobre él ardían las brillantes estrellas, las estrellas del verano, moviéndose entre hoja y hoja con el soplo del viento, moviéndose de este a oeste con las vueltas del mundo. Las observó un rato antes de dejarlas ir.

Tehanu estaba esperándolo en la colina.

–¿Qué es lo que tenemos que hacer, Hará? –le preguntó ella.

–Tenemos que recomponer el mundo –respondió él. Sonrió, porque por fin su corazón se había iluminado–. Tenemos que derrumbar el muro.

–¿Y ellos pueden ayudarnos? –preguntó Tehanu, ya que los muertos estaban reunidos esperando, allí abajo, en la oscuridad, tan incontables como la hierba o la arena o las estrellas, ahora en silencio, una gran playa sombría de almas.

–No –respondió él–, pero tal vez otros sí puedan hacerlo. –Bajó por la ladera de la colina hasta llegar al muro. En ese punto, llegaba a una altura un poco superior a la de la cintura. Posó sus manos sobre una de las piedras de la hilera de al–bardillas e intentó moverla. Estaba sólidamente sujeta a las demás, o era más pesada de lo que suele ser una piedra; no podía levantarla, no podía hacer que se moviera en absoluto.

Tehanu se puso a su lado.

–Ayúdame –le pidió él.

Ella posó sus manos sobre la piedra, la mano humana y la garra quemada, apretándola tanto como podía, y dio un tirón hacia arriba al mismo tiempo que él. La piedra se movió un poco, luego un poco más.

–¡Empújala! –exclamó ella, y juntos la empujaron lentamente hasta quitarla de su sitio, haciéndola chirriar al rozarse con la piedra que tenía debajo, hasta que cayó al otro lado del muro con un golpe seco y pesado.

La siguiente piedra era más pequeña; juntos pudieron levantarla y quitarla también de su sitio. La dejaron caer sobre el polvo de este lado del muro.

En ese momento, un temblor sacudió la tierra que había debajo de sus pies. Otras piedras más pequeñas del muro sonaron al tocarse unas con otras. Y, con un largo suspiro, las multitudes de los muertos se acercaron a la pared de piedra.

El Maestro de las Formas se puso de pie de repente y se quedó escuchando con atención. Las hojas vociferaban por todo el claro, los árboles del Bosquecillo se inclinaban y temblaban como azotados por un gran viento, pero no había viento.

–Está cambiando ahora –dijo, y se alejó de ellos caminando lentamente, adentrándose en la oscuridad bajo los árboles.

El Maestro de Invocaciones, el Maestro Portero, y Seppel se pusieron de pie y lo siguieron, rápida y silenciosamente. Gamble y Ónix los siguieron más lentamente.

Lebannen también se puso de pie; dio unos cuantos pasos detrás de los demás, dudó, y se apresuró a atravesar el claro hasta llegar a la baja casa de piedra y de terrones herbosos. –Irían –dijo, agachando la cabeza en la puerta oscura–. Irían, ¿me llevarías contigo?

Ella salió de la casa; sonreía, y a su alrededor había una especie de luminosidad feroz. –Vamos, ven, ven rápido –dijo ella, y lo cogió de la mano. Su mano ardía como un carbón al fuego mientras lo alzaba y lo llevaba volando en el otro viento.

Después de un rato, Seserakh salió de la casa a la luz de las estrellas, y detrás de ella salió Tenar. Se detuvieron y miraron a su alrededor. Nada se movía; los árboles estaban inmóviles otra vez.

–Se han ido todos –susurró Seserakh–. Por el Camino del Dragón.

Dio un paso hacia delante, con la mirada fija en la oscuridad.

–¿Qué tenemos que hacer nosotras, Tenar?

–Tenemos que cuidar de la casa –respondió Tenar.

–¡Oh! –suspiró Seserakh, cayendo sobre sus rodillas. Había visto a Lebannen cerca de la puerta, tumbado y con la cara contra la hierba–. No está muerto, creo. ¡Oh, mi querido Señor Rey, no te vayas, no mueras!

–Está con ellos. Quédate aquí con él. Dale tu calor. Cuida la casa, Seserakh –dijo Tenar. Ella fue hasta donde estaba Aliso recostado, sus ojos ciegos de cara a las estrellas. Se sentó a su lado, posó su mano sobre la de él. Y esperó.

Aliso apenas podía mover la gran piedra sobre la que estaban sus manos, pero el Maestro de Invocaciones estaba a su lado, empujándola con su hombro, y en un momento dado exclamó: –¡Ahora! – Juntos la empujaron hasta que perdió el equilibrio y cayó con aquel mismo ruido seco, pesado y final, al otro lado del muro.

Ahora había otros allí con él y con Tehanu, arrancando las piedras, echándolas abajo junto al muro. Aliso vio por un instante sus propias manos proyectando sombras de un destello rojizo. Orm Irian, tal como él la había visto por primera vez, con la forma de un gran dragón, había dejado salir su aliento feroz mientras luchaba para mover un canto rodado de la hilera más baja de piedras, que estaba profundamente enclavado en la tierra. Sus garras sacaban chispas por los golpes que daban y su lomo de espinas se arqueó, y la roca por fin se liberó y salió rodando, abriendo así una inmensa brecha en esa parte del muro.

Hubo un tremendo aunque suave grito entre las sombras que se agolpaban del otro lado, como el sonido del mar en una orilla resonante. La oscuridad de sus sombras avanzó en masa hacia el muro. Pero Aliso miró hacia arriba y vio que ya no estaba oscuro. La luz se movía en aquel cielo en el que las estrellas nunca se habían movido, rápidas chispas de fuego a lo lejos, en el oscuro oeste.

–¡Kalessin!

Fue la voz de Tehanu. Él la miró. Tehanu miraba fijamente hacia arriba, hacia el oeste. No tenía ojos para la tierra.

Estiró sus brazos hacia el cielo. El fuego comenzó a recorrerle las manos, los brazos, los cabellos, el rostro y el cuerpo, incendiándose de repente y formando grandes alas sobre su cabeza; luego se alzó por los aires, una criatura toda de fuego, ardiendo, hermosa.

Gritó muy fuerte, un grito claro, sin palabras. Voló alto, la cabeza larga, rápida, subiendo hacia el cielo en donde la luz crecía cada vez más y un viento blanco había borrado las vacuas estrellas.

De entre la multitud de muertos, algunos por aquí y por allá, como ella, se elevaron vacilando como llamas hasta convertirse en dragones, y se montaron en el viento.

Muchos se acercaron caminando. No estaban presionando, ni gritando ahora, sino caminando con tranquila certeza hacia los trozos caídos del muro: enormes multitudes de hombres y mujeres, quienes al acercarse al muro roto no dudaban en atravesarlo y desaparecer: una nubecilla de polvo, un aliento que brilló un instante en la luz siempre centelleante.

Aliso los observaba. Todavía tenía en sus manos, olvidada, una de las piedras que había arrancado del muro para aflojar una roca más grande. Miraba cómo los muertos quedaban libres. Por fin la vio entre ellos. Entonces arrojó la piedra y dio unos pasos hacia adelante. –Lirio –dijo. Ella lo vio y sonrió y le tendió la mano. Él la cogió, y juntos caminaron bajo la luz del sol.

Lebannen estaba de pie junto al muro en ruinas y observaba el amanecer brillando en el este. Ahora había un Este, en donde no había habido dirección alguna, ni camino alguno que seguir. Había Este y Oeste, y había luz y movimiento. Hasta la tierra se movía, temblaba, estremeciéndose como un gran animal, de manera que el muro de piedras más allá de donde lo habían roto, se sacudía también y se desplomaba hasta convertirse en escombros. En las lejanas cimas negras de las montañas llamadas Dolor estalló un fuego que arde en el corazón del mundo, el fuego que alimenta a los dragones.

Miró el cielo sobre aquellas montañas y los vio, tal como Ged y él los habían visto una vez sobre el mar occidental, los dragones volando en el viento de la mañana.

Tres de ellos se acercaban dando vueltas hacia donde estaba él, entre los demás, cerca de la cima de la colina, sobre el muro en ruinas. A dos de ellos los conocía, Orm Irian y Kalessin. El tercero tenía una especie de armadura brillante, dorada, con alas de oro. Ése volaba más alto y no bajó para acercarse a ellos. Orm Irian jugaba con él en el aire y volaban los dos juntos, uno persiguiendo al otro cada vez a mayor altura, hasta que de repente los rayos más altos del sol naciente alcanzaron a Tehanu y ésta ardió como su nombre, como una estrella grande y brillante.

Kalessin describió otro círculo en el aire, voló bajo, y se posó inmenso entre las ruinas del muro.

–Agni Lebannen –le dijo el dragón al Rey.

–Mayor –dijo el Rey al dragón.

–Aissadan verw naáannan –dijo la voz inmensa y bisbiseante, como un mar de címbalos.

Junto a Lebannen, Brand, el Maestro de Invocaciones de Roke, estaba de pie, erguido y sólido. Repitió las palabras del dragón en el Lenguaje de la Creación, y luego las dijo en hárdico: –Lo que fue dividido está dividido.

El Maestro de las Formas estaba cerca de ellos, sus cabellos brillaban en la luz radiante. Dijo: –Lo que fue construido ha sido roto. Lo que fue roto se ha unido.

Luego miró hacia arriba, buscando algo en el cielo, buscaba al dragón dorado y al de color bronce; pero se habían alejado volando y ya casi no podía vérseles, giraban ahora formando espirales sobre la extensa y descendiente tierra, en donde vacías ciudades en sombras se iban apagando hasta desaparecer con la luz del día.

–Mayor –dijo, y la gran cabeza se movió lentamente hacia él.

–¿Volverá alguna vez por el camino que conduce al bosque? –preguntó Azver en la lengua de los dragones.

Los ojos de Kalessin, amarillos, largos e impenetrables, lo observaban. La enorme boca parecía, como las bocas de los lagartos, cerrada en una sonrisa. No habló.

Luego, arrastrando lenta y torpemente toda su extensión a lo largo del muro, de modo que las piedras que aún estaban allí se deslizaron y cayeron chirriando bajo su vientre de hierro, Kalessin se alejó de ellas, y de repente desplegó sus alas, se alejó de la colina y voló bajo sobre la tierra hacia las montañas, cuyas cimas brillaban ahora con humo y vapor blanco, fuego y luz de sol.

–Vamos, amigos –dijo Seppel con su suave voz–. Todavía no ha llegado nuestro momento de libertad.

La luz del sol brillaba en el cielo sobre las coronas de los árboles más altos, pero el claro todavía conservaba el frío gris del amanecer. Tenar estaba sentada con su mano posada sobre la mano de Aliso, su

rostro inclinado hacia abajo. Miró el frío rocío sobre una brizna de hierba, cómo pendía en pequeñas y delicadas gotas a lo largo de la brizna, cada gota reflejaba todo el mundo.

Alguien dijo su nombre. No miró hacia arriba.

–Se ha ido –dijo.

El Maestro de las Formas se arrodilló junto a ella. Tocó el rostro de Aliso con un suave movimiento de la mano.

Se quedó un rato allí, arrodillado y en silencio. Luego le dijo a Tenar en su lengua: –Dama mía, pude ver a Tehanu. Vuela dorada en el otro viento.

Tenar levantó la vista para mirarlo. Su rostro estaba blanco y arrugado, pero había una sombra de esplendor en sus ojos.

Le costó hablar, pero finalmente preguntó, hablando seca y casi inaudiblemente: –¿Entera?

El Maestro de las Formas asintió con la cabeza.

Ella acarició la mano de Aliso, la mano del enmendador, esbelta, hábil. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Déjame estar un rato con él –dijo, y comenzó a llorar. Se tapó el rostro con las manos y lloró mucho, amargamente, en silencio.

Azver se acercó al pequeño grupo que había en la puerta de la casa. Ónix y Gamble estaban cerca del Maestro de Invocaciones, quien estaba de pie, pesado y ansioso, cerca de la princesa. Ella estaba agachada junto a Lebannen, con los brazos sobre él, protegiéndolo, desafiando a cualquier mago que quisiera tocarlo. Le brillaban los ojos. Tenía el pequeño puñal de acero de Lebannen desnudo en una de sus manos.

–Yo regresé con él –le dijo Brand a Azver–. Intenté quedarme con él. No estaba seguro de conocer el camino. Ella no deja que me acerque.

–Ganaídilo Azver, el título de Seserakh en kargo, princesa.

Sus ojos brillantes lo miraron. –¡Oh, que Atwah Wuluah sea agradecido y la Madre alabada para siempre! –gritó–. ¡Señor Azver! Haz que estos malditos hechiceros se vayan. ¡Mátalos! Han matado a mi Rey. –Le tendía el puñal, cogiéndolo por la delgada hoja de acero.

–No, princesa. Lebannen se fue con el dragón Irían. Pero este hechicero lo ha traído de regreso con nosotros. Déjame verlo. –Y se arrodilló y volvió el rostro de Lebannen un poco para poder observarlo mejor, y posó sus manos sobre el pecho del Rey–. Está frío –dijo–. El camino de regreso fue muy duro. Cógelo en tus brazos, princesa. Dale tu calor.

–Lo he intentado –dijo ella, mordiéndose el labio. Arrojó el puñal y se dobló sobre el hombre inconsciente–. ¡Oh, pobre Rey! –dijo suavemente en hárdico–. ¡Querido Rey, pobre Rey!

Azver se puso de pie y le dijo el Maestro de Invocaciones: –Creo que estará bien, Brand. Ahora ella es mucho más útil que nosotros.

El Invocador estiró una de sus grandes manos y cogió el brazo de Azver. –Ahora intenta tranquilizarte tú.

–El Portero –dijo Azver, palideciendo más que antes y mirando a su alrededor en el claro.

–Regresó con el hombre de Paln –dijo Brand–. Siéntate aquí.

Azver le obedeció, y se sentó en el tronco en el que se había sentado el viejo Transformador en el círculo la tarde anterior. Parecía que hubieran pasado mil años. Los ancianos habían regresado a la Escuela al anochecer... Y después había comenzado la larga noche, la noche que acercó tanto el muro de piedras que dormir era estar allí, y estar allí era terror, de modo que nadie había dormido. Nadie, tal vez, en todo Roke, en todas las islas... Solamente Aliso, que había ido a guiarlos... Azver se dio cuenta de que estaba dormitando y temblando.

Gamble trató de hacerlo entrar en la casa de invierno, pero Azver insistió en que debía estar cerca de la princesa para hacer de intérprete si lo necesitaba. Y cerca de Tenar, pensó sin decirlo, para protegerla. Para dejarla llorar. Pero Aliso ya había acabado de llorar. Le había pasado a ella su dolor. Se lo había pasado a todos. Su alegría...

El Maestro de Hierbas llegó desde la Escuela y se acercó a Azver, le puso una capa de invierno sobre los hombros. El Maestro de las Formas se sentó medio dormido, cansado y febril, haciendo caso omiso de los demás, vagamente irritado por la presencia de tanta gente en su dulce y silencioso claro, observando el sol deslizándose entre las hojas. Su vigilia fue recompensada cuando la princesa se le acercó, se arrodilló ante él mirando su rostro con solícito respeto, y le dijo: –Señor Azver, el Rey quiere hablar contigo.

Le ayudó a ponerse de pie, como si fuera un anciano. A él no le importó. –Gracias, gaínba –le dijo.

–No soy una reina –dijo ella con una risa.

–Lo serás –le respondió el Maestro de las Formas.

Era la marea fuerte de la luna llena, y el Delfín tenía que esperar a pasar entre los Promontorios Fortificados antes de lanzarse a toda velocidad. Tenar no desembarcó en el Puerto de Gont sino hasta después de media mañana, y luego tuvo que hacer la larga caminata cuesta arriba. Ya era casi el atardecer cuando atravesó Re Albi y cogió el sendero del acantilado que llevaba hasta la casa.

Ged estaba regando los repollos, que para entonces ya estaban bastante crecidos.

Se puso de pie y vio que ella se acercaba hacia él, con aquella mirada de halcón, el ceño fruncido. –Ah –dijo.

–Oh, querido –dijo ella. Se apresuró los últimos pasos mientras él se acercaba hacia ella.

Estaba cansada. Estaba muy contenta de poder sentarse con él con un vaso del buen vino tinto de Chispa y observar cómo el atardecer otoñal se teñía de dorado sobre todo el mar occidental.

–¿Cómo puedo hacer para contártelo todo? –preguntó ella.

–Cuéntalo de atrás para delante –respondió él.

–Está bien. Así lo haré. Querían que me quedara, pero yo dije que quería regresar a casa. Pero había una reunión del Consejo, el Consejo del Rey, ¿sabes?, para el compromiso. Habrá una gran boda y todo eso, por supuesto, pero no creo que yo tenga que ir. Porque fue entonces cuando realmente se casaron. Con el Anillo de Elfarran. Nuestro anillo.

El la miró y sonrió, la amplia y dulce sonrisa que, pensó ella, tal vez equivocadamente, tal vez con razón, nunca nadie excepto ella había visto dibujarse en su rostro.

–¿Y entonces? –preguntó él.

–Lebannen vino y se detuvo aquí, ¿ves?, a mi izquierda, y luego Seserakh vino y se detuvo aquí, a mi derecha. Delante del trono de Morred. Y yo alcé el Anillo. Como lo hice cuando lo llevamos a Havnor, ¿recuerdas?, ¿en Miralejos, a la luz del sol? Lebannen lo cogió, lo besó y me lo devolvió. Y yo lo coloqué en el brazo de ella, y el Anillo se deslizó hasta su mano, Seserakh no es una mujer pequeña. ¡Oh, tendrías que verla, Ged! ¡Qué bella es, qué leona! Lebannen ha encontrado a su media naranja. Y todos gritaban. Y hubo fiestas y ese tipo de cosas. Y entonces pude escabullirme.

–Sigue.

–¿De atrás para delante?

–De atrás para delante.

–Bueno. Antes de eso fue lo de Roke.

–Roke nunca es algo sencillo.

–No.

Bebieron el vino tinto en silencio.

–Hablame del Maestro de las Formas.

Ella sonrió. –Seserakh le llama el Guerrero. Dice que solamente un guerrero se enamoraría de un dragón.

–¿Quién lo siguió a la tierra seca... aquella noche?

–El siguió a Aliso.

–Ah –dijo Ged, con sorpresa y con cierta satisfacción.

–Al igual que otros de los Maestros. Y también Lebannen, Irían...

–Y Tehanu.

Silencio.

–Ella había salido de la casa, y cuando yo salí ya se había ido. –Un largo silencio–. Azver la vio. Al amanecer. En el otro viento.

Silencio.

–Todos se han ido. Ya no quedan dragones en Havnor ni en las islas del Poniente. Ónix dijo: tal como ese lugar de sombras y todas las sombras en él se unieron al mundo de la luz, del mismo modo ellos recuperaron su verdadero reino.

–Nosotros rompimos el mundo para hacerlo un todo –dijo Ged.

Después de un largo rato en silencio, Tenar dijo con una voz suave y fina: –El Maestro de las Formas cree que Irian acudirá al Bosquecillo si él la llama.

Ged no dijo nada, hasta que, después de un rato, exclamó: –Mira allí, Tenar.

Ella miró adonde él estaba mirando, el sombrío abismo de aire sobre el mar occidental.

–Si ella viene, vendrá por allí –dijo–. Y si no viene, está allí.

Tenar asintió con la cabeza.

–Lo sé. –Tenía los ojos llenos de lágrimas–. Lebannen me cantó una canción, en el barco, cuando viajábamos de regreso a Havnor. –No podía cantar; susurró las palabras–: Oh, mi alegría, ser libre...

El miró hacia otro lado, hacia los bosques, en la montaña, las alturas que se iban oscureciendo cada vez más.

–Cuéntame –dijo ella–, cuéntame lo que has hecho tú mientras yo no estaba.

–Cuidar de la casa.

–¿Has caminado por el bosque?

–Todavía no –respondió él.

* * *